PENGUIN  CLÁSICOS

PIOTR KROPOTKIN

La conquista del pan

Introducción de SONIA ARRIBAS

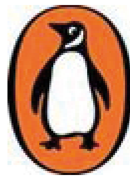
PIOTR KROPOTKIN

La conquista del pan

Introducción de
SONIA ARRIBAS

Prefacio de
ÉLISÉE RECLUS

Traducción de
LEÓN-IGNACIO



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Introducción

Las *Memorias de un revolucionario* contienen varios momentos clave que dan cuenta de la transformación de Kropotkin en un revolucionario en toda regla. Piotr Alexéievich nace el 9 de diciembre de 1842 en Moscú; es hijo de un general del ejército del zar Nicolás I quien, además de ser propietario de grandes extensiones de tierra de cultivo y de mil doscientas «almas» (como se llamaba entonces a los siervos), tiene título de príncipe. Kropotkin se queda huérfano de madre a los tres años. Muchos años después, encuentra un diario materno con versos rusos prohibidos por la censura, descripciones de paisajes alemanes y numerosas líneas sobre sus tristezas y alegrías. Prevalece en Kropotkin el recuerdo de su talento artístico, de su delgada y animada figura. El nuevo matrimonio del padre le supone alejarse de todo aquello que aviva en su memoria la imagen de su madre, así como distanciarse de la familia materna. Kropotkin siente esta ruptura como una expulsión del paraíso. Son los sirvientes los que mantienen vivos para él, como si se tratase de una conspiración, los cálidos sentimientos maternales. Una frase de la mujer de un agricultor dirigida a su hermano y a él se convierte en un imperativo de por vida: «¿Seréis tan buenos como fue vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también».[1]

Kropotkin recibe en casa una educación privilegiada de la mano de tres tutores: un francés, un alemán y un ruso. A los quince años entra en el Cuerpo de Pajes de San Petersburgo, una escuela militar de élite. Por ser el

mejor estudiante de la clase, a los diecinueve accede a la corte y se convierte en el paje personal de Alejandro II. Lee ávidamente filosofía, literatura e historia. También *El origen de las especies* de Darwin. Escribe pequeños textos sobre física, animado por un profesor que percibe de inmediato su inteligencia. Cuando acaba sus estudios, abandona la idea de ascender en una brillante carrera militar, y decide por voluntad propia unirse a un pequeño regimiento de cosacos desplazados en Siberia, al servicio del zar. Su objetivo es poder proseguir con sus intereses científicos en ese territorio tan poco explorado. Obtiene el puesto de adjunto administrativo, y sus primeras ocupaciones tienen que ver con la planificación de reformas en la zona. Su adscripción política no está todavía muy definida, pero está próxima al constitucionalismo reformista. Pronto deja de lado las tareas encomendadas al darse de bruces con la corrupción, la burocracia y la represión imperial. Comienza a interesarse por la geografía y la exploración científica y viaja por las cordilleras de Siberia y Manchuria. En uno de sus viajes lee a Pierre-Joseph Proudhon. Esboza una teoría geológica sobre el paisaje de Siberia basada en los datos que recoge en sus observaciones, y muy distinta de la establecida, que está plagada de errores. Después, empieza a trabajar a tiempo parcial para la Sociedad Geográfica rusa y estudia matemáticas en la Universidad de San Petersburgo. Su interés por la ciencia y por su método de observación empírica y construcción de generalizaciones verificables le acompañan siempre a partir de ahora. Pero ya se ha dado cuenta de que lo que de verdad le inquieta y contra lo que quiere luchar es la desigualdad e injusticia que ve por todas partes. El disfrute del estudio científico y la comprensión de la naturaleza no le son permitidos a los siervos:

> Pero ¿qué derecho tenía yo a estos goces de un orden elevado, cuando todo lo que me rodeaba no era más que miseria y lucha por un triste bocado de pan, cuando, por poco que fuese lo que

> yo gastase para poder vivir en aquel mundo de agradables emociones, había por necesidad que quitarse de la boca misma de los que cultivaban el trigo y no tienen suficiente pan para sus hijos?[2]

Abandona la carrera científica —aunque ocasionalmente acepta todavía algunos encargos de la Sociedad Geográfica— y decide realizar un viaje por Europa Occidental. Acaba de morir su padre y han llegado a sus oídos noticias de la Comuna. Su radicalización se produce a partir de un primer contacto de algo más de dos meses con la Federación del Jura (la organización anarquista suiza fundada el 9 de octubre de 1870 como parte de la Primera Internacional de los Trabajadores). De vuelta en Rusia, se adhiere al movimiento del nihilismo (heredero directo del movimiento decembrista[3] y coetáneo del populista[4]). Sus actividades agitadoras y subversivas le acarrean el encarcelamiento en 1874. Dos años después se fuga de forma espectacular y, tras una cortísima estancia en Inglaterra, vuelve de nuevo a la Federación del Jura en 1877 para pasar ahí cuatro años. Transcurren todavía unos años hasta que Kropotkin empieza a redactar *La conquista del pan*. Su origen es una serie de artículos escritos en francés en los años ochenta para las revistas *Le Révolté* y *La Révolte*, de las que es editor, finalmente apareciendo como libro en 1892. Pero es bien seguro que el núcleo de lo que se promulga en este libro se gesta en el período suizo de Kropotkin, sobre el que quisiera ocuparme aquí principalmente. Kropotkin señala en sus *Memorias* unos momentos muy determinados en todo este periodo que marcan la que será su dedicación total a partir de ahora a la revolución y al comunismo anarquista. Los recuerdos de aquellos instantes, y las reflexiones que les acompañan, nos dan toda una serie de pistas para leerlo hoy, a fin de entender la metodología con la que están concebidas y el contexto intelectual y vivencial de las ideas que propugna.

UNA TRISTE MIRADA DIRIGIDA HACIA EL PORVENIR

Kropotkin llega por primera vez en 1872 a la sección suiza de la Internacional, con sede en Ginebra, para ver con sus propios ojos cómo entre los distintos grupos de oficios que forman parte de ella se está logrando disolver las rivalidades internas que impiden la acción común en los combates entre el capital y el trabajo. De todas las posibles divisiones existentes en la sociedad moderna, la más importante, contra la que hay que aunarse en la lucha, es la que separa a los dueños del capital de los que están forzados a vender su fuerza de trabajo para mantenerse con vida. Kropotkin lee ávidamente noticias en folletos y colecciones de periódicos. En estos, encuentra vivas descripciones de las relaciones sociales y la manera de pensar de los trabajadores, algo que no aparecía en los libros sobre el socialismo, repletos como están de teorías no concernidas con su real implementación por los propios trabajadores. El mundo que se le abre a Kropotkin es, confiesa, radicalmente nuevo para él, pues se trata de su primer contacto con trabajadores bien organizados que están creando ya, entre la desigualdad y la injusticia reinantes, un mundo alternativo de igualdad y cooperación. Toma vasos de vino con los obreros en los locales en los que estos se reúnen. Observa cómo la enseñanza libre es posible en una universidad popular, y cómo se debaten las ideas abiertamente en los foros. Escucha a oradores hablar de un porvenir de fraternidad y posesión en común de todas las riquezas. Siente que hay una confianza generalizada en una transformación radical que acabe pronto con las condiciones económicas existentes. Kropotkin percibe, asimismo, que todos los trabajadores apoyan la causa y contribuyen a ella con su esfuerzo y

sacrificio, sea mediante la colaboración en un periódico, el aporte de dinero para un congreso, el auxilio dado a un compañero en necesidad o la asistencia continua a los mítines y manifestaciones.

Kropotkin escribe que todo revolucionario puede señalar un acontecimiento de su vida, por insignificante que sea, que determina el momento a partir del cual se vuelca por completo en la revolución. El suyo se dio a los treinta años y entre las montañas de Suiza:

> Conozco ese momento; me he encontrado en él después de una de las asambleas en el Templo Masónico [lugar de reunión de los trabajadores de la sección suiza], en cuyo instante sentí con mayor intensidad que nunca la dolorosa impresión causada por la cobardía de los hombres cultos, que vacilan en poner sus conocimientos, su ilustración y su energía al servicio de aquellos que con tanta necesidad la reclaman.[5]

Pero, con el tiempo, Kropotkin constata que la agitación no está siempre encaminada al objetivo común de la revolución y que los intereses de los trabajadores quedan a menudo supeditados a alianzas tejidas de forma puntual con sujetos de otras clases, supuestamente colaboradores de su causa. (Recuerda así con disgusto las enconadas disputas en una asamblea ocasionadas por la intervención de un jefe que pide aprobar un comunicado en la prensa que muestre la indignación de los trabajadores ante el rumor de que van a ponerse en huelga. Al poco, este mismo jefe le confiesa a Kropotkin que una huelga en tales momentos sería desastrosa para la victoria electoral de un abogado que apoya la causa de los trabajadores. Para gran desilusión de Kropotkin, la huelga es así postergada indefinidamente, a pesar de las penurias que están atravesando muchos trabajadores como consecuencia de sus ínfimos salarios.)

Tras ese incidente, Kropotkin decide dejar la sección suiza de la Internacional para dirigirse a la «bakuniana» (pues la palabra «anarquista» apenas se empleaba entonces)[6] Federación del Jura, con sede en

Neuchâtel, y verdadero motor de lo que Kropotkin denomina el no-gobierno, o sea, la tendencia anarquista. Ahí es testigo de la rebelión de sus miembros frente a la autoridad del consejo general de la Internacional, el cual tiende a dirigir habitualmente las fuerzas hacia la agitación electoral sin tener en consideración las voces divergentes. Kropotkin nota asimismo que en la Federación del Jura no hay esa separación entre jefes y trabajadores que se da en Ginebra. Conoce a James Guillaume, uno de sus miembros más ilustres: aunque este proviene de una familia aristocrática, trabaja durante el día en una imprenta por un pequeño e insuficiente jornal, por lo que se ve obligado a dedicar las noches a traducir. El tiempo para la revolución lo saca de donde puede, quitándose de sueño y conversaciones. Kropotkin recuerda la profunda amistad que nace entre ellos de inmediato. [7] Se queda impresionado con la claridad de penetración de todos los trabajadores: no constituyen una masa que se deja dirigir y manipular por unos pocos, sino más bien un colectivo en el que cada miembro expone en libertad su propio e independiente punto de vista. En el breve periodo que pasa después en Sonvilliers, en un pequeño valle de la sierra, le llama sobremanera la atención que, junto con aquellas formas de autogobierno que los trabajadores han escogido (el municipalismo y el federalismo) y junto con toda la serie de prácticas sociales colaborativas e igualitarias basadas en la idea del no-gobierno que han diseñado, la peculiaridad de aquella federación reside también en el feliz modo en que los trabajadores expresan sus opiniones, como si la práctica y la teoría, o el decir y el hacer, consiguiesen ir extrañamente acompasados. En efecto, Kropotkin no puede sino sorprenderse ante los razonamientos y juicios de los trabajadores, los cuales le transmiten la sensación de que aquello de lo que se está hablando en las reuniones no son meras abstracciones ni simples concepciones que no pueden aplicarse a la realidad, sino más bien formas diferentes de hacer y

de trabajar colectivamente. Luchan contra el capitalismo, y también contra el socialismo de Estado.

En el Jura, Kropotkin también entra en contacto con algunos revolucionarios de la Comuna que habían escapado de la masacre exiliándose en Suiza. De ellos, escucha las heroicas hazañas acaecidas en aquellos días de transformación radical. Se queda espeluznado leyendo acerca de las atrocidades cometidas por el ejército versallés en un libro que solo contiene extractos de cartas escritas por los corresponsales de los principales periódicos internacionales. Solo puede salir de la más absoluta desesperación al estrechar la mano de algunos de los supervivientes y notar que en ellos no hay rencor, sino una triste mirada dirigida hacia el porvenir. Y si en Ginebra Kropotkin se había visto a sí mismo por primera vez como revolucionario, en el seno de la Federación del Jura se declara ahora por primera vez anarquista.

No llega a encontrarse nunca con Bakunin,[8] aunque las ideas de este están presentes por todas partes orientando la acción y el decir de los trabajadores. Constata que, para ellos, Bakunin (al que llaman «Michel») es un referente moral, nada más. Ni una autoridad que se emplea como excusa para dejar de pensar, ni una ley última a la que apelar como garantía de los propios argumentos o acciones. De todas las ideas escuchadas, de todas las prácticas observadas en la Federación del Jura, hay una que le cuesta asimilar, pero que luego asume en *La conquista del pan*: la de que una verdadera unión de grupos libremente asociados y una emancipación real de los trabajadores del sistema del salariado solo se puede conseguir gracias a la colaboración de la clase media. En Suiza también aprende que las sociedades humanas se están siempre transformando: a veces poco a poco, y otras por medio de cambios abruptos que conllevan de manera inevitable conflictos importantes. Cuando la guerra civil se impone de forma

independiente a la voluntad de algunos es crucial intentar evitar que se derrame mucha sangre. Esto se logra gracias a la obtención del apoyo de determinados grupos dentro de la clase privilegiada, y también mediante la claridad de ideas en cuanto a los objetivos y a la determinación en el modo en que se han de conseguir (lo que no fue posible en la Comuna). Así, proclama para los revolucionarios:

> […] que al menos […] tengan por ideal, no vagas y poco definidas aspiraciones, sino propósitos concretos; no puntos secundarios, cuya insignificancia no disminuye la violencia del conflicto, sino amplias ideas que alienten a los hombres por la grandeza de los horizontes que abren ante su vista. En este último caso, el conflicto en sí dependerá mucho menos de la eficacia de los fusiles y cañones que de la fuerza del genio creativo que entre en acción al emprenderse la obra de reconstruir la sociedad; dependerá más principalmente de que esas fuerzas constructivas tomen de momento un libre giro; de que sus aspiraciones sean de un carácter más elevado, ganando así más simpatías aun entre aquellos que, como clase, son opuestos al cambio. Empeñado de este modo el combate sobre una base más extensa, se purificará la misma atmósfera social, y el número de víctimas por ambas partes será indudablemente mucho menor de lo que hubiese sido si la lucha fuera por cuestiones de una importancia secundaria, en cuyo caso los bajos instintos del hombre encuentran terreno apropiado para desarrollarse.
>
> Con estas ideas volví a Rusia.[9]

«¡Qué amargo es el pan que amasan los esclavos!»[10]

En su país natal Kropotkin toma contacto con el movimiento nihilista, en particular con un círculo pequeño (llamado «Tchaukóusky», como su dirigente) formado sobre todo por jóvenes de familias adineradas convertidos en intelectuales críticos. Los dardos de su crítica se dirigen contra tres objetivos relacionados. Primero, contra lo que Kropotkin denomina el «despotismo doméstico»: la hipocresía de aquellos hombres

pudientes que en público ostentan ideales sentimentales y compasivos, mientras que dentro del hogar se conducen como verdaderos bárbaros con esposas, hijos y sirvientes. Segundo, contra la dominación masculina. Kropotkin recuerda con admiración el feminismo de los nihilistas: en las mujeres buscan compañeras, no objetos de decoro o esclavas domésticas y sexuales. Tercero, contra la riqueza acumulada en las casas de sus padres gracias al trabajo servil de los trabajadores. Los nihilistas abandonan sus familias, rechazan comer el pan amasado por los sirvientes, y se van a vivir con el pueblo, enseñando a los campesinos a leer, distribuyéndoles libros, prestándoles asistencia médica, aprendiendo de ellos… De una mujer del círculo, Sofía Perouskaya, hija de una familia aristocrática, dice que es populista convencida porque, para trabajar por la redención de los obreros y campesinos, en ningún momento los idealiza con virtudes imaginarias. También recuerda la carta que esta escribió a su madre horas antes de ir al patíbulo como una de las más bellas expresiones de amor filial escritas por una mujer. Había colaborado en el asesinato del zar Alejandro II.[11] Los lazos que unen a todos los miembros del círculo son muy estrechos: Kropotkin (quien ahora se hace pasar por «Borodin») siente que está hecho para la agitación continua y que, gracias a esta unión en la lucha, la vida tiene ahora para él un sentido. Jamás había sido tan feliz. Con ellos, se le hace patente que la emancipación de la humanidad tiene que venir necesariamente de la mano de la libertad de pensamiento.

El peligro acecha en continuas redadas de la policía, la cual va poco a poco deteniendo a casi todos los miembros del círculo. Las reuniones se vuelven casi imposibles, y Kropotkin y sus colegas tienen que dejar de mezclarse con los obreros de las fábricas de algodón de los extrarradios y con los campesinos. Finalmente Kropotkin es también detenido. Es acusado de pertenencia a una sociedad secreta cuyo fin es la conspiración contra su

majestad Alejandro II y la destrucción del gobierno. Es llevado a la terrible fortaleza de San Pedro y San Pablo, y allí es sometido a una pena de encerramiento con silencio absoluto durante los siguientes dos años. Al recordar el trayecto en el coche que le conduce a la prisión, la escritura de Kropotkin se vuelve lírica: «Admiraba la hermosura del río, sabiendo que no lo volvería a ver en algún tiempo: el sol marchaba a su ocaso; espesas nubes grises se agrupaban en Occidente sobre el golfo de Finlandia, en tanto que otras más ligeras flotaban sobre mi cabeza dejando ver aquí y allá partes del azulado cielo».[12] Para no caer enfermo y sobrevivir en las pésimas condiciones de la fortaleza, se dice a sí mismo que se imaginará obligado a pasar un par de años en una cabaña durante una expedición ártica, como había hecho de joven. Tiene la suerte de ser el único preso al que se le otorga el permiso de leer y escribir. Su condición de príncipe ayuda. Continúa realizando algún trabajo geográfico. Para mantener el ánimo, recurre a una serie de rutinas basadas en el ejercicio y en el estudio. La humedad es excesiva y un escorbuto contraído en Siberia años atrás empieza a pasarle factura. Las noticias de su empeoramiento llegan a su hermana, quien consigue que el director del hospital militar de San Petersburgo lo vea y lo transfiera allí.

De nuevo en contacto con el sol y el aire fresco, la recuperación de Kropotkin es inmediata, y con ella despierta también el deseo de fuga. El hospital tiene un patio cuya puerta está casi siempre abierta. Escribe a sus amigos del círculo proponiéndoles la idea. Fracasa un primer plan basado en tres sencillas señas dadas desde fuera para anunciar la vía libre. El plan es mejorado introduciendo una sofisticada y ridícula combinación de diversas piezas (un reloj, una nota, un carruaje, un hermoso caballo trotador, disfraces —una bata de franela verde que lleva puesta Kropotkin como una señora, un sobretodo— y un *claque*) y señas (las notas de un violín, unas

patillas rubias, unas palmas), y Kropotkin logra por fin escapar. El único verdadero peligro, recuerda con humor, proviene del centinela del hospital al que tiene que entretener inventándose una historia sobre la cola de un parásito del cuerpo humano: «Esta discusión tenía lugar mientras yo saltaba al coche y nos poníamos en marcha. Parece fábula; pero es una realidad».[13] Una frase que bien podría aplicarse, por el elegante estilo narrativo de su autor, no solo a esta divertidísima escena, sino a gran parte de la obra del revolucionario.

Consciente de que el zar ha ordenado su búsqueda y captura inmediata (su hermana y la cuñada de su hermano, de hecho, son detenidos), Kropotkin se desplaza rápidamente hasta la costa occidental de Suecia, donde se embarca en un vapor que le lleva hasta Hull, Inglaterra. Al atravesar el mar del Norte, se inicia una furiosa tempestad, que a Kropotkin tan solo le produce placer: «Después de los dos años que había pasado en una sombría casamata, todas las fibras de mi ser parecían anhelantes y ansiosas de gozar de la completa intensidad de la vida».[14] Pero Inglaterra no es más que un lugar de paso, dado que su amigo Guillaume le insta a unirse de nuevo a la Federación del Jura. Pasa el tiempo suficiente en Londres para descubrir libros en el Museo Británico que dicen que el anarquismo forma parte de una filosofía de la vida sobre la relación del hombre con la naturaleza, y no solo con otros hombres. En cuanto encuentra en Suiza un trabajo relacionado con la geografía, se va de inmediato para allá.

PAN PARA TODOS

> Y, sin temor alguno, afirmamos que cada uno debe y puede comer tanto como necesite, y que la revolución vencerá cuando haya pan para todos.

Cuando Kropotkin regresa a la Federación del Jura en 1877 se nota aún con mayor severidad la reacción que está atravesando Europa. A su juicio, esta agrupación es el único representante de la vanguardia revolucionaria que alumbra a los que todavía luchan por la emancipación. En su memoria están la derrota total de Francia en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, el aplastamiento salvaje del levantamiento de la Comuna parisina y la subsiguiente implementación de leyes draconianas contra los trabajadores franceses partidarios de la Internacional.

En esta situación de repliegue, el movimiento socialista alemán representado por la fracción de la Internacional de la democracia socialista enarbola la consigna de «La conquista del poder, dentro del actual estado de cosas».[15] La aspiración es tomar progresivamente el poder dentro del marco parlamentario estatal, es decir, con la esperanza puesta en el avance desde una posición minoritaria a una mayoritaria mediante la búsqueda de la victoria en las urnas. La idea es que esta paulatina marcha hacia delante, dentro de los límites del Estado, pueda en un futuro más o menos remoto introducir, por medio de una legislación afín a los derechos de los trabajadores, y siempre dentro de las reglas del juego, el tan deseado «Estado popular». Entretanto, se sigue luchando de manera paralela con un programa de mínimos orientado a la consecución de conquistas sociales y laborales concretas. En Suiza, los demócratas socialistas consideran, por su parte, que el esfuerzo debe dirigirse contra el federalismo y hacia la centralización política estatal con vías a la obtención de logros económicos para los trabajadores, sea la administración de la tierra o la gestión de las

principales industrias. En uno y otro caso la consecuencia es, a juicio de Kropotkin, que la democracia socialista se está en efecto subordinando a la preocupación por las campañas electorales, menospreciando las actividades de las uniones de oficios (como en el caso de Suiza) y la misma idea de huelga, base de la agitación revolucionaria. En definitiva, se pone a remolque de la reacción.

La Federación del Jura se posiciona antagónicamente con respecto a la creencia en que dentro del sistema capitalista y por medio de la legislación se puede de veras lograr el objetivo último de la Internacional. Para los anarquistas, este tiene que ser la creación de una organización social del todo diferente mediante una revolución que pase ineludiblemente por la toma de posesión de la producción y la socialización de la riqueza y su consumo. Kropotkin piensa que todo esto conlleva una transformación radical: primero, de la inteligencia (y aquí incluye la ciencia, sobre la que tanto escribe); segundo, de la forma misma de vivir.

Como es sabido, el conflicto entre ambas facciones acaba con la disolución oficial de la Internacional en 1876, pero ya antes, en el congreso de la Haya celebrado en 1872, se había buscado su disolución mediante la expulsión de la Federación del Jura, y se había efectuado el traslado de su consejo general (formado por algunos demócratas socialistas) a Nueva York. A pesar de ello, la federación suiza, junto con la española, la italiana y la belga siguen reuniéndose en congresos internacionales durante unos pocos años. Cuando llega Kropotkin por segunda vez a Suiza acaba de morir Bakunin, y el primero pasa de inmediato a convertirse en la figura más destacada del anarquismo. A su juicio, el freno a la terrible reacción posterior a 1871 solo es posible gracias al espíritu revolucionario que sigue floreciendo entre sus filas, y entre las de los blanquistas franceses, los mazinianos italianos y los republicanos españoles.

Kropotkin participa en mítines y manifestaciones, colabora en la difusión de propaganda y viaja de sección en sección de la federación. Su actividad gira sobre todo en torno a la formulación de los aspectos prácticos y teóricos del comunismo anarquista, que luego aparecerán ampliamente desarrollados en *La conquista del pan*. La realidad de la Federación del Jura le hace pensar que una nueva forma de sociedad, que reemplazará la antigua, está germinando de entre las naciones civilizadas. Consiste en una sociedad de iguales, en la que nadie tiene que verse forzado a vender su fuerza de trabajo en el mercado, y en la que cada uno puede emplear sus aptitudes y conocimientos para sumarlos a los esfuerzos de otros en pro de una tarea común. Kropotkin insiste en que en tal sociedad la iniciativa individual debe ser apoyada a toda costa. Sin comprometerse un ápice con el actual estado de cosas en el mundo, barrunta una organización colectiva en la que se respetan las formas locales de autogobierno. En ella, se hacen cargo de la producción las pequeñas federaciones de oficios, mientras que los municipios se ocupan de organizar el consumo y los servicios. Unas y otros se asocian entre sí formando grupos más extensos, que progresivamente van abarcando más regiones, ampliando su campo de acción más allá de los límites de los países. El modelo de este asociacionismo lo halla Kropotkin en los ya existentes consorcios que se dan entre las compañías de ferrocarriles o las centrales de correos de diferentes naciones, los cuales cooperan entre sí, según él, sin tener un gobierno encargado de su dirección. La clave de esta colaboración reside en la libertad absoluta para el desarrollo de la producción, la invención y la organización, de manera que siempre, aquí de nuevo, nada de esto sea concebible si no tiene su base en la iniciativa individual. Otros modelos para el comunismo anarquista los encuentra Kropotkin en las ya existentes asociaciones de meteorólogos, ciclistas, maestros, etc., las cuales operan

con sus propias reglas de funcionamiento sin tener que vérselas con el poder estatal, cooperando entre ellas en ocasiones para toda clase de trabajo compartido, y a pesar de pertenecer a veces a estados antagónicos.

Sin duda, tanto en *La conquista del pan* como en otras partes de su obra, estamos ante esas amplias ideas a las que se refería Kropotkin tras su primera breve estancia en Suiza: ideas destinadas a interpelar no solo a la minoría revolucionaria de entre los trabajadores, sino también a la base más extensa de la clase media no revolucionaria que sin embargo pueda identificarse con ellas. ¿Estamos ante una propuesta maximalista bastante confusa?[16] ¿O ante un esbozo concreto de parámetros básicos de la sociedad comunista anarquista, válidos para ser llevados a la práctica?[17] La línea que separa una lectura de otra es muy fina, y es una constante en la recepción histórica de la obra de Kropotkin. Esta constante hunde sus raíces en los textos mismos de Kropotkin: buscan no solo la rebeldía y el sacrificio de los trabajadores —ya sea por medio de movimientos parciales o de revoluciones dramáticas—, sino también el apoyo de una clase media dispuesta a colaborar con los primeros en la reforma social. Se esfuerzan por ir contra formulaciones meramente ideales (y aquí incluye Kropotkin todo sistema que contenga algo de metafísica o de dialéctica) respecto a lo que debería ser la sociedad, pero al mismo tiempo se empeñan en encontrar en los procedimientos inductivos de las ciencias naturales las explicaciones que puedan dar cuenta de los movimientos y el devenir social. En efecto, este ha sido uno de los aspectos más criticados de la propuesta de Kropotkin: su creencia en que el desarrollo de la sociedad y de la historia en general sigue una lógica de la causación igual a la que la ciencia de su tiempo percibe para la naturaleza o el mundo de la física (positivismo); y su concomitante idea de que el método científico es capaz de proporcionar argumentos objetivos y antropológicos a favor del anarquismo

(cientifismo). Concretamente, en Kropotkin, estos argumentos pretenden ser algo así como fundamentos respecto a la creencia de que los seres humanos, en tanto que especie, tienen una propensión natural a la cooperación, al apoyo y al altruismo. Errico Malatesta le critica ya en vida su creencia en las posibilidades ilimitadas de la ciencia y su confianza en que la metodología científica sirve para desentrañar el devenir de la historia y las aspiraciones de emancipación. En particular, le echa en cara que considere que el anarquismo pueda ser explicado de forma mecanicista e integradora.[18]

La mayoría de las interpretaciones de la obra de Kropotkin nos recuerdan que esta fe en la ciencia predomina en algunos pensadores anarquistas clásicos, los cuales se ven a sí mismos como investigadores de la naturaleza, dispuestos a captar la verdad de lo social empíricamente. También tienden a imaginar los padres del anarquismo un movimiento natural y continuo de todos los elementos del mundo, o un estado de la naturaleza fundamental al que hay que regresar, y donde (a diferencia de Hobbes) predomina la concordia.[19] Todos ellos se amparan asimismo en la ciencia para dibujar una imagen alternativa a la sociedad autoritaria del siglo XIX. Cabe también traer a la memoria que el positivismo está presente en el pensamiento radical ruso del que bebe Kropotkin, así como en algunas muy importantes obras literarias de su tiempo.[20] Pero nadie llega a tener tan firme creencia como él en que la ciencia posee la capacidad de revelar las causas generales del sufrimiento humano y de aportar soluciones prácticas a los problemas de la humanidad desde una perspectiva que devuelva la armonía al mundo.

Una interpretación algo más afable de Kropotkin pone de manifiesto que lo que este llama «leyes» del desarrollo no son más que generalizaciones basadas en la observación y la experiencia, en ningún caso rígidas

determinaciones por las que necesaria y teleológicamente transita la evolución. También sugiere esta posible lectura que, si bien es cierto que Kropotkin comparte con Comte el presupuesto según el cual la historia es un proceso hacia una creciente racionalización, esto no conlleva en su caso la idea de que hay una garantía de progreso.[21]

Lo que está claro es que Kropotkin cree que las amplias ideas por él sugeridas (el no-gobierno, la confianza en uno mismo, la libre iniciativa) tienen que propagarse entre grandes capas de la población tanto o más que las ideas propiamente socialistas de la socialización de la propiedad y de la producción, las cuales han conducido en muchos casos a un doblegarse a nuevas formas de autoridad. La libertad se alza así sobre el pilar fundamental e irrenunciable desde el que propugnar profundos cambios sociales. Ahora bien, Kropotkin reconoce que si ese principio se esboza como absoluto se pueden dar excesos o exageraciones no deseados en su aplicación, los cuales, sin embargo, han de ser tolerados con la confianza puesta en que «los males momentáneos que produce la libertad con ella misma se curan».[22]

Conviene entonces comparar la noción de libertad manejada por Kropotkin con la que avanza el liberalismo clásico. Kropotkin está en contra de la concepción negativa de la libertad y de su creencia relacionada, a veces, con el *laissez-faire* económico. Su comunismo anarquista está a favor del individualismo, pero solo si se despliega en un entorno de solidaridad, y siempre y cuando florezca en comunidades pequeñas donde se posibilita la cooperación activa de todos sus participantes. Libertad sin igualdad real tampoco es concebible, pero ni una ni otra han de ser promovidas o amparadas por la ley, sino que deben realizarse bajo formas espontáneas de interacción («libres acuerdos») y gracias a la consecución de objetivos compartidos. En una proclama donde cabe de todo y para

todos, exclama: «El comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Y estos son los dos fines perseguidos por la humanidad a través de todos los tiempos: la libertad económica y la libertad política».

Kropotkin sitúa la causa de todas las injusticias y desigualdades presentes (las cuales tienen que ver todas ellas con el actual régimen de propiedad privada) en el modo de pensar según el cual la autoridad es necesaria, y achaca a la humanidad el autoengaño de atribuir a los gobernantes lo que en realidad deriva de sus inclinaciones y hábitos sociales. Hay que quitarse de encima el lastre de las tradiciones y prejuicios heredados del pasado (las restricciones y las obligaciones políticas) y las normas impuestas desde arriba y soportadas sumisamente. *La conquista del pan* está encaminada a romper la fe ciega que tienen los trabajadores en la aceptación del gobierno. Esta es, según Kropotkin, la verdadera raíz del fetichismo que rige sus vidas. Pero, si la crítica a la autoridad no viene acompañada de la valiente afirmación de la libertad, el esfuerzo será inútil. Hay que tener además presente que en el momento en que escribe Kropotkin, en medio de la reacción que atraviesa Europa, la libertad es algo que se puede perder en cualquier momento. Y en Rusia, la sublevación contra la miseria puede acarrear condenas a trabajos forzados, el destierro a Siberia o el patíbulo. En medio de todo esto, sin embargo, Kropotkin sigue afirmando que en «las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo». ¿Cómo llega a esta aseveración?

En los congresos socialistas e internacionales a los que asiste esos años comprueba la división existente entre los trabajadores: entre los que están bajo la dirección de la democracia socialista, la cual intenta reunir el movimiento obrero en una organización dependiente de un comité central, y

las agrupaciones de trabajadores que buscan preservar su autonomía a toda costa. Tiene muy claro que la «conquista del poder dentro del Estado actual» no puede abarcar todo el movimiento socialista y concibe la «conquista del pan»[23] como una alternativa real para el movimiento obrero. No se trata, sin embargo, de plantearla como otra utopía imposible de un solo movimiento unificado bajo las órdenes de un gobierno centralista. Y aquí encontramos la explicación de cómo le es posible dar cuenta del actual y terrible estado de cosas sin por ello dejar de vislumbrar signos de algo mejor: Kropotkin considera que la alternativa anarquista es como un movimiento subterráneo que a veces aparece en la realidad de forma misteriosa, como si fuera una corriente nueva que empieza a brotar entre el secano, una vivificación lenta pero constante de lo que parecía muerto en la superficie. Kropotkin es crítico con algunos ideales revolucionarios justamente por ser eso, meros ideales, así que lo que le permite referirse a veces al anarquismo como un ideal es precisamente el hecho de que hunde sus raíces en ese movimiento oculto pero incesante: «Tomando la "anarquía" como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad».

Así, para poner un ejemplo, sostiene que la prensa dirigida a los trabajadores no debe dar cuenta de sus sufrimientos y miserias, quedándose en la mera impotencia o en la plasmación de la inutilidad del esfuerzo. Con ánimo esperanzador, los periódicos deben poner «de manifiesto esos síntomas que en todas partes anuncian la venida de una nueva era»[24] e incluso atreverse a predecir lo que ocurrirá si tal pronóstico se realiza sin «perder de vista la multitud de signos que dan a conocer la nueva vida, separando los hechos anormales de aquellos que son esencialmente orgánicos, y edificando sobre esta base la generalización».[25] También es

interesante fijarse que en *La conquista del pan* Kropotkin sostiene que el comunismo anarquista debe continuar la corriente iniciada por el individualismo de las actuales sociedades, como si se tratase de una profundización de un principio ya activo en ellas, pero que para crecer a partir de ahora necesita el concurso en igualdad de todos: «Esta es la tendencia, eminentemente comunista, que poco a poco va surgiendo en todas partes, bajo todos los aspectos posibles, en el seno mismo de nuestras sociedades que predican el individualismo».

Se trata, pues, del pan como señal máxima de la esperanza, como representación de todos esos fenómenos que se están produciendo ya en el presente y que apuntan a un futuro mejor. ¿Qué función tiene entonces este símbolo en la articulación de modelo revolucionario y anarquista de Kropotkin?

En primer lugar, el pan es un recurso retórico —el lenguaje claro y sencillo al que tantas veces apela Kropotkin— para conseguir la aceptación de su propuesta anarquista tanto por parte de sujetos más o menos intelectuales como por parte de las masas sin educación; tanto por los trabajadores en situación de miseria, cuyo trozo no está para nada garantizado, como por la clase media a la que no le falta nunca un bocado. Así lo dice Élisée Reclus en el prefacio: «Se dirige a los hombres de buena voluntad que honestamente desean colaborar con la transformación social». Si el poder conlleva de forma necesaria una relación política vertical, el pan es concebido por Kropotkin como ese dato elemental sobre el que supuestamente no puede haber desacuerdo ni división: la ingesta de calorías sin más, sin calcular cuántas ni para quiénes. El pan es para todos, porque todos están de acuerdo en ello.

En segundo lugar, el pan es el símbolo de ese supuesto nexo que Kropotkin quiere encontrar entre lo natural y lo social: entre el alimento

como garante de la vida y la organización social que habrá de proveerlo. También, metodológicamente hablando, es ese presupuesto básico sobre el que se yergue la perspectiva de las ciencias naturales por él propugnada, y aplicada tanto al devenir de la historia como al diseño del programa anarquista. Siguiendo la biología de su tiempo, llama este punto de vista la «integración de las funciones» : el que, por ejemplo, tras la división geográfica del trabajo que se ha dado históricamente, en una etapa posterior revolucionaria cada ciudad tiene que cubrir por sí sola todas las necesidades —y por supuesto aquí incluye la agricultura y la producción de pan— sin tener que importar mercancías de las zonas rurales. Se trata de volver a «la ciudad como una unidad». También el pan guarda relación con la acción revolucionaria guiada como un proceso que va «de lo simple a lo complejo»: del pan a la vivienda, al vestido, a las vías y medios de producción… hasta llegar a las «necesidades de lujo» y el arte. En otro lugar escribe que «partimos del individuo libre para llegar a una sociedad libre, en vez de comenzar por el Estado para descender hasta el individuo», y el punto de partida son las necesidades de ese individuo.

Tercero, también es el pan algo así como una pieza mínima y supuestamente material que se puede contraponer al mundo de las ideas: el pan frente a las ideas burguesas, el pan frente a las ideas políticas jacobinas. El pan se articula como ese objeto último que en principio está más allá de las palabras y las trampas del lenguaje. En referencia, por ejemplo, a los grandes movimientos populares que tuvieron lugar en Francia (y sus concomitantes logros: la república en 1793, el derecho al trabajo en 1848 y la Comuna libre en 1871), Kropotkin les reprocha que se pusieran a organizar inmediatamente cuestiones políticas relacionadas con el gobierno, el poder, la administración, la separación entre la Iglesia y el Estado, etc., en vez de preocuparse por que el pueblo comiese:

> Grandes ideas se originaron en estas épocas, ideas que han conmovido al mundo; las palabras que fueron pronunciadas un siglo atrás aún hacen acelerar los latidos de nuestros corazones. Pero el pan faltaba en los suburbios.

Y en el mismo apartado, sobre «Los alimentos»:

> La idea burguesa fue la de dar discursos acerca de los grandes principios o, mejor dicho, acerca de las grandes mentiras. La idea popular será asegurar el pan para todos. Y mientras que burgueses y trabajadores aburguesados jugarán a ser grandes hombres en sus largas charlas, mientras que la gente práctica discutirá interminablemente acerca de las formas de gobierno, nosotros, «los utopistas», deberemos ocuparnos del pan cotidiano.

Y un poco más arriba:

> «¡Pan, la revolución necesita pan!»
>
> ¡Que se ocupen otros de repartir circulares de prosa brillante! ¡Que se pongan todos los galones que puedan soportar sus hombros! ¡Que otros hagan peroratas acerca de las libertades políticas! [26]

Invocar el pan le sirve a Kropotkin para afirmar que su propuesta no es un mero discurso ni una simple prosa brillante. La tradición intelectual de la que provenía y el empirismo científico por él abrazado no le permitían discernir que el pan es también una palabra inserta en un discurso —algunos lo llamarían hoy un significante vacío— tan tramposa, engañosa y mentirosa como cualquier otra. Y también maleable para que cada uno diga con ella lo que quiera. Escribe Reclus en el prefacio:

> *La conquista del pan*, debe tomarse en el sentido más amplio, ya que «no solo de pan vive el hombre». En una época en la que los generosos y los valientes intentan transformar su ideal de justicia social en una realidad, nuestra ambición no se limita a conquistar el pan, o incluso el vino y la sal. Es indispensable hacerse con todo aquello que nos es necesario o simplemente útil para una vida confortable. [27]

En cuarto lugar, el pan representa para Kropotkin el mundo de la satisfacción de las necesidades más básicas, acabar radicalmente con el hambre. El trasfondo de este planteamiento es la crítica que dirige a los presupuestos de algunas corrientes del socialismo que argumentan que, dado que vivimos en sociedades donde se produce mucho más de lo que se necesita, el defecto central de tales sociedades reside en la distribución, y la revolución debe consistir en distribuir de otra manera la plusvalía que en ellas se apropian los capitalistas: «que [la necesidad de transformación] no se deje llevar por esa ilusión, tan cara a los teóricos, de que la revolución debe limitarse a tomar posesión de la plusvalía, y de que la producción y el comercio pueden permanecer siendo lo que son en nuestros días». Kropotkin es de la opinión de que si vivimos en una sociedad en la que reina la propiedad privada, la producción —y no solo la distribución y el reparto— tiene que modificarse por completo porque no atiende a las necesidades más básicas de la vida. «La conquista del pan» es el nombre que le da a esta transformación de la producción con el objetivo de responder a esas necesidades primeras no satisfechas en lo más mínimo y así sacar de la miseria a las masas empobrecidas. Relacionado con este punto, Kropotkin también critica las proclamas de los trabajadores en pro del derecho al trabajo (un derecho reconocido por primera vez en la II República francesa, tras la revolución de 1848, junto al del sufragio universal masculino y la fijación de la jornada laboral en diez u once horas) alegando que esto no hace sino mantener el sistema salarial. En vez del derecho al trabajo, de lo que debe tratarse en su opinión es de apelar al «derecho al bienestar», y aquí el pan representa esa satisfacción básica y necesaria a la cual se le pueden después añadir otras satisfacciones y placeres ni tan esenciales ni tan imprescindibles. A Kropotkin no le

preocupa en absoluto apelar a un derecho, sin pararse a pensar un momento en que un derecho deber ser reconocido por la ley. Mantiene que el origen de tales derechos es el acto espontáneo de hacer algo de forma altruista por un ser humano:

> Los marineros de un bote de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufragado; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué necesitan conocerlos? «Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos: eso basta, su derecho queda asentado. ¡Salvémoslos!».

En quinto lugar, el pan representa la forma específica de anarquismo concebida por Kropotkin, en contraposición al colectivismo anarquista de Bakunin. El colectivismo propone la socialización de los medios de producción, pero defiende que la remuneración y el consumo se basen en la cantidad de trabajo realizada por cada individuo. Es decir, no elimina el sistema salarial, aunque aboga por uno mucho más igualitario que el capitalista: los bonos de trabajo. La idea que defiende Kropotkin es la de socializar tanto la producción como la distribución, de manera que la comunidad se encargue de proveer, sin tener que pagar por ello, los medios de subsistencia mínimos a todos sus miembros. El pan es el símbolo de esas necesidades básicas garantizadas, cuya satisfacción no puede tener un precio: «Quiérase o no, así entiende el pueblo la revolución. En cuanto haya barrido los gobiernos tratará, sobre todo, de asegurarse un alojamiento sano, una alimentación suficiente y el vestido necesario, sin tener que pagar un tributo por ellos». Su argumento parte de la idea de que el trabajo, del tipo que sea, es en esencia incalculable, y que la sociedad se sustenta y se mueve en lo fundamental por una generosidad que está más allá de cualquier tipo de intercambio: «Sería la extinción de la raza si la madre no gastase su vida

por conservar la de sus hijos, si el hombre no diese algo sin interés, si no diese sobre todo aquello por lo que no espera recompensa alguna».

En sexto lugar, en tanto que símbolo de las necesidades humanas más primarias, el pan representa aquello que ignora, según Kropotkin, la economía política de su tiempo (y aquí incluye de forma errónea también a Marx, cuyo programa consistió precisamente en criticar la economía política). La brocha con la que dibuja Kropotkin a sus adversarios es tan gorda que los hace irreconocibles, pero lo que busca es que el obrero o el campesino le entienda y no se ofusque con teorías sofisticadas: según él, la economía política analiza la división del trabajo, la manufactura, el beneficio, la acumulación del capital, la superproducción… Pero nada de esto le interesa al que carece de pan que llevarse a la boca. La economía política comete la equivocación de no hablar de las necesidades humanas y de compartimentar la experiencia. En su lugar, sostiene, necesitamos una fisiología social, una visión sintética y una buena dosis de lógica para razonar: el punto de partida es el hambre no satisfecho; la meta, el comunismo. Y, si alguien objeta, será por «un simple malentendido».

En séptimo lugar, la moral es presentada por Kropotkin como la acción dirigida a garantizar el pan para la subsistencia, e impulsada por los sentimientos humanitarios de la solidaridad y la empatía. Podríamos colocar aquí el libro en esa larguísima serie de variantes sobre la relación del pan con la ética: desde el romano «pan y circo», hasta los dichos del Evangelio «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra o disposición que sale de la boca de Dios» y «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy»; pasando por «El trabajador quiere pan, pero ella quiere también rosas» —el eslogan feminista de Rose Schneiderman en la huelga textil de Lawrence en 1912— y la promesa bolchevique «paz, tierra y pan». Sin olvidar las innumerables referencias en Brecht: «La justicia es el pan del pueblo»; «El que piensa no

emplea una luz de más, un pedazo de pan de más, un pensamiento de más»; «No faltaban la fe ni la esperanza, pero sí les faltaba carne y pan»; «Hambriento, ¿quién te alimentará? Si tú quieres pan, ven con nosotros, los que no lo tenemos», o la quizá no tan conocida frase de Lacan: «La mujer no solo vive de pan, sino de vuestra castración; esto es para los machos». Hoy día vienen a la cabeza también las reivindicaciones en Egipto en nombre de «Pan, libertad y justicia social»…

La conquista del pan puede ser leída junto con el posterior panfleto de Kropotkin «La moral anarquista» (1897). En este pequeño texto Kropotkin escribe sobre «el último pedazo de pan», el que es robado a un niño hambriento, el que es compartido con el que no tiene, el de la mujer que se lo da al primero que pasa por la calle… También sobre Perovskaya, la terrorista que mató al zar, pero que solo vivía de pan duro. Kropotkin defiende aquí una moral basada en las necesidades naturales de la supervivencia y la cooperación, y orientada por la búsqueda del placer y la evitación del dolor.

Finalmente, conviene mencionar que las invocaciones a la solidaridad, a la generosidad y al altruismo en *La conquista del pan* aparecen formuladas con un ropaje aún más científico, y de la mano del concepto del «mutual aid», en *El apoyo mutuo: un factor en la evolución*, una serie de ensayos que empieza a escribir cuando todavía está redactando *La conquista del pan*, y que finalmente aparece como libro en 1902. Aquí ofrece Kropotkin una alternativa a una corriente de pensamiento prevalente en su tiempo, según la cual los hombres viven en una continua lucha por la existencia. Es la tesis principal de la interpretación de la fórmula de Darwin llevada a cabo por Huxley en un artículo titulado «La lucha por la existencia en la sociedad humana», publicado en la revista *The Nineteenth Century* en 1888.[28]

Kropotkin es expulsado de Suiza tras defender en algunos escritos a los amigos que habían asesinado al zar Alejandro II en Rusia. Se muda un tiempo a Francia, donde prosigue con su activismo anarquista escribiendo artículos para *La Révolte*, reconvertida después en *Les Temps Nouveaux*. Continúa asistiendo a congresos revolucionarios europeos y participa en conferencias. En 1878 se casa con la joven emigrada rusa Sofía Ananiev, compañera infatigable en todas sus aventuras hasta la muerte. Pasa unos meses en Inglaterra, donde empieza a colaborar regularmente con diversas publicaciones científicas. De vuelta en Francia, es arrestado, acusado de ser miembro de la Internacional (organización que había sido declarada ilegal en ese país), aunque él no tiene nada que ver ni con ella, ni con los disturbios que asolan Lyon en otoño de 1882. Es condenado a cinco años de prisión, pero consigue salir al cabo del tercer año gracias al apoyo que recibe de numerosas personalidades (entre ellos William Morris, Alfred Russel Wallace y Víctor Hugo). En escritos posteriores sobre el sistema de prisiones, lo condena rotundamente por no cumplir la función reformadora para el que es concebido. Se instala en Inglaterra, mudándose varias veces de casa, y cuando la salud se lo permite cultiva su propio huerto. Aunque la acción revolucionaria baja en intensidad, sigue participando en diversos movimientos anarquistas ingleses, y sobre todo continúa su prolífica labor de científico, teórico y divulgador. Comienza sus escritos sobre la Revolución francesa. Viaja varias veces a Estados Unidos para dar conferencias, en una ocasión sobre literatura rusa. Reestablece el contacto con los movimientos sociales anarquistas rusos y empieza a publicar para el periódico anarquista ruso *Pan y libertad*. Escribe sobre la represión zarista que sigue a la revolución de 1905.

El estallido de la Primera Guerra Mundial supone una conmoción: Kropotkin decide apoyar a los aliados contra las potencias centrales. Piensa

que son preferibles los ideales republicanos de la revolución francesa al centralismo y autoritarismo alemán, también a la democracia socialista. Su decisión no es aceptada por muchísimos compañeros anarquistas que consideran el antibelicismo un principio intocable.

Al enterarse de la destitución del zar en febrero de 1917 se traslada inmediatamente a su país. En mayo es recibido en Petrogrado por setenta mil personas. La guerra civil trae consigo la persecución de los grupos anarquistas opuestos al bolchevismo, pero Kropotkin no corre peligro: al tratarse de una figura revolucionaria respetada, es protegido por Lenin. Escribe su obra póstuma, *Ética* (publicada en 1922).

Kropotkin rechaza con firmeza los métodos centralizadores y autoritarios de los bolcheviques, aunque apoya la creatividad de la transformación revolucionaria que está teniendo lugar en las cooperativas. Escribe varias cartas a Lenin criticando la brutalidad del gobierno. Defiende la libertad de expresión y de pensamiento, de la que pudo disfrutar en Suiza, y ahora sin embargo se está volviendo imposible. El 8 de febrero de 1921 fallece, y el gobierno bolchevique permite que se celebre su funeral en Moscú. Miles de anarquistas y simpatizantes salen a la calle a lamentar su muerte. Es la última manifestación pública del anarquismo en Rusia hasta 1987.

Comer hasta saciarse

En el capítulo dedicado a «Los alimentos», Kropotkin plantea una posible crítica a sus proposiciones, la de que en una sociedad en la que el trabajo sea libre estará llena de holgazanes. Y escribe lo siguiente:

> «Pero al cabo de un mes faltarán los víveres», nos gritan ya los críticos.

«¡Tanto mejor!», contestamos nosotros. Eso probará que, por primera vez en su vida, el proletario habrá comido hasta saciarse.

Si el pan es el elemento fundamental de lo que, según Kropotkin, constituye la existencia y pervivencia de la sociedad, no es extraño entonces que abunden en el libro las panaderías, los graneros, los hornos, las hornallas, las cosechas, los campos y cultivos y, por supuesto, los distintos tipos de bocado, los trozos que se tienen y no se tienen… el pan duro, el cereal (trigo y maíz), el salvado, la harina y hasta el «pedazo de pan» [sic] en que se convierte el salario, cuando se le arroja al pueblo para tenerlo contento y dominado simultáneamente. Se le escapa también a Kropotkin una referencia a las emperatrices de las islas Sandwich, tal vez evocando sin percatarse el emparedado inglés que ya existía entonces. Y se cuecen en el texto otros ingredientes y bebidas, incluso platos internacionales y dulces, y cómo no, múltiples expresiones sobre la comida, la cena, la ingesta, la nutrición, el hambre, el ayuno, los víveres, etc. Nadie ha escrito una prosa más suculenta que Kropotkin sobre el pan.[29]

La conquista del pan fue muy leído a principios del siglo XX: en España, sin ir más lejos, por el movimiento anarcosindicalista de la CNT, y por muchos otros trabajadores si prestamos atención al número de ejemplares vendidos en cada edición que se publicaba.[30] Algunos de los avisos a navegantes que en él aparecen se convirtieron en verdaderas premoniciones (por ejemplo cuando escribe que «Si alguna vez llegase a constituirse una sociedad comunista autoritaria no duraría, y bien pronto se vería obligada […] a disolverse o a reorganizarse sobre principios de libertad». Y su preocupación por el hambre no es, para nosotros, y por mucho que nos pese, un asunto superado. Es cierto, además, que algunas de las propuestas esbozadas en el libro —desarrolladas con posterioridad en *Campos, fábricas y talleres* y *El apoyo mutuo*— se encarnan hoy día en cooperativas

y economías a pequeña escala por todo el planeta y resuenan cada vez que brotan movimientos sociales descentralizados y no jerárquicos. Son ideas que reciben atención recurrente, por supuesto, entre las filas del anarquismo contemporáneo,[31] y bien podrían inspirar a los que hoy hablan de una «food justice» global.[32] Pero aunque se vuelva a ellas en momentos de protesta y búsqueda de alternativas económicas y políticas a la imparable mercantilización capitalista del mundo y las relaciones sociales, no se puede negar que el transcurrir del tiempo no ha sido particularmente benévolo con *La conquista del pan*.

Aparte de las ya mencionadas críticas al positivismo y cientifismo de su visión de la historia y de su programa comunista anarquista, son difíciles de digerir las descripciones que Kropotkin hace sobre el momento revolucionario y su después: un momento a partir del cual todos seremos felices (habremos alcanzado el pleno bienestar), tendremos satisfechas «todas las manifestaciones del espíritu humano», realizaremos sin pereza trabajos agradables, disfrutaremos de la puesta del sol, viviremos en plena armonía con la naturaleza y con los demás y, claro está, ¡nos hincharemos a pan!

Pero ¿y si dejásemos de leer *La conquista del pan* como un programa de acción revolucionario basado en la firme creencia en el progreso de la humanidad y de la ciencia? Una lectura alternativa de *La conquista del pan* podría tener como punto de partida —quisiera sugerir para acabar esta breve presentación— las últimas palabras del libro. Leámoslas marcha atrás recordando lo que Zola, ávido lector de Kropotkin, dijo en referencia a la belleza del texto: «un verdadero poema».[33] Así, tal vez encontremos detalles en el libro que lo hagan recobrar vida para nuestros días.

La conquista del pan finaliza con esta imagen de la sociedad soñada:

> Una sociedad así inspirada no tendrá que temer a las disensiones en su interior ni a los enemigos exteriores. A las coaliciones del pasado, ella opondrá su amor al nuevo orden, la iniciativa audaz de cada uno y de todos, llegando su fuerza a ser hercúlea con el despertar de su genio.
>
> Ante esa fuerza irresistible, los «reyes conjurados» nada podrán hacer. Tendrán que inclinarse ante ella, unirse al carro de la humanidad, rodando hacia los nuevos horizontes entreabiertos por la REVOLUCIÓN SOCIAL.

Kropotkin encabeza estos párrafos apelando no a la conquista del pan que da título, unidad temática y coherencia al libro, sino a «la conquista de los elevados placeres de los conocimientos y de la creación artística». Es interesante tomar nota también de que en la página anterior escribe, en referencia a los desarrollos de una futura ciencia al servicio del comunismo anarquista: «Se experimentará… Pero no, no vayamos más lejos, porque entraríamos en el dominio de la ficción». Kropotkin se interrumpe a sí mismo para no dejarse llevar por su lustrosa prosa y su fulgurante imaginación.

En la primera parte del libro, Kropotkin se muestra convencido de que la revolución tendrá que ser «un hecho cumplido y no un golpe teatral, como los que ya se han visto demasiadas veces», algo que recuerda bastante a lo que había escrito Marx anteriormente sobre las revoluciones burguesas en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*. Y sin embargo, a medida que el texto avanza, en una serie de repeticiones que, todas juntas, solo pueden tomarse como una denegación respecto a lo que él mismo está diciendo, y en referencia a la futura revolución social, Kropotkin mantiene que «No hay necesidad de hacer ninguna novela para esto». Kropotkin reconoce, sin quererlo, que la mirada científica con la que el texto se gesta e inicia se está deslizando poco a poco hacia el terreno de la ficción. Así, escribe dos veces más: «Pero no hagamos una novela agrícola»; «Sin embargo, no dejamos de repetirlo, no estamos haciendo una novela».

Tomando seriamente este deslizamiento, y releyendo ahora de nuevo algunos pasajes, comprobamos que la invocación de Kropotkin a la plena satisfacción revolucionaria y posrevolucionaria viene acompañada, a veces, por matizaciones que permiten crear cierta distancia insólita, incluso una leve sonrisa con respecto a lo dicho. Por ejemplo, sobre el momento revolucionario como tal, y haciendo una única referencia al posible incordio que le causará al burgués, sostiene:

> Es posible cambiar de gobierno sin que al buen burgués no le falte nunca la hora de la cena; pero no se repararan así los crímenes de una sociedad contra quienes la nutren.
>
> Habrá un trastorno, es cierto. Solo que es necesario que este trastorno no sea a pura pérdida, es preciso que sea reducido a un mínimo.

La conquista del pan solo puede leerse hoy hasta el final, página a página, si uno se deja atrapar por su ágil narrativa y muy sutil sentido del humor, y si sigue dócilmente los pasos que Kropotkin va dando en esta hermosa construcción de la imaginación… tomándola como una fábula, como esa novela que el mismo Kropotkin dice, negándolo varias veces, que es. Si el dicho de Fredric Jameson es que hoy día es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo, lo que aquí hoy pasmosamente nos encontramos es una imagen fantástica del fin de este sistema de producción. Se trata de una imagen creada cuando todavía era posible hacerlo, con un inaudito optimismo en pro de la emancipación, con una fe en el progreso que ya no es la nuestra, desde un ingenuo populismo, pero con el tácito y simultáneo reconocimiento de que en realidad se estaba entrando en el dominio de la fábula. Aquí reside, tal vez, la segunda vida, la contemporánea, de *La conquista del pan*. Pero ¿qué es adentrarse en este libro tratándolo como una obra de ficción?

Leamos las reflexiones de Kropotkin sobre el arte en *La conquista del pan*. En primer lugar, Kropotkin tiene muy claro que tras la revolución no habrá división de trabajo, y por tanto que, a partir de ese momento, todo poeta dedicará la mitad de su tiempo a cultivar los campos con su manos, y todo campesino hará lo propio para escribir poemas —o dedicarse a la ciencia—, si así lo desea. En segundo lugar, derivado de lo anterior, Kropotkin también mantiene (en línea con las ideas de William Morris) que, tras la revolución, el arte y la industria se desarrollarán conjuntamente de forma que «por mil gradaciones intermedias […] queden confundidos […]. Todo lo que rodea al hombre en su hogar, en la calle, en el interior y el exterior de los monumentos públicos debe ser de pura forma artística». Entonces, el arte formará parte de lo necesario e imprescindible, puesto que se habrá abolido la distinción entre el trabajo manual y el intelectual, y todos los trabajos serán creativos. Sin embargo, mientras siga habiendo hambre, el arte es un lujo: Kropotkin no tiene ninguna simpatía por *l'art pour l'art* ni por las vanguardias artísticas.[34] En *Palabras de un rebelde* subraya que el arte revolucionario tiene que ser un arte que conlleve una visión del mundo, que abra nuevas perspectivas, nuevos horizontes, y «nuevas vías a lo desconocido, en búsqueda del ideal».[35] Y en el siguiente párrafo exclama:

> Se siente la necesidad de una revolución inmensa, implacable, que venga no solo a derrumbar el régimen económico basado sobre la ruda explotación, la especulación y el fraude, la escala política basada en la dominación de unos cuantos, por la astucia, la intriga y la mentira, sino también a agitar la sociedad en la vida intelectual y moral, sacudir el estupor, rehacer las costumbres, llevar al ambiente de pasiones viles y mezquinas del momento el soplo vivificador de las nobles pasiones, de los grandes entusiasmos, de los generosos ideales.

Kropotkin está proclamando aquí de nuevo esas amplias ideas que deben orientar la lucha: palabras que puedan ser entendidas por todos. Pero en este

mundo todavía por crear es el poeta el que nos transporta allí donde la ciencia no alcanza, empujando a la humanidad, con su «genio creativo» —como decía también en las *Memorias*— a una dimensión ignota:

> No debería olvidarse que en el último análisis toda cuestión económica y social es una cuestión de psicología tanto del individuo como de la agregación social. No puede ser solventada por la aritmética sola. Por lo tanto, en las ciencias sociales, como en la psicología humana, el poeta a veces se entera más que el fisiólogo. En cualquier caso, también tiene su voz en esta materia.[36]

¿Y no es esto lo que hoy puede ser Kropotkin para nosotros? Un maestro del lenguaje llano y directo, un maravilloso creador de imágenes: sublimes por lo grandilocuentes, divertidas por lo ingenuas, magníficas por lo absurdas.

Así, dejémosle la última palabra, y vayamos al tercer apartado del capítulo dedicado a «Los alimentos», ahí donde escribe sobre la revolución fallida del 1793, y la solución que propone como alternativa para una revolución futura: abolir el sistema salarial y garantizar de inmediato el pan para todos.[37] Si se siguen sus sencillos designios, la revolución se logrará en… ¡ocho días!, y no cabrá preocuparse mucho por la más que probable resistencia a la expropiación por parte de la burguesía (por decirlo tan delicadamente como lo diría él, aunque en realidad casi ni menciona este contratiempo). Si no, se entrará en la misma espiral de violencia en la que sucumbió Europa entonces. Son pasajes vertiginosos:

> Notemos cómo triunfó la reacción del siglo pasado. Primero se guillotinó a los hebertistas, a los «enragés», a quienes, con el recuerdo reciente de las luchas, llamaba Mignet «los anarquistas». No tardaron en seguirlos los dantonianos. Y cuando los robespierristas hubieron guillotinado a estos revolucionarios, les tocó el turno de subir también al patíbulo […] Si el «orden queda reestablecido», decimos nosotros, los colectivistas guillotinarán a los anarquistas,

> los posibilistas guillotinarán a los colectivistas que, a su vez, serán guillotinados por los reaccionarios. La revolución tendría que volver a empezar.

Y he aquí la eficaz salida de este círculo vicioso, la comida:

> En vez de saquear panaderías para ayunar mañana, el pueblo de las ciudades insurrectas tomará posesión de los graneros de trigo, de los mataderos, de los almacenes de comestibles; en una palabra, de todos los víveres disponibles.

Despachada la revolución en un día más de lo que tardó Dios en crear el mundo, tal vez queden algunos flecos sueltos que resolver, que Kropotkin ventila… ¿cómo? Con más pan:

> Por otra parte, aunque hubiera que padecer durante quince días o un mes cierto desorden parcial y relativo, poco importa. Para las masas siempre será mejor que lo que hoy existe. Además, en tiempos de revolución se cena, sin quejas, riendo, o más bien discutiendo, con salame y pan duro.

Prefacio de Élisée Reclus a la primera edición de La conquista del pan (1982)

Piotr Kropotkin me ha pedido que escriba unas palabras para presentar su obra, y yo, a pesar de sentir cierto rubor por tal encargo, accedo a su deseo. Ya que nada puedo añadir al conjunto de sus argumentos, me arriesgo a debilitar la fuerza de sus palabras, pero me exime mi amistad con él. Mientras que para los «republicanos» franceses el culmen del buen gusto consiste en postrarse ante el zar, yo prefiero relacionarme con los hombres libres, unos hombres que este último ordenaría azotar, encerrar en mazmorras de una ciudadela o ahorcar en un patio oscuro. Cuando estoy con estos amigos, por un instante me olvido de la abyección de esos renegados que en su juventud enronquecían gritando: «¡Libertad, libertad!», y que hoy en día se esfuerzan en armonizar los aires de *La marsellesa* con los del *Bozhe, Tsarya khrani*.

En una de sus últimas obras, *Palabras de un rebelde*, Kropotkin hacía una crítica apasionada de la sociedad burguesa, tan cruel y corrompida, y apelaba a las energías revolucionarias contra el Estado y el régimen capitalista. *La conquista del pan*, que sigue a *Palabras de un rebelde*, es de un tono más calmado. Se dirige a los hombres de buena voluntad que honestamente desean colaborar en la transformación social, y expone a grandes rasgos las distintas fases de la historia inminente que nos permitirán, por fin, construir la familia humana sobre las ruinas de los bancos y de los Estados.

El título del libro, *La conquista del pan*, debe tomarse en el sentido más amplio, ya que «no solo de pan vive el hombre». En una época en la que los generosos y los valientes intentan transformar su ideal de justicia social en una realidad, nuestra ambición no se limita a conquistar el pan, o incluso el vino y la sal. Es indispensable hacerse con todo aquello que nos es necesario o simplemente útil para una vida confortable. Mientras no hayamos obtenido esta primera «conquista», mientras «siga habiendo gente pobre entre nosotros», resulta una broma de mal gusto llamar «sociedad» a ese conjunto de seres humanos que se odian entre sí y se autodestruyen como animales feroces encerrados en la arena de un circo.

Ya en el primer capítulo de esta obra el autor enumera las inmensas riquezas que la humanidad posee y el prodigioso equipamiento en máquinas que ha adquirido mediante el trabajo colectivo. Los frutos obtenidos de estas cada año bastarían ampliamente para procurar el pan a todos los hombres si el cuantioso capital de las ciudades, de las fábricas, de las vías de transporte y de las escuelas se convirtiesen en propiedad común en vez de ser propiedad privada. De este modo, el bienestar se obtendría con facilidad: la fuerza de trabajo de la que disponemos se utilizaría no para tareas inútiles o contradictorias, sino para la producción de todo aquello que necesita el hombre para adquirir alimentos, alojamiento, vestido, bienestar; para dedicarse al estudio de las ciencias, al cultivo de las artes.

Sin embargo, el acto de recuperar posesiones humanas, es decir, la expropiación, solo puede llevarse a cabo mediante el comunismo anarquista: hay que derrocar al Gobierno, destruir las leyes, repudiar su moral, ignorar a sus agentes y ponerse manos a la obra siguiendo la iniciativa de cada uno y agrupándose según las afinidades, los intereses, los ideales y la naturaleza de los trabajos emprendidos. El tema de la expropiación, el más importante de esta obra, es también el que ha tratado

el autor de forma más detallada, con sobriedad y sin recurrir a la violencia verbal, con calma y con la visión preclara que requiere el estudio de la inevitable revolución por venir. Después de haber derrocado al Estado, los grupos de trabajadores emancipados, que ya no se verán obligados a padecer bajo el yugo de los acaparadores y de los parásitos, podrán dedicarse a ocupaciones más atractivas que habrán elegido con total libertad y proceder al cultivo científico del suelo y a la producción industrial, disponiendo de tiempo libre para el ocio, sea este el estudio o los placeres. La parte del libro que aborda los trabajos agrícolas es de un interés capital, ya que relata casos que en la práctica ya se han llevado a cabo y se ha comprobado que resultarían fáciles de aplicar en todas partes y en grandes plantaciones, para el provecho de todos y no solo para el enriquecimiento de unos cuantos.

Los bromistas hablan del «fin del siglo» para burlarse de los vicios y de las excentricidades de la juventud elegante, pero ahora se trata de algo bien distinto al final de un siglo; nos aproximamos al fin de una época, de una era de la historia. Estamos asistiendo al derrumbe de una antigua civilización. Ya no nos impondrán su justicia a la fuerza y el capricho de la autoridad, la temible tradición judía y la cruel jurisprudencia romana; profesamos una nueva fe, y tan pronto esta fe, que es también ciencia, sea compartida por todos aquellos que buscan la verdad, tomará forma a través de los hechos, ya que la primera de las leyes históricas se basa en la certeza de que las sociedades deben modelarse a partir de un ideal. Pero ¿acaso los defensores del orden caduco podrán mantener su ideal? Ya no creen en él. No disponen ni de guía ni de bandera, combaten sin reflexión contra los renovadores, tienen leyes y fusiles, policías con porras, parques de artillería, pero todo ello no puede enfrentarse a una idea, y el antiguo régimen

inconstante y caprichoso y opresor del pueblo está condenado a desaparecer en una suerte de prehistoria.

Cierto, la revolución inminente, por importante que pueda ser en el desarrollo de la humanidad, no se diferenciará de revoluciones anteriores por producirse de un día a otro; la misma naturaleza no procede así. Pero sí podemos afirmar que, mediante miles de fenómenos y de profundas modificaciones, la sociedad anarquista ya hace tiempo que está en pleno crecimiento. Surge en todas aquellas partes donde el pensamiento libre se deshace de la letra del dogma, donde el genio del investigador ignora las viejas fórmulas, donde la voluntad humana se manifiesta mediante acciones independientes, donde los hombres sinceros, rebeldes a cualquier disciplina que se les imponga, se unen libremente para instruirse los unos a los otros y reconquistar juntos, sin amos, la parte que les corresponde de la vida así como la satisfacción de todas sus necesidades. Todo ello es la anarquía aun y cuando se la ignore, aunque cada vez se la reconoce más. Cómo no va a triunfar, puesto que la guía un ideal, audacia y voluntad, mientras que sus numerosos adversarios, que ya no tienen fe, se abandonan al destino, gritando: «¡Fin de siglo! ¡Fin de siglo!».

La revolución que se anuncia, así pues, se llevará a cabo, y nuestro amigo Kropotkin actúa en su labor de historiador situándose ya en este día para exponer sus ideas sobre cómo recuperar el patrimonio colectivo fruto del trabajo de todos e invitar a los indecisos, que se dan perfecta cuenta de las injusticias reinantes pero no osan rebelarse abiertamente contra una sociedad a la que están ligados mediante un millar de vínculos, intereses y tradiciones. Saben que la ley es única y mentirosa, que los magistrados son los cortesanos de los poderosos y de los opresores de los débiles, que una conducta honesta y honrada en el trabajo no siempre es recompensada con un trozo de pan, que la cínica impudicia del pequeño especulador bursátil y

la violenta crueldad del prestamista son mejores armas que todas las virtudes para la «conquista del pan» y del bienestar. Pero en vez de regir sus ideas, sus deseos y sus acciones a partir de un nuevo concepto de justicia, la mayoría de los indecisos huyen hacia algún callejón sin salida para no afrontar los peligros que supone una actitud abierta y franca. Lo mismo ocurre con los neorreligiosos que, al no poder ya confesar la «fe absurda» de sus padres, se entregan a alguna mística más original, sin dogmas precisos y se pierden en una bruma de sentimientos confusos: se convertirán en espiritistas, rosacruces, budistas o taumaturgos. Pretendidos discípulos de Sakiamuni, pero sin molestarse en estudiar la doctrina de su maestro, los caballeros melancólicos y las damas vaporosas simularán buscar la paz en la anonadación del nirvana.

No obstante, al hablar sin cesar de ese ideal esas «bellas almas» se sienten más tranquilas. En nuestra condición de seres materiales, es cierto que somos débiles y pensamos en el alimento, pues nos ha faltado a menudo. Les falta, hoy en día, a millones de hermanos eslavos, súbditos del zar, y a muchos millones más. ¡Pero más allá del pan, más allá del bienestar y de todas las riquezas colectivas que pueden procurarnos el cultivo de nuestros campos, vemos surgir a lo lejos, ante nosotros, un mundo nuevo en el que podremos amarnos en plenitud y satisfacer esta noble pasión por nuestro ideal que los amantes etéreos de la belleza, despreciando la vida material, describen como la sed inextinguible de sus almas! Cuando no haya ricos ni pobres, cuando el famélico no tenga que mirar con envidia al ahíto, la amistad natural podrá renacer entre los hombres, y la religión de la solidaridad, hoy asfixiada, tomará el lugar de esta mística vaga que dibuja imágenes huidizas sobre los vapores del cielo.

La revolución irá mucho más allá de sus promesas; renovará las fuentes de vida, lavándonos del contacto impuro con los agentes del orden y nos

liberará de esas viles preocupaciones económicas que envenenan nuestra existencia. Entonces cada uno de nosotros podrá seguir con libertad su camino: el trabajador realizará la tarea que le convenga; el científico investigará sin estar condicionado; el artista ya no prostituirá su ideal de belleza para ganarse el pan; y todos, en adelante, podremos llevar a cabo de forma concertada aquellas grandes cosas entrevistas por los poetas.

Entonces, sin duda, alguna vez recordaremos los nombres de aquellos que, con su abnegada labor, pagada con el exilio o la prisión, prepararon la nueva sociedad. En ellos pensamos al editar *La conquista del pan*: se sentirán un poco reconfortados al recibir este testimonio del pensamiento común a través de los barrotes o en tierra extranjera. El autor seguramente estará de acuerdo conmigo si dedico su libro a todos aquellos que sufren por la causa, y sobre todo a mi muy querido amigo, cuya vida entera fue una larga lucha por la justicia. No es necesario que diga su nombre: al leer las palabras de un hermano, se reconocerá en los latidos de su corazón.[*]

La conquista del pan

NUESTRAS RIQUEZAS

1

La humanidad ha avanzado mucho desde aquellas remotas edades en las cuales el hombre, moldeando en sílex herramientas rudimentarias, vivía de los azares de la caza y no dejaba a sus hijos más herencia que un refugio bajo las rocas, toscos utensilios de piedra y la naturaleza, inmensa, incomprendida, terrible, contra quien tenían que luchar para proteger su precaria existencia.

Sin embargo, durante ese confuso periodo de miles y miles de años, el ser humano acumuló tesoros inauditos. Roturó el suelo, desecó los pantanos, abrió senderos en los bosques, trazó caminos; edificó, inventó, observó, razonó; creó instrumentos complejos, le arrancó sus secretos a la naturaleza, dominó el vapor, por lo que, al nacer, el hijo del hombre civilizado dispone de un capital inmenso, acumulado por sus predecesores. Y ese capital le permite obtener ahora, mediante su trabajo y el de otros, riquezas que superan con creces las fantasías orientales de los cuentos de *Las mil y una noches.*

El suelo está, en parte, roturado, listo para recibir un cultivo inteligente y semillas ya seleccionadas, para engalanarse con cosechas abundantes, más

de las necesarias para satisfacer las demandas de la población. Se conocen ya los medios de cultivo.

En el suelo virgen de las praderas de América, cien hombres, ayudados por poderosas máquinas, producen en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir diez mil personas durante un año. Donde el hombre quiere duplicar, triplicar, centuplicar sus productos, forma el suelo, da a cada planta los cuidados que requiere y obtiene prodigiosas cosechas. Y mientras que, en otra época, el cazador tenía que moverse en una superficie de cien kilómetros cuadrados a fin de encontrar alimento para su familia, el hombre civilizado hace crecer con menos esfuerzos y mayor seguridad, en una diezmilésima parte de ese espacio, todo lo que necesita para que vivan los suyos.

El clima ya no representa un obstáculo. Cuando no hay sol, el hombre lo reemplaza por calor artificial; más adelante producirá también luz que activará el crecimiento de la vegetación. Con vidrios y tubos conductores de agua caliente, cosecha, en un espacio dado, diez veces más productos de los que antes conseguía.

Resultan aún más asombrosos los prodigios realizados en la industria. Con esos seres inteligentes que son las máquinas modernas —fruto de tres o cuatro generaciones de inventores, la mayoría desconocidos—, cien hombres fabrican con qué vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año suficiente combustible para calentar a diez mil familias en un clima riguroso. Y, no hace mucho, vimos surgir en pocos meses una ciudad maravillosa en el Campo de Marte, sin que hubiera la menor interrupción en el ritmo de trabajo de los obreros franceses.

Y, si bien es cierto que en la industria, en la agricultura y en el conjunto de nuestra organización social, la labor de nuestros antepasados solo

beneficia a un reducido número de personas, no es menos cierto que la humanidad entera podría disfrutar de una existencia de riqueza y lujo utilizando únicamente los siervos de hierro y de acero que posee.

Somos ricos, muchísimo más de lo que creemos. Ricos por lo que ya poseemos; aún más ricos por lo que podemos conseguir con los instrumentos actuales; infinitamente más ricos por lo que podríamos obtener de nuestro suelo, de nuestras manufacturas, de nuestra ciencia y de nuestros conocimientos técnicos, si se aplicasen con el fin de procurar el bienestar de todos.

2

Somos ricos en las sociedades civilizadas. Entonces ¿por qué vemos tanta miseria a nuestro alrededor? ¿Por qué ese trabajo penoso y embrutecedor de las masas? ¿Por qué esa inseguridad del mañana (incluso para el trabajador mejor retribuido) a pesar de las riquezas heredadas del ayer y de los poderosos medios de producción que darían a todos el bienestar a cambio de algunas horas de trabajo cotidiano?

Los socialistas lo han dicho una y otra vez hasta la saciedad e insisten en ello cada día, demostrándolo con argumentos tomados de todas las ciencias: porque todo aquello que es necesario para la producción —el suelo, las minas, las máquinas, las vías de comunicación, los alimentos, la vivienda, la educación, el saber— ha sido acaparado por algunos en el transcurso de esta larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia y opresión en que ha vivido la humanidad antes de aprender a domar las fuerzas de la naturaleza.

Porque estos, amparándose en pretendidos derechos adquiridos en el pasado, se apropian hoy de dos tercios del producto del trabajo humano, dilapidándolo del modo más insensato y escandaloso. Porque, reduciendo las masas al punto de no tener con qué vivir un mes o una semana, permiten al hombre trabajar únicamente si este consiente que le quiten la parte del león. Porque le impiden producir lo que necesita y le fuerzan a producir, no lo necesario para los demás, sino lo que mayores beneficios promete al acaparador.

¡En esto reside el socialismo!

Veamos el caso de un país civilizado. Talaron los bosques que antaño lo cubrían, se desecaron los pantanos, se saneó el clima: ya es habitable. El suelo, que en otros tiempos solo producía plantas silvestres, suministra hoy ricas mieses. Las formaciones rocosas, que sobresalen sobre los valles del Mediodía francés, forman terrazas por donde trepan las viñas de dorado fruto. Plantas silvestres que antes solo daban frutos ásperos o raíces no comestibles han sido transformadas por reiterados cultivos en sabrosas hortalizas, en árboles cargados de frutas exquisitas. Miles de caminos pavimentados y vías férreas surcan la tierra, horadan las montañas; en las primitivas gargantas de los Alpes, del Cáucaso y del Himalaya silba la locomotora. Los ríos se han hecho navegables; las costas, sondeadas y esmeradamente reproducidas en mapas, son de fácil acceso; puertos artificiales, trabajosamente hechos y resguardados contra los furores del océano, dan refugio a los buques. Se han perforado las rocas con pozos profundos; laberintos de galerías subterráneas se extienden allí donde hay carbón que sacar o minerales que recoger. En todos los puntos donde se entrecruzan caminos han brotado y crecido ciudades, que contienen todos los tesoros de la industria, de las artes y de las ciencias.

Generaciones enteras, nacidas y muertas en la miseria, oprimidas y maltratadas por sus patrones, extenuadas por el trabajo, han legado esta enorme herencia al siglo XIX.

Durante miles de años, millones de seres humanos han trabajado aclarando bosques, desecando pantanos, abriendo caminos y construyendo diques. Cada hectárea de suelo que labramos en Europa ha sido regada con el sudor de muchas razas; cada camino tiene una historia de servidumbre personal, de trabajo sobrehumano, de sufrimientos del pueblo. Cada legua de vía férrea, cada metro de túnel han recibido su porción de sangre humana.

Los pozos de las minas conservan aún frescas en la roca las muescas hechas por el brazo del barrenador. De uno a otro pilar pueden señalarse las galerías subterráneas por la tumba de un minero, arrebatado en la flor de la edad por el fuego del grisú, los hundimientos o las inundaciones; y fácil es adivinar cuántas lágrimas, privaciones y miserias sin nombre ha costado una de esas tumbas a la familia que vivía con el exiguo salario del hombre enterrado bajo los escombros.

Las ciudades, conectadas entre sí con vías férreas y líneas de navegación, son organismos que han vivido siglos. Cavad su suelo y encontraréis hiladas superpuestas de calles, casas, teatros, circos y edificios públicos. Profundizad en su historia y veréis cómo la civilización de la ciudad, su industria, su genio han crecido y madurado lentamente por el concurso de todos sus habitantes, antes de llegar a ser lo que son hoy.

Y aun ahora, el valor de cada casa, de cada taller, de cada fábrica, de cada almacén solo es producto de la labor acumulada de millones de trabajadores sepultados bajo tierra, y se mantiene únicamente por el esfuerzo de legiones de hombres que habitan en ese punto del globo. Cada uno de los átomos de lo que llamamos la riqueza de las naciones adquiere su valor por el hecho

de formar parte de ese inmenso todo. ¿Qué sería de las dársenas de Londres, o de los grandes almacenes de París de no encontrarse situados en esos grandes centros del comercio internacional? ¿Qué sería de nuestras minas, de nuestras fábricas, de nuestros astilleros y de nuestras vías férreas sin el cúmulo de mercaderías transportadas cada día por mar y por tierra?

Millones de seres humanos han trabajado para crear esta civilización de la que hoy nos vanagloriamos. Otros millones, diseminados por todos los rincones del globo, trabajan para sostenerla. Sin ellos, dentro de cincuenta años, no quedarían más que escombros.

Incluso el pensamiento y la invención son hechos colectivos, producto del pasado y del presente. Miles de inventores, conocidos o no, muertos en la miseria, han creado esas máquinas en las cuales el hombre admira su genio. Miles de escritores, poetas y pensadores han trabajado para elaborar el conocimiento, extinguir los errores y crear esa atmósfera de pensamiento científico, sin la cual no habría aparecido ninguna de las maravillas de nuestro siglo. Pero esos millares de filósofos, poetas, sabios e inventores, ¿acaso no se inspiraron también en la labor de los siglos anteriores? ¿No fueron durante su vida alimentados y sostenidos, tanto en lo físico como en lo moral, por legiones de trabajadores y artesanos de todas clases? ¿No adquirieron su fuerza impulsiva en aquello que les rodeaba?

En efecto, el genio de un Séguin, de un Mayer y de un Grove ha hecho más por desarrollar la industria que todos los capitalistas del mundo. Pero estos mismos genios son hijos de la industria igual que de la ciencia; porque ha sido necesario que miles de máquinas de vapor transformasen, año tras año, a la vista de todos, el calor en fuerza dinámica y esta fuerza en sonido, en luz y en electricidad, antes de que esas inteligencias geniales llegasen a proclamar el origen mecánico y la unidad de las fuerzas físicas. Y si nosotros, los hijos del siglo XIX, hemos comprendido al fin esta idea y

hemos sabido aplicarla, es también porque estábamos preparados para ello por la experiencia cotidiana. También los pensadores del siglo pasado la habían entrevisto y enunciado, pero no acabaron de comprenderla, porque el siglo XVIII no creció, al contrario que nosotros, junto a la máquina de vapor.

Pensemos en las décadas que habrían transcurrido desconociendo esa ley que nos ha permitido revolucionar la industria moderna si Watt no hubiese encontrado en Soho a trabajadores hábiles para construir con metal sus planes teóricos, perfeccionar todas sus partes y crear por fin el vapor, aprisionándolo dentro de un mecanismo completo para hacerlo más dócil que el caballo, más manejable que el agua; convertirlo, en una palabra, en el alma de la industria moderna.

Cada máquina tiene la misma historia: noches en blanco y miseria, desilusiones y alegrías, mejoras parciales halladas por varias generaciones de obreros desconocidos que han añadido a la invención primitiva esas pequeñas aportaciones, sin las cuales permanecería estéril la idea más fecunda. Aún más: cada nueva invención es una síntesis resultante de mil inventos anteriores en el inmenso campo de la mecánica y de la industria.

Ciencia e industria, conocimiento y aplicación, descubrimiento y realización práctica que conducen a nuevas invenciones, trabajo intelectual y trabajo manual, la idea y la labor de los brazos, todo se entrelaza. Cada descubrimiento, cada progreso, cada aumento de la riqueza de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual e intelectual del pasado y del presente.

Entonces ¿con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y decir «esto es mío y no vuestro»?

3

Pero sucedió que, desde el principio de la humanidad, todo cuanto permite al hombre producir y acrecentar sus fuerzas productivas fue acaparado por unos cuantos. Algún día tal vez contemos cómo ocurrió. Por ahora, nos basta con constatar este hecho y analizar las consecuencias.

El suelo, que precisamente obtiene su valor de las necesidades de una población que crece sin cesar, pertenece hoy a minorías que pueden impedir e impiden al pueblo cultivarlo, o bien no le permiten cultivarlo según las necesidades modernas.

Las minas, que representan el trabajo de muchas generaciones y cuyo valor proviene de las necesidades de la industria y de la densidad de la población, pertenecen también a unos pocos; y esos pocos limitan la extracción del carbón, o la prohíben en su totalidad, si pueden colocar sus capitales en otra actividad más ventajosa.

También la maquinaria es propiedad solo de unos cuantos, y si, por ejemplo, una máquina es fruto incontestable de los perfeccionamientos aportados por tres generaciones de trabajadores, seguirá perteneciendo a algunos patronos; y si los nietos del inventor que construyó hace cien años la primera máquina de hacer encajes se presentasen hoy en una manufactura de Basilea o de Nottingham y reclamasen sus derechos, les gritarían: «¡Marchaos de aquí; esta máquina no es vuestra!». Y si quisieran tomar posesión de ella, los fusilarían.

Los ferrocarriles, que no serían más que inútil hierro viejo sin la densa población de Europa, sin su industria, su comercio y sus intercambios, pertenecen a algunos accionistas, ignorantes quizá de dónde se encuentran

las vías comerciales que les aportan rentas superiores a las de un rey de la Edad Media. Y si los hijos de aquellos que murieron a millares cavando las trincheras y abriendo los túneles se reuniesen un día y fueran, andrajosos y hambrientos, a pedir algo de comer a los accionistas, se encontrarían frente a las bayonetas y a la metralla para dispersarlos y defender los «derechos adquiridos».

En virtud de esta organización monstruosa, cuando el hijo del trabajador entra en la vida, no halla campo que cultivar, máquina que conducir, ni mina que acometer con el zapapico, si no cede a un patrón la mayor parte de lo que él produzca. Tiene que vender su fuerza de trabajo por una ración mezquina e incierta. Su padre y su abuelo trabajaron en desecar aquel campo, en edificar aquella fábrica, en perfeccionar las máquinas. Han trabajado haciendo pleno uso de sus fuerzas; ¿acaso se puede dar más que eso? Pero han venido a este mundo más pobres que el último de los salvajes. Para poder cultivar ese campo, tiene que ceder la cuarta parte del producto a su patrón, y otra cuarta parte al gobierno y a los intermediarios. Y ese impuesto que debe pagar al Estado, al capitalista, al patrón y al negociante crecerá sin cesar. Si se dedica a la industria, se le permitirá que trabaje a condición de no recibir más que el tercio o la mitad del producto, siendo el resto para aquel a quien la ley reconoce como propietario de la máquina.

Clamamos contra el barón feudal que no permitía al agricultor tocar la tierra, a menos que le entregase el cuarto de la cosecha. Llamamos a eso la época de los bárbaros. Y, aunque las formas hayan cambiado, las relaciones son las mismas. Y, así, el trabajador, con el nombre de libre contratación, acepta obligaciones feudales; porque no encontraría condiciones más

aceptables en ninguna parte. Como toda propiedad tiene dueño, se ve obligado a ceder o a morirse de hambre.

De tal estado de cosas resulta que toda nuestra producción es un contrasentido. A la empresa no le conmueven las necesidades de la sociedad; su único objetivo es aumentar los beneficios del negociante. De ahí las continuas fluctuaciones de la industria y las crisis crónicas, que dejan en la calle a miles de trabajadores.

Puesto que los obreros no pueden comprar con su salario las riquezas que producen, la industria busca mercados fuera, entre los acaparadores de las demás naciones. En Oriente, en África, Egipto, Tonkín, el Congo, en cualquier parte, el europeo, por lo tanto, debe incrementar el número de sus siervos. Pero en todas partes encuentra competidores, puesto que todas las naciones evolucionan en el mismo sentido. Y estallan guerras —es la guerra permanente— por el derecho de ser dueños de los mercados; guerras por las posesiones en Oriente, por el imperio de los mares, para imponer impuestos aduaneros y dictar condiciones a sus vecinos, ¡guerras contra los que se sublevan! En Europa, el ruido de los cañones no cesa; generaciones enteras son asesinadas; los Estados europeos gastan en armamentos el tercio de su presupuesto, y ya sabemos qué son los impuestos y cuánto le cuestan al pobre.

La educación también es privilegio de ínfimas minorías. ¿Puede hablarse de educación, cuando el hijo del obrero se ve obligado a los trece años a bajar a la mina o ayudar a su padre en las labores del campo? ¿Podemos hablarle de estudios al obrero que regresa a casa, por la noche, extenuado por una jornada de trabajo forzado, casi siempre embrutecedor? Las sociedades se dividen en dos campos hostiles, y en estas condiciones la libertad no es más que una palabra vana.

Los radicales exigen mayores libertades políticas, pero en cuanto advierten que el hálito de la libertad produce con rapidez el levantamiento de los proletarios, entonces retoman la casaca, cambian de opinión y regresan a las leyes excepcionales y al gobierno del sable. Un vasto conjunto de tribunales, jueces, verdugos, policías y carceleros es necesario para mantener los privilegios. Y este conjunto se convierte en el origen de todo un sistema de delaciones, engaños, amenazas y corrupción.

Además, este sistema suspende el desarrollo de los sentimientos sociales. Cualquiera comprende que sin rectitud, sin respeto a sí mismo, sin simpatía y apoyo mutuo, la especie acabará extinguiéndose, como se extinguen algunas especies animales que viven del robo o de la servidumbre. Pero eso no les importa a las clases dirigentes, e inventan toda una ciencia, absolutamente falsa, para probar lo contrario.

Se han dicho cosas muy hermosas acerca de la necesidad de compartir lo que se posee con aquellos que no tienen nada. Sin embargo, cuando se le ocurre a cualquiera poner en práctica este principio, enseguida se le advierte que todos esos grandes sentimientos tan solo son buenos en los libros de poesía, pero no en la vida. «Mentir es envilecerse, rebajarse», decimos, y toda la existencia civilizada se convierte en una gran mentira. ¡Y nos habituamos, y acostumbramos a nuestros hijos a practicar como hipócritas una doble moralidad! Y como el cerebro no se presta fácilmente a ello, lo moldeamos según los principios sofistas. Hipocresía y sofismo se convierten entonces en la segunda naturaleza del hombre civilizado.

Pero una sociedad no puede vivir así; debemos volver a la verdad, o bien desaparecer.

El simple hecho del acaparamiento extiende así sus consecuencias al conjunto de la vida social. Bajo riesgo de perecer, las sociedades humanas se ven obligadas a regresar a los principios fundamentales: puesto que los medios de producción son obra de la colectividad humana, estos deben volver a las manos de esa misma colectividad. No es justo ni provechoso que unos cuantos se apropien de estos medios. Todo es de todos, puesto que todos lo necesitan, ya que todos han trabajado en la medida de sus fuerzas, y es materialmente imposible determinar la parte que pudiera corresponder a cada uno en la actual producción de las riquezas.

¡Todo es de todos! He aquí la inmensa maquinaria que el siglo XIX ha creado; he aquí millones de esclavos de hierro que llamamos máquinas que cepillan y sierran, tejen e hilan para nosotros, que descomponen y recomponen la materia prima y forjan las maravillas de nuestra época.

Nadie tiene derecho a apoderarse de una sola de esas máquinas y decir: «Es mía; por su uso, me pagaréis un tributo por cada uno de vuestros productos». Como tampoco el señor de la Edad Media tenía derecho a decir al labrador: «Esta colina, ese prado, son míos, y me pagaréis por cada gavilla de trigo que cojáis, por cada montón de heno que forméis».

¡Todo es de todos! Y, mientras el hombre y la mujer aporten su parte de trabajo, tienen derecho por ello a una parte de todo lo que produzcan los demás. Y esa parte les aportará bienestar.

Basta de esas fórmulas ambiguas, tales como el «derecho al trabajo» o «a cada uno el producto íntegro de su trabajo». Lo que proclamamos nosotros es EL DERECHO AL BIENESTAR, EL BIENESTAR DE TODOS.

El bienestar para todos

1

El bienestar para todos no es una fantasía. Es posible, realizable, después de lo que han hecho nuestros antepasados para fecundar nuestra fuerza de trabajo.

Sabemos que los productores, que apenas representan un tercio de la población en los países civilizados, producen ya lo suficiente para que exista cierto bienestar en el hogar de cada familia. Sabemos, además, que si todos aquellos que derrochan hoy los frutos del trabajo ajeno se viesen obligados a ocupar su tiempo ocioso en trabajos útiles, nuestra riqueza crecería en proporción múltiple en el número de brazos productores. Y también sabemos que, en contra de la teoría del pontífice de la ciencia burguesa, Malthus, el hombre acrecienta su fuerza productiva con mucha más rapidez de lo que él mismo se multiplica. Cuanto mayor es la población en un territorio, más rápido es el progreso de sus fuerzas productivas.

Mientras que la población de Inglaterra solo ha aumentado en un 62 por ciento desde 1844, su fuerza de producción ha crecido el doble, o sea un 130 por ciento. En Francia, donde la población ha aumentado menos, el crecimiento es, sin embargo, rapidísimo. A pesar de la crisis agrícola, de la injerencia del Estado, del impuesto de sangre, de la banca, de las

contribuciones y de la industria, la producción de trigo se ha cuadriplicado y la producción industrial se ha decuplicado en estos últimos ochenta años. En Estados Unidos el progreso es aún más asombroso: a pesar de la inmigración o, más bien, precisamente a causa de ese aumento de trabajadores europeos, Estados Unidos ha decuplicado su producción.

Pero estas cifras apenas dan una idea de lo que podría incrementarse la producción en mejores condiciones. Hoy, a medida que se desarrolla la capacidad de producir, aumenta en una proporción espantosa el número de personas ociosas e intermediarios. Al contrario de lo que se decía en otros tiempos entre socialistas —que el capital pronto llegaría a concentrarse en tan pocas manos que bastaría expropiar a unos cuantos millonarios para recuperar las riquezas comunes—, cada vez es mayor el número de los que viven a costa del trabajo ajeno.

En Francia apenas hay diez productores directos por treinta habitantes. Toda la riqueza agrícola del país es obra de menos de siete millones de hombres, y en las dos grandes industrias de las minas y de los tejidos se cuentan menos de dos millones quinientos mil obreros. ¿Cuál es el número de explotadores del trabajo? En Inglaterra (sin Escocia e Irlanda), un millón treinta mil obreros, hombres, mujeres y niños, fabrican todos los tejidos; un poco más de medio millón explotan las minas; menos de medio millón labran la tierra, y aquellos que elaboran las estadísticas tienen que exagerar las cifras para obtener un máximo de ocho millones de productores para veintiséis millones de habitantes. En realidad, son de seis a siete millones de trabajadores los que crean las riquezas enviadas al resto del mundo. ¿Y cuántos son los rentistas o los intermediarios que añaden a sus rentas las que se adjudican haciendo pagar al consumidor de cinco a veinte veces más de lo que han pagado al productor?

Y eso no es todo. Aquellos que detentan el capital reducen o impiden constantemente la producción. No hablemos de esos toneles repletos de ostras arrojados al mar para impedir que la ostra llegue a ser un alimento de la plebe y deje de ser una exquisitez exclusiva de la gente acomodada; no hablemos de los miles de artículos de lujo —tejidos, alimentos, etc.— tratados de igual manera que las ostras. Recordemos tan solo cómo se limita la producción de aquellos productos necesarios a todo el mundo. Ejércitos de mineros están más que dispuestos a extraer todos los días carbón y enviarlo a quienes tiritan de frío. Pero con frecuencia a uno o dos tercios de esos ejércitos se les impide trabajar más de tres días por semana, para mantener los precios altos. Miles de tejedores no pueden manejar los telares, mientras que sus mujeres y sus hijos no tienen sino harapos con que cubrirse, y las tres cuartas partes de los europeos no cuentan con vestido que merezca tal nombre.

Centenares de altos hornos, miles de manufacturas permanecen en todo momento inactivos; otros no trabajan más que la mitad del tiempo, y en cada nación civilizada hay siempre una población de unos dos millones de individuos que piden trabajo y no lo encuentran.

Millones de hombres serían felices con transformar los espacios incultos o mal cultivados en campos cubiertos de ricas mieses. Un año de trabajo bien hecho les bastaría para quintuplicar el producto de tierras que hoy no producen más que ocho hectolitros de trigo por hectárea. Pero esos valientes pioneros deben seguir parados porque los propietarios de la tierra, de la mina, de la fábrica prefieren invertir su capital —capitales robados a la comunidad— en préstamos a los turcos o a los egipcios, o en acciones de

oro de la Patagonia, que trabajen para ellos los *fellahs* egipcios, los italianos expulsados de su país de origen o los *coolies* chinos.

Esta es la limitación consciente y directa de la producción. Pero hay también una limitación indirecta e inconsciente, que consiste en malgastar el trabajo humano en objetos absolutamente inútiles, o destinados solo a satisfacer la necia vanidad de los ricos.

Es imposible evaluar en cifras hasta qué punto la productividad se ve reducida indirectamente por el desperdicio de las fuerzas que podrían servir para producir y, sobre todo, para preparar las herramientas y equipamiento indispensables para esta producción. Baste citar los miles de millones gastados por Europa en armamento, sin más fin que conquistar mercados para imponer su ley económica a los países vecinos y facilitar así su explotación; los millones pagados cada año a los funcionarios de toda calaña, cuya misión es mantener el derecho de las minorías a gobernar la vida económica de la nación; los millones gastados en jueces, cárceles, policías y todo ese embrollo que llaman justicia, cuando basta, como es sabido, con reducir un poco la miseria de las grandes ciudades para que la criminalidad disminuya en proporciones considerables; en fin, los millones empleados en propagar a través de la prensa ideas nocivas y noticias falsas, en provecho de partidos, de personajes políticos y de compañías explotadoras.

Pero eso no es todo. Aún se invierte demasiado trabajo de forma inútil: aquí para mantener la caballeriza, la perrera y la servidumbre doméstica del rico; allí para responder a los caprichos de las rameras de alto rango y al depravado lujo de los vicios elegantes; en otra parte para forzar al consumidor a que compre lo que no le hace falta, o imponerle con reclamos

un artículo de mala calidad; más allá para producir sustancias alimenticias altamente nocivas para el consumidor, pero provechosas para el fabricante y el vendedor. Lo que se malgasta de esta manera bastaría para duplicar la producción útil, o para crear manufacturas y fábricas que pronto llenarían los almacenes de todas las provisiones de las que carecen dos tercios de la nación.

De ahí resulta que de aquellos que en cada nación se dedican a los trabajos productivos, la cuarta parte por lo menos, se ven obligados con regularidad a un paro forzoso de tres a cuatro meses por año; y otra cuarta parte, si no la mitad, no puede producir con su trabajo otros resultados que divertir a los ricos o explotar al público.

Así, pues, por un lado, si se considera la rapidez con que las naciones civilizadas aumentan su fuerza de producción, y por otra los límites que se le imponen, sea de forma directa o indirecta debido a las condiciones actuales, debe deducirse que una organización económica medianamente razonable permitiría a las naciones civilizadas amontonar en pocos años tantos productos útiles que se verían en el caso de exclamar: «¡Basta de carbón, basta de trigo, basta de telas! ¡Descansemos, recojámonos para utilizar mejor nuestras fuerzas, para emplear mejor nuestros ocios!».

No, el bienestar para todos ya no es una fantasía. Lo era cuando a duras penas el hombre lograba recolectar ocho o diez hectolitros de trigo por hectárea, o construir él mismo las herramientas mecánicas necesarias para la agricultura y la industria. Ya no es una fantasía desde que el hombre ha inventado el motor que, con un poco de hierro y algunos kilos de carbón, le da la fuerza de un caballo dócil, manejable, capaz de poner en movimiento la máquina más complicada.

Pero para que el bienestar llegue a ser una realidad, es preciso que el inmenso capital —ciudades, casas, tierras cultivadas, fábricas, vías de comunicación, educación— deje de ser considerado como una propiedad privada de la que el acaparador dispone a su antojo. Es indispensable que esos valiosos instrumentos de la producción, duramente obtenidos, edificados, fabricados e inventados por nuestros antepasados, sean propiedad común, a fin de que el espíritu colectivo saque de él los mayores beneficios para todos.

Se impone pues la EXPROPIACIÓN. El bienestar de todos como fin; la expropiación como medio.

2

La expropiación: tal es el problema que la historia nos ha planteado a los hombres de finales del siglo XIX. Devolver a la comunidad todo aquello que sirva para conseguir el bienestar.

Pero este problema no puede resolverse por la vía legislativa. Nadie se plantea esta posibilidad. Tanto el pobre como el rico saben que ni los gobiernos actuales ni los que pudieran surgir de una revolución política serían capaces de resolverlo. Se siente la necesidad de una revolución social, y ricos y pobres perciben que esa revolución está próxima, que puede estallar de un día para otro.

Durante este último medio siglo se ha producido una evolución en los espíritus, pero esta evolución ha sido refrenada por una minoría, es decir, por las clases poseedoras, y puesto que no ha podido tomar cuerpo, es necesario que se deshaga, mediante la fuerza, de los obstáculos y que se realice con violencia a través de la revolución.

¿De dónde vendrá la revolución? ¿Cómo se anunciará? Es una incógnita. Pero los que observan y reflexionan no se equivocan: trabajadores y explotadores, revolucionarios y conservadores, pensadores y hombres prácticos, todos sienten que está a punto de producirse.

¿Y qué haremos cuando estalle la revolución?

Todos nos hemos centrado tanto en ese lado dramático de las revoluciones y tan poco en su obra verdaderamente revolucionaria que muchos de nosotros no ven en esos grandes movimientos más que el aparato escénico, la lucha de los primeros días, las barricadas. Pero esas luchas, esas primeras escaramuzas terminan muy pronto; solo después de la derrota de los antiguos gobiernos comienza la obra real de la revolución.

Los gobernantes, incapaces e impotentes, atacados por todas partes, pronto son arrastrados por la insurrección. La monarquía burguesa de 1848 dejó de existir en pocos días; y cuando un coche de alquiler llevaba a Luis Felipe fuera de Francia, a París poco le importaba ya el exrey.

El 18 de marzo de 1871, el gobierno de Thiers desapareció en pocas horas, dejando París dueño de su destino. Y, sin embargo, 1848 y 1871 no fueron más que insurrecciones. Ante una revolución popular, los gobernantes desaparecen con sorprendente rapidez. Huyen, y unos cuantos se van a conspirar a otra parte para un posible regreso.

Desaparecido el antiguo gobierno, el ejército, vacilante ante el levantamiento popular, ya no obedece a sus jefes; estos, prudentes, se han ido a toda prisa. La tropa se cruza de brazos y deja hacer, o bien, con las armas en alto, se une a los insurrectos. La policía, agitando los brazos, no sabe si debe golpear a la multitud o si gritar «¡Viva la Comuna!». Y los agentes del orden público se meten en sus casas «a esperar el nuevo

gobierno». Los orondos burgueses hacen la maleta y se ponen a buen recaudo. Solo queda el pueblo. Así se anuncia una revolución.

Se proclama la Comuna en varias ciudades grandes. Miles de hombres están en las calles y acuden por la noche a asambleas improvisadas, preguntándose «¿Qué vamos a hacer?», y discutiendo con ardor cuestiones públicas. Todo el mundo está interesado en participar; los indiferentes de la víspera son quizá los más exaltados. Por todas partes se ve mucha buena voluntad, un vivo deseo de asegurar la victoria. La entrega, en algunos, es absoluta. El pueblo no desea más que ir hacia delante.

Todo resulta muy bonito, incluso conmovedor. Pero esto no es aún la revolución. Al contrario, es ahora cuando comienza el verdadero trabajo del revolucionario.

De seguro que se llevarán a cabo venganzas personales; los Watrin y los Thomas pagarán caro su impopularidad. Pero no serán más que accidentes propios de la lucha y no de la revolución.

Los socialistas gubernamentales, los radicales, los genios desconocidos del periodismo, los oradores brillantes —burgueses y extrabajadores— corren al ayuntamiento, a los ministerios, para tomar posesión de los sillones abandonados. Algunos se adjudicarán a sí mismos, sin reparo alguno, su próximo cargo. Se admiran ante los espejos ministeriales y estudian las poses apropiadas para dar órdenes con la gravedad que corresponde a su nueva posición. ¡Necesitarán un fajín rojo, un quepis repleto de galones y un ademán magistral para imponerse al excompañero de redacción o de taller! Otros se sepultarán bajo montones de papeles, con la mejor voluntad, en un intento de comprender alguna cosa. Redactan

leyes, lanzan decretos de frases sonoras que nadie se cuidará de ejecutar, precisamente porque se está en plena revolución.

Para aparentar una autoridad que no tienen, buscarán la sanción de las antiguas formas de gobierno. Tomarán los nombres de Gobierno Provisional, de Comité de Salud Pública, de Alcalde, de Comandante del Ayuntamiento, de Jefe de Seguridad, ¡qué sé yo! Elegidos o aclamados, se reunirán en parlamentos o en consejos de la Comuna. Allí se encontrarán hombres pertenecientes a diez, a veinte escuelas diferentes, y que no son de la misma parroquia, por decirlo de alguna manera, sino que representan maneras diferentes de concebir la extensión, el alcance y los fines de la revolución. Posibilistas, colectivistas, radicales, jacobinos, blanquistas reunidos a la fuerza perderán el tiempo en discutir. Las personas honradas se confundirán con los ambiciosos que solo piensan en dominar y que desprecian a la multitud de la cual han salido. Todos tienen ideas diametralmente opuestas y, sin embargo, se verán obligados a formar alianzas ficticias para constituir mayorías que no durarán ni un día; disputarán, se tratarán unos a otros de reaccionarios, de autoritarios, de bribones; serán incapaces de entenderse acerca de ninguna medida seria, y perderán el tiempo en discutir necedades; tan solo conseguirán elaborar proclamas altisonantes. Todos se toman en serio, mientras que la verdadera fuerza del movimiento está en la calle.

Tal vez todo esto puede divertir a los que les gusta el teatro. Pero no se trata aún de la revolución, pues nada se ha hecho todavía.

Durante ese tiempo, el pueblo sufre. Se paran las fábricas, se cierran los talleres, se estanca el comercio. El trabajador ya no cobra ni el mezquino salario de antes. El precio de los alimentos sube.

Con esa abnegación heroica que siempre ha caracterizado al pueblo, y que llega a lo sublime en las grandes épocas, este se muestra paciente. Él es quien exclamaba en 1848: «Ponemos tres meses de miseria al servicio de la república», mientras que los «representantes» y los señores del nuevo gobierno, hasta el último policía, cobraban con regularidad sus pagas. El pueblo sufre. Con su confianza pueril, con la candidez de la masa que cree en aquellos que la conducen, espera que se ocupen de él allá arriba, en la Cámara, en el ayuntamiento, en el Comité de Salud Pública.

Pero allá arriba se piensa en toda clase de cosas, excepto en los sufrimientos de la muchedumbre. Cuando el hambre roe a Francia en 1793 y compromete la revolución, cuando el pueblo se ve reducido a la última miseria, mientras que los Campos Elíseos se ven llenos de magníficos carruajes donde las mujeres exhiben sus lujosas galas, ¡Robespierre insiste ante los jacobinos en discutir su memoria acerca de la constitución inglesa! Cuando el trabajador sufre en 1848 con la paralización general de la industria, el gobierno provisional y la Cámara discuten acerca de las pensiones militares y del trabajo en las cárceles, sin preguntarse de qué vive el pueblo durante esta época de crisis. Y si debemos hacerle algún reproche a la Comuna de París, nacida bajo los cañones de los prusianos y que solo duró setenta días, es no haber comprendido que la revolución comunal no podía triunfar sin combatientes bien alimentados, y que con treinta *sous* diarios uno no podía batirse en las murallas y mantener a la vez a su familia.

El pueblo sufre y pregunta: «¿Qué hacer para salir de este atolladero?».

Pues bien, nos parece que tan solo hay una respuesta a esta pregunta: reconocer y proclamar en voz alta que cada cual, independientemente de su pasado, de su fuerza o debilidad, de sus aptitudes o incapacidades, tiene, ante todo, el *derecho* de vivir; y que la sociedad debe repartir entre todo el mundo, sin excepción, los medios de existencia de que dispone. ¡Reconocerlo, proclamarlo y actuar en consecuencia!

Obrar de suerte que, desde el primer día de la revolución, el trabajador sepa que una nueva era se abre ante él, que en lo sucesivo nadie se verá obligado a dormir bajo los puentes junto a los palacios, a pasar hambre mientras haya alimentos, a tiritar de frío cerca de los comercios de pieles. Todo debe ser de todos tanto en la realidad como en los principios, y que se produzca al fin, en la historia, una revolución que piense en las necesidades del pueblo antes de leerle la cartilla de sus deberes.

Esto no podrá realizarse por decretos, sino por la toma de posesión inmediata, efectiva, de todo lo necesario para la vida de todos; esta es la única manera verdaderamente científica de proceder, la única que comprende y desea el pueblo.

Tomar posesión, en nombre del pueblo sublevado, de los graneros de trigo, de los almacenes atestados de ropas, de las casas habitables. No derrochar nada, organizarse con rapidez para llenar los vacíos, a fin de hacer frente a todas las necesidades, satisfacerlas todas; producir, no con el fin de obtener beneficios para quien sea, sino para que la sociedad pueda vivir y desarrollarse.

Basta de esas fórmulas ambiguas, como el «derecho al trabajo», con las que se engañó al pueblo en 1848 y pretende seguir engañándolo. Tengamos el valor de reconocer que el bienestar, posible desde ahora, debe alcanzarse a toda costa.

Cuando los trabajadores reclamaban en 1848 el derecho al trabajo, se organizaban talleres nacionales o municipales y se enviaba allí a los hombres a deslomarse por cuarenta *sous* diarios. Cuando preguntaban cómo iba a organizarse el trabajo, les respondían: «Paciencia, amigos; el gobierno va a ocuparse de eso, y aquí tenéis por la jornada de hoy cuarenta *sous*. ¡Descansad, rudos trabajadores, que tan duro habéis trabajado toda la vida!». Y, entretanto, se apuntaban los cañones, se convocaban hasta las últimas reservas del ejército, se desorganizaban a los mismos trabajadores por mil medios que conocen al dedillo los burgueses. Y, de pronto, un día les decían: «¡O vais a colonizar el África, u os fusilamos!»

¡Muy diferente sería el resultado si los trabajadores reivindicasen el derecho al bienestar! Por eso mismo proclaman su derecho a apoderarse de toda la riqueza social, a tomar las casas e instalarse en ellas con arreglo a las necesidades de cada familia, a coger los víveres acumulados y consumirlos de suerte que conozcan hartura tanto como conocen el hambre. Proclaman su derecho a todas las riquezas —fruto del trabajo de generaciones pasadas y presentes— y a conocer por fin los grandes placeres del arte y de la ciencia, demasiado tiempo acaparados por los burgueses.

Y cuando afirman su derecho al bienestar, declaran, lo que es aún más importante, su derecho a decidir ellos mismos cómo debe ser su bienestar, lo que necesitan para asegurarlo y lo que, en lo sucesivo, debe abandonarse como desprovisto de valor.

El «derecho al bienestar» es la posibilidad de vivir como seres humanos y de criar a los hijos para hacer de ellos miembros iguales de una sociedad superior a la nuestra; mientras que el «derecho al trabajo» es el derecho a continuar siendo siempre un esclavo asalariado, un hombre de labor,

gobernado y explotado por los burgueses del mañana. El derecho al bienestar es la revolución social; el derecho al trabajo es, a lo sumo, un presidio industrial.

Es tiempo ya de que el trabajador proclame su derecho a la herencia común y que tome posesión de ella.

El comunismo anarquista

1

Toda sociedad que rompa con la propiedad privada se verá forzada, según creemos, a organizarse siguiendo un modelo de comunismo anarquista. La anarquía conduce al comunismo, y el comunismo a la anarquía; ambos no son más que la expresión de la tendencia predominante de las sociedades modernas, la búsqueda de la igualdad.

Hubo un tiempo en que una familia de campesinos podía considerar productos de su propio trabajo el trigo que hacía crecer y las prendas de lana tejidas en la choza. Aun entonces, esta creencia no era del todo correcta. Había caminos y puentes hechos en común, pantanos desecados por un trabajo colectivo y pastos comunes cercados por setos que todos entretenían. Una mejora en las artes de tejer o en el modo de tintar los tejidos beneficiaba a todos; en aquella época, una familia de labradores no podía vivir si no hallaba apoyo en la ciudad, en el municipio.

Pero hoy, con el estado actual de la industria, en la que todo se entrelaza y se sostiene, en que cada rama de la producción se vale de todas las demás, es absolutamente insostenible la pretensión de dar un origen individualista a los productos. Si las industrias textiles o la metalurgia han alcanzado en los países civilizados una perfección tan sorprendente, se debe al desarrollo

simultáneo de otras muchas industrias, grandes y pequeñas, a la extensión de la red de ferrocarriles, a la navegación trasatlántica, a la destreza de millones de trabajadores, a cierto grado de cultura general de toda la clase obrera, en fin, a trabajos realizados de un extremo a otro del mundo.

Los italianos que morían de cólera cavando el canal de Suez o de anquilosis en el túnel de San Gotardo y los americanos abatidos por las granadas en la guerra abolicionista de la esclavitud han contribuido al desarrollo de la industria algodonera en Francia y en Inglaterra tanto como las jóvenes que se marchitan en las manufacturas de Manchester o de Ruán, o el ingeniero autor de alguna mejora en la maquinaria de tejer, sugerida por algún trabajador.

¿Cómo pretender evaluar la parte que corresponde a cada uno de nosotros de las riquezas que todos contribuimos a acumular?

Desde este punto de vista general y sintético de la producción, no podemos admitir, tal como afirman los colectivistas, que una remuneración proporcional a las horas de trabajo suministradas por cada trabajador en la producción de las riquezas pueda ser un ideal, ni siquiera un paso adelante hacia ese ideal. Sin discutir aquí si realmente el valor de cambio de las mercancías se mide en la sociedad actual por la cantidad de trabajo necesario para producirlas (según lo han afirmado Smith y Ricardo, cuya tradición ha seguido Marx), baste decir —volveremos sobre ello más adelante— que el ideal colectivista nos parecería irrealizable en una sociedad que considerase los instrumentos de producción como un patrimonio común. Basada en este principio, se vería obligada a abandonar en el acto cualquier forma de salario.

Estamos convencidos de que el individualismo mitigado del sistema colectivista no podría existir junto con el comunismo parcial de la posesión por todos del suelo y de los instrumentos del trabajo. Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una nueva forma de producción no podría mantener la antigua forma de consumo, como no podría amoldarse a las formas antiguas de organización política.

El salario ha nacido de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos de producción por parte de algunos. Era condición indispensable para el desarrollo de la producción capitalista; morirá con ella aunque traten de disfrazarlo bajo la forma de «bonos de trabajo». La posesión común de los instrumentos de trabajo traerá consigo necesariamente el disfrute en común de los frutos de la labor común.

No solo sostenemos que el comunismo es deseable, sino que incluso las sociedades actuales, fundadas en el individualismo, se ven obligadas de continuo a caminar hacia el comunismo.

El desarrollo del individualismo durante los tres últimos siglos se explica sobre todo por los esfuerzos del hombre, quien quiso precaverse contra los poderes del capital y del Estado. Creyó por un momento —y así lo han predicado los que formulaban su pensamiento por él— que podía liberarse por completo del Estado y de la sociedad: «Gracias al dinero —decía—, puedo comprar todo lo que necesite». Pero el individuo ha tomado el camino equivocado, y la historia moderna le obliga a reconocer que sin el concurso de todos no puede hacer nada, aunque tuviese sus arcas atestadas de oro.

Junto a esa corriente individualista, a lo largo de la historia moderna, vemos, por una parte, la tendencia a conservar todo lo que queda del comunismo parcial de la antigüedad y, por otra, a restablecer el principio comunista en las miles y miles manifestaciones de la vida.

En cuanto los municipios de los siglos X, XI y XII consiguieron emanciparse del señor laico o religioso, pusieron en práctica de inmediato el trabajo y el consumo en común.

La ciudad —y no los particulares— era quien fletaba buques y despachaba caravanas para el comercio lejano, cuyos beneficios eran para todos y no individual; también compraba las provisiones para sus habitantes. Las huellas de estas instituciones se han mantenido hasta el siglo XIX, y los pueblos conservan de ellas un recuerdo reverencial en sus leyendas.

Todo ello ha desaparecido. Pero el municipio rural aún lucha por mantener los últimos vestigios de ese comunismo, y lo consigue mientras el Estado no eche su pesada espada en la balanza.

Al mismo tiempo surgen, bajo numerosos y diversos aspectos, nuevas organizaciones basadas en el mismo principio de «a cada uno según sus necesidades»; porque las sociedades actuales no podrían sobrevivir sin cierta dosis de comunismo. A pesar de esa propensión al egoísmo que caracteriza al espíritu humano debido al mercantilismo, la tendencia comunista se revela sin cesar y condiciona nuestras relaciones de muchas maneras.

El puente, cuyo paso pagaban en otro tiempo los transeúntes, se ha hecho de uso común. El camino, que antiguamente se pagaba a tanto la legua, ya no existe más que en Oriente. Los museos y las bibliotecas de entrada libre, las escuelas gratuitas, las comidas comunes para los niños, los parques y los jardines abiertos para todos, las calles empedradas y alumbradas de libre circulación, el agua enviada a domicilio y con tendencia general a no tener

en cuenta la cantidad consumida: todas ellas instituciones fundadas en el principio de «tomad lo que necesitéis».

Los tranvías y ferrocarriles introducen ya el billete de abono mensual o anual, sin tener en cuenta el número de viajes, y recientemente toda una nación, Hungría, ha introducido en su red de ferrocarriles el billete por zonas, que permite recorrer quinientos o mil kilómetros por el mismo precio. Y, tras estos cambios, pronto aparecerá el precio uniforme, como ocurre en el servicio postal. En todas estas innovaciones y tantas otras existe una tendencia a no medir el consumo. Hay quien quiere recorrer mil leguas, y otro solo quinientas. Estas son necesidades personales, y no hay razón para hacer pagar a uno el doble que al otro solo porque sea dos veces más intensa su necesidad. Estos son fenómenos que se observan todavía hoy en nuestras sociedades individualistas.

Existe también la tendencia, aún leve, de anteponer las necesidades del individuo a la evaluación de los servicios que haya prestado o que preste algún día a la sociedad. Se considera pues la sociedad como un todo, cuyas partes están tan íntimamente ligadas con las demás que el servicio prestado a tal o cual individuo es un servicio prestado a todos.

Cuando vais a una biblioteca pública —no a la Biblioteca Nacional de París, por ejemplo, pero digamos a la de Londres o Berlín—, el bibliotecario no os pregunta qué servicios habéis prestado a la sociedad para daros el libro o los cincuenta libros que le habéis pedido; es más, si es necesario, os ayudará a buscarlos en el catálogo. Partiendo del derecho de entrada uniforme —y muy a menudo se prefiere una contribución en forma de trabajo—, la sociedad científica abre sus museos, jardines, bibliotecas,

laboratorios y da fiestas anuales a cada uno de sus miembros, ya sea un Darwin o un simple aficionado.

En San Petersburgo, si alguien trabaja en un invento, va a un taller especial donde le ofrecen un espacio, un banco de carpintero, un torno de mecánico, todas las herramientas e instrumentos de precisión que necesite, siempre y cuando sepa manejarlos, y puede trabajar en el lugar el tiempo que desee. Disponéis de las herramientas, así que intentad que algunos amigos se interesen por vuestra idea, asociaos a otros compañeros de diversos oficios si no preferís trabajar solos; inventad la máquina o no inventéis nada, eso es cosa vuestra. Una idea os hace avanzar, y eso basta.

Los marineros de un bote de salvamento no preguntan sus títulos a los marineros de un buque naufragado; lanzan su embarcación, arriesgan su vida entre las olas furibundas y algunas veces mueren por salvar a unos hombres a quienes no conocen siquiera. ¿Y para qué necesitan conocerlos? «Les hacen falta nuestros servicios, son seres humanos; eso basta, su derecho queda asentado. ¡Salvémoslos!»

Esta es la tendencia, eminentemente comunista, que poco a poco va surgiendo en todas partes, bajo todos los aspectos posibles, en el seno mismo de nuestras sociedades que predican el individualismo.

Y si mañana una de nuestras grandes ciudades, tan egoístas en tiempos corrientes, sufre una calamidad cualquiera —por ejemplo, es sitiada—, esta misma ciudad decidirá que las primeras necesidades que deben satisfacerse son las de los niños y los ancianos, sin importarles los servicios que estos hayan prestado o presten a la sociedad; ante todo hay que alimentarlos, cuidar a los combatientes independientemente de la valentía o de la inteligencia demostradas por cada uno de ellos, y miles de hombres y mujeres rivalizarán en abnegación por cuidar a los heridos.

Existe esta tendencia. Se acentúa en cuanto quedan satisfechas las necesidades más imperiosas de cada uno, a medida que aumenta la fuerza productiva de la humanidad; se acentúa aún más cada vez que una gran idea sustituye las mezquinas preocupaciones de nuestra vida cotidiana.

Cómo dudar de que el día en que se devuelvan a todos los instrumentos de producción, en que las tareas sean comunes y el trabajo —ocupando el sitio de honor en la sociedad— produzca mucho más de lo necesario para todos, ¿cómo dudar pues de que esta tendencia (ya poderosa) ensanchará su esfera de acción hasta llegar a ser el principio mismo de la vida social?

Por estos mismos indicios y si reflexionamos además en el aspecto práctico de la expropiación del que hablaremos en el siguiente capítulo, creemos que, cuando la revolución haya quebrantado la fuerza que mantiene el sistema actual, nuestra primera obligación será establecer de inmediato el comunismo.

Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos, ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Y estos son los dos fines perseguidos por la humanidad a través de todos los tiempos: la libertad económica y la libertad política.

2

Tomando la «anarquía» como ideal de la organización política, no hacemos más que formular también otra pronunciada tendencia de la humanidad. Cada vez que el curso del desarrollo de las sociedades europeas lo permitía, estas se sacudían de encima el yugo de la autoridad y esbozaban un sistema fundado en los principios de la libertad individual. Y observamos en la

historia que los periodos en los cuales fueron derribados los gobiernos, a consecuencia de rebeliones parciales o generales, han sido épocas de un repentino progreso en el terreno económico e intelectual: ya sea la independencia de los municipios, cuyos grandes logros —fruto del trabajo libre de asociaciones libres— no han sido superados por ningún otro desde entonces; o bien el levantamiento de los campesinos, que condujo a la Reforma y puso en peligro al papado; o la sociedad —libre en los primeros tiempos— fundada al otro lado del Atlántico por los descontentos que huyeron de la vieja Europa.

Y si observamos el actual desarrollo de las naciones civilizadas, vemos un movimiento cada vez más acentuado en pro de limitar la esfera de acción del gobierno y dejar cada vez mayor libertad al individuo. Esta es la evolución actual, aunque se vea dificultada por el fárrago de instituciones y prejuicios heredados del pasado. Como toda evolución, necesita de la revolución para deshacerse de los escombros del pasado, obstáculos en su camino, para tomar el vuelo hacia una sociedad regenerada.

Tras un largo tiempo intentando resolver el problema irresoluble de crear un gobierno que «obligue al individuo a la obediencia, sin que este deje de obedecer también a la sociedad», la humanidad intenta liberarse de toda clase de gobierno y satisfacer sus necesidades (la organización mediante el libre acuerdo entre individuos y grupos que persigan los mismos fines). La independencia de toda unidad territorial, por pequeña que sea, es ya una necesidad apremiante; el acuerdo común reemplaza la ley y, pasando por encima de las fronteras, regula los intereses particulares con la mira puesta en un fin general.

Lo que en otros tiempos eran funciones del gobierno son hoy desacreditadas; se funciona mejor y más fácilmente sin su intervención. Si estudiamos los progresos hechos en este sentido, podemos afirmar que la humanidad tiende a reducir a cero la acción de los gobiernos, esto es, a abolir el Estado, la personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio.

Desde ese momento, podemos entrever un mundo donde el individuo, al no estar sujeto por las leyes, tendrá solo hábitos sociales, debido a la necesidad experimentada por cada uno de nosotros de buscar el apoyo, la cooperación y la simpatía de nuestros vecinos.

Sin duda, la idea de una sociedad sin Estado provocará, al menos, tantas objeciones como la economía política de una sociedad sin capital privado. Todos hemos sido amamantados con prejuicios acerca de las funciones providenciales del Estado. Toda nuestra educación, desde la enseñanza de las tradiciones romanas hasta el código de Bizancio que se estudia con el nombre de derecho romano, y las diversas ciencias profesadas en las universidades, nos aleccionan para creer en el gobierno y en las virtudes del Estado-Providencia.

Para mantener este prejuicio se han inventado y enseñado sistemas filosóficos. Con el mismo fin se han redactado teorías sobre leyes. Toda la política se funda en ese principio, y cada político, cualquiera que sea su tendencia, exclama siempre al pueblo: «¡Dadme el poder; quiero y puedo libraros de las miserias que pesan sobre vosotros!».

Desde la cuna hasta la tumba, todas nuestras acciones se ven dirigidas por este principio. Abrid cualquier libro de sociología, de jurisprudencia y encontraréis en él siempre al gobierno, con su organización y sus actos, ocupando un espacio tan grande que nos acostumbramos a creer que tan solo existe el gobierno y los hombres de Estado.

La prensa repite en todos los tonos la misma cantilena. Columnas enteras están dedicadas a las discusiones parlamentarias, a las intrigas políticas; apenas si se habla de la inmensa vida cotidiana de una nación en unas cuantas líneas que tratan de un asunto económico, a propósito de una ley, o en la sección de noticias o en la de sucesos del día. Y cuando leemos esos periódicos, en lo que menos pensamos es en el incalculable número de seres humanos —la humanidad entera, de hecho— que viven y mueren, trabajan y consumen, sufren, piensan y crean más allá de esos personajes molestos, a quienes se glorifica hasta el punto de que sus sombras, agrandadas por nuestra ignorancia, cubren y ocultan a toda la humanidad.

Y, sin embargo, en cuanto se pasa del papel impreso a la vida misma, en cuanto se echa una ojeada a la sociedad, salta a la vista la parte infinitesimal que en ella representa el gobierno. Balzac ya había constatado cuántos millones de campesinos permanecen su vida entera sin conocer nada del Estado, excepto los pesados impuestos que están obligados a pagarle. Diariamente se hacen infinidad de transacciones sin que intervenga el gobierno, y las más importantes —las del comercio y la Bolsa— se llevan a cabo de modo que ni siquiera se podría invocar al gobierno si una de las partes contratantes no cumpliese sus compromisos. Hablad con un hombre que conozca el comercio y os dirá que los intercambios operados todos los días entre comerciantes no serían posibles si no tuvieran por base la confianza mutua. La costumbre de cumplir la palabra dada y el deseo de no manchar la reputación bastan ampliamente para justificar esa honradez comercial. Aquel, que sin ningún remordimiento envenena a sus parroquianos con infectas drogas cubiertas de etiquetas pomposas, tiene como empeño de honor cumplir sus compromisos. Pues bien, si esa moralidad relativa se ha desarrollado incluso en las condiciones actuales, cuando el enriquecimiento es el único móvil y el único objetivo, ¿podemos

dudar que no progrese con rapidez en cuanto la apropiación de los frutos de la labor ajena ya no sea la base fundamental de la sociedad?

Otro rasgo sorprendente que caracteriza nuestra generación, que habla aún mejor en favor de nuestras ideas, es el continuo crecimiento de las empresas debido a la iniciativa privada y al prodigioso desarrollo de todo tipo de agrupaciones libres (hablaremos de ello más ampliamente en el capítulo «La libre asociación»). Estos hechos son tan numerosos y habituales que forman la esencia de la segunda mitad de este siglo, aun cuando los escritores especializados en socialismo y en política los ignoren y prefieran hablarnos sin descanso de las funciones del gobierno. Estas organizaciones libres y variadas hasta lo infinito son un producto natural, crecen con rapidez y se agrupan con facilidad; son el resultado tan necesario del continuo crecimiento de las necesidades del hombre civilizado, reemplazan con tantas ventajas la injerencia gubernamental que debemos reconocer en ellas un factor cada vez más importante en el desarrollo de las sociedades.

Si no se extienden aún al conjunto de las manifestaciones de la vida, es porque se topan con obstáculos insuperables como son la miseria del trabajador, las castas de la sociedad actual, la apropiación privada del capital colectivo, el Estado en sí. Abolid esos obstáculos y veréis cómo la actividad de los hombres civilizados, con su inmenso dominio, todo lo abarca.

La historia de los últimos cincuenta años nos aporta la prueba incontestable de la impotencia del gobierno que nos representa para desempeñar las funciones que se le han adjudicado.

Algún día se citará el siglo XIX como la fecha del descalabro del parlamentarismo.

Esta impotencia es tan evidente para todos, son tan palpables las deficiencias del parlamentarismo y los vicios fundamentales del principio representativo, que los pocos pensadores que han hecho su crítica (John Stuart Mill, Leverdays) no han tenido más que traducir el descontento popular. Es absurdo nombrar a unos individuos y decirles: «Hacednos leyes acerca de todas las manifestaciones de nuestra vida, aunque cada uno de vosotros las ignore». La sociedad empieza a comprender que gobierno de las mayorías parlamentarias significa dejar todos los asuntos del país en manos de aquellos que forman las mayorías, es decir, esos hombrecillos gordos y feos, la Cámara y los comicios; en definitiva, a los que no tienen opinión. La humanidad busca, y ya encuentra nuevas salidas.

La Unión Postal Universal, las uniones de redes ferroviarias, las sociedades científicas nos dan el ejemplo de soluciones halladas mediante el libre acuerdo, en vez de por la ley.

Hoy en día, cuando grupos diseminados por el mundo quieren organizarse para un fin cualquiera, no nombran un parlamento internacional de diputados para todo y a quienes se les dice: «Votadnos leyes, las obedeceremos». Cuando no se llegan a acuerdos personalmente o por correspondencia, envían a delegados especializados en el tema a tratar, y les dicen: «Procurad poneros de acuerdo acerca de tal asunto; y volved luego, no con una ley en el bolsillo, sino con una propuesta de acuerdo, que aceptaremos o no aceptaremos».

Así es como obran las grandes compañías industriales, las sociedades científicas, las asociaciones de todas clases que hay en gran número en

Europa y en Estados Unidos. Y así deberá obrar la sociedad libertada. Para realizar la expropiación, le será absolutamente imposible organizarse bajo el principio de la representación parlamentaria. Una sociedad fundada en la servidumbre podía conformarse con la monarquía absoluta; una sociedad basada en el salario y en la explotación de las masas por los detentadores del capital se acomoda con el parlamentarismo. Pero una sociedad libre, que recupere la herencia común, tendrá que buscar una organización nueva, en el libre agrupamiento y en la libre federación de los grupos, que convenga a la nueva fase económica de la historia.

A cada fase económica corresponde una fase política, y no podrá tocarse la propiedad si no se encuentra al mismo tiempo un nuevo modo de hacer política.

La expropiación

1

Se cuenta que en 1848, a Rothschild, al ver su fortuna amenazada por la revolución, se le ocurrió la siguiente broma: «Admitamos que mi fortuna se haya adquirido a costa de los demás. Dividida entre tantos millones de europeos, tocaría a un *écu* por persona. Pues bien; me comprometo a restituir su *écu* a quien me lo pida».

Dicho esto y debidamente publicado, nuestro millonario se paseaba tranquilo por las calles de Frankfurt. Tres o cuatro transeúntes le pidieron su *écu*, Rothschild se lo entregó con una sonrisa sardónica y se salió con la suya. La familia del millonario aún está en posesión de sus tesoros.

Poco más o menos, así razonan las cabezas sólidas de la burguesía cuando nos dicen: «¡Ah, la expropiación! Comprendo. Les quitan ustedes a todos los abrigos, los amontonan y cada cual se apresura a coger uno, aunque tengan que pelearse por quién coge el mejor».

Es un chiste de mal gusto. Lo que necesitamos no es amontonar abrigos para distribuirlos después, pese a que aquellos que tiritan de frío lo agradecerían. Tampoco tenemos que repartirnos los *écus* de Rothschild. Lo que necesitamos es organizamos de tal suerte que cada ser humano, al nacer, tenga la seguridad, ante todo, de aprender un oficio que le sea productivo y de acostumbrarse a él y, después, de poder trabajar sin pedir

permiso al propietario y al patrono, y sin tener que pagar a los acaparadores de la tierra y de las máquinas gran parte de lo que ha producido.

En cuanto a las riquezas, cualquiera que sea su naturaleza, pertenecientes a los Rothschild o los Vanderbilt, nos servirían para organizar mejor nuestra producción en común.

El día en que el trabajador del campo pueda labrar la tierra sin pagar la mitad de lo que produce, el día en que las máquinas necesarias para preparar el suelo para las grandes cosechas estén enteramente a la libre disposición de los agricultores, el día en que el obrero del taller produzca para la comunidad y no para el monopolio, los trabajadores ya no vestirán harapos y habrán desaparecido los Rothschild y otros explotadores.

Nadie tendrá necesidad de vender su fuerza de trabajo por un salario que solo representa una parte del total de lo que produce.

«De acuerdo —nos dirán—. Pero vendrán otros Rothschild de fuera. ¿Podréis impedir que un individuo que haya acumulado millones en China se establezca entre vosotros, se rodee de servidores y trabajadores asalariados, que los explote y se enriquezca a su costa? No podéis hacer la revolución en toda la tierra a la vez. ¿O acaso vais a establecer aduanas en vuestras fronteras, para registrar a quienes lleguen y apoderaros del oro que traigan? ¡Algo digno de verse: policías anarquistas disparando contra los viajeros!»

Pues bien; en este razonamiento hay un gran error: nadie se ha preguntado nunca de dónde provienen las fortunas de los ricos. Un poco de reflexión bastaría para demostrar que el origen de esas fortunas está en la miseria de los pobres.

Cuando ya no haya gente que viva en la miseria, entonces ya no habrá ricos para explotarlos.

Centrémonos ahora en la Edad Media, época en la que comienzan a surgir las grandes fortunas.

Un barón feudal se ha apoderado de un valle fértil. Pero mientras esa campiña no se pueble, nuestro barón no puede llamarse rico. Su tierra no produce; tanto le valdría tener posesiones en la Luna. ¿Qué hará entonces nuestro barón para enriquecerse? ¡Buscar campesinos!

Sin embargo, si cada agricultor tuviese un pedazo de tierra libre de cargas, y las herramientas y el ganado suficiente para la labor, ¿quién iría a roturar las tierras del barón? Cada cual se quedaría en las suyas. Pero hay poblaciones enteras que viven en la miseria. Unos han sido arruinados por las guerras, otros por las sequías, por la peste; no tienen bestias ni aperos. (El hierro era costoso en la Edad Media, y más costosa todavía una bestia de labor.)

Aquellos que nada tienen buscan mejores condiciones de vida. Un día, en el camino, en la linde de las tierras de nuestro barón, ven un poste que indica con ciertos signos comprensibles que el labrador que se instale en esas tierras recibirá, además de un suelo, instrumentos de labranza y materiales para edificar una choza y sembrar su campo, y durante unos años no tendrá que pagar ningún canon. Ese número de años se indica con otras tantas cruces en el poste frontero, y el campesino comprende lo que significan esas cruces.

Entonces los necesitados afluyen a las tierras del barón; trazan caminos, desecan los pantanos, levantan aldeas. A los nueve años, el barón les impondrá un arrendamiento, cinco años más tarde les cobrará tributos que duplicará después, y el labrador aceptará esas nuevas condiciones porque no las encontrará mejores en otra parte. Y poco a poco, con ayuda de la ley hecha por los letrados, la miseria del campesino se convierte en manantial

de riqueza para el señor; y no solo para el señor, sino también para todo un enjambre de usureros que se precipita sobre las aldeas y que se multiplica cuanto mayor es el empobrecimiento del campesino.

Así ocurría en la Edad Media. ¿Y no sucede hoy lo mismo? Si hubiese tierras libres que el campesino pudiese cultivar a su antojo, ¿acaso pagaría mil francos por hectárea al señor vizconde, que se digna cederle una parcela? ¿Pagaría un arrendamiento oneroso, que le quita el tercio de lo que produce? ¿Se haría aparcero para luego entregar la mitad de la cosecha al propietario?

Pero, como nada tiene, acepta todas las condiciones con tal de poder vivir cultivando el suelo, y enriquecer así al señor.

En pleno siglo XIX, como en la Edad Media, la pobreza del campesino supone la riqueza para los propietarios de bienes raíces.

2

El terrateniente se enriquece con la miseria de los campesinos. Lo mismo sucede con el industrial.

He aquí un burgués que, por una razón u otra, posee un botín de quinientos mil francos. En efecto, puede gastarse ese dinero a razón de cincuenta mil francos al año, poquísima cosa en el fondo, dado el lujo caprichoso e insensato que vemos en nuestros días. Pero entonces, al cabo de diez años, no le quedará nada. Así, pues, como hombre «práctico» que es, prefiere guardar intacta su fortuna y crearse además una bonita renta anual.

Eso es muy sencillo en nuestra sociedad, precisamente porque en nuestras ciudades y villorrios abundan los trabajadores que no tienen para

vivir un mes, ni siquiera una quincena. Nuestro burgués funda una fábrica, los banqueros se apresuran a prestarle otros quinientos mil francos, sobre todo si tiene fama de ser un hombre hábil, y con su millón podrá dar trabajo a quinientos obreros.

Si en los alrededores todos los hombres y mujeres tuviesen garantizada la existencia, ¿acaso iría alguien a trabajar para nuestro burgués? Nadie aceptaría fabricar, por un salario de tres francos al día, objetos comerciales por valor de cinco o incluso diez francos.

Por desgracia, y lo sabemos muy bien, los barrios pobres de la ciudad y de los pueblos próximos están llenos de gente cuyos hijos bailan ante la despensa vacía. Por eso, aun antes de que la fábrica esté terminada, acuden corriendo los trabajadores para que los contraten. No se necesitan más de cien, pero se presentan mil. Y, en cuanto funciona la fábrica, el patrono se embolsa —si no es un imbécil rematado— un beneficio neto de un millar de francos anuales por cada par de brazos que trabajan para él.

Nuestro patrono obtiene así una bonita renta. Si ha elegido una rama industrial lucrativa y si es listo, agrandará poco a poco su fábrica y aumentará sus rentas, duplicando el número de los hombres a quienes explota.

Entonces se convertirá en un personaje importante de la comarca. Podrá pagar almuerzos a otros de su misma condición, a los concejales, al señor diputado. Podrá unir su fortuna, a través del matrimonio, con otra fortuna, y colocar más tarde ventajosamente a sus hijos, y obtener luego alguna concesión del Estado. Se le pedirán suministros para el ejército o para la provincia, y continuará redondeando su botín hasta que una guerra, o el simple rumor de contienda, o una especulación en Bolsa le permitan hacerse con una gran fortuna.

Las nueve décimas partes de las colosales fortunas de Estados Unidos (así lo ha relatado Henry Georges en *Social Problems*) se deben a alguna jugarreta sucia hecha con la complicidad del Estado. En Europa, los nueve décimos de las fortunas, en nuestras monarquías y en nuestras repúblicas, tienen el mismo origen.

Toda la ciencia de adquirir riqueza se basa en esto: encontrar cierto número de hambrientos, pagarles tres francos y hacer que produzcan diez; amasar así una fortuna, y aumentarla enseguida por algún gran golpe de mano con ayuda del Estado.

Aún debemos hablar de las pequeñas fortunas, que, según los economistas, son fruto del ahorro, aunque el ahorro por sí solo no produce nada mientras que ese dinero ahorrado no se emplee en explotar a los muertos de hambre.

Cojamos como ejemplo a un zapatero, cuyo trabajo está bien retribuido, que tiene una buena clientela y que, a fuerza de privaciones, consigue ahorrar cerca de dos francos diarios, es decir, ¡cincuenta francos al mes!

Supongamos que nuestro zapatero no está nunca enfermo, que come bien, pese a su afán por el ahorro, que no se casa, o que no tiene hijos, que no se muere de tisis; ¡supongamos cuanto queráis!

Pues bien, a los cincuenta años no habrá ahorrado ni quince mil francos, y no tendrá de qué vivir durante su vejez, cuando no pueda trabajar. Desde luego no es así como se hacen las fortunas.

Veamos a otro zapatero. En cuanto tenga algo ahorrado, los llevará con cuidado a la caja de ahorros, y esta se los prestará al burgués que está montando una explotación de desposeídos. Luego tomará un aprendiz, el hijo de un desdichado, que se tendrá por feliz si al cabo de cinco años aprende el oficio y consigue ganarse la vida.

El aprendiz resultará «productivo» para nuestro zapatero y, si este tiene clientela, se apresurará a tomar a otro, y más adelante a un tercer aprendiz. Luego tendrá dos o tres oficiales, míseros, pero felices si cobran tres francos diarios por un trabajo que vale seis. Y si nuestro zapatero «tiene suerte», es decir, si es lo bastante listo, sus oficiales y aprendices le producirán unos veinte francos por día, además de su propio trabajo. Podrá agrandar su negocio, se enriquecerá poco a poco y no necesitará privarse de lo estrictamente necesario. Dejará a su hijo un pequeño botín.

He aquí lo que llaman «ahorrar», «vivir con sobriedad». A esto se le llama simplemente explotar a los necesitados.

El comercio parece una excepción a la regla. «Fulano —se nos dice— compra té en China, lo importa a Francia y obtiene un beneficio del 30 por ciento. No ha explotado a nadie.»

Y, sin embargo, el caso es análogo. ¡Si nuestro hombre hubiese traído el té sobre sus espaldas, entonces en buena hora! Antaño, en los inicios de la Edad Media, así se realizaba el comercio. Por eso mismo, no se amasaban las fabulosas fortunas de nuestros días; apenas si el mercader de entonces podía guardar algunas monedas después de un viaje lleno de penalidades y peligros. Más que un afán de lucro, era la afición a los viajes y a las aventuras lo que le impulsaba a dedicarse al comercio.

Hoy día el método es más sencillo. El comerciante que tiene capital no necesita moverse de detrás del mostrador para enriquecerse. Telegrafía a un comisionista la orden de comprar cien toneladas de té; fleta un barco, y a las pocas semanas —en tres meses si es un velero— tiene en su poder el cargamento. Ni siquiera corre el riesgo de la travesía, porque su té y el barco están asegurados. Y si ha gastado cien mil francos, recogerá ciento

treinta mil, a menos que haya querido especular con alguna mercancía nueva, en cuyo caso puede duplicar su fortuna o bien se arriesga a perderla.

Pero ¿cómo ha podido encontrar a hombres que hayan aceptado hacer la travesía, ir a China y volver, trabajar de firme, soportar fatigas y arriesgar sus vidas por un salario ruin? ¿Cómo ha podido encontrar en los muelles a cargadores y descargadores, a los que paga lo justo para que no se mueran de hambre mientras trabajan? ¿Cómo? ¡Porque esos viven en la miseria! Id a un puerto de mar, visitad los cafetuchos de los muelles, observad a esos hombres que acaban de contratar, peleándose entre sí ante las entradas de los muelles, que asaltan desde el alba, para que les den un trabajo en los barcos. Ved a esos marineros, contentos de enrolarse para un viaje lejano, después de semanas y meses de espera. Han pasado toda su vida de barco en barco y seguirán embarcándose, hasta que algún día perezcan entre las olas.

Entrad en sus chozas, observad a sus mujeres y a sus hijos vestidos con harapos, que sobreviven no se sabe cómo, esperando el regreso del padre, y ahí también tendréis la respuesta.

Multiplicad los ejemplos, elegidlos donde os parezca, meditad sobre el origen de todas las fortunas, grandes o pequeñas, procedan del comercio, de la banca, de la industria o del suelo. En todas partes comprobaréis que la riqueza de unos está formada por la miseria de otros. Una sociedad anarquista no tendría que temer al Rothschild desconocido que fuera a establecerse de pronto en su seno. Si cada miembro de la comunidad sabe que, después de algunas horas de trabajo productivo, tendrá derecho a todos los placeres que proporciona la civilización, a los profundos goces que la ciencia y el arte dan a quienes los cultivan, no vendería su fuerza de trabajo por un poco de comida; nadie se ofrecería para enriquecer a ese Rothschild.

Sus *écus* no serían más que piezas metálicas, útiles para diversos usos, pero incapaces de producir crías.

Al responder a la objeción precedente, hemos determinado al mismo tiempo los límites de la expropiación.

La expropiación debe llevarse a cabo sobre todo aquello que permita a alguien —banquero, industrial o agricultor— apropiarse del trabajo ajeno. La fórmula es sencilla y fácil de comprender.

No queremos despojar a nadie de su abrigo, sino que deseamos devolver a los trabajadores todo aquello que permita a otros explotarlos. Y nos esforzaremos al máximo para que, al no faltarle nada a nadie, ningún hombre, ni uno solo, se vea obligado a vender su fuerza de trabajo para que sus hijos y él puedan subsistir.

Así es como entendemos la expropiación y nuestro deber durante la revolución, cuya llegada esperamos, no de aquí a doscientos años, sino en un futuro próximo.

3

La idea anarquista en general, y la de la expropiación en particular, encuentran muchas más simpatías de lo que se cree habitualmente entre los hombres de carácter independiente y aquellos para los que la ociosidad no es el ideal supremo. «Sin embargo —nos dicen con frecuencia nuestros amigos—, ¡guardaos de ir demasiado lejos! ¡Puesto que la humanidad no cambia en un día, no vayáis demasiado deprisa en vuestros proyectos de expropiación y de anarquía! Os arriesgaríais a no hacer nada duradero.»

Pues bien, lo que tememos en materia de expropiación no es ir demasiado lejos, sino, por el contrario, que la expropiación se haga en una escala

demasiado pequeña para ser duradera, que el impulso revolucionario se detenga a mitad de camino, que se gaste en medidas a medias que no podrían contentar a nadie y que, tras producir un derrumbamiento formidable en la sociedad y una suspensión de sus funciones, no fuesen, sin embargo, viables, sembrando así el descontento general y conduciendo de forma fatal al triunfo de los reaccionarios.

En efecto, hay en nuestras sociedades relaciones establecidas que es materialmente imposible modificar si solo se toca una parte de ellas. Los diversos engranajes de nuestra organización económica están ligados de un modo tan íntimo entre sí que no puede modificarse uno solo sin modificarlos en su conjunto; esto se hará evidente en cuanto se decida expropiar, sea lo que sea.

Supongamos que en una región cualquiera se haga una expropiación, limitada, por ejemplo, a los grandes terratenientes, sin tocar las fábricas (como así lo pidió no hace mucho Henry George); que en tal o cual ciudad se expropien las casas, sin poner en común los víveres; o que en una región industrial se expropien las fábricas sin tocar las grandes propiedades territoriales. El resultado será siempre el mismo: un enorme trastorno de la vida económica, sin los medios para reorganizarla sobre bases nuevas. Si la industria se paraliza, si cesan los intercambios comerciales y si no retomamos los principios de la justicia, la sociedad no podrá convertirse en un todo armónico.

Si el agricultor se libera del gran terrateniente, pero no así la industria del capitalista industrial, del comerciante y del banquero, no habrá cambiado nada. El campesino sufre hoy no solo por tener que pagar la renta al propietario del suelo, sino por el conjunto de las condiciones actuales: sufre

el impuesto que le cobra el industrial, quien le hace pagar tres francos por una azada que solo vale la cuarta parte en comparación con el trabajo del agricultor; contribuciones impuestas por el Estado, que no puede existir sin una formidable jerarquía de funcionarios; gastos de mantenimiento del ejército que sustenta el Estado, porque los industriales de todas las naciones están en perpetua lucha por los mercados, y cualquier día puede estallar la guerra debido a una disputa sobre la explotación de tal o cual parte de Asia o de África. El agricultor sufre por la despoblación de los campos, cuya juventud se ve arrastrada hacia las manufacturas de las grandes ciudades, o bien atraídos por salarios más altos pagados temporalmente por los productores de artículos de lujo, o bien por los alicientes de una vida más activa; sufre también por la protección artificial de la industria, la explotación comercial de los países limítrofes, la usura, la dificultad de mejorar el suelo y perfeccionar los aperos, etc.

En resumen, la agricultura no solo se ve perjudicada por las rentas, sino también por el conjunto de las condiciones de nuestras sociedades basadas en la explotación. Incluso si estas permitieran a todos cultivar la tierra y hacerla rendir sin tener que pagar renta alguna, la agricultura —aunque atravesara un periodo de crecimiento, lo cual no está comprobado— caería de nuevo en el marasmo en el que se encuentra hoy día. Deberíamos entonces empezar de cero y, además, con nuevas dificultades.

Lo mismo sucede con la industria. Entregad mañana las fábricas a los trabajadores, haced lo que se ha hecho con cierto número de campesinos a quienes se ha convertido en propietarios del suelo. Suprimid el patrono, pero dejad la tierra al terrateniente, el dinero al banquero, la Bolsa al comerciante, conservad en la sociedad esa masa de ociosos que viven del trabajo del obrero, mantened los mil intermediarios y al Estado con sus innumerables funcionarios, entonces la industria no prosperará. Al no haber

compradores en el conjunto de campesinos, que siguen siendo pobres; al no poseer las materias primas y al no poder exportar sus productos, a causa en parte de la suspensión del comercio y, sobre todo, debido a la descentralización de las fábricas, la industria se limitará a vegetar, y los obreros quedarán abandonados en la calle, y batallones de hambrientos estarán dispuestos a someterse al primer intrigante que llegue, o incluso volver al antiguo régimen con tal de que este les garantice la mano de obra.

O bien, expropiad a los señores de la tierra y devolved las fábricas a los trabajadores, pero sin tocar a esos innumerables intermediarios que especulan hoy con las harinas y los trigos, con la carne y las especias en los grandes centros al mismo tiempo que se venden los productos de nuestras manufacturas. Entonces, cuando se detenga el comercio y ya no circulen los productos, cuando en París falte pan y Lyon no encuentre compradores para sus sedas, la reacción será aún más terrible: caminarán sobre cadáveres, pasearán las ametralladoras por ciudades y campos, celebrarán orgías de ejecuciones y deportaciones, como ya se hizo en 1815, en 1848 y en 1871.

Todo se entrelaza en nuestras sociedades, y es imposible reformar algo sin que el conjunto se quebrante.

El día en que se golpee la propiedad privada en cualquiera de sus formas, ya sea territorial o industrial, habrá que golpearla en todas las demás. El mismo triunfo de la revolución lo impondrá. Por otra parte, aunque eso quisiéramos, no podríamos limitarnos a una expropiación parcial. En cuanto se haya quebrantado el principio de la Santa Propiedad, los teóricos no impedirán que sea destruida, en algunos lugares por los siervos de la gleba, en otros por los siervos de la industria.

Si una gran ciudad —París, por ejemplo— se apropia de las casas o las fábricas, la misma fuerza de las cosas la llevará a no reconocer a los banqueros el derecho a cobrar del municipio cincuenta millones de

impuestos, bajo la forma de intereses por préstamos anteriores. Se verá obligada a establecer relaciones con los campesinos y, por supuesto, los incitará a liberarse de los poseedores del suelo. Para poder comer y producir tendrá que expropiar los ferrocarriles. Por último, para evitar despilfarrar los víveres y no quedar a merced de los acaparadores de trigo, como ocurrió durante la Comuna de 1793, confiará a los ciudadanos el cuidado de llenar sus almacenes de víveres y repartir los productos.

Sin embargo, algunos socialistas han tratado de establecer una distinción, diciendo: «Nos parece bien que se expropien el suelo, el subsuelo, la fábrica, la manufactura; son instrumentos de producción, y es justo considerarlos una propiedad pública. Pero, además de eso, hay objetos de consumo, el alimento, el vestido, el alojamiento, que deben ser propiedad privada».

El sentido común popular acertó con esta sutil diferencia. Por supuesto, no somos salvajes para vivir en la selva bajo unas ramas. Necesitamos un cuarto, una cama, una estufa que funcione.

La cama, la habitación, la casa son lugares de vagancia para el que nada produce. Pero, para el trabajador, una pieza caldeada y clara es también un instrumento de producción como lo es la máquina o la herramienta. Es el sitio donde restaura sus músculos y nervios, que se desgastarán al día siguiente en el trabajo. El descanso del productor es necesario para que funcione la máquina.

Esto se hace aún más evidente para el alimento. Los pretendidos economistas de los que hablamos siempre han dicho que el carbón quemado por una máquina figura entre los objetos tan necesarios para la producción como las materias primas. ¿Cómo es posible entonces que el alimento, sin el cual la máquina humana no podría realizar ningún esfuerzo, sea excluido

de esos objetos indispensables para el productor? ¿Será tal vez un residuo de metafísica religiosa?

La comida abundante y refinada del rico sí es un consumo de lujo. Pero la comida del productor es uno de los objetos necesarios para la producción, igual de importante que el carbón quemado por la máquina de vapor.

Lo mismo sucede con el vestido; porque, si los economistas que establecen diferencias entre los objetos de producción y los de consumo vistiesen al estilo de los salvajes de Nueva Guinea, comprenderíamos tales reservas. Pero son personas que no podrían escribir ni una sola línea sin llevar una camisa puesta, por lo que no están en posición de hacer una distinción tan grande entre su camisa y su pluma. Y aunque los elegantes vestidos de sus señoras son efectivamente objetos de lujo hay, sin embargo, cierta cantidad de tela, tejido de algodón y lana que el productor necesita para producir. La camisa y los zapatos, sin los cuales un obrero no podría ir a trabajar, la chaqueta que se pone al concluir la jornada y la gorra con que se cubre la cabeza le son tan necesarios como el martillo y el yunque.

Quiérase o no, así entiende el pueblo la revolución. En cuanto haya barrido los gobiernos tratará, sobre todo, de asegurarse un alojamiento sano, una alimentación suficiente y el vestido necesario, sin tener que pagar un tributo por ellos.

Y el pueblo tendrá razón. Su manera de obrar estará infinitamente más conforme con la «ciencia» que la de los economistas, que establecen tantas diferencias entre el instrumento de producción y los artículos de consumo. Sabrá que es justo por ahí donde debe comenzar la revolución, y levantará los cimientos de la única ciencia económica que puede reclamar el título de ciencia y que podría llamarse «estudio de las necesidades de la humanidad y de los medios económicos de satisfacerlas».

Los alimentos

1

Si la próxima revolución debe ser una revolución social, se distinguirá de los anteriores levantamientos no solo por sus fines, sino también por sus procedimientos. Un fin nuevo requiere procedimientos nuevos.

Los tres grandes movimientos populares que tuvieron lugar en Francia desde hace un siglo difieren entre sí en muchos aspectos. Y, sin embargo, todos poseen un rasgo común.

El pueblo se bate para derrocar al antiguo régimen y derrama así su preciosa sangre. Después de librarse de la opresión, regresa a la sombra. Un gobierno compuesto de hombres más o menos honrados se constituye y se encarga de organizar la república de 1793, el trabajo en 1848, y la Comuna libre en 1871.

Imbuido de ideas jacobinas, ese gobierno se preocupa ante todo de las cuestiones políticas: reorganización de la máquina del poder, depuración del personal administrativo, separación entre Iglesia y Estado, libertades cívicas, y así sucesivamente.

Es verdad que las asociaciones obreras vigilan a los nuevos gobernantes. A menudo, imponen sus ideas. Pero, incluso en esas asociaciones, sean los oradores burgueses o trabajadores, siempre domina la idea burguesa. Se habla mucho de cuestiones políticas y se olvida la cuestión del pan.

Grandes ideas se originaron en estas épocas, ideas que han conmovido al mundo; las palabras que fueron pronunciadas un siglo atrás aún hacen acelerar los latidos de nuestros corazones. Pero el pan faltaba en los suburbios.

En cuanto estallaba la revolución, se detenía inevitablemente el trabajo así como la circulación de los productos, y se ocultaban los capitales. Durante esos periodos, el patrón nada tenía que temer: vivía de sus rentas, bien especulaba con la miseria; pero el asalariado se veía reducido a vivir al día. Se anunciaba la escasez. Aparecía la miseria, una miseria como no se había visto con el antiguo régimen.

«Son los girondinos quienes nos matan de hambre», se decía por los arrabales en 1793. Y se guillotinaba a los girondinos, dando plenos poderes a la Montaña, a la Comuna de París. Esta se preocupaba, en efecto, del pan; desplegaba heroicos esfuerzos para alimentar París. Fouché y Collot d'Herbois creaban los graneros de la abundancia en Lyon, pero se disponía de ínfima cantidad de grano para llenarlos. Las municipalidades luchaban para conseguir trigo. Se ahorcaba a los panaderos que acaparaban grano, y seguía faltando el pan.

Entonces la emprendían con los conspiradores monárquicos, guillotinando a doce y a quince diarios —criadas y duquesas, sobre todo criadas, porque las duquesas estaban en Coblenza—. Pero, aunque hubieran guillotinado a cien duques y vizcondes cada veinticuatro horas, nada habría cambiado.

La miseria iba creciendo. Puesto que era indispensable cobrar un salario para poder vivir y este era inexistente, ¿qué importancia tenían mil cadáveres más o menos?

Entonces el pueblo comenzaba a cansarse de aquella situación. «¡Está yendo muy bien vuestra revolución! —cuchicheaba el reaccionario al oído del trabajador—. ¡Nunca habéis tenido tanta miseria!» Y el rico se tranquilizaba poco a poco, salía de su escondite, se mofaba de los desposeídos con su pomposo lujo, vestía de manera excéntrica y decía a los trabajadores: «¡Vamos, basta de tonterías! ¿Qué habéis ganado con la revolución? ¡Ya es hora de acabar con ella!».

Y con el corazón oprimido, al límite de su paciencia, el revolucionario pensaba: «¡Otra vez la revolución perdida!». Se volvía a su tugurio y se desentendía de todo.

Entonces los reaccionarios se mostraban altivos y llevaban a cabo su golpe de Estado. Muerta la revolución, ya no les quedaba sino pisotear su cadáver.

¡Y lo pisoteaban con fuerza! Se derramaban oleadas de sangre, el terror blanco segaba cabezas, poblaba las cárceles y, entretanto, las orgías de los maleantes de alto nivel retomaban su curso.

Esta es la imagen de todas nuestras revoluciones. En 1848, el trabajador parisiense ponía «tres meses de miseria» al servicio de la república y, al cabo de ese tiempo, completamente extenuado, hacía un último esfuerzo desesperado, un esfuerzo que era ahogado por las masacres generales.

Y en 1871, concluía la Comuna por falta de combatientes. No había olvidado decretar la separación entre Iglesia y Estado, pero no pensó, hasta mucho más tarde, en asegurar a todos el pan. Y en París se vio a los tipos elegantes mofarse de los federados, diciéndoles: «¡Imbéciles, id a hacer que os maten por seis reales, mientras nosotros nos damos una comilona en el restaurante de moda!». Se dieron cuenta del error los últimos días; se preparó una sopa comunal, pero ya era demasiado tarde. ¡Los versalleses estaban dentro de las murallas!

«¡Pan, la revolución necesita pan!»

¡Que se ocupen otros de repartir circulares de prosa brillante! ¡Que se pongan todos los galones que puedan soportar sus hombros! ¡Que otros hagan peroratas acerca de las libertades políticas!

Nuestra tarea consistirá en hacer lo imposible para que los primeros días de la revolución, y mientras esta dure, no haya un solo hombre en el territorio insurrecto a quien le falte el pan, ni una sola mujer que se vea obligada a hacer cola delante de una panadería que le arroje después la bola de salvado a modo de limosna, ni un solo niño a quien le falte lo necesario para su débil constitución.

La idea burguesa fue la de dar discursos acerca de los grandes principios o, mejor dicho, acerca de las grandes mentiras. La idea popular será asegurar el pan para todos. Y mientras que burgueses y trabajadores aburguesados jugarán a ser grandes hombres en sus largas charlas, mientras que la gente práctica discutirá interminablemente acerca de las formas de gobierno, nosotros, «los utopistas», deberemos ocuparnos del pan cotidiano.

Y, sin temor alguno, afirmamos que cada uno debe y puede comer tanto como necesite, y que la revolución vencerá cuando haya pan para todos.

2

Somos «utopistas»; es cosa sabida de todos. En efecto, tan utopistas que nuestra utopía nos lleva incluso a creer que la revolución debe y puede garantizar a todos el alojamiento, el vestido y el pan, lo que disgusta en gran medida a los burgueses rojos o azules, porque saben que un pueblo que coma satisfactoriamente sería muy difícil de dominar.

Pues bien, nosotros nos mantenemos en nuestro propósito: es preciso asegurar el pan al pueblo sublevado, y que esta cuestión sea la primera de todas. Si se resuelve en interés del pueblo, la revolución irá por buen camino, porque para resolver el problema de los alimentos debemos aceptar un principio de igualdad que se impondrá ante cualquier otra solución.

Es seguro que la próxima revolución, como sucedió en 1848, estallará en medio de una enorme crisis industrial. Desde hace unos doce años nos hallamos en un estado de plena efervescencia, y la situación seguirá agravándose. Todo contribuye a ello: la concurrencia de las naciones jóvenes que compiten por conquistar los antiguos mercados, las guerras, los impuestos siempre crecientes, las deudas de los Estados, lo inseguro del mañana, las grandes empresas en el extranjero.

En este momento, en Europa, millones de trabajadores carecen de trabajo. Y la situación se agravará cuando estalle la revolución y se haya propagado como el fuego en un reguero de pólvora. El número de obreros sin trabajo se duplicará en cuanto se levanten barricadas en Europa y en Estados Unidos. ¿Qué haremos entonces para asegurar el pan a esas muchedumbres?

No sabemos si la gente que se autodenomina «práctica» se ha planteado alguna vez esta pregunta con todo lo que conlleva. Pero lo que sí sabemos es que quieren mantener el asalariado, así que es muy probable que promuevan los «talleres nacionales» y los «trabajos públicos» para dar el pan a los desocupados.

Puesto que se abrieron talleres en 1789 y en 1793, que se recurrió al mismo sistema en 1848, que Napoleón III consiguió durante dieciocho años contener al proletariado parisiense dándole trabajos —que le cuestan hoy a París su deuda de dos mil millones y su impuesto municipal de noventa francos por cabeza; que este excelente sistema de «domar la bestia» se

empleaba en Roma y hasta en Egipto hace cuatro mil años; que déspotas, reyes y emperadores han arrojado siempre un pedazo de pan al pueblo para tener tiempo de recoger el látigo del suelo—, es natural que las gentes «prácticas» preconicen el método de perpetuar el salario. ¡Para qué romperse la cabeza si se dispone del método ensayado por los mismísimos faraones de Egipto!

Pero si la revolución tuviese la desgracia de seguir ese camino, estaría perdida.

Cuando el 27 de febrero de 1848 se abrían los talleres nacionales, los obreros sin trabajo no eran más que ocho mil en París; quince días después, eran cuarenta y nueve mil; y bien pronto iban a ser cien mil, sin contar los que acudían de provincias.

Sin embargo, en aquella época, la industria y el comercio no ocupaban en Francia la mitad de los brazos que ocupan hoy. Y sabido es que, en tiempo de revolución, lo que más padece es el intercambio comercial y la industria. Basta pensar solo en el número de obreros que trabajan directa e indirectamente para la exportación, en el número de brazos empleados en las industrias de artículos de lujo que tienen por clientela a la minoría burguesa.

La revolución en Europa supone el cierre inmediato de la mitad de las fábricas y manufacturas; representa millones de trabajadores arrojados a la calle con sus familias.

Y tratarían de solucionar esta terrible situación con talleres nacionales, es decir, con nuevas industrias creadas de inmediato para emplear a los parados.

Es evidente, como ya lo dijo Proudhon, que el menor ataque a la propiedad provocará la completa desorganización de todo el régimen basado en la empresa privada y en el salariado. La sociedad misma se verá

obligada a asumir el conjunto de la producción y a reorganizarla según las necesidades de toda la población. Pero esta reorganización no es posible ni en un día ni en un mes, y exige cierto período de adaptación, durante el cual millones de hombres se verían privados de medios de existencia; por tanto, ¿qué debe hacerse?

En estas condiciones, no hay más que una solución verdaderamente práctica y es reconocer la inmensa tarea que se impone y, en vez de limitarse a unos cuantos remiendos para arreglar una situación insostenible, es indispensable reorganizar la producción según los nuevos principios.

En nuestra opinión será preciso, si queremos actuar de forma práctica, que el pueblo tome de inmediato posesión de todos los alimentos que haya en los municipios insurrectos, que haga un inventario y procure que no se derroche nada, aprovechando todos los recursos acumulados para atravesar el periodo de crisis. Y durante ese tiempo deberán con los obreros de las fábricas, ofreciéndoles las materias primas que les falten y garantizándoles la asistencia durante algunos meses, a fin de que produzcan lo que necesita el agricultor. No olvidemos que si Francia produce seda para los banqueros alemanes, las emperatrices de Rusia y las islas Sandwich, y que si París fabrica maravillosos juguetes para los ricos del mundo entero, dos tercios de los campesinos franceses no tienen lámparas para alumbrarse, ni las herramientas mecánicas necesarias para la agricultura actual.

Y, por último, hacer productivas las tierras baldías, que son muchas, y mejorar las que no producen ni siquiera la cuarta, ni siquiera la décima parte de lo que producirán cuando estén sometidas al cultivo intensivo de huerta y jardinería.

Es la única solución práctica que somos capaces de entrever y, se quiera o no, se impondrá inevitablemente.

3

El rasgo predominante, distintivo, del sistema capitalista actual es el salariado.

Un hombre o un grupo de hombres que poseen el capital necesario montan una empresa industrial, se encargan de alimentar la manufactura o la fábrica de materias primas, de organizar la producción, de vender los productos manufacturados, de pagar a los obreros un salario fijo y, por último, se embolsan la plusvalía o los beneficios, con el pretexto de cobrarse el coste de la gerencia, de indemnizarse del riesgo que han corrido, de las oscilaciones de precios que tiene la mercancía en el mercado.

En estas pocas palabras se resume todo el sistema del salariado.

Para salvar este sistema, los actuales detentadores del capital estarían dispuestos a hacer ciertas concesiones como, por ejemplo, repartir una parte de los beneficios con los trabajadores, o establecer una escala de salarios que dependerá de las ganancias obtenidas; en definitiva, consentirían ciertos sacrificios siempre y cuando se les deje dirigir y administrar la industria y recaudar los beneficios que esta produzca.

El colectivismo, como ya se sabe, introduce importantes modificaciones en ese régimen, pero sin dejar de mantener el salariado, pero, en este caso, es el Estado, es decir, el gobierno representativo, nacional o comunal, que sustituye al patrono. Los representantes de la nación o del municipio, sus delegados o sus funcionarios, son quienes se encargan de la gerencia de la industria; y al mismo tiempo se reservan el derecho de emplear en provecho de toda la plusvalía de la producción. Además, en este sistema se establece una distinción muy sutil, pero llena de consecuencias, entre el trabajo del peón y del individuo que ha hecho un aprendizaje previo. El trabajo del

peón no es, a los ojos del colectivista, más que un trabajo «simple», mientras que el artesano, el ingeniero, el científico, etc., llevan a cabo lo que Marx llama un trabajo «compuesto», por lo que tienen derecho a un salario más alto. Pero peones e ingenieros, tejedores y científicos son asalariados del Estado: «todos funcionarios», decían últimamente para dorar la píldora.

Pues bien, el mayor servicio que la próxima revolución podrá prestar a la humanidad será crear un sistema en el cual no pueda aplicarse el salariado, y en el que se imponga como única solución aceptable el comunismo, negación del sistema del salariado.

Aun admitiendo que la modificación colectivista sea posible, si se hace de forma gradual durante un periodo próspero y tranquilo (no creemos que esto sea viable, incluso en estas condiciones), sería imposible llevarla a cabo en periodo revolucionario porque, al día siguiente de tomar las armas, surgirá la necesidad de alimentar a millones de seres. Puede hacerse una revolución política sin que por ello se trastoque la industria; pero una revolución en la cual el pueblo se adueñe de la propiedad producirá inevitablemente una súbita paralización del comercio y de la producción. Los millones del Estado no bastarían para asalariar a los millones de hombres faltos de trabajo.

No nos cansaremos de insistir en este punto; la reorganización de la industria sobre nuevas bases (más adelante mostraremos la enormidad del problema) no se hará en unos cuantos días, y el proletario no podrá ofrecer años de miseria al servicio de los teóricos del salariado. Para atravesar ese periodo problemático reclamará lo que siempre ha reclamado en tales circunstancias: los alimentos a disposición de todos, el racionamiento.

Por mucho que se predique la paciencia, el pueblo no estará dispuesto a transigir; y, si todos los alimentos no están a la disposición de todos,

saquearán las panaderías.

Si el empuje del pueblo no es lo bastante fuerte, se fusilará a la gente. Para que el colectivismo pueda establecerse, necesita, ante todo, orden, disciplina, obediencia. Y los capitalistas sacarán provecho de la situación: si aquellos que se llaman revolucionarios fusilan al pueblo, este pronto acabará renegando de la revolución, de manera que estos mismos capitalistas prestarán sin duda su apoyo a los defensores del «orden», aun tratándose de colectivistas. Más adelante ya buscarán el medio de aplastar a estos últimos.

Si «se restablece el orden» de esta manera las consecuencias son fáciles de prever. No se limitarán a fusilar a «los saqueadores». Habrá que eliminar a «los inspiradores del desorden», restablecer los tribunales, la guillotina, y los revolucionarios más entusiastas subirán al cadalso. Ocurrirá lo mismo que en 1793.

Notemos cómo triunfó la reacción del siglo pasado. Primero se guillotinó a los hebertistas, a los «enragés», a quienes, con el recuerdo reciente de las luchas, llamaba Mignet «los anarquistas». No tardaron en seguirlos los dantonianos. Y cuando los robespierristas hubieron guillotinado a estos revolucionarios, les tocó el turno de subir también al patíbulo. Por lo que, el pueblo, disgustado y viendo perdida la revolución, dejó obrar a los reaccionarios.

Si «el orden queda restablecido», decimos nosotros, los colectivistas guillotinarán a los anarquistas, los posibilistas guillotinarán a los colectivistas que, a su vez, serán guillotinados por los reaccionarios. La revolución tendría que volver a empezar.

Pero todo induce a creer que el empuje del pueblo será lo bastante fuerte y que, cuando se haga la revolución, la idea del comunismo anarquista habrá ganado terreno. No es esta una opción imposible, pues es el pueblo el

que nos la revela, y cada vez habrá más comunistas a medida que se den cuenta de que no existe otra solución.

Y si el empuje es bastante fuerte, la situación tomará otro giro. En vez de saquear panaderías para ayunar mañana, el pueblo de las ciudades insurrectas tomará posesión de los graneros de trigo, de los mataderos, de los almacenes de comestibles; en una palabra, de todos los víveres disponibles.

Ciudadanos de buena voluntad se dedicarán en el acto a inventariar lo que se encuentre en cada almacén y en cada granero. En veinticuatro horas la Comuna insurrecta sabrá lo que París no sabe aún a pesar de sus comités de estadística, y lo que nunca supo durante el sitio: cuántas provisiones encierra la ciudad. Dos veces en veinticuatro horas se habrán impreso millones de ejemplares de tablas exactas de todos los víveres, de los sitios donde están almacenados y de los medios para distribuirlos.

En cada manzana de casas, en cada calle y en cada barrio, se organizarán voluntarios —los voluntarios de los alimentos— que sabrán entenderse y mantenerse al tanto de sus respectivos trabajos. Que no vengan a interponerse las bayonetas jacobinas; que los teóricos que se hacen llamar científicos no vengan a enredarlo todo o, más bien, que enreden cuanto quieran siempre y cuando no se les deje dar órdenes. Y, con ese admirable espíritu organizador espontáneo que tiene el pueblo en tal alto grado, en todas sus capas sociales y que tan raras veces le permiten ejercitar, surgirá en plena efervescencia revolucionaria un servicio libremente constituido para suministrar a cada uno los víveres indispensables.

Que el pueblo tenga las manos libres, y en ocho días el servicio de los víveres se hará con una regularidad admirable. Quien no haya visto jamás al pueblo laborioso manos a la obra o los que se han pasado toda la vida metidos entre montones de papeles tal vez duden de esa capacidad. ¡Hablad

del espíritu organizador de ese gran desconocido, el pueblo, a aquellos que lo han visto en París en las jornadas de las barricadas, o en Londres durante la última gran huelga, cuando tenía que alimentar a medio millón de hambrientos, y os dirán cuán superior es a los oficinistas!

Por otra parte, aunque hubiera que padecer durante quince días o un mes cierto desorden parcial y relativo, poco importa. Para las masas siempre será mejor que lo que hoy existe. Además, en tiempos de revolución se cena, sin quejas, riendo, o más bien discutiendo, con salame y pan duro. En todo caso, lo que surgiría de forma espontánea debido a las necesidades inmediatas del pueblo, sería infinitamente preferible a todo lo que se pudiera inventar entre cuatro paredes, en medio de libros o en las oficinas del ayuntamiento.

4

Inevitablemente, el pueblo de las grandes ciudades se verá conducido a apoderarse de todos los víveres, procediendo de lo simple a lo complejo, para satisfacer las necesidades de todos los habitantes. Cuanto antes se haga, mejor será; cuanta más miseria se evite, menos luchas intestinas habrá.

Pero ¿sobre qué bases podría organizarse el disfrute de los alimentos en común? Esta es la pregunta que surge de forma natural.

Pues bien, no hay dos maneras diferentes de hacerlo con equidad, sino una sola que responde a los sentimientos de justicia y es de veras práctica: el sistema adoptado ya por los municipios agrarios en Europa.

Veamos un municipio rural, no importa dónde, incluso en Francia, donde los jacobinos han hecho todo lo posible para destruir los usos comunales. Si

el municipio posee un monte, por ejemplo, mientras no falte leña menuda cada cual tiene derecho a coger cuanta quiera, sin más reparo que la opinión de sus convecinos. En cuanto a la leña gruesa, como toda es poca, se recurre al racionamiento.

Lo mismo sucede con los prados comunales. Mientras haya de sobra para todo el municipio, nadie controla lo que han pastado las vacas de cada vecino, ni el número de animales que pastan. Solo se recurre al reparto o al racionamiento cuando los prados son insuficientes. Toda Suiza y muchos municipios de Francia y de Alemania, donde hay prados comunales, practican ese sistema.

Y en los países de la Europa oriental, donde se encuentra a discreción la leña gruesa o no falta suelo, los aldeanos cortan los árboles en los montes con arreglo a sus necesidades, cultivan tanto terreno como les hace falta, sin pensar en racionar la leña gruesa ni en dividir la tierra en parcelas. Sin embargo, se racionará la leña gruesa y se repartirá el suelo según las necesidades de cada vecino en cuanto falten una y otro, como ya sucede en Rusia.

En definitiva, coger lo que uno quiera de aquello que abunde, racionar lo que escasea y debe repartirse. De trescientos cincuenta millones de habitantes que viven en Europa, doscientos millones siguen aún estas prácticas totalmente naturales.

Señalemos un hecho significativo: el mismo sistema prevalece también en las grandes ciudades, al menos para un objeto de consumo que se encuentra allí en abundancia: el agua suministrada a domicilio.

Mientras basten las bombas para abastecer las casas sin temor a que falte el agua, a ninguna compañía se le ocurrirá la idea de reglamentar el uso que se haga del agua en cada casa. ¡Que gasten la que quieran! Y si se teme que falte el agua en París durante los grandes calores, las compañías saben muy

bien que basta una simple advertencia de cuatro líneas puestas en los periódicos para que los parisienses reduzcan el consumo y no la malgasten.

Pero si llegase a faltar el agua, ¿qué haríamos? Se recurriría al racionamiento. Y esta medida es tan natural, está tan en la mente de todos, que en París, en 1871, se reclamó el racionamiento de los víveres en las dos ocasiones en que la ciudad estuvo sitiada.

¿Es necesario pues entrar en detalles y elaborar gráficos acerca de cómo podría funcionar el racionamiento, demostrar que sería infinitamente más justo que cuanto hoy existe? Con esos gráficos y esos detalles no convenceríamos a los burgueses —ni lamentablemente a los trabajadores aburguesados—, que consideran al pueblo como una aglomeración de salvajes que se romperían la crisma entre ellos en cuanto no funcionase el gobierno. Pero solo quien no ha visto nunca al pueblo deliberar podría pensar que, si este fuese dueño de establecer el racionamiento, no lo establecería con arreglo a los más puros principios de justicia y de equidad.

Decid en una reunión popular que las perdices deben reservarse para los delicados holgazanes de la aristocracia y el pan negro para los enfermos de los hospitales, y os abuchearán.

Pero decid en esa misma reunión, predicadlo por todas las esquinas, que el alimento más delicado debe reservarse para los débiles, y en primer lugar para los enfermos. Decid que si hubiese en París tan solo diez perdices y una caja de botellas de vino de Málaga, deberían llevarse a los dormitorios de los convalecientes; decid eso…

Decid que, tras el enfermo, viene el niño. ¡Para él serán la leche de las vacas y de las cabras, si no hay bastante para todos! Para el niño y el anciano el último bocado de carne, y para el hombre robusto el pan a secas, de verse reducidos a tal extremo.

Decid que si no hay suficientes cantidades de un alimento y hay que racionarlo, se reservarán las últimas raciones para quien más las necesite; decid esto y veréis cómo lográis el asentimiento unánime.

Aquel que se halla saciado no lo comprende, pero no así el pueblo; este siempre lo ha sabido. Pero aquel que se halla saciado, si alguna vez se ve tirado en la calle, también lo comprenderá cuando entre en contacto con las masas.

Los teóricos —para quienes el uniforme y la escudilla del soldado son lo último en materia de civilización— pedirán sin duda que se introduzcan enseguida la cocina nacional y la sopa de lentejas. Invocarán las ventajas de economizar combustible y víveres, estableciendo inmensas cocinas donde todo el mundo deberá acudir a tomar su ración de caldo, pan y verdura.

No negamos esas ventajas. Sabemos muy bien lo que la humanidad ha economizado en cuanto a trabajo y combustible al renunciar primero al molino de brazo y luego al horno en que antaño cocía cada uno su pan. Entendemos que sería más económico hacer caldo para cien familias a la vez, en lugar de encender cien hornillos. También sabemos que hay mil maneras de preparar las patatas, pero que estas no serían peores porque se cociesen en una sola marmita para cien familias a la vez.

Comprendemos, en fin, que la variedad de la cocina reside sobre todo en la manera de sazonar de cada mujer, pero que no por ello la cocción en común de un quintal de patatas no impediría que cada una las sazonase a su modo. Y también sabemos que con caldo de carne se pueden hacer cien sopas diferentes para satisfacer cien gustos distintos.

Sabemos todo esto y, sin embargo, afirmamos que nadie tiene derecho a obligar a una mujer a coger ya cocidas las patatas en el depósito municipal si prefiere cocerlas ella en su olla, en su hogar. Y, sobre todo, queremos que

cada uno pueda consumir su alimento como le plazca, en el seno de la familia o con los amigos, o incluso en el restaurante, si lo prefiere.

Seguramente surgirán grandes cocinas, en vez de los restaurantes donde hoy se envenena a la gente. La parisiense está acostumbrada a comprar el caldo en la carnicería para hacer una sopa a su gusto, y el ama de casa londinense sabe que pueden asarle la carne y hasta su tarta de manzana o de ruibarbo en la panadería por unos pocos cuartos, economizando así tiempo y carbón. Y cuando la cocina común —el horno comunal del futuro— ya no sea un lugar de fraude, falsificación y envenenamiento, se creará la costumbre de dirigirse a ese horno para tener preparadas las partes fundamentales de la comida para luego darles el último toque, cada cual a su gusto.

Pero hacer de ello una ley, imponerse el deber de adquirir ya cocido el alimento, sería tan repulsivo para el hombre del siglo XIX como las ideas de convento o de cuartel, ideas malsanas, nacidas en cerebros pervertidos por el mando militar o deformadas por una educación religiosa.

¿Quién tendrá derecho a los víveres comunes? Esta será seguro la primera cuestión que se plantee. Cada población actuará según sus necesidades, y estamos convencidos de que todas las acciones llevadas a cabo serán dictadas por el sentimiento de justicia. Mientras los trabajos no estén organizados, mientras dure el periodo de efervescencia revolucionario y sea imposible distinguir entre el haragán perezoso y el desocupado involuntario, los alimentos disponibles deben ser para todos, sin excepción alguna. Los que hayan combatido, arma en mano, contra la victoria popular, o conspirado contra ella, se apresurarán por decisión propia a librar de su presencia el territorio insurrecto. Pero nos parece que el pueblo, siempre enemigo de represalias y magnánimo, partirá el pan con todos los que se hayan quedado en su seno, sean expropiadores o expropiados. Si se inspira

en esta idea, la revolución no perderá nada con ello, y cuando se reanude el trabajo, se verá a aquellos que combatían entre sí la víspera encontrarse juntos en el mismo taller. En una sociedad en la que el trabajo es libre, no hay que temer a los holgazanes.

«Pero al cabo de un mes faltarán los víveres», nos gritan ya los críticos.

«¡Tanto mejor!», contestamos nosotros. Eso probará que, por primera vez en su vida, el proletario habrá comido hasta saciarse. En cuanto a los medios para reemplazar lo que se haya consumido, esa es precisamente la cuestión que vamos a desarrollar a continuación.

5

¿Con qué medios puede asegurar una ciudad en plena revolución social el suministro de alimentos?

Responderemos a esta pregunta, pero es evidente que los procedimientos a los que se recurra dependerán del carácter de la revolución en cada provincia, así como el de las naciones vecinas. Si toda la nación o, mejor aún, Europa entera, hiciese de forma conjunta y al mismo tiempo la revolución social y abrazase de lleno el comunismo, se obraría en consecuencia. Pero si solo algunos municipios en Europa implantan el comunismo, habrá que elegir optar por otros procedimientos. Cada situación exige medios distintos.

Antes de seguir, analicemos la situación europea y, sin intención de profetizar, intentemos deducir cómo se desarrollaría la revolución, al menos en sus principales rasgos.

Es de desear que toda Europa se levante a la vez, que en todas partes se expropie y se inspiren en los principios comunistas. Semejante

levantamiento facilitaría muchísimo la tarea de nuestro siglo.

Pero todo induce a creer que no sucederá así. No dudamos que la revolución abarque toda Europa. Si una de las cuatro grandes capitales del continente, París, Viena, Bruselas o Berlín, se levanta y derriba a su gobierno, es casi seguro que las otras tres harán otro tanto con pocas semanas de diferencia. También es probable que en las penínsulas ibérica e itálica, e incluso en Londres y San Petersburgo, la revolución no se haga esperar. Pero ¿se manifestará en todas partes de la misma manera? Permítanos dudarlo.

Es muy probable que en todas partes se lleven a cabo expropiaciones en mayor o menor escala y, si estas expropiaciones se practican en una de las grandes naciones europeas, ejercerán un gran influjo en todas las demás. Pero los inicios de la revolución ofrecerán grandes diferencias locales, y su desarrollo no será siempre idéntico en los distintos países. En 1789-1793, los campesinos franceses necesitaron cuatro años para abolir de forma definitiva los derechos feudales, y los burgueses para derribar la monarquía. No debemos olvidarlo: la revolución tardará cierto tiempo en desarrollarse, y no lo hará al mismo ritmo en todas partes.

También es dudoso, sobre todo al principio, que tome un carácter abiertamente socialista en todas las naciones europeas. Recordemos que Alemania aún se halla en pleno imperio unitario y que sus partidos más liberales sueñan con la república jacobina de 1848 y «la organización del trabajo» de Louis Blanc, mientras que el pueblo francés quiere al menos la Comuna libre, si no es la Comuna comunista.

Todo induce a creer que Alemania irá más lejos que Francia en la próxima revolución. Francia, al hacer su revolución burguesa del siglo XVIII, fue más lejos que la Inglaterra del siglo XVII: además del poder real, abolió el poder de la aristocracia terrateniente, que aún representa una fuerza

poderosa entre los ingleses. Pero si Alemania va más lejos y lo hace mejor que Francia en 1848, ciertamente la idea que inspire los comienzos de su revolución será la de 1848; como la idea que inspirará la revolución en Rusia será la de 1789, modificada hasta cierto punto por el movimiento intelectual de nuestro siglo.

Sin otorgar, por otra parte, a estas previsiones más importancia que la que merecen, podemos sacar las siguientes conclusiones: la revolución tomará un carácter diferente en las distintas naciones de Europa; con respecto a la socialización de los productos, no será el mismo el nivel alcanzado.

¿Se deduce de esto que las naciones más avanzadas deberán ajustar su ritmo al de las naciones más retrasadas, como se ha dicho alguna vez? ¿Esperar a que la revolución comunista haya madurado en todas las naciones civilizadas? ¡Por supuesto que no! Y, aunque así se quisiera, sería imposible: la historia no espera a los rezagados.

Por otra parte, no creemos que en un mismo país se haga la revolución conjunta con la que sueñan algunos socialistas. Es muy probable que, si una de las cinco o seis grandes ciudades de Francia —París, Lyon, Marsella, Lille, Saint-Étienne, Burdeos— proclama la Comuna, las otras sigan su ejemplo y varias ciudades menos populosas hagan otro tanto. También es de esperar que algunas cuencas mineras y ciertos centros industriales no tarden en licenciar a sus patronos y constituirse en agrupaciones libres.

Pero no ocurrirá lo mismo en muchos pueblos rurales; a pesar de la cercanía de los municipios insurrectos, permanecerán a la expectativa y continuarán viviendo bajo el régimen individualista. Al ver que no aparecen por el lugar el alguacil ni el cobrador de impuestos, los campesinos no se mostrarán hostiles con los insurrectos, se aprovecharán de la situación mientras aguardan el momento de ajustarles las cuentas a los explotadores locales. Pero con ese espíritu práctico que ha caracterizado siempre los

levantamientos agrarios (recordemos la apasionada labor de 1792), se afanarán por cultivar la tierra, queriéndola aún más por estar libre de impuestos y de hipotecas.

En cuanto al exterior, la revolución habrá estallado en todas partes, aunque presentando distintos aspectos: aquí unitaria, allá federalista, pero siempre con un trasfondo socialista; no existirá la uniformidad.

6

Pero volvamos a nuestra ciudad sublevada y veamos en qué condiciones tendrá que proveer a su abastecimiento.

¿Dónde tomar los víveres necesarios, si la nación entera no ha aceptado aún el comunismo? Este es el problema que se plantea.

Elijamos una gran ciudad francesa, por ejemplo, la capital. París consume cada año millones de quintales de cereales, trescientos cincuenta mil bueyes y vacas, doscientas mil terneras, trescientos cerdos y más de dos millones de carneros, sin contar los animales de caza. Además, París necesita unos ocho millones de kilos de manteca, ciento setenta y dos millones de huevos, y todo lo demás en las mismas proporciones.

Las harinas y los cereales llegan de Estados Unidos, Rusia, Hungría, Italia, Egipto y la India; el ganado de Alemania, Italia, España y hasta de Rumanía y Rusia. En cuanto a los demás comestibles, no hay país en el mundo que no contribuya.

Veamos primero cómo se podría abastecer de víveres a París, o a cualquier otra gran ciudad, con los productos que se cultivan en los campos franceses y que los agricultores están deseando entregar para su consumo.

Para los autoritarios, la cuestión no presenta ninguna dificultad. Primero crearían un gobierno fuertemente centralizado, armado con todos los órganos de coerción: policía, ejército, guillotina. Ese gobierno mandaría elaborar estadísticas de todo lo que se recolecta en Francia, dividiría el país en cierto número de distritos de alimentación y ordenaría que tal alimento y en tal cantidad se transportase a tal sitio, se entregase tal día, en tal estación, lo recibiese tal funcionario, se almacenase en tal almacén, y así sucesivamente.

Pues bien, nosotros estamos convencidos de que esta solución no es la deseable; además, nunca podría ser puesta en práctica. Es pura utopía.

Semejante estado de cosas puede soñarse con la pluma en la mano, pero en la práctica es materialmente imposible; sería preciso no contar con el espíritu de independencia de la humanidad. Eso implicaría la insurrección general: tres o cuatro Vendées en lugar de una, la guerra de las aldeas contra las ciudades. Francia entera insurrecta contra la ciudad que osase imponer este régimen.

¡Basta de utopías jacobinas! Veamos si podemos organizarnos de otra manera.

En 1793 el campo sitió por hambre a las grandes ciudades y mató la revolución. Sin embargo, se sabe que la producción de cereales en Francia no había disminuido en 1792-1793; incluso todo induce a creer que había aumentado. Pero después de apoderarse de gran parte de las tierras señoriales y de haber cosechado en esas tierras, los burgueses campesinos no quisieron vender su trigo por asignados. Lo guardaron, esperando el alza de los precios o el pago en monedas de oro. Y ni las medidas más rigurosas de los convencionales para forzar a los acaparadores a vender el trigo ni las ejecuciones de pena capital nada pudieron hacer contra esa huelga. Sin embargo, ya sabemos que a los comisarios de la Convención poco les

importaba guillotinar a los acaparadores, siquiera el pueblo tenía reparos en ahorcarlos de un farol; y, sin embargo, el trigo permanecía en los almacenes y las gentes de las ciudades pasaba hambre.

Pero ¿qué les ofrecían a los que trabajaban los campos a cambio de sus rudas labores? ¡Asignados! Unos papeluchos cuyo valor bajaba de día en día; unos billetes que marcaban quinientas libras en caracteres impresos, pero sin valor real. Con un billete de mil libras no había para comprar un par de botas, y se comprende que el campesino no aceptara de ninguna manera intercambiar un año de trabajo por un pedazo de papel que no le permitía comprarse siquiera una camisa.

Y mientras ofrezcan al agricultor del suelo un pedazo de papel sin valor —se llame asignado o «bono de trabajo»— ocurrirá lo mismo. Los alimentos permanecerán en el campo y la ciudad se verá privada de ellos, aunque se recurra de nuevo a la guillotina y a los ahorcamientos.

Lo que debe ofrecerse al campesino no es papel, sino la mercancía que necesita de forma inmediata, la máquina de la que ahora se priva con pena, el vestido que lo resguarda de la intemperie, la lámpara y el petróleo que reemplacen su cabo de vela, la pala, el rastrillo, el arado, en fin, todo aquello que no tiene, y no porque desconozca cuánto lo necesita, sino porque, en su existencia de privaciones y de trabajo extenuante, mil objetos útiles son inaccesibles para él a causa de su precio.

Que la ciudad empiece ahora mismo a producir aquello que le falta al campesino, en lugar de elaborar baratijas para adornos de las burguesas. Que las máquinas de coser de París hagan prendas de trabajo y de domingo para el campo, en vez de ajuares de novia; que la fábrica construya máquinas agrícolas, palas y rastrillos, en lugar de esperar que los ingleses nos las envíen a cambio de nuestro vino.

Que la ciudad no envíe a las aldeas a comisarios con fajas rojas o multicolores para comunicar al labrador la orden de llevar sus provisiones a tal sitio, sino que los visiten amigos, hermanos para decirles: «Traednos vuestros productos, y coged en nuestros almacenes todas las cosas manufacturadas que necesitéis». Y entonces afluirán de todas partes los víveres. El campesino guardará lo que necesite para vivir, pero enviará el resto a los trabajadores de las ciudades, en los cuales —por vez primera en el curso de la historia— verá a hermanos y no a explotadores.

Quizá se nos diga que esto exige una transformación completa de la industria. Desde luego que sí, en ciertas ramas. Pero hay otras mil que podrán modificarse con rapidez, de modo que suministren a los aldeanos vestidos, relojes, muebles, aperos y maquinaria sencilla, que la ciudad le hace pagar tan caros en estos momentos. Tejedores, sastres, zapateros, quincalleros, ebanistas y tantos otros no encontrarán dificultad alguna en abandonar la producción de artículos de lujo por el trabajo de utilidad. Tan solo se necesita ser conscientes de la necesidad de esta transformación; que esta se considere como un acto de justicia y de progreso; que no se deje llevar por esa ilusión, tan cara a los teóricos, de que la revolución debe limitarse a tomar posesión de la plusvalía, y de que la producción y el comercio pueden permanecer siendo lo que son en nuestros días.

A nuestro parecer, en esto reside todo: en ofrecer al agricultor, a cambio de sus productos, no papeles mojados (sea lo que sea lo que lleven escrito), sino los objetos de consumo necesarios para el cultivador. Si se hace así, afluirán los víveres a las ciudades; si no, habrá escasez en las ciudades con las siguientes consecuencias: las represalias de los reaccionarios.

Todas las grandes ciudades —ya lo hemos comentado— compran el trigo, la harina y la carne no solo en las provincias, sino también en el exterior. El extranjero provee a París de especias, de pescado y de alimentos de lujo, además de considerables cantidades de trigo y de carne.

Pero, en tiempos de revolución, no podrá contarse (o muy poco) con el extranjero. Si el trigo ruso, el arroz italiano o indio y los vinos de España y de Hungría afluyen hoy a los mercados de la Europa occidental no es porque los países exportadores posean un exceso de estos productos o porque broten libremente, como los dientes de león. En Rusia, el campesino trabaja hasta dieciséis horas diarias y pasa hambre de tres a seis meses al año con el fin de exportar el trigo con el que paga al señor y al Estado. Hoy en día, en las aldeas rusas, la policía se presenta en cuanto se ha recogido la cosecha y vende la última vaca, el último caballo del agricultor, por atrasos de contribuciones y de rentas a los señores, cuando el labrador no se presta de buena gana a malvender el trigo a los exportadores. Hasta tal extremo que solo guarda trigo para nueve meses y vende el resto con el fin de que no le vendan la vaca por quince francos. Para poder sobrevivir hasta la próxima cosecha, tres meses si el año es bueno, o seis si ha sido malo, mezcla corteza de álamo blanco a su harina, mientras en Londres saborean los bizcochos hechos con su trigo.

Pero, en cuanto se instale la revolución, el labrador ruso se guardará el pan para sus hijos y él. Lo mismo harán los campesinos italianos y húngaros; también esperamos que el indio aproveche estos buenos ejemplos, así como los trabajadores de las granjas en Estados Unidos a menos de que estos territorios no estén ya desorganizados por la crisis. Así pues, no habrá que contar con las importaciones de trigo y maíz procedentes del exterior.

Toda nuestra civilización burguesa está basada en la explotación de las razas inferiores y de los países atrasados en la industria, de modo que el primer beneficio de la revolución será amenazar a esta «civilización» emancipando a las llamadas razas inferiores. Pero ese inmenso beneficio conllevará en efecto una disminución considerable de las entradas de alimentos que afluyen hacia las grandes ciudades de Occidente.

En cuanto al interior del país, es más difícil prever el desarrollo de la economía. Por una parte, el labrador se aprovechará seguramente de la revolución para enderezar su espalda siempre encorvada sobre el suelo. En vez de las catorce o dieciséis horas que trabaja hoy, hará bien en no trabajar sino la mitad, lo que provocará un descenso en la producción de los principales víveres: el trigo y la carne.

Pero, por otra parte, la producción aumentará en cuanto el agricultor ya no se vea obligado a trabajar para mantener a holgazanes. Se roturarán nuevos terrenos, se pondrán en marcha máquinas más perfectas. «Jamás hubo labor tan vigorosa como la de 1792, cuando el campesino hubo recobrado de los señores la tierra que desde tanto tiempo ansiaba», dice Jules Michelet hablando de la gran revolución.

Poco después, cada agricultor tendrá acceso al cultivo intensivo, cuando la comunidad posea la maquinaria perfeccionada y los abonos químicos necesarios. Pero todo induce a creer que al principio podrá disminuir la producción agrícola en Francia y fuera de ella.

Lo más sensato, en todo caso, es pensar que disminuirán los suministros tanto del interior como del extranjero. ¿Cómo llenar este vacío? ¡Caramba! Pues llenándolo uno mismo. Es absurdo complicarse la vida, cuando la solución es simple.

Es indispensable que las grandes ciudades cultiven la tierra, como lo hacen los pueblos rurales. Hay que llevar a cabo lo que la biología llamaría

la «integración de las funciones». Después de haber dividido el trabajo, es preciso «integrar»: así funciona toda la naturaleza.

Por otro lado —filosofía aparte— la situación nos conducirá sin remedio a ello. Si París se da cuenta de que al cabo de ocho meses se encontrará sin trigo, París lo cultivará.

¿Tierra? No falta. Alrededor de las grandes ciudades —sobre todo París — se agrupan principalmente los parques y jardines de los señores, millones de hectáreas que solo esperan el trabajo inteligente del agricultor para rodear, por ejemplo, París de llanuras mucho más fértiles y productivas que las estepas cubiertas de mantillo, pero desecadas por el sol del sur de Rusia.

¿Brazos? ¿A qué queréis que se dediquen los dos millones de parisienses, tanto mujeres como hombres, cuando ya no tengan que vestir y entretener y divertir a los príncipes rusos, a los boyardos rumanos y a las señoras de la banca de Berlín?

Disponiendo de toda la maquinaria del siglo, de la inteligencia y del conocimiento técnico del trabajador, hecho al uso de la herramienta perfeccionada; teniendo a su servicio a los inventores, a los químicos y a los agrónomos, a los horticultores de Gennevilliers, así como los instrumentos necesarios para multiplicar las máquinas y ensayar otras nuevas; teniendo, por último, el espíritu organizador del pueblo de París, su buen humor, su entusiasmo, la agricultura de la Comuna anarquista de París será muy diferente de la de los cavadores de las Ardenas.

Pronto se recurriría al vapor, a la electricidad, al calor solar y a la fuerza del viento. La cavadora y la despedregadora de vapor harían con rapidez lo más duro del trabajo de preparación, y la tierra, ablandada y enriquecida, esperaría, impaciente, los cuidados inteligentes del hombre, y sobre todo de

la mujer, para cubrirse de plantas bien cuidadas, que se renovarían tres o cuatro veces al año.

Aprendiendo horticultura con los hombres del oficio, ensayando en parcelas reservadas mil diversos medios de cultivo, rivalizando unos con otros para conseguir las mejores cosechas, hallando en el ejercicio físico, sin cansancio ni trabajos excesivos, las fuerzas que tan a menudo faltan en las grandes ciudades, hombres, mujeres y niños estarían satisfechos de aplicarse a las labores del campo, que dejarán de ser un trabajo de presidiario y se convertirán en un placer, en una fiesta, en un renacimiento del ser humano.

«¡No hay tierras estériles! ¡La tierra vale lo que vale el hombre!» Esto es lo que proclama la agricultura moderna. La tierra da lo que le piden; solo se trata de pedir con inteligencia.

Un territorio —aunque sea tan pequeño como los dos departamentos del Sena y del Sena y Oise, y tenga que alimentar a una gran ciudad como París — bastaría prácticamente para llenar los vacíos que en torno suyo pudiera provocar la revolución.

La combinación de la agricultura con la industria, el hombre agricultor e industrial al mismo tiempo, a esto nos conducirá necesariamente la Comuna comunista si se lanza sin miedo por el camino de la expropiación.

Si la Comuna decide enfrentarse a este reto, no fracasará por el hambre. Este no es el peligro, sino la cobardía de espíritu, los prejuicios, hacer las cosas a medias.

El peligro reside en aquellas palabras que Danton le gritaba al pueblo francés: «¡Audacia, audacia y más audacia!», sobre todo audacia intelectual, que surgirá sin dudarlo tras la audacia de la voluntad.

El alojamiento

1

Aquellos que observan atentamente el estado de ánimo de los trabajadores han debido de advertir que, poco a poco, se va formando un acuerdo acerca de una importante cuestión: la del alojamiento. Hay un hecho cierto: en las grandes ciudades de Francia, y en muchas pequeñas, los trabajadores llegan a la conclusión de que la casas habitadas no son, en manera alguna, propiedad de aquellos a los que el Estado reconoce por propietarios.

Es una evolución que tiene lugar en los espíritus de la gente, y ya no podrá convencerse al pueblo de que el derecho de propiedad sobre la vivienda es justo.

La casa no ha sido edificada por el propietario; ha sido construida, decorada, tapizada por centenares de obreros, a quienes el hambre ha conducido a las obras, y la necesidad de sobrevivir ha obligado a aceptar un salario mísero.

El dinero gastado por el supuesto propietario no era producto de su propio trabajo. Lo había acumulado, como todas las riquezas, a costa de los trabajadores, pagándoles los dos tercios o la mitad de lo que les correspondía.

En fin —y es sobre todo por ello que constatamos lo incongruente de la situación—, la casa debe su valor actual al provecho que el propietario saca de ella. Este provecho se debe a que está edificada en una ciudad con

empedrado, con luz de gas, comunicaciones regulares con otras ciudades, con establecimientos de industria, comercio, ciencias y artes; a que esa ciudad tiene puentes, muelles, monumentos arquitectónicos y ofrece al habitante miles de atractivos y comodidades que no se encuentran en los pueblos; a que veinte o treinta generaciones de habitantes han trabajado para hacerla habitable, sanearla y embellecerla.

El valor de una casa en ciertos barrios de París es de un millón, y no porque contenga en sus muros el equivalente a un millón de trabajo, sino porque está en París, porque desde hace siglos los obreros, los artistas, los pensadores, los científicos y los literatos han contribuido a hacer de París lo que es hoy: un centro industrial, político y científico, porque tiene un pasado, porque, gracias a la literatura, son conocidas sus calles lo mismo en provincias que en el extranjero, porque es producto del trabajo de dieciocho siglos, de medio centenar de generaciones, de toda la nación francesa.

¿Quién tiene derecho a apropiarse de la más pequeña parte de ese terreno o del último de los edificios sin cometer una manifiesta injusticia? ¿Quién tiene derecho a vender la menor parcela del patrimonio común?

Sobre este asunto, decimos, los trabajadores han llegado a un acuerdo. La idea del alojamiento gratuito se manifestó claramente durante el sitio de París, cuando se pedía la anulación de los alquileres reclamados por los propietarios. También se manifestó durante la Comuna de 1871, cuando el París obrero esperaba del Consejo de la Comuna una resolución enérgica aboliendo los alquileres. Esta seguirá siendo la primera preocupación del pobre cuando la revolución haya estallado.

Con revolución o sin ella, el trabajador necesita un refugio, un alojamiento. Pero, por malo y por insalubre que sea, hay siempre un propietario que puede expulsarlo de él. Es verdad que, con la revolución, el casero no encontrará alguaciles ni agentes de policía para echar a la calle

los trastos de su inquilino. Pero ¡quién sabe si mañana el nuevo gobierno, por revolucionario que pretenda ser, no reconstituirá las fuerzas represivas y lanzará contra los pobres la jauría policíaca! ¡Hemos visto cómo la Comuna proclamó el aplazamiento de los alquileres no pagados hasta el 11 de abril, pero finalmente solo hasta el primero de abril! ¡Tras ese plazo deberían haber pagado, a pesar de que París era una ciudad caótica, con una industria parada y con revolucionarios que solo disponían como único recurso sus treinta *sous*!

Sin embargo, el trabajador debe saber que, al no pagar al casero, no se está aprovechando tan solo de la desorganización del poder. Debe saber que el alojamiento gratuito está reconocido en principio y sancionado, digámoslo así, por el asentimiento popular; que el alojamiento gratuito es un derecho abiertamente proclamado por el pueblo.

¿Acaso debemos esperar que los socialistas, que formarían un gobierno provisional con burgueses, tomen esta medida, que responde al sentimiento de justicia de todo hombre honrado? ¡Pues podríamos esperar sentados hasta la vuelta de los reaccionarios!

Esta es la razón por la que, tras rechazar fajín y quepí —signos de mando y servidumbre— siendo pueblo entre el pueblo, los revolucionarios sinceros trabajarán con el pueblo para que la expropiación de las casas sea un hecho consumado. Trabajarán para crear una corriente de ideas en esta dirección, trabajarán para ponerlas en práctica y, cuando estén maduras, el pueblo procederá a la expropiación de las casas, sin prestar oído a las teorías que no dejarán de predicarle acerca de indemnizaciones a los propietarios y otros despropósitos.

El día en que la expropiación de las viviendas sea un hecho, el explotado, el trabajador, comprenderá que ha llegado un tiempo nuevo, que ya no deberá inclinarse ante los ricos y los poderosos, que la Igualdad se ha

proclamado a pleno día, que la revolución es un hecho cumplido y no un golpe teatral, como los que ya se han visto demasiadas veces.

2

Si la idea de la expropiación se hace popular, al ponerla en práctica no se estrellará contra los insuperables obstáculos con que les gustan amenazaros.

Cierto es que los señorones llenos de galones que vayan a ocupar las poltronas abandonadas de los ministerios y del ayuntamiento no dejarán de acumular obstáculos. Hablarán de conceder indemnizaciones a los propietarios, de elaborar estadísticas, de redactar largos dictámenes, tan largos que podrían durar hasta que el pueblo, aplastado por la miseria fruto de la huelga forzosa, al no poder predecir lo que vendrá, al tiempo que pierde la fe en la revolución, dejaría el campo libre a los reaccionarios, y concluiría, finalmente, por hacer odiosa a todo el mundo la expropiación burocrática.

Este es, en efecto, un escollo contra el cual todo puede zozobrar. Pero si el pueblo no acepta esos falsos razonamientos con que tratarán de deslumbrarlo, si comprende que a vida nueva corresponden procedimientos nuevos y se encarga personalmente de la tarea, entonces podrá llevarse a cabo la expropiación sin grandes dificultades.

«Pero ¿cómo? ¿Cómo puede hacerse?», nos preguntarán. Responderemos a ello, pero con una reserva. Nos repugna trazar en sus menores detalles planes de expropiación. Sabemos de antemano que todo cuanto un hombre o un grupo puedan proyectar hoy será superado por la vida misma. Ya

hemos dicho que esta hará todo mejor y con más sencillez que cuanto pudiera dictársele de antemano.

Por eso, al bosquejar el método según el cual la expropiación y el reparto de las riquezas expropiadas pudieran hacerse sin intervención del gobierno, solo queremos responder a aquellos que declaran imposible tal cosa. Pero queremos insistir en que de ninguna manera nos proponemos preconizar tal o cual sistema de organización. Lo único que pretendemos es demostrar que la expropiación puede hacerse mediante la iniciativa popular y de ninguna otra manera.

Es de suponer que en cuanto se realicen las primeras expropiaciones surgirán en el barrio, en la calle, en la manzana de casas, grupos de ciudadanos de buena voluntad que ofrezcan sus servicios para informarse del número de cuartos desalquilados, de aquellos en los que se amontan familias numerosas, de las viviendas insalubres y de las casas que, siendo harto espaciosas para sus ocupantes, podrían ser ocupadas por aquellos a quienes les falta aire en sus cuchitriles. En pocos días, estos voluntarios crearán en cada calle y en cada barrio listas completas de todos los cuartos saludables e insalubres, estrechos y espaciosos, de las habitaciones infectas y de las moradas suntuosas.

Comunicarán libremente sus listas, y en pocos días se tendrán estadísticas completas. La falsa estadística se elaborará en las oficinas; la auténtica y exacta provendrá del individuo, remontándose de lo simple a lo compuesto.

Después de esto, sin esperar nada de nadie, esos ciudadanos irán tal vez en busca de sus camaradas que habitan en tugurios y les dirán con sencillez: «Esta vez, compañeros, la revolución va en serio. Venid esta tarde a tal sitio; todo el barrio estará allí para el reparto de las habitaciones. Si no os convienen vuestros cuchitriles, elegiréis una de las viviendas de cinco piezas que hay disponibles. Y en cuanto coloquéis allí los muebles, negocio

concluido. ¡El pueblo armado se las entenderá con quien pretenda echaros de casa!».

«Pero todo el mundo querrá tener una vivienda de veinte piezas», nos dirán.

No, eso no es cierto. El pueblo nunca ha pedido tocar el cielo con las manos. Por el contrario, cada vez que vemos a «igualitarios» dispuestos a reparar una injusticia, nos llama la atención el sentido común y el instinto justiciero de los que están animadas las masas. ¿Acaso se le ha visto alguna vez reclamar lo imposible? ¿Se ha visto al pueblo de París pelearse entre ellos cuando iba en busca de su ración de pan o de leña durante los dos sitios? Hacían cola con una resignación que no se cansaban de admirar los corresponsales de los periódicos extranjeros y, sin embargo, sabían que los últimos en llegar pasarían el día sin pan y sin fuego.

Cierto es que en nuestras sociedades hay individuos aislados que poseen instintos egoístas; lo sabemos muy bien. Pero también sabemos que el mejor medio de despertar y alimentar esos instintos sería confiar la cuestión de los alojamientos a una oficina cualquiera. Entonces sí que se abrirían paso las pasiones malsanas, y todo se adjudicaría por influencias. La menor desigualdad haría poner el grito en el cielo, la menor ventaja concedida a alguien haría hablar de soborno, ¡y con razón!

Pero cuando el pueblo mismo, reunido por calles, por barrios, por distritos, se encargue de que los habitantes se muden de los cuchitriles a las viviendas demasiado espaciosas de los burgueses, se tomarían con cierta comprensión los pequeños inconvenientes y las pequeñas desigualdades. Rara vez se ha apelado a los buenos instintos de las masas. Se ha hecho, en alguna ocasión, durante las revoluciones, cuando se trataba de salvar el barco que se hundía y dio resultado. El trabajador ha respondido siempre al llamamiento con abnegación.

Lo mismo ocurrirá en la próxima revolución.

A pesar de todo, es probable que se produzcan injusticias. No pueden evitarse. Hay, en nuestra sociedad, individuos a quienes ningún gran acontecimiento hará que salgan de la senda del egoísmo. Pero la cuestión no es saber si habrá o no injusticias, sino de si podrán limitarse su número.

Pues bien, lo mismo la historia que la experiencia de la humanidad y la psicología de las sociedades, afirman que el medio más equitativo es confiar las cosas a los mismos interesados. Solo ellos podrán tener en cuenta y regularizar los mil detalles que necesariamente se les escaparían a todo reparto llevado a cabo por la burocracia.

3

Además, no se trataría solo de hacer un reparto absolutamente igualitario de las viviendas, pero los inconvenientes que aún sufrirían ciertas familias se solucionarían con facilidad en una sociedad encaminada hacia la expropiación.

Cuando los albañiles, los canteros (en una palabra, los «constructores») sepan que tienen asegurada la subsistencia, reanudarán, contentos, por algunas horas diarias el trabajo al que están acostumbrados. Dispondrán de otra manera las grandes viviendas que necesitaban de mucha servidumbre doméstica. Y en pocos meses habrán surgido casas mucho más saludables que las de nuestros días. Y a los que no estén lo bastante bien instalados, podrá decirles la Comuna anarquista: «¡Paciencia, compañeros! Palacios saludables, cómodos y hermosos, superiores a cuanto edificaban los capitalistas, van a levantarse en el suelo de la ciudad libre. Serán para los que más lo necesiten. La Comuna anarquista no edifica para recaudar

rentas. Los monumentos que erija para sus ciudadanos, producto del espíritu colectivo, servirán de modelo a la humanidad entera, ¡y serán vuestros!».

Si el pueblo sublevado expropia las casas y proclama el alojamiento gratuito, la comunidad de las viviendas y el derecho de cada familia a un alojamiento saludable, la revolución habrá tomado desde el principio un carácter comunista y se habrá lanzado por una senda de la que no será fácil hacerla salir tan pronto. Habrá dado un golpe mortal a la propiedad individual.

La expropiación de las casas lleva así el germen de toda la revolución social. Del modo como se haga dependerá del carácter de los acontecimientos. O abrimos un camino amplio y grande al comunismo anarquista, o nos quedamos chapoteando entre el cieno del individualismo autoritario.

Es fácil prever las numerosas objeciones que nos harán, unas de orden teórico, otras de sentido práctico.

Puesto que se tratará de sostener a toda costa la iniquidad, es seguro que en nombre de la justicia nos hablarán exclamando: «¿No es una infamia que los parisienses se apoderen para ellos de las hermosas casas y dejen las chozas a los campesinos?». No nos dejemos engañar. Esos rabiosos partidarios de la justicia, por un rasgo de su carácter, olvidan la gran desigualdad de que se hacen defensores. Olvidan que en el mismo París el trabajador se asfixia en su cuchitril —su mujer, sus hijos y él— mientras que desde su ventana ve el palacio del rico. Olvidan que generaciones enteras perecen en los barrios populosos por falta de aire y de sol, y que el primer deber de la revolución tendrá que ser reparar esa injusticia.

No nos detengamos en estos reclamos interesados. Sabemos que la desigualdad, que realmente existirá entre París y las aldeas, disminuirá cada

día que pase. La aldea podrá construir alojamientos más saludables que los actuales en cuanto el labrador deje de ser la bestia de carga del propietario, del fabricante, del usurero y del Estado. Para evitar una injusticia temporal y reparable, ¿hay que sostener la injusticia que existe desde hace siglos?

Las objeciones prácticas tampoco se sostienen demasiado.

Nos dirán: «Ahí tenéis a un pobre diablo, que a fuerza de privaciones ha logrado comprar una casa lo suficientemente grande para que en ella quepa su familia. ¡Es tan feliz! ¿También lo echaréis a la calle?». ¡Por supuesto que no! Si su casa apenas basta para alojar a su familia, que la habite. ¡Que cultive el pequeño huerto al pie de sus ventanas! En caso de necesidad, nuestros jóvenes incluso irán a echarle una mano. Pero si en su casa hay un cuarto alquilado a otra persona, el pueblo irá en busca de esta y le dirá: «Compañero, ¿sabes que ya no le debes nada al casero? Quédate con el cuarto y no le des un céntimo. Ya no hay que temer a los alguaciles en lo sucesivo. ¡Ha triunfado la revolución social!».

Y si el propietario ocupa él solo veinte piezas y hay en el barrio una madre con cinco hijos apiñados en un cuartucho, pues bien, el pueblo irá a ver si entre las veinte piezas hay alguna que, después de haberla arreglado, pueda ser un buen alojamiento para la madre y sus cinco hijos. ¿No será eso más justo que dejar a la madre y los cinco niños en el cuartucho y al señor a sus anchas en el palacio? Además, el señor se acostumbrará muy pronto; cuando ya no tenga criadas para arreglarle las veinte piezas, su burguesa se pondrá contenta al verse libre de la mitad de sus habitaciones.

«Eso será un completo trastorno —exclamarán los defensores del orden —. ¡Una mudanza sin fin! ¡Lo mismo daría echar a todo el mundo a la calle y luego sortear las viviendas!»

Estamos convencidos de que, si ningún gobierno se entromete y se confía toda la transformación a los grupos formados espontáneamente para esa

tarea, las mudanzas serán menos numerosas que las que se producen en un solo año debido a la rapacidad de los propietarios.

En primer término, en todas las ciudades importantes hay un número tan grande de viviendas desocupadas que casi bastarían para alojar a la mayoría de los habitantes que malviven en cuchitriles. En cuanto a los palacios y a los pisos suntuosos, muchas familias obreras no los querrían, pues no valen nada si no pueden ser atendidos por numerosos criados. Por eso, los ocupantes se verán obligados bien pronto a buscar viviendas menos lujosas, donde las señoras banqueras guisarán ellas mismas. Y poco a poco, sin que haya que acompañar al banquero con un piquete a una buhardilla, y al habitante de la buhardilla al palacio del banquero, la población se repartirá amistosamente las viviendas que estén disponibles sin grandes altercados. ¿Acaso en los municipios rurales no se distribuyen los campos, sin apenas molestar a los poseedores de parcelas, lo cual no merece más que elogios por el sentido común y la sagacidad de los procedimientos a los que recurre la Comuna? La Comuna rusa —y esto consta en infinidad de encuestas hechas— hace menos mudanzas de un campo a otro que la propiedad individual con sus pleitos ante la curia. ¡Y se nos quiere hacer creer que los habitantes de una gran ciudad europea deberían ser más brutos o menos organizadores que los campesinos rusos o indios!

Además, toda revolución trae consigo cierto trastorno de la vida cotidiana; los que esperan atravesar una gran crisis sin que a las burguesas se las aparte de su olla, corren peligro de quedarse con un palmo de narices. Es posible cambiar de gobierno sin que al buen burgués no le falte nunca la hora de la cena; pero no se reparan así los crímenes de una sociedad contra quienes la nutren.

Habrá un trastorno, es cierto. Solo que es necesario que este trastorno no sea a pura pérdida, es preciso que sea reducido a un mínimo. Y, no

dejaremos de repetirlo, solo si nos dirigimos a los interesados, y no a la burocracia, podremos reducir los inconvenientes que se presenten.

El pueblo comete un disparate tras otro cuando tiene que elegir en las urnas entre esos engreídos que compiten entre sí por el honor de representarlo y se encargan de hacerlo todo, de saberlo todo, de organizarlo todo. Pero cuando el pueblo necesita organizar lo que conoce, lo que le atañe directamente, lo hace mejor que cualquier oficina. ¿Acaso no se ha visto durante la Comuna y en la última huelga de Londres? ¿No se ve todos los días en cada municipio agrario?

El vestido

1

Si se consideran las casas como patrimonio común de la ciudad y se procede al racionamiento de los alimentos, hay que dar un paso más. Hay que ocuparse necesariamente del vestido, y la única solución posible será de nuevo la de apoderarse, en nombre del pueblo, de todas las tiendas de ropa y abrir las puertas a todos con el fin de que cada uno pueda tomar las que necesita. La puesta en común de los vestidos y el derecho para tomar cada uno lo que le haga falta en los almacenes municipales o pedirlo a los talleres de confección se impondrán en cuanto el principio comunista se haya aplicado a las viviendas y a los alimentos.

Por supuesto no necesitaremos para ello despojar a todos los ciudadanos de sus abrigos, poner en montón todos los trajes y sortearlos, como pretenden nuestros críticos, tan espirituales como ingeniosos. Cada cual no tendrá más que conservar su abrigo, si tiene alguno; e incluso es muy probable que, si tiene diez, nadie pretenda quitárselos. El pueblo preferirá una prenda nueva antes que ponerse la que llevaba puesta el burgués, y habrá suficientes prendas nuevas para no requisar las viejas.

Si hiciésemos una estadística de las ropas acumuladas en los almacenes de las grandes ciudades, veríamos que en París, Lyon, Burdeos y Marsella hay de sobra para que la Comuna pueda ofrecer un vestido nuevo a cada ciudadano y ciudadana. Además, en el caso de que algunos no encontraran

ropa de su gusto, los talleres municipales se ocuparían enseguida de solucionarlo. Es conocida la rapidez con la que trabajan nuestros talleres de confección, provistos de máquinas perfeccionadas y organizados para producir a gran escala.

«Pero todo el mundo querrá un abrigo de marta cebellina, y todas las mujeres pedirán un vestido de terciopelo», exclaman nuestros adversarios.

Francamente, no creemos que eso ocurra. No todo el mundo prefiere el terciopelo ni sueña con un abrigo de marta cebellina. Si hoy mismo se propusiera a las parisienses que eligiesen un vestido, muchas preferirían un vestido liso a todos los adornos caprichosos de nuestras cortesanas.

Los gustos varían con las épocas, y el que predomine durante la revolución será el gusto de lo sencillo. La sociedad, como el individuo, tiene sus horas de cobardía, pero también tiene sus minutos de heroísmo. Por miserable que sea cuando se corrompe, como ahora, persiguiendo intereses mezquinos y neciamente personales, cambia de actitud en las grandes épocas. La sociedad tiene sus momentos de nobleza, de entusiasmo. Los hombres de corazón ocupan el lugar que hoy está reservado a los pretenciosos. El espíritu de sacrificio aparece, se emulan los grandes ejemplos, incluso los egoístas se sienten avergonzados de quedarse atrás y, les guste o no, se apresuran a hacer causa común con los generosos y los valientes.

En la gran revolución de 1793 encontramos numerosos ejemplos de este tipo de comportamiento. Y es en estas crisis de renovación moral —tan naturales en las sociedades como en los individuos— que aparecen esos impulsos sublimes que permiten a la humanidad dar un paso hacia delante.

No queremos exagerar la importancia de esas hermosas pasiones, ni basamos en ellas nuestro ideal de sociedad. Pero en nada exageramos si afirmamos que nos ayudarán a atravesar los primeros momentos, es decir,

los más difíciles. No podemos contar con que esos sacrificios en la vida diaria perduren en el tiempo, pero sí confiamos en que se den en los inicios de la revolución, y con eso no basta. La sociedad anarquista necesitará esa fraternidad entre el pueblo para limpiar el terreno y retirar el estiércol acumulado por siglos de opresión y de esclavitud. Más adelante ya no serán necesarios esos llamamientos al sacrificio, puesto que habrá desaparecido la opresión y se habrá creado, por sí misma, una nueva sociedad abierta a todos los sentimientos de solidaridad.

Además, si la revolución se hace con el espíritu del que hablamos, la libre iniciativa de los individuos encontrará un vasto campo de acción para sortear los obstáculos puestos por los egoístas. En cada calle y cada barrio surgirán grupos que se encarguen de lo relativo al vestido. Harán el inventario de lo que posee la ciudad sublevada, y sabrán más o menos de qué recursos dispone. Y es muy probable que los ciudadanos adopten respecto al vestido el mismo principio que se aplica a los alimentos: «Coged del montón lo que abunde; repartid lo que haya en cantidad limitada».

La sociedad, al no poder ofrecer a cada ciudadano un abrigo de marta cebellina y a cada ciudadana un traje de terciopelo, distinguirá con seguridad entre lo superfluo y lo necesario —siendo el terciopelo y la marta superfluos—, y no le importará si lo que hoy es superfluo mañana ya no esté de moda. Si se garantiza lo necesario a cada habitante de la ciudad anarquista, se podrá dejar a la actividad privada el cuidado de proporcionar a los débiles y enfermos lo que provisionalmente se considere como artículos de lujo, de proveer a los menos robustos aquello que no entre en el consumo cotidiano de todos.

«¡Pero eso es la nivelación, el hábito gris del fraile, la desaparición de todos los objetos de arte, de todo lo que embellece la vida!», nos dirán.

¡Por supuesto que no! Y, basándonos siempre en lo que ya existe, vamos a demostrar cómo una sociedad anarquista podría satisfacer los gustos más artísticos de sus ciudadanos, sin necesidad de poseer grandes fortunas para ello, como sucede hoy.

Vías y medios

1

Si una sociedad, ciudad o territorio, asegura a todos sus miembros lo necesario (y veremos cómo el concepto de lo necesario puede abarcar incluso los lujos), se verá obligada a apoderarse de todo lo indispensable para producir: suelo, máquinas, fábricas, medios de transporte, etc. Expropiará a los actuales detentadores del capital para devolvérselo a la comunidad.

En efecto, a la organización burguesa no solo se la acusa de que el capitalista acapara una gran parte de los beneficios de cada empresa industrial y comercial, lo que le permite vivir sin trabajar. El cargo principal contra ella, como ya hemos señalado, es que la producción entera ha tomado una dirección del todo errónea, puesto que no se realiza con el fin de asegurar el bienestar de todos, y eso es lo que la condena.

Y lo que es más, resulta imposible que la producción mercantil se haga para todos. Pretenderlo sería pedirle al capitalista que se saliese de sus atribuciones y cumpliese una función que no puede llevar a cabo sin dejar de ser lo que es: un emprendedor particular que persigue su enriquecimiento. La organización capitalista, fundada en el interés personal de cada negociante, ha dado a la sociedad todo lo que podía esperarse de ella: ha aumentado la fuerza productiva del trabajador. Aprovechándose de la revolución obrada en la industria gracias al vapor, al repentino desarrollo

de la química y de la mecánica y de los inventos del siglo, el capitalista se ha aplicado, por su propio interés, a aumentar el rendimiento del trabajo humano y lo ha conseguido en grandes proporciones. Pero pretender darle otra misión sería por completo irracional. Querer, por ejemplo, que utilice ese rendimiento superior del trabajo en provecho de toda la sociedad sería pedirle filantropía, caridad, y una empresa capitalista no puede cimentarse en la caridad.

A la sociedad le corresponde ahora generalizar esa productividad superior, limitada hoy a ciertas industrias, y aplicarla en interés de todos.

Pero es indiscutible que, para garantizar el bienestar para todos, la sociedad debe apoderarse de todos los medios de producción.

Los economistas nos recordarán sin duda —les gusta recordarlo— el bienestar relativo de cierta categoría de obreros, jóvenes, robustos, hábiles en algunas ramas especiales de la industria. Siempre nos señalan con orgullo esta minoría. Pero ese bienestar (patrimonio de unos pocos) ¿lo tienen asegurado? El día de mañana, la negligencia, la imprevisión o la codicia de sus amos arrojarán quizá a esos privilegiados a la calle, y pagarán entonces con meses y años de dificultades o miseria el periodo de bienestar del que habían disfrutado. ¡Cuántas industrias mayores (tejidos, hierros azúcar, etc.), sin hablar de industrias efímeras, hemos visto parar y languidecer una tras otra, ya por efecto de especulaciones, ya a consecuencia de cambios naturales de lugar del trabajo, ya a causa de competencias promovidas por los mismos capitalistas! Todas las principales industrias textiles y mecánicas han pasado recientemente por esas crisis. ¿Qué diremos entonces de aquellos cuyo carácter distintivo es el trabajo temporal?

¿Qué diremos también del precio al que se compra el bienestar relativo de algunas categorías de obreros? Pues esta se ha obtenido a costa de la

ruina de la agricultura, de la desvergonzada explotación del campesino y de la miseria de las masas. Frente a esa débil minoría de trabajadores que gozan de cierto bienestar, ¡cuántos millones de seres humanos viven al día, sin salario seguro, dispuestos a presentarse donde los llamen! ¡Cuántos campesinos trabajarán catorce horas diarias por una mísera comida! El capital despuebla los campos, explota las colonias y los pueblos cuya industria está poco desarrollada, condena a la inmensa mayoría de los obreros a permanecer sin educación técnica, como trabajadores mediocres incluso en el oficio que practican. El estado floreciente de una industria siempre se consigue mediante la ruina de otras diez.

Y esto no es un accidente: es una necesidad del régimen capitalista. Para poder retribuir a algunas categorías de obreros es necesario, hoy, que el labrador sea la bestia de carga de la sociedad; es necesario que las ciudades dejen desiertos los campos; es necesario que los pequeños oficios se aglomeren en los barrios inmundos de las grandes ciudades y fabriquen por una miseria los mil objetos de escaso valor que ponen los productos de las grandes manufacturas al alcance de los compradores de exiguo salario. Para que el paño de mala calidad pueda despacharse a fin de vestir a los trabajadores pobremente pagados, es necesario que el sastre se contente con un salario de muerto de hambre. Es necesario que los países atrasados de Oriente sean explotados por los de Occidente, para que en algunas industrias privilegiadas tenga el trabajador, bajo el régimen capitalista, una especie de bienestar limitado.

El problema de la organización actual no está, pues, en que la «plusvalía» de la producción pase al capitalista, como afirmaron Rodbertus y Marx, estrechando así el concepto socialista y la visión de conjunto acerca del régimen capitalista. La plusvalía es consecuencia de causas más profundas. El problema está en que pueda haber una «plusvalía» cualquiera, en vez de

un simple exceso de producto no consumido por cada generación; porque para que haya «plusvalía» se necesita que hombres, mujeres y niños se vean obligados por el hambre a vender su fuerza de trabajo por una parte mínima de lo que esa fuerza produce y, sobre todo, de lo que es capaz de producir.

Pero este problema persistirá en tanto que aquello que es necesario para la producción sea propiedad exclusiva de algunos. Mientras el hombre se vea obligado a pagar un tributo al amo para tener derecho a cultivar el suelo o a para utilizar una máquina, y mientras el propietario sea dueño absoluto de producir lo que le aporte mayores beneficios antes que el mayor número posible de objetos necesarios para la existencia, solo un reducido número de trabajadores podrá disfrutar temporalmente de bienestar, y este bienestar siempre será a costa de la miseria de una parte de la sociedad. No basta, en efecto, con distribuir a partes iguales los beneficios que obtenga una industria si para ello hay que explotar a miles de obreros. Se trata de producir, con la menor pérdida posible de fuerzas humanas, la mayor suma posible de productos necesarios para el bienestar de todos.

A un propietario particular no le interesa esta visión de conjunto. Por lo que toda la sociedad, siendo este su ideal, se verá obligada a expropiar todo aquello que le sirva para producir riquezas a fin de procurarse un bienestar. Deberá apoderarse del suelo, de las fábricas, de las minas, de los medios de comunicación, etc., además de estudiar qué debe producir en el interés de todos, así como las vías y los medios de producción.

2

¿Cuántas horas diarias de trabajo deberá suministrar el hombre para asegurar a su familia una alimentación suficiente, una vivienda adecuada y

el vestido necesario? Son cuestiones que han preocupado mucho a los socialistas, los cuales admiten generalmente que bastarán cuatro o cinco horas diarias, siempre y cuando todo el mundo trabaje. A finales del siglo pasado, Benjamin Franklin establecía como límite cinco horas; y si la necesidad de comodidades ha aumentado desde entonces, también ha aumentado con mucha más rapidez la fuerza de producción.

En un próximo capítulo, hablando de la agricultura, veremos todo lo que la tierra puede proporcionar al hombre si este la cultiva de forma inteligente, en lugar de arrojar las semillas al azar sobre un suelo mal trabajado, como es práctica hoy en día. En las grandes granjas del oeste de Estados Unidos, que tienen miles de metros cuadrados pero cuyo terreno es mucho más pobre que el suelo mejorado de los países civilizados, solo se obtiene de doce a dieciocho hectolitros por hectárea, es decir, la mitad del rendimiento de las granjas de Europa y de los estados del este de Estados Unidos. Y sin embargo, gracias a las máquinas, que permiten a dos hombres labrar en un día dos hectáreas y media, cien hombres en un año producen todo lo necesario para entregar a domicilio el pan de diez mil personas durante un año entero.

Le bastaría así a un hombre trabajar en las mismas condiciones durante treinta horas, es decir, seis medias jornadas de cinco horas cada una, para tener pan todo el año, y treinta medias jornadas para asegurárselo a una familia de cinco personas. Y demostraremos también, en base a datos tomados de las prácticas actuales que, si se recurriese al cultivo intensivo, menos de sesenta medias jornadas de trabajo podrían asegurar a toda la familia el pan, la carne, las hortalizas y hasta las frutas exóticas.

Por otra parte, si nos fijamos en los precios actuales de las casas de obreros edificadas en las grandes ciudades, puede asegurarse que para tener en una gran ciudad inglesa una casita aislada, como las que se hacen para

los trabajadores, bastarían de mil cuatrocientas a mil ochocientas jornadas de trabajo de cinco horas. Y, como una casa de este tipo dura por lo menos cincuenta años, resulta que bastan de veintiocho a treinta y seis medias jornadas por año para que la familia tenga un alojamiento saludable, bastante elegante y provisto de todas las comodidades necesarias; mientras que, alquilando el mismo alojamiento, el obrero le paga al propietario con setenta y cinco a cien jornadas de trabajo al año.

Hay que señalar que estas cifras representan el máximo de lo que cuesta hoy el alojamiento en Inglaterra, dada la viciosa organización de nuestras sociedades. En Bélgica se han edificado ciudades obreras mucho más baratas. Bien mirado, podemos afirmar que, en una sociedad bien organizada, unas treinta o cuarenta medias jornadas de trabajo por año son suficientes para garantizar una vivienda confortable.

Queda el vestido, en el que es casi imposible realizar un cálculo, por no ser apreciables los beneficios realizados sobre los precios debido a un sinfín de intermediarios. Imaginad el paño, por ejemplo, y sumad todo lo que han ido cobrándose desde el propietario del campo, el dueño de las ovejas, el comerciante en lanas y todos los intermediarios, hasta las compañías de ferrocarriles, los hiladores y tejedores, confeccionistas, minoristas y comisionistas, y os formaréis idea de lo que se paga por un vestido a una caterva de burgueses. Por eso es del todo imposible decir cuántas jornadas de trabajo representa un abrigo por el que se paga cien francos en un gran comercio de París.

Lo cierto es que con las máquinas actuales se llega a fabricar cantidades verdaderamente increíbles.

Algunos ejemplos bastarán.

En Estados Unidos, 751 manufacturas de algodón (hilado y tejido) con 175.000 obreros y obreras, producen 1.939.400.000 metros de telas de

algodón, y además una enorme cantidad de hilados. Solo las telas de algodón dan un promedio superior a 11.000 metros en trescientas jornadas de trabajo de nueve horas y media cada una, es decir, 40 metros en diez horas. Admitiendo que una familia emplee 200 metros por año, lo que sería mucho, esto equivale a cincuenta horas de trabajo, o sea, diez medias jornadas de cinco horas cada una. Y además tendrían los hilados, es decir, hilo para coser e hilo para tramar el paño y fabricar telas de urdimbre de lana y trama de algodón.

En cuanto a los resultados obtenidos solamente del tejido, la estadística oficial de Estados Unidos nos muestra que si en 1870, un obrero, trabajando de trece a catorce horas diarias, producía 9.500 metros de tela blanca de algodón al año, trece años después tejía 27.000 metros trabajando tan solo cincuenta y cinco horas por semana. Hasta en las telas estampadas (incluidos el tejido y la estampación) se obtenían 29.150 metros en 2.669 horas al año, es decir, unos once metros por hora. Así, para tener los 200 metros de telas de algodón blancas y estampadas, bastaría trabajar menos de veinte horas al año.

Hay que señalar que la materia prima llega a esas manufacturas casi tal como sale de los campos, y que la serie de transformaciones a las que se someten para convertirla en tela termina en ese periodo de veinte horas por pieza. Pero para comprar esos 200 metros en el comercio, un obrero bien retribuido tiene que suministrar, como mínimo, de diez a quince jornadas de diez horas de trabajo cada una, es decir, cien o ciento cincuenta horas. En cuanto al campesino inglés, necesitaría trabajar un mes o algo más para permitirse ese lujo.

Este ejemplo pone de manifiesto que con cincuenta medias jornadas de trabajo por año, en una sociedad bien organizada, se podría vestir mejor de lo que hoy se visten los pequeños burgueses.

Con todo eso, nos han bastado sesenta medias jornadas de cinco horas de trabajo para proporcionarnos los productos de la tierra, cuarenta para la vivienda y cincuenta para el vestido, lo cual no suma más que medio año, puesto que, deduciendo las fiestas, el año representa trescientas jornadas de trabajo. Quedan otras ciento cincuenta medias jornadas laborales, que podrían emplearse en otras necesidades de la vida: vino, azúcar, café o té, muebles, transportes, etc.

Por supuesto, estos cálculos son aproximados, pero pueden ser confirmados de otra manera. Cuando en las naciones civilizadas contamos el número de individuos que nada producen, de los que trabajan en industrias nocivas llamadas a desaparecer y de los que sirven de intermediarios inútiles, constatamos que en cada nación podría duplicarse el número de los productos propiamente dichos. Y si en lugar de cada diez personas fuesen veinte las dedicadas a producir lo necesario, y si la sociedad cuidase más de economizar las fuerzas humanas, esas veinte personas no tendrían que trabajar más que cinco horas diarias sin que disminuyese en nada la producción. Bastaría reducir el despilfarro de la fuerza humana al servicio de las familias ricas, o de esa administración que tiene un funcionario por cada diez habitantes, y utilizar esas fuerzas en el aumento de productividad de la nación para limitar las horas de trabajo a cuatro e incluso a tres, a condición de contentarse con la producción actual.

Por lo que, si nos remitimos a estas consideraciones, podemos llegar la siguiente conclusión:

Supongamos que una sociedad de varios millones de habitantes se dedica a la agricultura y a una gran variedad de industrias; París, por ejemplo, con el departamento de Sena y Oise. Supongamos que en esta sociedad todos los niños aprendan a trabajar lo mismo con las manos que con el cerebro. Supongamos que todos los adultos, excepto las mujeres ocupadas en educar

a los niños, se comprometan a trabajar cinco horas diarias a partir de los veinte o veintidós años hasta los cuarenta y cinco o cincuenta, y que se empleen en ocupaciones elegidas entre cualquier trabajo humano considerado necesario. Esta sociedad podría, a cambio, garantizar el bienestar de todos sus miembros, es decir, procurarles unas comodidades mucho más reales que las que tiene hoy la burguesía. Y cada trabajador de esta sociedad dispondría de otras cinco horas diarias para consagrarlas a las ciencias, a las artes y a las necesidades individuales que no entren en la categoría de las imprescindibles; salvo que, más adelante, cuando aumentase la productividad del hombre, se incluyese todo aquello que aún hoy se considera lujoso o inaccesible.

Las necesidades de lujo

1

El hombre no es un ser que pueda vivir exclusivamente para comer, beber y dormir. Una vez satisfechas las exigencias materiales, las necesidades de índole artística aparecerán, apremiantes. Tantos individuos, tantos deseos; los cuales son más variados cuanto más civilizada está la sociedad y más desarrollado el intelecto humano.

Hoy mismo se ven a hombres y a mujeres que se privan de lo necesario para adquirir cualquier bagatela o darse un placer, una satisfacción intelectual o material. Un cristiano o un asceta pueden reprobar esos deseos de lujo; pero, en realidad, esas bagatelas son precisamente lo que rompe la monotonía de la existencia y la hace agradable.

¿La vida tendría algún sentido, con todas sus inevitables tristezas, si fuera del trabajo el hombre no pudiera ofrecerse un solo placer acorde con sus gustos individuales?

Si queremos la revolución social es, en primer lugar, para asegurar el pan para todos, para transformar esta sociedad execrable, donde vemos cada día a robustos trabajadores con los brazos caídos porque no encuentran a un patrón que tenga a bien explotarlos; a mujeres y niños deambular por las noches por no tener un techo bajo el que cobijarse; a familias enteras reducidas a consumir pan duro; a niños, hombres y mujeres morir por falta

de cuidados o de alimentos. Es para poner fin a estas iniquidades que nos rebelamos.

Pero nosotros esperamos algo más de la revolución. Vemos que el trabajador, obligado a luchar penosamente para vivir, está condenado a no conocer nunca esos grandes placeres —los más bellos accesibles al hombre — de la ciencia, sobre todo del descubrimiento científico y de la creación artística. Para poder asegurar a todo el mundo esos placeres, reservados hoy a una minoría, para que disponga de tiempo y de posibilidades para desarrollar sus capacidades intelectuales, la revolución tiene que garantizar a todos el pan cotidiano. Primero, el pan; luego, el ocio: este es nuestro principal objetivo.

Es cierto que hoy en día, cuando a centenares de miles de seres humanos les falta pan, carbón, ropa y vivienda, el lujo supone un crimen, pues ¡para satisfacerlo, es necesario que el hijo del trabajador no tenga pan que comer! Pero en una sociedad donde nadie tenga hambre, serán más vivas las necesidades de lo que hoy llamamos lujo. Y como no pueden ni deben asemejarse todos los hombres (la variedad de gustos y necesidades garantiza el desarrollo de una sociedad), habrá siempre —y es de desear que los haya— hombres y mujeres cuyas necesidades, en cualquier ámbito, sean mayores que las de otros.

No todo el mundo querrá un telescopio, pues, aun cuando la instrucción fuese general, hay personas que prefieren los estudios microscópicos al del cielo estrellado. Hay quienes gustan de las estatuas como otros de los lienzos de los maestros; tal individuo no tiene más ambición que la de poseer un excelente piano, mientras que otro se contenta con una guitarra. El campesino decora su dormitorio con alguna estampa sencilla y colorida y, si su gusto se desarrollara, querría tener un hermoso grabado. Hoy, quien tiene necesidades artísticas no puede satisfacerlas a menos de ser heredero

de una gran fortuna, pero «trabajando de firme» y haciéndose con un capital intelectual que le permita ejercer una profesión liberal, siempre tiene la esperanza de satisfacer, más adelante, algunos de sus gustos. Por eso, muchos afirman que nuestras sociedades ideales comunistas tienen por único objetivo satisfacer la vida material de cada individuo, y nos dicen al respecto: «Tal vez haya pan para todos, pero en vuestros almacenes municipales no tendréis hermosas pinturas, instrumentos de óptica, muebles de lujo, adornos; en una palabra, esas mil cosas que sirven para satisfacer la infinita variedad de los gustos humanos. Y por eso mismo suprimís toda posibilidad de procurarse todo aquello que no sea el pan y la carne, que la Comuna comunista puede ofrecer a todos, y la tela gris con que vestir a todas vuestras ciudadanas».

He aquí la objeción que se dirige contra todos los sistemas comunistas, objeción que jamás supieron comprender los fundadores de todas las nuevas sociedades que se establecieron en los desiertos americanos. Creían que bastaría con adquirir suficiente paño para que todos pudiesen vestirse y tener una sala de conciertos donde los «hermanos» pudiesen ejecutar fragmentos de música o representar de vez en cuando una sencilla pieza teatral. Se olvidaron de que el sentido artístico existe tanto en el agricultor como en el burgués y, aunque varíen la forma de expresar los sentimientos dependiendo de la cultura recibida de cada cual, su esencia es siempre la misma. Y, pese a que la comunidad garantizaba el puchero, suprimió en la educación todo aquello que pudiera desarrollar la individualidad, impuso la Biblia como única lectura. Los gustos individuales aparecían entre el descontento general, las pequeñas disputas surgían a la hora de adquirir un piano o instrumentos de física, y los elementos progresistas se agotaban; la sociedad solo podía sobrevivir matando cualquier sentimiento individual, cualquier tendencia artística, cualquier desarrollo.

¿Seguirá la misma senda la Comuna anarquista?

Por supuesto que no, siempre y cuando entienda y trate de satisfacer todas las manifestaciones del espíritu humano, al tiempo que asegure la producción de todo lo necesario para la vida material.

2

Debemos confesar que, al pensar en los abismos de miseria y sufrimiento que nos rodean, al oír las frases desgarradoras de los obreros que recorren las calles pidiendo trabajo, nos repugna abordar la siguiente cuestión: en una sociedad donde nadie tenga hambre, ¿cómo haremos para satisfacer a tal o cual persona que desee poseer una porcelana de Sèvres o un vestido de terciopelo?

Estamos tentados de decir por toda respuesta: aseguremos primero el pan, y después ya hablaremos de la porcelana y del terciopelo.

Pero, puesto que es preciso reconocer que, además de los alimentos, el hombre tiene otras necesidades, y puesto que la fuerza del anarquismo radica precisamente en comprender todas las facultades y pasiones humanas sin ignorar ninguna, explicaremos en pocas palabras cómo conseguirse satisfacer todas las necesidades intelectuales y artísticas del hombre.

Ya hemos dicho que, trabajando cuatro o cinco horas diarias hasta los cuarenta y cinco o cincuenta años, el hombre podría producir con facilidad todo lo necesario para garantizar el bienestar de toda la sociedad.

Pero la jornada del hombre habituado al trabajo y que se vale de máquinas no es de cinco horas, sino de diez, trescientos días al año durante toda su vida. Así, destruye su salud y embota su inteligencia. Sin embargo, cuando puede variar las ocupaciones y, sobre todo, alternar la labor manual

con el trabajo intelectual, está ocupado con gusto y sin fatigarse diez y doce horas. Esto es normal. El hombre que haya hecho cuatro o cinco horas de trabajo manual necesario para vivir dispondrá todavía de cinco o seis horas que querrá ocupar según sus gustos. Si se asocia con otros, esas cinco o seis horas le ofrecen la posibilidad de procurarse todo lo que desee, después de haber trabajado a fin de asegurar lo necesario para todos.

Él cumplirá, ya sea en el campo o en las fábricas, con el trabajo que debe aportar a la sociedad a modo de contribución a la producción general. Y empleará la otra mitad de su jornada, de su semana o de su año a satisfacer sus necesidades artísticas o científicas.

Mil sociedades nacerán con el fin de responder a todos los gustos y a todas las fantasías posibles.

Unos, por ejemplo, podrán dedicar sus horas de ocio a la literatura. Entonces se formarán grupos compuestos de escritores, cajistas, impresores, grabadores y dibujantes, animados todos ellos de un propósito común: propagar sus ideas más preciadas.

Hoy, el escritor sabe que hay una bestia de carga, el obrero, a quien por tres o cuatro francos diarios puede confiar la impresión de sus libros, pero no se preocupa por saber qué es una imprenta. Si el cajista se envenena con el polvillo de plomo, si el muchacho que da al volante de la máquina muere de anemia, ¿acaso no hay otros miserables para reemplazarlos?

Pero cuando ya no haya hambrientos dispuestos a vender sus brazos por una mísera retribución, cuando el explotado de ayer haya recibido instrucción y desee plasmar sus ideas en el papel para comunicárselas a los demás, será inevitable que los literatos y los científicos se asocien entre sí para imprimir sus versos y su prosa.

Mientras el escritor considere la ropa de trabajo y la labor manual como una señal de inferioridad, le parecerá asombroso ver a un autor

componiendo él mismo su libro con caracteres de plomo. ¿No tiene el gimnasio o el dominó para relajarse? Pero cuando haya desaparecido el oprobio en que se tiene el trabajo manual, cuando todos se vean obligados a hacer uso de sus brazos porque ya no tienen sobre quién descargar esa labor, ¡oh!, entonces los escritores y sus admiradores de uno y otro sexo aprenderán muy pronto a manejar el componedor o la linotipia, los admiradores de la obra que se imprima descubrirán el placer de colaborar para componerla y ver cómo surge, hermosa, con su virginal pureza, de una máquina rotativa. Esas magníficas máquinas —instrumentos de suplicio para el niño que las maneja hoy en día de la mañana a la noche— llegarán a ser un manantial de placeres para aquellos que las empleen con el fin de dar voz al pensamiento de sus autores favoritos.

¿La literatura saldrá perdiendo con esta nueva situación? ¿El poeta será menos poeta después de haber trabajado en los campos o colaborado con sus manos para multiplicar su obra? ¿Perderá el novelista algo de su conocimiento del corazón humano tras haberse codeado con el hombre en la fábrica, en el bosque, en el trazado de un camino o en el taller? Al hacer estas preguntas, las estamos respondiendo.

Ciertos libros serán quizá menos voluminosos, pero se imprimirán menos páginas para decir más. Tal vez se publique menos papel manchado, pero se leerá y se apreciará mejor lo que se imprima. El libro se dirigirá a un círculo más amplio de lectores más instruidos, más aptos para juzgarlo.

Además, el arte de la imprenta, que ha progresado tan poco desde Gutenberg, está aún en sus inicios. Todavía se necesitan dos horas para componer con letras móviles lo que se escribe en diez minutos, y se buscan procedimientos más expeditivos para multiplicar el pensamiento. Se encontrarán.

Ah, si cada escritor tuviese que tomar parte en la impresión de sus libros, ¡cuántos progresos hubiera hecho ya la imprenta! No estaríamos aún con los tipos movibles del siglo XVII.

¿Tal vez no sea más que un sueño? No para aquellos que han observado y reflexionado. En este mismo momento la vida nos impulsa en esa dirección.

3

¿Es un sueño concebir una sociedad en la que, si todos son productores al tiempo que reciben una instrucción que les permita cultivar las ciencias o las artes y disponen de tiempo para hacerlo, se asocien entre sí para publicar sus obras, aportando su parte de trabajo manual?

En estos momentos se cuentan ya por miles las sociedades científicas, literarias y otras. Estas sociedades son, sin embargo, agrupaciones voluntarias entre personas que se interesan por una rama u otra del conocimiento y que se han asociado para publicar sus trabajos. Los autores que colaboran en las colecciones científicas no reciben ningún sueldo por ello. Dichas colecciones no se venden, se envían gratuitamente por todo el mundo a otras sociedades que cultivan las mismas ramas del saber. Ciertos miembros de la sociedad insertan una nota de una página resumiendo tal o cual observación, otros publican trabajos extensos fruto de largos años de estudio, mientras que algunos se limitan a consultarlos como punto de partida para nuevas investigaciones. Son asociaciones entre autores y lectores para la producción de trabajos en los que todos tienen interés.

Es cierto que la sociedad científica (lo mismo que el periódico de un banquero) se dirige al editor, quien embauca a obreros para que realicen el trabajo de impresión. Aquellos que ejercen profesiones liberales

menosprecian el trabajo manual que, en efecto, se realiza hoy en día en condiciones totalmente embrutecedoras. Pero una sociedad que conceda a cada uno de sus miembros una amplia instrucción filosófica y científica sabrá organizar el trabajo físico de manera que sea orgullo de la humanidad, y la sociedad científica se convertirá en una asociación de investigadores, de aficionados y de obreros que ejercerán un oficio y se interesarán, a la vez, por la ciencia.

Por ejemplo, si se ocupan en la geología, todos contribuirán a explorar las capas terrestres, todos aportarán su parte de investigaciones. Diez mil observadores en lugar de cien harán más en un año que lo que se hace hoy en veinte. Y cuando se trate de publicar los diversos trabajos, diez mil hombres y mujeres, versados en diferentes oficios, estarán dispuestos a trazar los mapas, grabar los dibujos, componer el texto e imprimirlo. Dedicarán con alegría, todos juntos, su tiempo de ocio en verano a la exploración y en invierno al trabajo de taller. Y cuando se publiquen sus trabajos, ya no habrá solo cien lectores dispuestos a leerlos, sino diez mil, todos ellos interesados en la obra común.

De hecho, es la marcha del progreso la que nos indica el camino.

Hoy mismo, cuando Inglaterra ha decidido hacer un gran diccionario de su lengua, no ha esperado a que naciese un Émile Littré para consagrar su vida a esa labor. Ha llamado en su ayuda a los voluntarios, y mil personas se han ofrecido espontánea y gratuitamente para registrar las bibliotecas y terminar en pocos años un trabajo para el cual no habría bastado la vida entera de un hombre. En todas las ramas de la actividad inteligente aparece la misma tendencia; sería preciso conocer muy poco a la humanidad para no adivinar que el porvenir se anuncia en esas tentativas de trabajo colectivo, en vez del trabajo individual.

Para que esa obra fuese de veras colectiva, debería haberse organizado de modo que cinco mil voluntarios, autores, impresores y correctores hubiesen trabajado en común; pero ya se ha dado ese paso hacia delante gracias a la iniciativa de la prensa socialista, que nos ofrece ejemplos de trabajo manual e intelectual combinados. Es frecuente ver al autor de un artículo imprimirlo él mismo para los periódicos de combate. El ensayo es aún mínimo, microscópico si se quiere, pero nos muestra el camino por el cual se definirá el futuro.

Es el camino de la libertad. En lo venidero, cuando un hombre tenga que decir algo útil, alguna palabra superior a las ideas de su siglo, no buscará a un editor que se digne adelantarle el capital necesario. Recurrirá a colaboradores entre aquellos que conozcan el oficio y hayan comprendido el alcance de la nueva obra, y juntos publicarán el libro o el periódico.

La literatura y el periodismo dejarán de ser entonces un medio de hacer fortuna y de vivir a expensas de otro. ¿Acaso alguien que conozca la literatura y el periodismo no anhela una época en que la literatura pueda por fin liberarse de los que la protegían en otro tiempo, de los que la explotan hoy, y de la multitud que, con raras excepciones, la paga en razón directa de su banalidad y de la facilidad con que se acomoda al mal gusto de la mayoría?

Las letras y las ciencias no hallarán el lugar que les corresponde en la obra del desarrollo humano hasta que, libres de toda servidumbre mercenaria, sean exclusivamente cultivadas por quienes las aprecian y para aquellos que las aprecian.

La literatura, la ciencia y el arte deben ser servidos por voluntarios. Solo con esa condición conseguirán liberarse del yugo del Estado, del capital y de la mediocridad burguesa que los ahogan.

¿De qué medios dispone hoy el científico para realizar las investigaciones que le interesan? ¡Pedir ayuda al Estado, que tan solo la concederá al uno por ciento de los aspirantes y que ninguno obtiene si no se compromete de forma manifiesta a ir por caminos trillados y seguir las viejas normas! Recordemos que el Instituto de Francia condenó a Darwin, que la Academia de San Petersburgo rechazó a Mendeleiev, y que la Royal Society de Londres se negó a publicar, como «poco científica», la tesis de Joule, que contenía la determinación del equivalente mecánico del calor.

Por ello, todas las grandes investigaciones, todos los descubrimientos revolucionarios de la ciencia se han realizado fuera de las academias y de las universidades por personas bastante ricas para ser independientes, como Darwin y Lyell, o por hombres que minaban su salud trabajando en la escasez y a menudo en la miseria, que no disponían de laboratorio, perdiendo así un tiempo infinito y que no podían proporcionarse los instrumentos o los libros necesarios para continuar sus investigaciones, pero que perseveraban contra toda esperanza y que muchas veces fallecían debido a un extremo agotamiento. Su número es legión.

Por otra parte, es tan malo el sistema de ayudas concedido por el Estado que desde siempre la ciencia ha tratado de librarse de él. Precisamente por ello Europa y América están llenas de miles de sociedades científicas, organizadas y sostenidas por voluntarios. Algunas han adquirido un desarrollo tan formidable que todos los recursos de las sociedades subvencionadas y todas las riquezas de los banqueros no bastarían para comprar sus tesoros. Ninguna institución gubernamental es tan rica como la

Sociedad Zoológica de Londres, que está sostenida solo por cuotas voluntarias.

No compra los animales que pueblan a miles sus jardines, sino que se los envían otras sociedades y coleccionistas del mundo entero: un día un elefante, regalo de la Sociedad Zoológica de Bombay; otro día un rinoceronte y un hipopótamo, ofrecidos por naturalistas egipcios. Y esos magníficos presentes se renuevan, de continuo, llegando sin cesar de todo el mundo aves, reptiles, colecciones de insectos, etc. Esos envíos comprenden a menudo animales que no podrían comprarse por todo el oro del mundo: algunos fueron capturados por un viajero que arriesgó su vida y que se encariñó con el animal, así que decide dárselo a la Sociedad Zoológica porque sabe que allí lo cuidarán bien. El precio de la entrada que abonan los visitantes (y estos son innumerables) basta para sostener aquella inmensa colección zoológica.

Lo que no nos resulta tan aceptable de esta institución, como de tantas otras del mismo tipo, es que las contribuciones no se deben al trabajo voluntario, que los guardias y los numerosos empleados de este inmenso establecimiento no son reconocidos como miembros de esta sociedad y que algunos no tengan otro objetivo en el futuro que poder inscribir en sus tarjetas las iniciales F. Z. S. (miembro de la Sociedad Zoológica). En definitiva, lo que falta es el espíritu de fraternidad y de solidaridad.

Lo que hemos dicho acerca de los inventores puede aplicarse en general a los científicos. ¿Quién ignora a costa de qué sufrimientos se han llevado a cabo todas las grandes invenciones? Noches en blanco, privación de pan para la familia, falta de instrumentos y materias primas para las experiencias: tal es la historia de todos los que han dotado a la industria de lo que constituye el único orgullo justo de nuestra civilización.

Pero ¿qué se necesita para cambiar esas condiciones que todo el mundo considera malas? Se ha ensayado la patente y se conocen los resultados. El inventor, hambriento, la vende por un puñado de francos, y aquel que no ha hecho más que prestar el capital se embolsa los beneficios del invento, con frecuencia enormes. Además, la propiedad intelectual aísla al inventor, le obliga a mantener en secreto sus investigaciones, que muchas veces solo conducen a un tardío fracaso, mientras que la sugerencia más sencilla, hecha por otro cerebro menos absorto en la idea fundamental, basta algunas veces para fecundar la invención y convertirla en algo práctico. Como todo lo autoritario, la patente no hace más que entorpecer los progresos de la industria.

En teoría, se trata de una injusticia flagrante, pues, al no poderse patentar el pensamiento, la patente, a nivel práctico, es uno de los grandes escollos que entorpece el rápido desarrollo de la invención.

Lo que se necesita para favorecer el genio de los descubrimientos es, en primer término, despertar las ideas; la audacia para concebir, que con nuestra educación no hace más que languidecer; el conocimiento derramado a manos llenas, que centuplica el número de los investigadores; y, por último, la conciencia de que la humanidad dará un paso hacia delante, porque casi siempre es el entusiasmo —algunas veces, la ilusión de hacer el bien— lo que ha inspirado a todos los grandes benefactores.

Solo la revolución social puede fomentar este tipo de pensamiento, esta audacia, este conocimiento, esta convicción de que se trabaja para todos.

Entonces, al hacerse la revolución social, se verán vastos talleres provistos de fuerza motriz e instrumentos de todas clases, inmensos laboratorios industriales abiertos para todos los investigadores.

Allí irán a trabajar para plasmar sus sueños después de haber cumplido con sus obligaciones para con la sociedad; allí pasarán sus cinco o seis

horas libres; allí realizarán sus experiencias; allí se encontrarán con otros camaradas, expertos en otras ramas de la industria, que han ido también para estudiar algún problema complejo; podrán ayudarse unos a otros, ilustrarse unos a otros, hacer que surja la solución deseada intercambiando ideas y experiencias. ¡Y esto no es un sueño! Solanoi Gorodok, de San Petersburgo, lo ha realizado ya, al menos en parte, desde el punto de vista técnico. Es un taller admirablemente provisto de herramientas y abierto a todo el mundo. En él se puede disponer de forma gratuita de los instrumentos y de la fuerza motriz; solo hay que pagar al precio de coste la madera y los metales. Pero los obreros solo pueden ir por la noche, desfallecidos tras diez horas de trabajo en los talleres. Y ocultan con cuidado sus invenciones a todas las miradas, temerosos por la patente y por el capitalismo, maldición de la sociedad actual, obstáculo con el que se tropieza en el camino del progreso intelectual y moral.

5

¿Y el arte? Por todos lados llegan quejas acerca de la decadencia del arte. En efecto, distamos mucho de los grandes maestros del Renacimiento. La técnica del arte ha hecho recientemente inmensos progresos; miles de personas dotadas de cierto talento cultivan todas sus ramas, pero el arte parece huir del mundo civilizado. La técnica progresa, sin embargo, la inspiración frecuenta menos que antes los estudios de los artistas.

¿De dónde debía venir, en efecto? Solo una gran idea puede inspirar al arte. En nuestro ideal, ARTE es sinónimo de creación, debe mirar hacia delante, pero, salvo rarísimas excepciones, el artista de profesión

permanece siendo harto ignorante, demasiado burgués, para entrever los nuevos horizontes.

Esa inspiración no puede salir de los libros, tiene que extraerse de la vida, y la sociedad actual es incapaz de proporcionarla.

Los Rafael y los Murillo pintaban en una época en que la búsqueda de un nuevo ideal aún respondía a viejas tradiciones religiosas. Pintaban para decorar grandes iglesias, que también representaban la obra piadosa de muchas generaciones. La basílica, con su aspecto misterioso y su grandeza que la ligaba con la vida misma de la ciudad, podía inspirar al pintor. Trabajaba para un monumento popular, se dirigía a una muchedumbre, y a cambio recibía de ella la inspiración. Y le hablaba en el mismo sentido en que le susurraban la nave, los pilares, las vidrieras pintadas, las estatuas y las puertas ornamentadas. Hoy, el honor más grande al que aspira el pintor es ver su lienzo con un marco de madera dorada colgada en un museo —una especie de tienda llena de trastos— donde se verá, como se ven en el museo del Prado, *La Asunción de la Virgen* y *El joven mendigo* de Murillo junto a los perros de Felipe II de Tiziano. ¡Pobre Velázquez y pobre Murillo! ¡Pobres estatuas griegas que vivían en las acrópolis de sus ciudades y que se ahogan hoy bajo los paños rojos del Louvre!

Cuando un escultor griego cincelaba el mármol, trataba de expresar el espíritu y el corazón de la ciudad. Todas las pasiones de esta, sus momentos gloriosos debían revivir en la obra. Pero hoy, la ciudad como una unidad ya no existe; no más comunión de ideas. La ciudad no es más que un revoltijo casual de gentes que no se conocen, que no tienen intereses en común, salvo el de enriquecerse unos a expensas de otros. No existe la patria… ¿Qué patria común pueden tener el banquero internacional y el trapero?

Solo cuando una ciudad, un territorio, una nación o un grupo de naciones hayan recuperado su unidad como grupo social, es cuando el arte podrá

encontrar su inspiración en la idea común de la ciudad o de la federación. Entonces, el arquitecto concebirá el monumento de la ciudad, que ya no será un templo, una cárcel ni una fortaleza. Entonces el pintor, el escultor, el cincelador, el decorador, etc., sabrán dónde poner sus lienzos, sus estatuas y sus elementos decorativos, y todos extraerán su fuerza para ejecutar sus obras en los mismos manantiales de la vida y caminando todos juntos gloriosamente hacia el porvenir.

Pero hasta entonces, el arte tan solo vegetará.

Los mejores lienzos de los pintores modernos son aún los que reproducen la naturaleza, la aldea, el valle, el mar con sus peligros, la montaña con sus esplendores. Pero ¿cómo podrá el pintor expresar la poesía del trabajo de los campos, si solo lo ha contemplado o imaginado, y no lo ha experimentado él mismo; si no lo conoce, al igual que un ave de paso conoce los países que sobrevuela en sus migraciones; si durante todo el vigor de su hermosa juventud no ha ido, desde el alba, detrás del arado; si no ha probado el placer de segar las hierbas con un amplio corte de hoz junto a robustos guadañadores del heno, rivalizando en bríos con risueñas muchachas que llenan los aires con sus cantares? El amor a la tierra y a lo que crece sobre ella no se adquiere estudiando pintura, solo se adquiere poniéndose a su servicio. Y sin amarla, ¿cómo pintarla? Por eso, todo lo que en este sentido han podido reproducir los mejores pintores es aún tan imperfecto y con mucha frecuencia falso. Casi siempre prevalece el sentimentalismo, y en este no hay fuerza.

Es preciso haber visto la puesta de sol a la vuelta del trabajo. Es preciso haber sido campesino junto con otros campesinos para conservar en la memoria sus esplendores.

Es preciso haber estado en el mar con el pescador, de día y de noche, haber pescado uno mismo, luchando contra las olas, enfrentándose a la

tempestad y, después de una ruda labor, haber sentido la alegría de levantar una pesada red o la decepción de volver de vacío para comprender la poesía de la pesca. Es preciso haber pasado por la fábrica y experimentar la fatiga, los sufrimientos y también los placeres del trabajo creativo, haber forjado el metal bajo los fulgurantes resplandores de los altos hornos; es preciso haber sentido vivir la máquina para saber lo que es la fuerza del hombre y plasmarla en una obra de arte. En fin, es preciso sumirse en la existencia popular para atreverse a retratarla.

Las obras de aquellos artistas del futuro que habrán vivido la vida del pueblo, al igual que los grandes artistas del pasado, no estarán destinadas a la venta. Serán parte integrante de un todo viviente que no podrá existir sin ellas, así como ellas no existirían sin él. Entonces sí se contemplarán, y su orgullosa y serena belleza producirá un efecto beneficioso sobre los corazones y los espíritus.

Para que el arte se desarrolle, debe relacionarse con la industria por mil gradaciones intermedias, de suerte que, por decirlo así, queden confundidos, como tan bien lo han demostrado John Ruskin y el gran poeta socialista William Morris. Todo lo que rodea al hombre en su hogar, en la calle, en el interior y en el exterior de los monumentos públicos debe ser de pura forma artística.

Pero esto no podrá realizarse más que en una ciudad donde todos disfruten de bienestar y tiempo libre. Entonces se verán surgir asociaciones de arte, en las cuales cada uno pueda dar prueba de sus capacidades, porque el arte necesita de una infinidad de trabajos suplementarios estrictamente manuales y técnicos. Estas asociaciones artísticas se encargarán de embellecer los hogares de sus miembros, como lo han hecho esos amables voluntarios, los pintores jóvenes de Edimburgo, decorando las paredes y los techos del gran hospital de los pobres de la ciudad.

El pintor o escultor que haya producido una obra de sentimiento personal e íntimo la ofrecerá a la mujer a quien ama o a un amigo. Hecha con amor, ¿acaso su obra será inferior a las que satisfacen hoy la vanidad de los burgueses y de los banqueros porque han costado mucho dinero?

Lo mismo sucederá con todos aquellos placeres que se buscan satisfacer más allá de lo necesario. A quien le apetezca un piano de cola, entrará en la asociación de los fabricantes de instrumentos de música. Y tras dedicar parte de sus medias jornadas libres a este taller, muy pronto tendrá el piano de sus sueños. Si se apasiona por los estudios astronómicos, ingresará en la asociación de los astrónomos, con sus filósofos, sus observadores, sus calculadores, sus artistas en instrumentos astronómicos, sus sabios y sus aficionados, y tendrá el telescopio que desea suministrando una parte de trabajo en la obra común, pues un observatorio astronómico requiere grandes labores, trabajos de albañil, de carpintero, de fundidor, de mecánico, siendo el artista quien da sus últimas perfecciones al instrumento de precisión.

En una palabra, las cinco o siete horas diarias de las que cada cual dispondrá después de haber consagrado algunas horas a la producción de lo necesario, bastarían ampliamente para satisfacer todas las necesidades de lujo, infinitamente variadas. Miles de asociaciones se encargarían de ocuparse de ello. Lo que ahora es privilegio de una ínfima minoría, sería accesible así para todos. Cuando el lujo deje de ser un aparato necio y llamativo de los burgueses, se convertirá en una satisfacción artística.

Todos serían más felices así. Si se realiza el trabajo colectivo con alegría para alcanzar un objetivo deseado —un libro, una obra de arte o un artículo de lujo—, todos encontrarán el estímulo, el esparcimiento necesario parar que la vida sea agradable.

Se trata de suprimir la división entre patronos y esclavos, a fin de que el trabajo represente la felicidad para todos, es decir, para la humanidad entera.

El trabajo agradable

1

Cuando los socialistas afirman que una sociedad emancipada del capital sabría hacer agradable el trabajo y suprimiría toda labor repugnante y malsana, se les ríen en sus narices. Y sin embargo, hoy mismo pueden verse sorprendentes progresos realizados en este sentido y, en todas partes donde se han producido esos progresos, los patronos se han felicitado por la economía de fuerza obtenida de esa manera.

Es evidente que podrían montarse fábricas tan sanas y tan agradables como un laboratorio científico. No es menos evidente que supondría una gran ventaja hacerlo. En una fábrica espaciosa y bien aireada se trabaja mejor, se aplican con más facilidad las pequeñas mejoras, cada una de las cuales representa una economía de tiempo y de mano de obra. Y si la mayor parte de las fábricas continúan siendo los lugares infectos y malsanos que conocemos, es porque no se tiene en cuenta al trabajador en la organización de las fábricas, y porque el rasgo característico de estas es el más absurdo derroche de las fuerzas humanas.

Sin embargo, como raras excepciones, se encuentran aquí y allá algunas fábricas tan bien acondicionadas que sería muy agradable trabajar en ellas si

el trabajo no durase más de cuatro o cinco horas diarias y si cada cual pudiese variarlo según sus gustos.

Hay una fábrica —dedicada, por desgracia, a ingenios de guerra— que disfruta de una organización inteligente y de un entorno saludable. Ocupa veinte hectáreas de terreno, quince de las cuales están recubiertas de vidrio. El suelo, de ladrillo refractario, está tan limpio como el de una casita de minero, y una escuadra de operarios, que no hacen otra cosa, limpian con esmero la techumbre acristalada. Allí se forjan barras de acero hasta de veinte toneladas de peso, y si uno está a treinta pasos de un inmenso horno, cuyas llamas tienen una temperatura de más de mil grados, no se adivina su presencia sino cuando la inmensa boca del horno deja paso a un monstruo de acero. Y ese monstruo lo manejan solo tres o cuatro trabajadores que se limitan a abrir aquí y allá un grifo, haciendo que se muevan inmensas grúas por la presión del agua dentro de tubos.

Uno espera oír el ruido ensordecedor de los mazos colosales, y de pronto descubre que no hay mazo alguno. Los inmensos cañones de cien toneladas y los ejes de los vapores trasatlánticos se forjan por la presión hidráulica, y el obrero se limita a hacer girar la llave de un grifo para comprimir el acero, prensándolo en vez de forjarlo, lo cual produce un metal mucho más homogéneo, sin quebraduras, cualquiera que sea el espesor de las piezas.

Uno espera oír chirridos infernales, pero las máquinas que cortan masas de acero de diez metros de largo no hacen más ruido que el necesario para cortar un queso. Y cuando expresamos nuestra admiración al ingeniero que nos acompañaba, respondió: «¡Pero si es una simple cuestión de ahorro! Esta máquina que cepilla el acero lleva funcionado desde hace cuarenta y dos años. No habría soportado ni diez años si sus partes, más ajustadas o débiles, se entrechocasen, rechinasen y chirriasen a cada golpe del cepillo.

»¿Los altos hornos? Sería un gasto inútil dejar escapar fuera el calor en vez de utilizarlo. ¿Por qué dejar que se asen los fundidores, cuando el calor perdido por la irradiación representa toneladas de carbón?

»Los mazos de pilón que hacían temblar los edificios en cinco leguas a la redonda, ¡otro despilfarro! Se forja mejor por presión que por choque, y es más barato y se pierde menos mineral.

»El espacio que damos a cada mesa de trabajo, la claridad de la fábrica, su limpieza, todo ello es una sencilla cuestión de ahorro. Se trabaja mejor cuando se tiene buena luz y la gente no trabaja hacinada.

»Es cierto que estábamos muy apiñados antes de venir aquí. Y es que el suelo cuesta terriblemente caro en los alrededores de las grandes ciudades. ¡Los propietarios son tan rapaces!».

Lo mismo sucede con las minas. Aunque solo sea a través de las obras de Zola o de los periódicos, conocemos las condiciones de las minas actuales. Pues bien, la mina del futuro estará bien ventilada, con una temperatura tan perfectamente regulada como la de un gabinete de trabajo; sin caballos condenados a morir bajo tierra, ya que la tracción subterránea se hará por medio de un cable automotor que se pondrá en marcha desde la boca del pozo; los ventiladores estarán siempre funcionando, y no habrá más explosiones. Esta mina no es un sueño; se ven ya en Inglaterra, y nosotros hemos visitado una. También aquí el orden es una simple cuestión de economía. La mina de la que hablamos, a pesar de su inmensa profundidad de cuatrocientos treinta metros, suministra mil toneladas diarias de hulla con solamente doscientos trabajadores, es decir, cinco toneladas por día y por trabajador, mientras que el promedio en los dos mil pozos de Inglaterra viene a ser de trescientas toneladas por año y por trabajador.

Podríamos nombrar muchísimos más ejemplos a fin de demostrar que, en cuanto a la organización material, el sueño de Charles Fourier no era una utopía.

Este asunto ha sido tratado con mucha frecuencia por los periódicos socialistas, y se ha formado una opinión. La fábrica, el taller, la mina pueden ser tan saludables, tan magníficos como los mejores laboratorios de las universidades modernas, y cuanto mejor organizados estén desde ese punto de vista, más productivo será el trabajo humano.

¿Acaso puede dudarse de que en una sociedad de iguales, en la que los «brazos» no estén obligados a venderse, el trabajo será un verdadero placer, una distracción? Las tareas repugnantes o malsanas deberán desaparecer porque es evidente que, en estas condiciones, resultan nocivas para la sociedad entera. Pueden entregarse a ella los esclavos; el hombre libre creará nuevas condiciones para un trabajo agradable e infinitamente más productivo. Las excepciones de hoy serán la regla del mañana.

Lo mismo ocurrirá en el ámbito doméstico, en el que hoy en día la sociedad ha convertido a la mujer en una bestia de carga.

2

Una sociedad regenerada por la revolución hará que desaparezca la esclavitud doméstica, esa postrera forma de la esclavitud, la más tenaz quizá, porque también es la más antigua. Solo que no lo hará del modo soñado por los falansterianos, ni de la manera como a menudo se lo imaginan los comunistas autoritarios.

El falansterio repugna a millones de seres humanos. El hombre menos expansivo experimenta en efecto la necesidad de reunirse con sus semejantes para un trabajo común, tanto más atractivo cuanto que se tiene conciencia de formar parte del inmenso todo. Pero no sucede así en las horas dedicadas al descanso y a la intimidad. El falansterio e incluso el familisterio no lo tienen en cuenta, o bien tratan de responder a esta necesidad con agrupaciones artificiosas.

El falansterio, que no es en realidad más que un inmenso hotel, puede agradar a algunos e incluso a todos en ciertos periodos de su vida, pero la gran mayoría prefiere la vida de familia —de la familia del futuro, por supuesto—; prefiere la habitación aislada, y los normandos y los anglosajones optan por la casita de cuatro, seis u ocho piezas, en la cual pueden vivir la familia de forma separada o el grupo de amigos.

El falansterio, que en ocasiones tiene su razón de ser, resultaría odioso si se convirtiese en la regla general. El ser humano necesita relacionarse con otros, pero también estar en soledad; esa es su regla. Por ello, una de las mayores torturas que supone la prisión es la imposibilidad de aislarse, de la misma manera que el aislamiento celular se convierte a su vez en tortura, si no se alterna con algún rato de vida social.

En cuanto a las consideraciones económicas que a veces se esgrimen a favor del falansterio, son dignas de la economía de un tendero. La gran economía, la única razonable, es que la vida resulte agradable para todos, porque el hombre satisfecho de su existencia produce infinitamente más que aquel que maldice su entorno.

Otros socialistas repudian el falansterio. Pero cuando se les pregunta cómo podría organizarse el trabajo doméstico, responden: «Cada cual hará su propio trabajo; mi mujer desempeña bien el de la casa, las burguesas harán otro tanto». Y si es un burgués aficionado al socialismo quien habla,

dirá a su mujer, con una sonrisa amable: «¿No es verdad, querida, que te pasarías con gusto sin criada en una sociedad socialista? ¿No es cierto que harías lo mismo que la mujer de nuestro excelente amigo Pablo o la de Juan el carpintero a quien conoces?». A lo que la mujer contesta, con una sonrisa agridulce, un «Claro que sí, querido», pensando que, por fortuna, eso no sucederá tan pronto.

Ahora y siempre el hombre ha utilizado a la mujer, sea sirvienta o esposa, para librarse de las tareas domésticas.

Pero la mujer también reclama, por fin, su parte en la emancipación de la sociedad. Ya no quiere ser la bestia de carga de la casa. Bastante tiene con dedicar tantos años de su vida a la crianza de los hijos. ¡Ya no quiere ser la cocinera, la remendona, la barrendera de la casa! Y como las americanas han tomado la delantera en esta obra de reivindicación, son generales las quejas en Estados Unidos por la falta de mujeres que se complazcan en los trabajos domésticos. La señora prefiere el arte, la política, la literatura o el salón de juego; la obrera hace otro tanto y ya no se encuentran criadas para servir. En Estados Unidos son raras las solteras y casadas que consientan en aceptar la esclavitud del delantal.

Y la solución, muy simple, la aporta la vida misma. Será la máquina la que se encargue de gran parte del cuidado del hogar.

Si uno se lustra los zapatos, sabe lo ridículo que es esa tarea. ¿Acaso hay algo más estúpido que frotar veinte o treinta veces un zapato con el cepillo? Es preciso que una décima parte de la población europea se venda por un jergón y un alimento insuficiente para hacer ese servicio embrutecedor; es preciso que la misma mujer se considere una esclava para que docenas de millones de brazos sigan practicando cada mañana semejante labor.

Sin embargo, los peluqueros tienen máquinas para cepillar los cráneos lisos y las cabelleras crespas; ¿no sería más sencillo aplicar el mismo

principio a la otra extremidad? Y es lo que se ha hecho. Hoy, la máquina de lustrar el calzado es de uso general en los grandes hoteles americanos y europeos. También empieza a difundirse su uso fuera de ellos. En las grandes escuelas de Inglaterra, divididas en secciones de cincuenta a doscientos colegiales internos cada una, han considerado que era más sencillo tener un solo establecimiento que todas las mañanas cepilla los mil de pares de zapatos, lo cual dispensa de sostener a un centenar de criadas dedicadas especialmente a esa estúpida labor. El establecimiento recoge por la noche los zapatos y los devuelve por la mañana a domicilio, lustrados a máquina.

¡Lavar la vajilla! ¿Acaso hay alguna mujer que no tenga horror a ese trabajo, largo y sucio a la vez, y que casi siempre se hace a mano solo porque el trabajo de la esclava doméstica no se tiene en cuenta para nada?

En Estados Unidos han encontrado una solución mejor. Ya hay cierto número de ciudades en las cuales el agua caliente se envía a domicilio, como el agua fría entre nosotros. Gracias a ello era fácil resolver el problema, y lo ha hecho una mujer, la señora Cockrane. Su máquina lava veinte docenas de platos, los enjuaga y los seca en menos de tres minutos. Una fábrica de Illinois construye esas máquinas, que se venden a un precio accesible para la gente de clase media. Y, en cuanto a las familias modestas, enviarán su vajilla al establecimiento lo mismo que los zapatos. Hasta es probable que una misma empresa se dedique a estos dos servicios: el de lustrar el calzado y lavar la vajilla.

Limpiar los cuchillos; desollarse la piel y retorcerse las manos lavando la ropa para exprimir el agua de ella; barrer los suelos o cepillar las alfombras levantando nubes de polvo, que es preciso quitar enseguida con sumo

trabajo de los sitios donde se posa; todo esto se hace aún, porque la mujer sigue siendo una esclava. Pero comienza a desaparecer, ya que todas esas labores se hacen infinitamente mejor a máquina, y las máquinas de todo tipo se introducirán en las casas, cuando la electricidad llegue al domicilio y permita ponerlas todas en marcha, sin gastar el menor esfuerzo muscular.

Las máquinas cuestan muy poco, y si las pagamos tan caras todavía es porque no son de uso general, y sobre todo porque una tasa exorbitante, un 75 por ciento, se la han llevado ya esos señores que especulan con el suelo, las materias primas, la fabricación, la venta, la patente, el impuesto y otras cosas parecidas, y que desean poder exhibir sus riquezas.

Pero la pequeña máquina casera no es lo único que liberará el trabajo doméstico. El hogar ya no será un núcleo aislado; se asociará con otros hogares para realizar en común tareas que hoy se llevan a cabo por separado.

El futuro no consiste en tener en cada casa una máquina de limpiar el calzado, otra para fregar los platos, otra para lavar la ropa blanca y así sucesivamente. El futuro está en el calorífero común, que envíe el calor a cada cuarto de todo un barrio y evite así tener que encender la lumbre. Esto se hace ya en algunas ciudades americanas. Una gran casa central envía agua caliente a todos los edificios, a todas las viviendas. El agua circula por tubos y, para regular la temperatura, no hay más que dar vuelta a una llave. Y si se desea tener, además, fuego en una estancia determinada, puede encenderse el gas especial de calefacción enviado desde un depósito central. La mujer sabe cuánto tiempo absorbe esa inmensa labor de limpiar chimeneas y hacer lumbre, una labor que está en vías de desaparecer.

La vela de parafina, la lámpara de petróleo y hasta el mechero de gas han pasado ya a la historia. Hay ciudades enteras donde basta apretar un botón

para que surja la luz; y, en último término, es cuestión de economía y de conocimiento permitirse el lujo de tener una lámpara eléctrica.

Por último (y siempre en Estados Unidos), están formando sociedades para suprimir casi la totalidad del trabajo doméstico. Bastaría crear servicios especiales para cada manzana de casas. Un carro iría a recoger a domicilio los cestos de calzado para lustrar, de vajilla para fregar, de ropa blanca para lavar, de menudencias para remendar (si merecen la pena), de alfombras para cepillar, y al día siguiente por la mañana temprano se devolvería la labor bien hecha que se le hubiese confiado. Algunas horas más tarde aparecerían en la mesa el café caliente y los huevos cocidos en su punto.

En efecto, entre las doce y las dos de la tarde, seguramente hay más de veinte millones de americanos y otros tantos ingleses comiendo buey o cordero asado, cerdo cocido, patatas cocidas y verduras de la estación. Y, por lo menos, hay ocho millones de fuegos encendidos durante dos o tres horas para asar esa carne y cocer esas hortalizas; ocho millones de mujeres que pasan su tiempo preparando esa comida, que quizá no consista en más de diez platos diferentes.

«¡Cincuenta hogares encendidos, cuando bastaría uno solo!», exclamaba tiempo atrás una americana. Comed en vuestra mesa, en familia con vuestros hijos, si queréis. Pero, por favor, ¿para qué esas cincuenta mujeres perdiendo la mañana en hacer algunas tazas de café y en preparar un sencillo almuerzo? ¿Por qué esos cincuenta fuegos, cuando con uno solo y dos personas bastarían para cocer todos esos trozos de carne y todas esas hortalizas? Elegid vosotros mismos vuestro buey o cordero asado, si sois de paladar delicado; sazonad las verduras a vuestro gusto, si preferís tal o cual salsa. Pero no tengáis más que una cocina tan espaciosa como deseéis y un solo hornillo dispuesto como os guste.

¿Por qué el trabajo de la mujer no ha contado nunca para nada?, ¿por qué en cada familia la madre y a menudo tres o cuatro sirvientas invierten todo su tiempo en los asuntos de la cocina? Porque aquellos que predican la liberación del ser humano no han incluido a la mujer en ese sueño de emancipación y consideran «los asuntos de la cocina» como algo indigno de su orgullosa condición masculina, por lo que descargan esas ingratas tareas sobre las espaldas del gran chivo expiatorio: la mujer.

Emancipar a la mujer no implica abrirle las puertas de la universidad, del foro y del parlamento. La mujer emancipada descarga siempre en otra mujer el peso de los trabajos domésticos. Emancipar a la mujer es liberarla del embrutecedor trabajo de la cocina y del lavadero, es organizarse de manera que pueda criar y educar a sus hijos, si le parece, disponiendo de tiempo libre para participar en la vida social.

Esto se conseguirá, ya lo hemos dicho; de hecho está en sus inicios. Una revolución que se exalta con las hermosas palabras de Libertad, Igualdad y Solidaridad y sigue manteniendo la esclavitud de la mujer en el hogar no será una revolución. Porque la mitad de la población, al ser esclava de la cocina, deberá rebelarse contra la otra mitad.

La libre asociación

1

Habituados como estamos por prejuicios hereditarios, por una educación y una instrucción del todo falsas a no ver en todas partes más que gobierno, legislación y magistratura, acabamos creyendo que los hombres se destrozarían unos a otros como fieras el día en que la policía deje de controlarnos, y que sobrevendría el caos si la autoridad desapareciera. Y, sin advertirlo, pasamos junto a mil agrupaciones humanas que se constituyen con libertad, sin ninguna intervención de la ley, y que logran realizar cosas infinitamente superiores a las que se hacen bajo la tutela gubernamental.

Abramos las páginas de un periódico. En ellas solo se habla de los actos de gobierno, del revuelo político. Tras leerlo, un chino creería que en Europa no se hace nada sin orden expresa de alguna autoridad. ¡Intentad encontrar cualquier comentario sobre las instituciones que nacen, crecen y se desarrollan sin prescripciones ministeriales! ¡No hallaréis nada o casi nada! Y si hay una sección de «Hechos diversos» es porque esos hechos tienen que ver con la policía. Un drama familiar o un acto de rebelión no serán mencionados a menos que hayan intervenido las fuerzas del orden.

Trescientos cincuenta millones de europeos se quieren o se odian, trabajan o viven de sus rentas, sufren o disfrutan. Pero su vida y sus actos

(salvo la literatura, el teatro y el deporte) son ignorados por los periódicos si no han intervenido, de alguna manera, las autoridades.

Lo mismo sucede con la historia. Conocemos los menores detalles de la vida de un rey o de un parlamento; se han conservado todos los discursos, buenos y malos, pronunciados en esos mentideros, «discursos que jamás han influido en el voto de un solo miembro», como decía un parlamentario veterano. Las visitas de los reyes, el buen o mal humor de los politicastros, sus juegos de palabras y sus intrigas, todo eso se ha guardado con sumo esmero para la posteridad. Pero nos cuesta las mayores fatigas del mundo reconstituir la vida de una ciudad de la Edad Media, conocer el mecanismo de ese inmenso comercio de cambio que se realizaba entre las ciudades hanseáticas, o saber cómo se edificó la catedral de Ruán. Si algún historiador ha dedicado su vida a estudiar esos acontecimientos, sus obras permanecen desconocidas, y las «historias parlamentarias», es decir, falsas, puesto que no hablan sino de un solo aspecto de la vida de las sociedades, se multiplican, se compran y venden, se enseñan en las escuelas.

Y nosotros, ¡ni siquiera advertimos la prodigiosa tarea que lleva a cabo cada día la agrupación espontánea de los hombres y que constituye la obra capital de nuestro siglo!

Por todo ello, nos proponemos recoger algunas de estas manifestaciones, las más asombrosas, y mostrar que los hombres —cuando sus intereses son comunes— se entienden perfectamente para llevar a cabo, todos juntos, acciones sobre cuestiones muy complejas.

Es evidente que en la sociedad actual, basada en la propiedad individual, es decir, en la expoliación y en el individualismo, corto de alcances y por tanto estúpido, los hechos de este género son por necesidad limitados; en

ella, la libre asociación no es del todo libre, y a menudo funciona para un fin mezquino, cuando no execrable.

Pero lo que nos importa no es hallar ejemplos que seguir a ciegas y que tampoco podría suministrarnos la sociedad actual. Lo que necesitamos es manifestar que, a pesar del individualismo autoritario que nos asfixia, hay siempre en el conjunto de nuestra vida una parte muy vasta donde no se obra más que por un libre acuerdo común, y que es mucho más fácil de lo que se piensa vivir sin gobierno.

Para apoyar nuestra tesis, retomaremos el caso de los ferrocarriles, del que ya hemos hablado.

Sabemos que Europa posee una red de vías férreas de 280.000 kilómetros, y que por esa red actualmente se puede circular sin detenciones e incluso sin cambiar de vagón (cuando se viaja en tren expreso) de norte a sur, de poniente a levante, de Madrid a San Petersburgo y de Calais a Constantinopla. Y aún hay más: un paquete certificado en una estación ferroviaria llegará a manos de su destinatario, así esté en Turquía o en Asia central, sin más formalidad por parte del remitente que la de escribir el punto de destino en un pedazo de papel.

Este resultado podía obtenerse de dos maneras. Un Napoleón, un Bismarck, un potentado cualquiera, podría conquistar Europa y, desde París, Berlín o Roma, trazar en el mapa la dirección de las vías férreas y regular la marcha de los trenes. El idiota coronado Nicolás I soñó con hacerlo así. Cuando le presentaron proyectos de vías ferroviarias entre Moscú y San Petersburgo cogió una regla y trazó sobre el mapa de Rusia una línea recta entre sus dos capitales, diciendo: «He aquí el trazado». Y el camino se hizo en línea recta, rellenando profundos barrancos y elevando puentes

vertiginosos que fue preciso abandonar al cabo de algunos años, costando el kilómetro, en promedio, de dos a tres millones.

Este es uno de los medios; pero en otras partes se ha hecho de otro modo. Las vías ferroviarias se han construido por tramos, luego se han enlazado entre sí y, después, las cien compañías propietarias a las que pertenecían esos tramos de vías se han puesto de acuerdo para que sus trenes concuerden tanto en la llegada como en la salida, y para que puedan circular por sus carriles coches de todas procedencias sin tener que descargar las mercancías al pasar de una red a otra.

Todo esto se ha hecho de común acuerdo, intercambiando cartas y propuestas, por medio de congresos a los que asistían los delegados para discutir distintos asuntos, no para legislar; y después de los congresos los delegados regresaban a sus compañías no con una ley, sino con un proyecto de contrato para ratificar o desechar.

Es cierto que se han producido ciertos desacuerdos. También es cierto que algunos se han obstinado en sus propuestas, y se han mostrado difíciles de convencer. Pero el interés común ha terminado por prevalecer sin que haya habido necesidad de recurrir a los ejércitos contra los recalcitrantes.

Esa inmensa red de ferrocarriles enlazados entre sí y ese prodigioso tráfico a que dan lugar constituyen sin duda el rasgo más asombroso de nuestro siglo, y se deben al libre convenio. Si hace cincuenta años alguien lo hubiera previsto y lo hubiera expresado en voz alta, nuestros abuelos lo habrían tomado por loco o imbécil, y habrían exclamado: «¡Nunca lograréis que se entiendan cien compañías de accionistas! Esto es una utopía, no es más que un cuento de hadas. Solo podría imponerlo un gobierno central, con un director con agallas».

Pues bien; lo más interesante de esa organización es que ¡no hay ningún gobierno central europeo de ferrocarriles! ¡Nada! ¡No hay ministro de vías

ferroviarias, no hay dictador, ni siquiera un parlamento continental, ni incluso una junta directiva! Todo se hace por contrato.

Y al estatista que afirma que «no se puede prescindir del gobierno central, aunque sea tan solo para regular el tráfico», nosotros le respondemos: «Pero ¿cómo pueden funcionar los ferrocarriles europeos sin la intervención del Estado? ¿Cómo consiguen que viajen millones de personas y montañas de mercancías a través de todo un continente? Si las compañías propietarias de los ferrocarriles han podido entenderse, ¿por qué no podrían ponerse de acuerdo también los trabajadores al incautarse de las vías férreas? Y si la compañía de San Petersburgo-Varsovia y la de París-Belfort pueden actuar de común acuerdo sin recurrir a un gerente que coordine ambas a un tiempo, ¿por qué en el seno de nuestras sociedades, constituida cada una de ellas por un grupo de trabajadores libres, habría necesidad de un gobierno?».

2

Cuando intentamos demostrar con ejemplos que, actualmente, pese a lo injusto de la organización de la sociedad de hoy día, los hombres, siempre que sus intereses no sean diametralmente opuestos, son capaces de llegar a acuerdos sin la intervención de la autoridad, sabemos qué tipo de objeciones que se nos hará.

Estos ejemplos presentan un gran inconveniente, y es que resulta imposible citar una sola organización en la que el débil no esté explotado por el fuerte, o el pobre por el rico. Por ello, seguro que los estadistas no dejarán de decirnos, con la lógica que los distingue: «¡Ya veis que la intervención del Estado es necesaria para poner fin a esa explotación!».

Sin embargo, olvidando las lecciones de la historia, no nos dirán hasta qué punto ha contribuido el Estado mismo a agravar esta situación, creando el proletariado y entregándolo a los explotadores. Y también olvidarán decirnos si es posible que desaparezca la explotación mientras que sus principales causas —el capital individual y la miseria, creada artificialmente en sus dos tercios por el Estado— sigan existiendo.

Y respecto a la libre asociación entre las compañías ferroviarias, es de prever que nos digan: «¿No veis cómo las compañías de ferrocarriles explotan y maltratan a sus empleados y a los viajeros? ¡Es preciso que intervenga el Estado para proteger al público!».

Pero ya hemos dicho y repetido hasta la saciedad que mientras haya capitalistas se perpetuarán estos abusos de poder. Precisamente el Estado, pretendido bienhechor, es quien ha dado a las compañías ese terrible poder que hoy tienen. ¿No ha creado las concesiones, las garantías? ¿No ha enviado sus tropas contra los empleados de los ferrocarriles en huelga? Y, al principio (podemos verlo aún en Rusia), ¿no ha extendido sus privilegios hasta el punto de prohibir a la prensa mencionar los accidentes ferroviarios para no depreciar las acciones de las que se hacía garante? ¿No ha favorecido, en efecto, el monopolio que ha consagrado «reyes de la época» a los Vanderbilt, a los Polyakoff, así como a los directores del París-Lyon-Mediterráneo y a los del San Gotardo?

Así pues, si ponemos como ejemplo el tácito acuerdo establecido entre las compañías de ferrocarriles, no es como un ideal de gobierno económico, ni incluso como un ideal de organización técnica. Es para demostrar que si capitalistas sin más propósito que el de aumentar sus rentas a costa de todo el mundo pueden explotar las vías férreas sin fundar para eso una oficina internacional, ¿acaso no podrán hacer lo mismo, y aún mejor, sociedades de

trabajadores, sin necesidad de crear un ministerio de los ferrocarriles europeos?

Se nos presenta otra objeción, esta en apariencia más seria. También podrían decirnos que la libre asociación de la que hablamos no es del todo «libre»: que las grandes compañías imponen su ley a las más pequeñas. Podría citarse como ejemplos una rica compañía que obliga a los viajeros que van de Berlín a Basilea a pasar por Colonia y Frankfurt, en vez de seguir el camino de Leipzig; otra que impone a las mercancías rodeos de cien y de doscientos kilómetros (en largos trayectos) para favorecer a poderosos accionistas; en fin, otra que arruina líneas secundarias. En Estados Unidos, viajeros y mercancías se ven algunas veces obligados a seguir trazados inverosímiles para que afluyan los dólares al bolsillo de un Vanderbilt.

Nuestra respuesta será la misma. Mientras exista el capital, los poderosos siempre oprimirán a los más débiles. Pero esta presión no solo proviene del capital. Es debido, sobre todo, al apoyo que les presta el Estado, al monopolio que este ha creado en su favor, que ciertas grandes compañías pueden oprimir a las pequeñas.

Marx ha demostrado muy bien cómo la legislación inglesa ha hecho todo lo posible para arruinar a la pequeña industria, reducir al campesino a la miseria y entregar a los grandes industriales batallones de famélicos, forzados a trabajar por cualquier salario. Sucede exactamente lo mismo con la legislación relativa a los ferrocarriles. Líneas estratégicas, líneas subvencionadas, líneas que monopolizan el correo internacional, todo se ha estructurado en beneficio de los peces gordos de las finanzas. Cuando Rothschild —acreedor de todos los Estados europeos— compromete su

capital en determinado ferrocarril, sus fieles vasallos, los ministerios, se las arreglarán para hacerle ganar aún más.

En Estados Unidos —esa democracia que los autoritarios nos proponen algunas veces como ideal— existe un fraude escandaloso en todo lo relacionado con los ferrocarriles. Si una compañía arruina a sus competidores con una tarifa muy baja, es porque se reembolsa por otro lado los terrenos que, mediante propinas, le ha concedido el Estado. Los documentos publicados recientemente sobre el trigo americano demuestran la participación del Estado en esta explotación del débil por el fuerte.

También aquí el Estado multiplica por diez o por cien la fuerza del gran capital. Y cuando, algunas veces, vemos que los sindicatos de ferrocarriles (otro producto de la libre asociación) consiguen proteger a las pequeñas compañías contra las grandes, nos quedamos asombrados de la fuerza intrínseca de la libre asociación, a pesar de la omnipotencia del gran capital que siempre cuenta con la ayuda del Estado.

En efecto, las pequeñas compañías sobreviven a pesar de la parcialidad del Estado; y si en Francia —país de centralización— no vemos más que cinco o seis grandes compañías, en Gran Bretaña se cuentan más de ciento diez que se entienden a las mil maravillas y con seguridad están mejor organizadas, para el rápido transporte de mercancías y viajeros, que los ferrocarriles franceses y alemanes.

Además, esa no es la cuestión. El gran capital, favorecido por el Estado, siempre puede aplastar al pequeño si le resulta ventajoso. Lo que nos ocupa es lo siguiente: la libre asociación entre centenares de compañías ferroviarias a las que pertenecen los ferrocarriles de Europa se han establecido directamente, sin la intervención de un gobierno central que

imponga la ley a las diversas sociedades; se ha mantenido mediante congresos compuestos de delegados que discuten entre sí, y someten a sus comitentes proyectos y no leyes. Este es un principio nuevo, que difiere por completo del principio gubernamental, monárquico o republicano, absoluto o parlamentario. Es una innovación que se introduce, aún con timidez, en las costumbres de Europa, pero el porvenir es suyo.

3

Muchas veces hemos leído en los escritos de los socialistas de Estado exclamaciones de este estilo: «¿Y quién se encargará en la sociedad futura de regularizar el tráfico en los canales? Si a uno de vuestros “compañeros’’ anarquistas se le pasase por la cabeza atravesar su barca en un canal e impedir el tránsito a millares de barcas, ¿quién le haría entrar en razón?».

Admitamos que esta suposición es un poco fantasiosa. Pero se podría añadir: «Y si, por ejemplo, un municipio o un grupo voluntario quisieran hacer pasar sus barcas antes que las otras, dificultarían el paso del canal para acarrear tal vez piedras, mientras que el trigo destinado a otro municipio se quedaría a la espera. ¿Quién regularizaría, pues, la marcha de las barcas, sino el gobierno?».

Pues bien, la vida real ha demostrado de nuevo que se puede prescindir tranquilamente del gobierno en este como en otros casos. La libre asociación y la libre organización sustituyen esta máquina costosa y nociva y, además, lo hacen mejor.

Sabemos qué representan los canales para Holanda: son sus caminos. También sabemos el tráfico que hay por ellos. Aquello que se transporta entre nosotros por carretera o ferrocarril, en Holanda se hace a través de los

canales. En estos es donde habría que liarse a golpes para que unas barcas pasasen antes que otras. ¡Allí tendría que intervenir el gobierno para poner orden en el tráfico!

Pues bien, no es así. Desde hace mucho tiempo los holandeses, de carácter práctico, han sabido arreglárselas de otro modo, creando algo parecido a las gildas, los sindicatos de barqueros. Estas eran asociaciones libres, surgidas de las necesidades mismas de la navegación. El paso de las barcas se hacía siguiendo un orden de inscripción, desplazándose por turno, sin adelantarse, bajo pena de ser excluido del sindicato. Ninguna se estacionaba más de cierto número de días en los puertos de embarque, y si en ese tiempo no hallaba mercancías que transportar, tanto peor para ella, salía de vacío y dejaba el puesto a las recién llegadas. Se evitaba así la aglomeración, aun cuando seguía existiendo la competencia entre los empresarios, consecuencia de la propiedad individual. Suprimid esta, y el acuerdo sería aún más cordial, más equitativo para todos.

Por supuesto, el propietario de cada barca podía adherirse o no al sindicato; eso era asunto suyo, pero la mayor parte prefería afiliarse. Los sindicatos presentan además tan grandes ventajas que se han difundido por el Rin, el Weser y el Óder, hasta Berlín. Los barqueros no han esperado a que el gran Bismarck anexione Holanda a Alemania y nombre un «Ober-Haupt-General-Staats-Canal-Navigations-Rath» con un número de galones correspondiente a la longitud de su título. Han preferido entenderse internacionalmente. Y aún más: un gran número de barcos de vela que prestan servicio entre los puertos alemanes y los de Escandinavia, así como los de Rusia, se han adherido también a esos sindicatos, con el fin de establecer cierta armonía en el cruce de los barcos. Puesto que estas asociaciones, cuya adhesión es voluntaria, han surgido libremente, no tienen nada que ver con los gobiernos.

Es posible, o muy probable en todo caso, que también en este caso el gran capital oprima al pequeño. Puede ser también que el sindicato tenga tendencia a erigirse en monopolio, sobre todo si cuenta con el valioso patrocinio del Estado, que no dejará de mezclarse en ello. Pero no olvidemos que esos sindicatos representan a una asociación cuyos miembros están unidos por intereses personales; pero si cada armador se viese obligado, por la socialización de la producción, del consumo y del intercambio, a formar parte, al mismo tiempo, de otras cien asociaciones indispensables para satisfacer sus necesidades, las cosas funcionarían de otra manera. El grupo de los bateleros, poderoso en el agua, se sentiría en desventaja en tierra firme y moderaría sus pretensiones para llegar a un acuerdo con los ferrocarriles, las manufacturas y otros grupos.

En todo caso, dejando a un lado el futuro, se trata también de una asociación espontánea que ha prescindido del gobierno. Veamos otros ejemplos.

Puesto que hablamos de buques y barcas, mencionemos una de las más hermosas organizaciones que han surgido en nuestro siglo, una de aquellas de las que, con toda razón, podemos enorgullecernos. Es la Lifeboat Association [asociación inglesa de salvamento].

Sabemos que todos los años se estrellan más de mil barcos en las costas de Inglaterra. En alta mar, un buen barco rara vez teme la tempestad. Es junto a las costas donde le aguardan los peligros: mar agitado que le rompe el codaste, rachas de viento que le arrebatan mástiles y velas, corrientes que lo hacen ingobernable, arrecifes y bajíos sobre los cuales va a encallar.

Incluso cuando en otros tiempos los habitantes de las costas encendían fogatas para atraer los buques hacia los escollos y apoderarse de su cargamento, según la costumbre de la época, siempre se ha hecho todo lo posible por salvar a la tripulación. Al ver a un barco en peligro, lanzaban

sus cáscaras de nuez y se dirigían en auxilio de los náufragos, para encontrar ellos mismos, muy a menudo, la muerte entre las olas. Cada aldea a orillas del mar tiene sus leyendas de heroísmo, un heroísmo desplegado tanto por la mujer como por el hombre para salvar a las tripulaciones de la muerte.

El Estado y los científicos algo han hecho para disminuir el número de siniestros. Los faros, las señales, los mapas, las advertencias meteorológicas los han reducido, en efecto, y mucho. Pero cada año siempre quedan miles de embarcaciones y vidas humanas que salvar.

Por eso, algunos hombres de buena voluntad se pusieron manos a la obra. Como buenos marinos que eran, imaginaron un bote de salvamento que pudiese desafiar a la tormenta sin volcar ni irse a pique, e iniciaron alguna campaña para atraer al público a esa empresa, encontrar el dinero necesario, construir barcos y situarlos en las costas, allí donde podían prestar sus servicios.

Como esas personas no eran jacobinos, no se dirigieron al gobierno. Comprendieron que para llevar a cabo su empresa necesitaban del concurso, del entusiasmo de los marinos, su conocimiento de los lugares y, sobre todo, su abnegación. Y para encontrar hombres que a la primera señal se lancen de noche al caos de las olas sin que les detengan las tinieblas ni los rompientes, y luchen cinco, seis, diez horas contra el oleaje antes de abordar al barco en peligro, hombres dispuestos a jugarse la vida por salvar la de los demás, se necesita el sentimiento de solidaridad, el espíritu de sacrificio que no se compra con los galones.

Así pues, hubo un movimiento enteramente espontáneo, producto del convenio libre y de la iniciativa individual. Centenares de grupos locales surgieron a lo largo de las costas. Los iniciadores tuvieron el buen sentido de no erigirse en maestros; al contrario, fueron en busca de la sabiduría en

las chozas de los pescadores. Si, por ejemplo, un lord donaba veinticinco mil francos para un pueblo de la costa a fin de que este construyese un bote de salvamento, se aceptaba el donativo, pero se dejaba a elección de los pescadores y marinos de aquella zona el lugar donde debía situarse el bote.

Los planos de las nuevas embarcaciones no se hicieron en el almirantazgo. «Puesto que es importante —leemos en el informe de la asociación— que los socorristas tengan plena confianza en la embarcación que tripulan, la Junta se impone ante todo el deber de dar a los botes la forma y el equipamiento que los socorristas deseen.» Por eso, cada año se introducen nuevas mejoras.

¡Todo por los voluntarios, que se organizan en juntas o grupos locales! ¡Todo por la ayuda mutua y por la libre asociación! ¡Oh, los anarquistas! No piden nada a los contribuyentes y, sin embargo, el año anterior recibieron 1.076.000 francos de contribuciones espontáneas.

En cuanto a los resultados, estos son:

En 1891 la asociación poseía 293 botes de salvamento. Ese mismo año salvó a 601 náufragos y 33 barcos. Desde su fundación, ha salvado a 32.671 seres humanos.

En 1886, se hundieron en el mar tres botes de salvamento con todos sus hombres; poco después centenares de nuevos voluntarios se inscribieron para constituirse en grupos locales, y esa agitación tuvo por resultado que se construyeran veinte botes suplementarios.

Advirtamos de paso que la asociación envía cada año, a pescadores y marinos, excelentes barómetros a un precio tres veces menor que su valor real, divulga conocimientos meteorológicos y tiene a los interesados al corriente de las bruscas variaciones del tiempo previstas por los científicos.

Queremos insistir en que las pequeñas juntas o grupos locales no tienen una organización jerárquica y se componen únicamente de voluntarios para

el salvamento y de personas que se interesan por esa obra. El comité central, que es más bien un centro de correspondencia, no interviene de ninguna manera.

Cierto es que, cuando en el municipio se trata de votar acerca de un asunto sobre educación o impuestos locales, esos comités no toman parte como tales en las deliberaciones —modestia que, por desgracia, no imitan los elegidos de un ayuntamiento—. Pero, por otra parte, esas buenas gentes no admiten que aquellos que nunca se han enfrentado a las tormentas les redacten leyes acerca del salvamento. A la primera señal de peligro acuden, se ponen de acuerdo y se echan al mar. Nada de galones; mucha buena voluntad.

Tomemos otra sociedad del mismo tipo, la de la Cruz Roja. Poco importa su nombre: veamos de qué se trata.

Imaginemos que alguien hubiese dicho hace veinticinco años: «El Estado puede hacer que maten a veinte mil hombres en un día y que haya otros cincuenta mil heridos, pero es incapaz de socorrer a sus propias víctimas. Por tanto, mientras exista la guerra, es necesario que intervenga la iniciativa privada y que los hombres de buena voluntad se organicen internacionalmente para esa obra humanitaria».

¡Qué diluvio de burlas hubiese llovido sobre quien hubiera osado emplear este lenguaje! En primer término, le habrían tratado de utópico, y si después este se hubiese dignado abrir la boca, le habrían respondido: «Faltarán voluntarios precisamente allí donde más se necesiten. Vuestros hospitales libres estarán todos centralizados en un sitio seguro, mientras que se carecerá de lo indispensable en las ambulancias. Las rivalidades nacionales se las arreglarán para que los pobres soldados mueran sin haber recibido ninguna ayuda». Tantos oradores, otras tantas reflexiones de desaliento. ¡Quién de nosotros no ha oído perorar en ese tono!

Pues bien, ya sabemos lo que pasa. En todas partes, en cada país, en miles de localidades, se han organizado libremente sociedades de la Cruz Roja y, al estallar la guerra de 1870-1871, los voluntarios se pusieron manos a la obra. Hombres y mujeres acudieron a ofrecer sus servicios. Miles de hospitales y ambulancias se organizaron, se dispusieron trenes para transportar ambulancias, víveres, ropas, medicamentos para los heridos. Las comisiones inglesas enviaron convoyes enteros de alimentos, ropa, herramientas, grano para sembrar, animales de tiro, ¡hasta arados de vapor, con hombres para guiarlos, para ayudar a la labranza de los departamentos asolados por la guerra! Consultad tan solo *La Cruz Roja*, de Gustave Moynier, y de verdad que os asombrará lo inmenso de la tarea llevada a cabo.

Y si hablamos de esos profetas siempre dispuestos a negar que otros hombres tengan coraje, sentido común e inteligencia, puesto que solo ellos se creen capaces de dirigir con dureza a la gente, veremos que ninguna de sus previsiones se ha cumplido.

La abnegación de los voluntarios de la Cruz Roja ha sido superior a todo encomio. Pedían ocupar los puestos de más peligro. Y mientras que los médicos asalariados del Estado huían con su estado mayor al aproximarse los prusianos, los voluntarios de la Cruz Roja proseguían con sus faenas bajo las balas, soportando las brutalidades de los oficiales bismarckistas y napoleónicos, prodigando los mismos cuidados a los heridos de todas nacionalidades. Holandeses e italianos, suecos y belgas, incluso japoneses y chinos, se entendían a las mil maravillas. Distribuían sus hospitales y ambulancias según las necesidades del momento; sobre todo rivalizaban en la higiene de sus hospitales. ¡Cuántos franceses hablan aún con profunda gratitud de los tiernos cuidados que recibieron por parte de una voluntaria holandesa o alemana en las ambulancias de la Cruz Roja!

¡Qué le importa al autoritario! Su ideal es el médico militar, el asalariado del Estado. ¡Al diablo, pues, la Cruz Roja con sus hospitales higiénicos, si los enfermeros no son funcionarios!

He aquí una organización nacida ayer y que cuenta en este momento con centenares de miles de miembros, que posee ambulancias, hospitales, trenes, elabora procedimientos nuevos para tratar las heridas y que se debe a la iniciativa espontánea de unos cuantos hombres de corazón.

¿Se nos dirá tal vez que los Estados han intervenido también en esta organización? Sí, los Estados han intentado apoderarse de ella. Los comités directivos están presididos por aquellos a quienes los lacayos llaman príncipes de sangre real. Emperadores y reinas prodigan su patrocinio a los comités nacionales. Pero el triunfo de esa organización no se debe a ese patrocinio, sino a los miles de comités locales de cada nación, a la actividad de sus individuos, a la abnegación de todos aquellos que tratan de aliviar a las víctimas de la guerra. ¡Y aún sería mucho mayor esa abnegación si el Estado no se entrometiese en nada!

En todo caso, no fue por órdenes de ningún comité directivo internacional por lo que ingleses y japoneses, suecos y chinos se apresuraron a enviar ayuda a los heridos de 1871. Y tampoco fue por orden de ningún ministerio internacional que se montaron hospitales en territorio invadido y que las ambulancias acudiesen en medio de los campos de batalla, sino por iniciativa de los voluntarios de cada país. Una vez en el sitio, no se tiraron de las greñas, como preveían los jacobinos: todos se pusieron a la obra sin distinción de nacionalidades.

Es cierto que resulta lamentable que se dediquen tan grandes esfuerzos al servicio de una causa tan nefasta, y nos preguntamos, como el niño del poeta: «¿Por qué se los hiere, si se los cura después?». Al intentar destruir la fuerza del capital y el poder de los burgueses, trabajamos para poner fin a esas muertes, y preferiríamos ver a los voluntarios de la Cruz Roja desplegar su actividad para ayudarnos a acabar con las guerras.

Pero es esencial mencionar esta inmensa organización como una prueba más de los fecundos resultados producidos por la libre asociación y la libre concurrencia.

Si quisiéramos multiplicar los ejemplos tomados del arte de exterminar a los hombres, no acabaríamos nunca.

Nos bastará con citar las innumerables sociedades a las que el ejército alemán debe sobre todo su fuerza, que no depende solo de su disciplina, como suele creerse. Esas sociedades abundan en Alemania y tienen como objetivo propagar los conocimientos militares. En uno de los últimos congresos de la Kriegerbund [alianza militar alemana] se han visto delegados de 2.452 sociedades federadas entre sí, con 151.712 miembros.

Sociedades de tiro, de juegos militares, de juegos estratégicos, de estudios topográficos: he aquí los talleres donde se elaboran los conocimientos técnicos del ejército alemán y no en las escuelas de regimiento. Es una red formidable de sociedades de toda clase que engloba militares y civiles, geógrafos y gimnastas, cazadores y técnicos: sociedades que surgen espontáneamente, se organizan, se federan, discuten y hacen exploraciones en el campo. Estas asociaciones voluntarias y libres son las que constituyen la verdadera fuerza del ejército alemán.

Su objetivo es detestable: mantener el imperio. Pero lo que nos importa registrar es que el Estado —a pesar de su «grandísima» misión, que es la organización militar— ha comprendido que su desarrollo sería mayor cuanto más se fomente la libre asociación de los grupos y la libre iniciativa de los individuos.

Incluso en materia de guerra se recurre hoy a la libre asociación; y para confirmar nuestro aserto, basta con mencionar los trescientos mil voluntarios ingleses, la asociación nacional inglesa de artillería y la sociedad que se está organizando actualmente para la defensa de las costas de Inglaterra que, si se constituye, será mucho más activa que el ministerio de Marina con sus acorazados que saltan por los aires, y sus bayonetas que se doblan como plomo.

En todas partes el Estado abdica, abandona sus funciones sacrosantas a los particulares. En todas partes la libre asociación se apodera de sus dominios. Pero todos los hechos que acabamos de citar apenas permiten entrever lo que la libre asociación nos reserva en el futuro, cuando ya no haya Estado.

Objeciones

1

Examinemos ahora las principales objeciones que suscita el comunismo. La mayoría provienen en efecto de un simple malentendido, pero algunas plantean cuestiones importantes y merecen toda nuestra atención.

No nos interesa refutar las objeciones hechas al comunismo autoritario; nosotros mismos levantamos acta de ellas. Las naciones civilizadas han sufrido demasiado en la lucha que debía conducir a la emancipación del individuo para renegar ahora de su pasado y tolerar que un gobierno se imponga hasta en los detalles más insignificantes de la vida del ciudadano, aun cuando ese gobierno no tuviese otro objetivo que el bien de la comunidad. Si alguna vez llegase a constituirse una sociedad comunista autoritaria no duraría, y bien pronto se vería obligada, por el descontento general, a disolverse o a reorganizarse sobre principios de libertad.

Nosotros vamos a hablar de una sociedad comunista anarquista, de una sociedad que reconozca la libertad plena y completa del individuo, que no admita ningún tipo de autoridad y no emplee la violencia para forzar al hombre al trabajo. En estos estudios, vamos a centrarnos en el aspecto económico de la cuestión, para comprobar si esta sociedad —compuesta de hombres como los de hoy en día, ni mejores ni peores, ni más o menos trabajadores— tendría la oportunidad de desarrollarse felizmente.

La objeción es conocida. «Si todos tienen asegurada la existencia, y si la necesidad de ganar un salario no obliga al hombre a trabajar, nadie trabajará, cada uno descargará sobre los otros los trabajos que no se vea obligado a hacer.» Señalemos primero la increíble ligereza con que se plantea esta objeción, sin comprender que, en realidad, la cuestión se reduce a saber si, por una parte, se obtienen en efecto con el trabajo asalariado los resultados que se pretenden, y si, por otra parte, el trabajo voluntario no es ya hoy en día más productivo que el trabajo estimulado por el salario, cuestión que exigiría un profundo estudio. Pero, mientras que en las ciencias exactas nadie se pronuncia sobre asuntos infinitamente menos importantes y menos complicados sino después de serias investigaciones, tras haber recogido con esmero los hechos y analizado sus relaciones, aquí se contentan con un acontecimiento cualquiera, por ejemplo el fracaso de una asociación de comunistas en América, para fallar sin apelación. Actúan como el abogado que no ve en el abogado de la parte contraria al defensor de una causa o de una opinión opuesta a la suya, sino a un simple contrincante en una contienda oratoria y, si tiene la suerte de encontrar la réplica adecuada, poco le importa tener razón o no. Por eso el estudio de esta base fundamental de toda la economía política —es decir, el estudio de las condiciones más favorables para dar a la sociedad la mayor cantidad de productos con la menor pérdida de fuerzas humanas— no avanza. Se limitan a repetir frases hechas, o bien guardan silencio.

Esta muestra de insensatez resulta aún más chocante cuando se constata que en la economía política capitalista ya hay algunos escritores, llevados por la evidencia, que ponen en duda este axioma de los fundadores de su ciencia, axioma según el cual la amenaza del hambre sería el mejor estimulante del hombre para el trabajo productivo. Comienzan a advertir que en la producción existe cierto elemento colectivo, descuidado hasta

nuestros días, que podría ser mucho más importante que la perspectiva de la ganancia personal. La calidad inferior de la labor asalariada, la terrible pérdida de fuerza humana en los trabajos de la agricultura y de la industria modernas, el número siempre creciente de holgazanes que hoy procuran deshacerse de sus obligaciones cargándolas sobre los hombros de los demás, la falta de cierto atractivo en la producción que se hace cada vez más manifiesta, todo ello comienza a preocupar hasta a los economistas de la escuela «clásica». Algunos se preguntan si no han errado el camino basando sus teorías sobre un ser imaginario, feamente idealizado, a quien se suponía guiado solo por el cebo de la ganancia o del salario. Este despropósito penetra hasta en las universidades, se aventura en los libros de ortodoxia economista. Lo cual no impide que un grandísimo número de reformadores socialistas sigan siendo partidarios de la remuneración individual y defiendan la vetusta ciudadela del salariado, cuando sus defensores de antaño la entregan ya piedra a piedra al asaltante.

Así pues, se teme que la masa no quiera trabajar si no se la fuerza a ello.

Pero ¿no hemos oído ya expresar esas mismas aprensiones, en dos ocasiones, a los esclavistas de Estados Unidos antes de la emancipación de los negros, y por los señores rusos antes de la manumisión de los siervos? «Sin el látigo no trabajará el negro», decían los esclavistas. «Si no los vigila el amo, el siervo dejará incultos los campos», decían los boyardos rusos. Cantilena de los señores franceses de 1789, cantilena de la Edad Media, cantilena tan vieja como el mundo; la oímos siempre que se trata de reparar una injusticia en la humanidad.

Y la realidad lo desmiente claramente una y otra vez. El campesino emancipado en 1792 labraba la tierra con una energía feroz, desconocida para sus antepasados; el negro liberto trabaja más que sus padres; y el labriego ruso, después de haber honrado la luna de miel de la manumisión

festejando los viernes como los domingos, ha vuelto con tanto más afán cuanto más completa ha sido su liberación. Allí donde no le falta tierra, labra con ferocidad; esa es la palabra.

El estribillo esclavista puede ser válido para los propietarios de esclavos. En cuanto a estos, saben lo que vale, conocen los motivos.

Por otra parte, ¿quiénes sino los economistas nos han enseñado que el asalariado cumple como puede su tarea, y en cambio el trabajo intenso y productivo solo se obtiene del hombre que ve cómo aumenta su bienestar en proporción a sus esfuerzos? Todos los cánticos entonados en favor de la propiedad se reducen precisamente a este axioma.

Porque —hecho notable— cuando los economistas, a fin de exaltar las ventajas de la propiedad, nos muestran cómo una tierra inculta, un pantano o un pedregal se cubren de ricas mieses con el sudor del campesino propietario, no prueban de ningún modo su tesis en favor de la propiedad. Al admitir que la única garantía para no ser despojado de los frutos de su trabajo es poseer el instrumento para trabajar —lo cual es cierto—, solo demuestran que el hombre produce realmente cuando trabaja con toda libertad, cuando sus ocupaciones son en cierto modo electivas, cuando no tiene un vigilante que le moleste y, por último, cuando ve que su trabajo le aporta provechos lo mismo que a otros que hacen lo mismo que él, y no a un holgazán cualquiera. Eso es todo lo que puede deducirse de su argumentación, y es lo que también afirmamos nosotros.

En cuanto a la forma de posesión del instrumento de trabajo, eso no interviene más que indirectamente en su demostración para asegurar al agricultor que nadie le arrebatará el beneficio de sus productos ni de sus mejoras. Y, para apoyar su tesis en favor de la propiedad contra cualquier otra forma de posesión, ¿no deberían demostrarnos los economistas que la tierra no produce nunca tan ricas mieses bajo la forma de posesión comunal

como cuando pertenece a una sola persona? Pues bien, no es así; ocurre todo lo contrario.

Tomemos como ejemplo un municipio del cantón de Vaud, en la época en que todos los hombres del pueblo van en invierno a cortar leña al bosque que pertenece a todos. Precisamente durante esas fiestas del trabajo es cuando se muestra más ardor en la faena y mayor despliegue de fuerza humana. Ninguna labor asalariada, ningún esfuerzo por parte del propietario conseguirían tan grandes resultados.

O tomemos el de una aldea rusa, cuyos habitantes van a segar un prado perteneciente al municipio o arrendado por él, y entonces vemos lo que el hombre puede producir cuando trabaja en común para una obra común. Los compañeros rivalizan entre sí para ver quién traza con la hoz el círculo más ancho; las mujeres se apresuran tras ellos para no distanciarse cada vez más de la hierba segada. Es otra fiesta del trabajo, durante la cual cien personas juntas hacen en pocas horas lo que por separado habría exigido algunos días de trabajo. ¡Qué triste contraste con el del trabajo hecho para un propietario!

Por último, podríamos citar miles de ejemplos entre los pioneros de Estados Unidos, en las aldeas de Suiza, Alemania, Rusia y cierta parte de Francia; los trabajos hechos por las cuadrillas (*artèles*) de albañiles, carpinteros, barqueros, pescadores, etc., que emprenden una tarea para repartirse directamente los productos o incluso la remuneración, sin pasar por la intervención de los subcontratistas. Podríamos, además, mencionar las cacerías conjuntas de las tribus nómadas y un número indefinido de empresas colectivas que han tenido éxito. Y en todas partes resultaría evidente la incontestable superioridad del trabajo comunitario, comparado con el del salariado o el del simple propietario.

El bienestar, es decir, la satisfacción de las necesidades físicas, artísticas y morales, así como la seguridad de obtener esa misma satisfacción, han sido siempre el más poderoso estímulo para el trabajo. Y cuando el mercenario apenas logra producir lo estrictamente necesario, el trabajador libre, que ve aumentar para él y para los demás el bienestar y el lujo en proporción a sus esfuerzos, despliega infinitamente más energía e inteligencia y obtiene productos de primer orden mucho más abundantes. El uno se ve ligado a la miseria, y el otro puede esperar en el futuro tiempo para el ocio y sus placeres.

En esto consiste el secreto. Una sociedad que persiga que todos gocen de bienestar y tengan, asimismo, la oportunidad de disfrutar de la vida en todas sus manifestaciones, aportará un trabajo voluntario infinitamente superior y abundante al de la producción obtenida en esta época actual bajo el aguijón de la esclavitud, la servidumbre y el salariado.

2

Todo aquel que pueda hoy descargar sobre otros el trabajo indispensable para la existencia se apresura a hacerlo, y es cosa sabida que siempre sucederá así.

Pues bien, el trabajo indispensable para la existencia es en esencia manual. Por más artistas y científicos que seamos, ninguno de nosotros puede pasarse sin los productos obtenidos por el trabajo de los brazos: pan, vestido, caminos, barcos, luz, calor, etc. Aún más: por mucho que nuestros placeres sean de un gran nivel artístico, o incluso algo metafísicos, no hay ni uno solo que no se sostenga sobre el trabajo manual. Y precisamente de

esa labor —fundamento de la vida— es de la que todos tratan de desentenderse.

Lo comprendemos perfectamente; así debe ser hoy. Porque realizar un trabajo manual significa en la actualidad encerrarse diez o doce horas diarias en un taller malsano, y permanecer diez, treinta años, toda la vida, atado a la misma faena. Eso supone condenarse a un salario mezquino, estar entregado a la incertidumbre del mañana, al paro forzoso, muy a menudo a la miseria y con más frecuencia aún a la muerte en un hospital, después de haber trabajado cuarenta años para alimentar, vestir, recrear e instruir a otros que no son uno mismo ni sus propios hijos.

Eso significa llevar toda la vida, a los ojos de los demás, el sello de la inferioridad y tener uno mismo conciencia de esa inferioridad. Porque, digan lo que digan los grandes señores, siempre se considera al trabajador manual inferior al trabajador del pensamiento; y el que ha trabajado diez horas en un taller no tiene tiempo, ni tampoco medios, para proporcionarse los grandes placeres de la ciencia y del arte ni puede, sobre todo, recibir una educación para apreciarlos; tiene que contentarse con las migajas que caen de la mesa de los privilegiados.

Entendemos, pues, que en estas condiciones el trabajo manual sea considerado como una maldición del destino.

Entendemos que todos tengan un único sueño: el de alejarse o de alejar a sus hijos de esa situación de inferioridad, conseguir una situación «independiente». Y eso ¿qué significa?, ¡pues vivir también del trabajo de los demás!

Mientras exista trabajadores manuales y trabajadores del pensamiento —manos negras y manos blancas—, siempre será así.

En efecto, ¿qué interés puede tener ese trabajo embrutecedor para el obrero que de antemano conoce su suerte, que desde la cuna al sepulcro

vivirá en la mediocridad, en la pobreza, en la inseguridad del mañana? Por eso, cuando vemos a la inmensa mayoría de los hombres reanudar cada mañana esa triste tarea, nos sorprenden su perseverancia, su adhesión al trabajo, la costumbre que les permite, como a una máquina que obedece a ciegas el impulso dado, llevar esa vida de miseria sin esperanza del mañana, sin entrever con vaga claridad que algún día ellos, o al menos sus hijos, formarán parte de esa humanidad, poseedora por fin de todos los tesoros de la libre naturaleza, con todos los placeres del conocimiento y de la creación científica y artística reservados hoy a algunos privilegiados.

Por ello queremos abolir el salario, por ello pedimos la revolución social, para eliminar la separación entre el trabajo del pensamiento y el trabajo manual. Entonces el trabajo ya no se verá como una maldición del destino; será lo que debe ser, es decir, el libre ejercicio de todas las facultades de hombre.

Ya es tiempo de someter a un análisis serio esa leyenda de trabajo superior que se pretende obtener mediante el látigo del salario.

Basta visitar no la manufactura y la fábrica modelos que se encuentran aquí y allí y que son excepciones, sino los talleres y las fábricas como son de verdad, para concebir el inmenso despilfarro de fuerza humana que caracteriza a la industria actual. Por una fábrica organizada más o menos de forma racional, hay cien o más que derrochan el trabajo del hombre, esa fuerza preciosa, sin otro motivo más serio que el de proporcionar tal vez dos *sous* diarios más al patrono.

En estos lugares vemos a mozos de veinte a veinticinco años, todo el día sentados en un banco, hundido el pecho, moviendo febrilmente la cabeza y el cuerpo para anudar con una velocidad de prestidigitadores dos cabos de hilachos de pésimo algodón, volviendo a los tiempos de la máquina de bordar a mano. ¿Qué generación dejarán en la tierra esos cuerpos

temblorosos y raquíticos? Pero… «¡Ocupan tan poco espacio en la fábrica, y me producen cada uno cincuenta céntimos diarios!», dirá el patrono.

En una inmensa fábrica de Londres veréis a muchachas calvas a los diecisiete años a fuerza de llevar en la cabeza de una sala a otra bandejas de cerillas, cuando la máquina más sencilla podría acarrearlas hasta sus mesas. Pero… ¡cuesta tan poco el trabajo de las mujeres que no tienen oficio alguno! ¿Para qué una máquina? Cuando estas muchachas no puedan más, ¡se las reemplazará tan fácilmente! ¡Hay tantas en la calle!

Ante la puerta de una casa rica, en una noche helada, encontraréis a un niño dormido, descalzo, con su fajo de periódicos entre los brazos. El trabajo infantil cuesta tan poco que se le puede emplear cada tarde para vender por valor de un franco de periódicos, con lo cual el pobre niño ganará dos o tres *sous*. Más allá, vemos a un hombre robusto que se pasea con los brazos colgando; está en un paro forzoso desde hace meses, mientras su hija se marchita entre los vapores recalentados del taller de aprestar tejidos y su hijo llena a mano tarros de betún o aguarda horas enteras en la esquina de la calle a que un transeúnte le haga ganar dos *sous*.

Y así ocurre por todas partes, de San Francisco a Moscú y de Nápoles a Estocolmo. El desperdicio de las fuerzas humanas es el rasgo predominante y distintivo de la industria, además del comercio, donde alcanza proporciones todavía más colosales.

¡Qué triste sátira hay en ese nombre de economía política que le ha dado la ciencia, la del desperdicio de fuerzas bajo el régimen del salariado!

Eso no es todo. Si habláis con el director de una fábrica bien organizada, os explicará candorosamente que es difícil encontrar hoy a un obrero hábil, vigoroso, enérgico, con empuje para el trabajo. «Si se presenta alguno, entre los veinte o treinta que vienen cada lunes a pedir trabajo, seguro que lo contrataremos, aun cuando estuviésemos dispuestos a disminuir el número

de obreros. Se le reconoce a primera vista y se le acepta siempre, aunque tengamos que despedir al día siguiente a un operario viejo o menos activo.» Y ese a quien se acaba de despedir, todos aquellos que serán despedidos mañana, irán a reforzar ese inmenso ejército de reserva del capital —los obreros sin trabajo— al que tan solo recurren en los momentos de apuros, o para vencer la resistencia de los huelguistas. O bien ese desecho de las mejores fábricas, ese trabajador mediano, va a unirse con el también formidable ejército de los obreros viejos o poco hábiles que circula de continuo en las fábricas secundarias, las que apenas cubren gastos y salen del paso con trucos y trampas puestas al comprador y sobre todo al consumidor de los países remotos.

Y si habláis con el trabajador, sabréis que la regla de los talleres es que el obrero no rinda nunca al máximo. ¡Desgraciado de aquel que al entrar en una fábrica inglesa no siga el consejo de sus compañeros!

Porque los trabajadores saben que, si en un momento de generosidad, ceden a las instancias de un patrono y consienten en intensificar el trabajo para concluir encargos apremiantes, ese trabajo acelerado se exigirá en lo sucesivo como norma para establecer la escala de los salarios. Por eso, en nueve fábricas de cada diez, prefieren no producir nunca tanto como podrían. En ciertas industrias se limita la producción con el fin de mantener los precios altos; y a veces corre la orden de *Ca'Canny*, que significa: «¡A mala paga, mal trabajo!».

El trabajo asalariado es una labor de siervos: no se puede, no se debe rendir todo lo que se podría rendir. Ya es hora de acabar con esa leyenda que afirma que el salario es el mejor estimulante para un trabajo productivo. Si la industria produce hoy en día cien veces más que en tiempos de nuestros abuelos, se debe al despertar repentino de las ciencias físicas y

químicas hacia finales del siglo pasado y no a la organización capitalista del trabajo asalariado, sino a pesar de esta organización.

3

Los que han estudiado minuciosamente esta cuestión no niegan ninguna de las ventajas del comunismo, a condición, por supuesto, de que sea totalmente libre, es decir, anarquista. Admiten que el trabajador pagado en dinero, aunque se disfrace con el nombre de «bonos» en las asociaciones obreras gobernadas por el Estado, guardaría el sello del salariado y conservaría todos sus inconvenientes. Saben que todo el sistema no tardaría en sufrir por esa causa, aun cuando la sociedad entrase en posesión de los instrumentos para producir. Afirman que en una sociedad comunista, gracias a la educación integral dada a todos los niños, a los hábitos laboriosos de las sociedades civilizadas, con la libertad de elegir y variar las ocupaciones, y el atractivo del trabajo hecho por iguales para bienestar de todos no faltarían productores, que bien pronto triplicarían y multiplicarían por diez la fecundidad del suelo y darían un nuevo impulso a la industria.

Nuestros opositores aceptan esto último. «Pero el peligro —replican— vendrá de esa minoría de holgazanes que no querrán trabajar a pesar de las excelentes condiciones que harán agradable el trabajo, o que no pondrán en ello regularidad y constancia. Hoy la perspectiva del hambre obliga a los más refractarios a marchar al paso de los otros. Aquel que no llega puntual es inmediatamente despedido. Pero basta con una oveja sarnosa para contagiar al rebaño, y con tres o cuatro obreros negligentes o recalcitrantes para corromper a todos los demás e introducir en el taller un espíritu de desorden y de desobediencia que hacen el trabajo imposible; de modo que,

a fin de cuentas, deberán volver a un sistema de coacciones que obligue a los instigadores a regresar al rebaño. Pues bien, la remuneración según el trabajo hecho, ¿no es el único sistema que permite ejercer esa fuerza sin menoscabar los sentimientos del trabajador? Porque cualquier otro medio implicaría la continua intervención de una autoridad, que bien pronto repugnaría al hombre libre.»

Esta es, creemos nosotros, la objeción en toda su crudeza.

Esta objeción entra en la categoría de los razonamientos con los cuales se trata de justificar el Estado, la ley penal, el juez y el carcelero.

Dicen los autoritarios: «Puesto que hay personas —una escasa minoría— que no se someten a las costumbres sociales, es preciso mantener el Estado, por costoso que sea, y la autoridad, el tribunal y la cárcel, aun cuando estas mismas instituciones sean una fuente de nuevos males de todas clases».

También podríamos limitarnos a responder lo que tantas veces hemos repetido a propósito de la autoridad en general: «Para evitar un mal posible, recurrís a un medio que es un mal mayor y que se convierte en origen de esos mismos abusos que queréis remediar. Porque no olvidéis que el salariado —la imposibilidad de vivir de otro modo si no es vendiendo la propia fuerza de trabajo— es quien ha creado el sistema capitalista actual, cuyos vicios comenzáis a reconocer».

También podríamos señalar que este razonamiento es un simple alegato para defender lo que existe. El salariado actual no se ha instituido para eliminar los inconvenientes del comunismo. Es otro su origen, como el del Estado y el de la propiedad. Nació de la esclavitud y de la servidumbre impuesta por la fuerza, y no es más que una versión modernizada de ellas. Por eso, este argumento no tiene más valor que aquellos con los que se trata de justificar la propiedad y el Estado.

Estudiaremos, sin embargo, esta objeción para comprobar cuánto de verdad hay en ella.

Y para empezar, ¿acaso no es evidente que, si una sociedad fundada en el principio del trabajo libre se viese realmente amenazada por los holgazanes, podría protegerse contra ellos sin tener que recurrir a una organización autoritaria o al salariado?

Supongamos un grupo de cierto número de voluntarios que se unen en una empresa cualquiera, a fin de lograr grandes beneficios, y que para ello rivalicen todos en celo, salvo uno de los socios que se ausenta con frecuencia. ¿Se deberá disolver el grupo debido a ese individuo, nombrar a un presidente que imponga multas o distribuir, como en la academia, fichas de asistencia? Es evidente que no se hará ni lo uno ni lo otro, sino que un día se le dirá al camarada que amenaza con quebrar la empresa: «Amigo, nos gustaría que trabajases con nosotros, pero como a menudo faltas a tu puesto o descuidas tu tarea, debemos separarnos. ¡Vete en busca de otros compañeros que acepten tu holgazanería!».

Este recurso es tan natural que se practica hoy en todas partes, en todas las industrias, en concurrencia con todos los sistemas posibles de multas, deducciones de salario, de vigilancia, etc. El obrero puede llegar a la fábrica puntual pero, si hace mal su trabajo, si entorpece la labor de sus compañeros debido a su negligencia o a otras causas, si entra en conflicto con ellos, está acabado. Le obligarán a dejar el taller.

Se pretende, por lo general, que el patrono omnisciente y sus vigilantes mantengan la regularidad y la calidad del trabajo en la fábrica. En realidad, en una empresa, por sencilla que sea, cuya mercancía pasa por muchas manos antes de estar terminada, es la misma fábrica y el conjunto de los trabajadores quienes velan por las buenas condiciones del trabajo. Por eso, las mejores fábricas inglesas de la industria privada tienen tan pocos

contramaestres, muchos menos, por término medio, que las fábricas francesas, e incomparablemente menos que las fábricas inglesas pertenecientes al Estado.

Lo mismo sucede cuando se pretende mantener cierto nivel moral en la sociedad. Se dice que es debido al gendarme, al juez y al policía, mientras que en realidad se mantiene pese al juez, al policía y al gendarme. Ya se ha dicho antes que para nosotros: «¡Más leyes, más crímenes!».

No solo en los talleres industriales las cosas suceden así; ocurre en todas partes, cada día, en tal magnitud que solo los ratones de biblioteca todavía lo dudan.

Cuando una compañía de ferrocarriles, federada con otras compañías, falta a sus compromisos, retrasa sus trenes y deja detenidas las mercancías en sus estaciones, las otras compañías amenazan con rescindir los contratos, y eso suele bastar.

Se cree generalmente, o al menos así se enseña, que el comercio no es fiel a sus compromisos sino bajo la amenaza de los tribunales; no hay nada de eso. Nueve de cada diez veces, el comerciante que haya faltado a su palabra no comparecerá ante un juez. Donde el comercio es muy activo, como en Londres, el solo hecho de que un deudor haya obligado a alguien a litigar es suficiente para que la mayoría de los comerciantes se abstengan en lo sucesivo de tener negocios con quien les haya forzado a recurrir a un abogado.

Pero ¿por qué entonces lo que hoy en día se hace entre compañeros de taller, comerciantes y compañías ferroviarias no podría llevarse a cabo en una sociedad basada en el trabajo voluntario?

Una asociación, por ejemplo, que estipulase con cada uno de sus miembros el siguiente contrato:

«Estamos dispuestos a garantizarte el disfrute de nuestras casas, de nuestros almacenes, calles, medios de transporte, escuelas, museos, etc., a condición de que de los veinticinco a los cuarenta y cinco o cincuenta años dediques cuatro o cinco horas diarias a uno de los trabajos que se reconocen como necesarios para vivir. Elige tú mismo, cuando quieras, los grupos de los que quieres formar parte o constituye uno nuevo, con tal de que produzca lo necesario. Y, en tu tiempo libre, agrúpate con quien te plazca para disfrutar del ocio, sea en el terreno de las artes, de las ciencias, el que más te guste.

»Mil doscientas o mil quinientas horas de trabajo al año en uno de los grupos que producen el alimento, el vestido y el alojamiento, o empleadas en la salubridad pública, los transportes, etc., es todo lo que te pedimos para garantizarte cuanto produzcan o han producido esos grupos. Pero si ninguno de los miles de grupos de nuestra federación quiere recibirte, cualquiera que sea el motivo, si eres absolutamente incapaz de producir nada útil o te niegas a hacerlo, ¡vive como un aislado o como los enfermos! Si somos lo bastante ricos para no negarte lo necesario, con mucho gusto te lo daremos: eres hombre y tienes derecho a vivir. Pero, puesto que quieres disfrutar de condiciones especiales y salirte de las filas, es muy probable que en tus relaciones cotidianas con los otros ciudadanos te resientas de ello. Te mirarán como a un aparecido de la sociedad burguesa, a menos que tus amigos, si te consideran un genio, se apresuren a librarte de toda obligación moral para con la sociedad, haciendo por ti el trabajo necesario para la vida.

»Y, en fin, si eso no te agrada, vete por el mundo en busca de otras condiciones. O bien, encuentra a partidarios y constituye con ellos otros grupos que se organicen con nuevos principios. Nosotros preferimos los nuestros».

Esto es lo que podría hacerse en una sociedad comunista si los holgazanes se volviesen demasiado numerosos, hasta el punto de necesitar protegernos de ellos.

4

Pero dudamos seriamente que, en una sociedad basada en la libertad total del individuo, debamos temer esta eventualidad.

En efecto, pese a que la posesión de capital fomenta la holgazanería, hay pocos hombres perezosos, a menos que se trate de un enfermo.

Se dice muy a menudo entre los trabajadores que los burgueses son unos holgazanes. En efecto, hay bastantes, pero aún son la excepción. Por el contrario, en cada empresa industrial seguro que encontramos a uno o varios burgueses que trabajan mucho. Es cierto que la mayoría de los burgueses se aprovechan de su situación privilegiada para adjudicarse los trabajos menos penosos, y que trabajan en condiciones higiénicas de alimentación, de aire, etc., que les permiten desempeñar su tarea sin demasiada fatiga. Precisamente, estas son las condiciones que exigimos para todos los trabajadores sin excepción. Es preciso señalar también que, gracias a su posición privilegiada, los ricos hacen a menudo un trabajo del todo inútil o incluso nocivo para la sociedad. Emperadores, ministros, jefes de oficinas, directores de fábricas, comerciantes, banqueros, etc., se obligan a ejecutar durante algunas horas diarias un trabajo que encuentran más o menos aburrido, pues todos prefieren sus horas de ocio a esa tarea obligatoria. Y, si en el 90 por ciento de los casos esa tarea es funesta, no la encuentran por eso menos fatigosa. Pero, precisamente porque los burgueses emplean gran parte de su energía en hacer el mal (a sabiendas o

no) y en defender su posición privilegiada, han vencido la nobleza señorial y continúan dominando la masa del pueblo. Si fuesen haraganes, hace mucho tiempo que ya no existirían y habrían desaparecido como los nobles.

En una sociedad que solo les exigiese cuatro o cinco horas diarias de trabajo útil, agradable e higiénico, desempeñarían perfectamente su tarea y no aguantarían, sin reformarlas, las horribles condiciones en las cuales mantienen hoy el trabajo. Si un Pasteur pasara tan solo cinco horas en las alcantarillas, enseguida encontraría la manera de hacerlas tan saludables como su laboratorio bacteriológico.

En cuanto a la holgazanería de la mayor parte de los trabajadores, los economistas y los filántropos son los únicos que hablan de ello. Comentadle a un industrial inteligente y os dirá que, si los trabajadores se empeñaran en holgazanear, se verían obligados a cerrar todas las fábricas, pues ninguna medida de severidad ni ningún sistema de espionaje podrían impedirlo. Había que ver en el último invierno el terror que provocó entre los industriales ingleses cuando algunos agitadores se pusieron a predicar la teoría del *Ca'Canny,* «a mala paga, mal trabajo; escurramos el bulto, no os partáis el lomo y estropead todo lo que podáis».

«¡Desmoralizan al trabajador, quieren matar la industria!», gritaban los mismos que antes tronaban contra la inmoralidad del obrero y la mala calidad de sus productos. Pero si el trabajador fuese como lo representan los economistas, un holgazán a quien de continuo hay que amenazar con despedirlo del taller, ¿qué significaría la palabra «desmoralización»?

Así, cuando se habla de la posible holgazanería, hay que comprender que se trata de una minoría, de una ínfima minoría en la sociedad. Y antes de legislar contra esa minoría, ¿acaso no es más urgente conocer su origen?

Quien observe con una mirada inteligente sabe muy bien que el niño con fama de perezoso en la escuela es a menudo aquel que comprende mal lo

que le enseñan mal. Mucho más frecuentemente aún, su caso proviene de una anemia cerebral, debidas a la pobreza y a una educación antihigiénica.

Ese muchacho, perezoso para el latín y el griego, trabajará como un negro si se lo inicia en las ciencias, sobre todo mediante el trabajo manual. Esa jovencita con fama de ser nula para las matemáticas será la primera de su clase en esta materia si, por azar, da con alguien que ha sabido entenderla y que le explique aquello que no comprende de la aritmética. Y aquel obrero, que es negligente en la fábrica, trabaja su jardín desde el alba mientras contempla cómo el sol se levanta y caen la tarde y la noche, hasta que toda la naturaleza entra en reposo.

Alguien ha dicho que el polvo es la materia que no está en su sitio. La misma definición se aplica a nueve de cada diez de los llamados perezosos. Son personas extraviadas en una senda que no responde a su temperamento ni a su capacidad. Leyendo las biografías de los grandes hombres, sorprende el número de «perezosos» que hay entre ellos. Perezosos mientras no encontraron su verdadero camino, y laboriosos tenaces más tarde. Darwin, Stephenson y tantos otros pertenecían a ese grupo de perezosos.

Harto a menudo, el perezoso no es más que un hombre a quien le desagrada hacer durante toda su vida la decimoctava parte de un alfiler, o la centésima parte de un reloj, cuando posee una energía exuberante que quisiera gastar en otra cosa. También es con frecuencia un rebelde que se subleva contra la idea de estar toda su existencia clavado a ese banco, trabajando para proporcionar mil satisfacciones al patrono, sabiendo que es mucho menos estúpido que este, y sin otra razón que haber nacido en un cuchitril en vez de haber venido al mundo en un palacio.

En fin, buen número de «holgazanes» no conocen el oficio con el que se ven obligados a ganarse la vida. Al ver la obra imperfecta que sale de sus

manos, tras esforzarse vanamente en hacerla mejor y comprendiendo que nunca lo conseguirán a causa de los malos hábitos de trabajo ya adquiridos, acaban odiando su oficio, e incluso el trabajo en general, por no saber otro. Miles de obreros y de artistas fracasados se hallan en este caso.

Sin embargo, aquel que, desde su juventud, ha aprendido a tocar bien el piano, a manejar bien el cepillo, el cincel, el pincel o la lima, de modo que siente que lo que hace es hermoso, no abandonará jamás el piano, el cincel o la lima. Disfrutará con un trabajo que no lo cansará, siempre y cuando no se halle desbordado por la tarea.

Bajo una sola denominación, «la pereza», se han agrupado toda una serie de resultados debidos a causas diversas, cada una de las cuales podría convertirse en un manantial de bienes en vez de ser un mal para la sociedad. Aquí, como en la criminalidad, como en todas las cuestiones concernientes a las facultades humanas, se han reunido hechos que nada tienen en común entre sí. Se dice «pereza» o «crimen», sin tomarse la molestia de analizar sus causas. Se apresuran a castigarlos, sin preguntarse siquiera si el castigo no contiene una prima a la «pereza» o al «crimen».

He aquí por qué una sociedad libre, al ver aumentar en su seno el número de holgazanes, pensaría sin duda en investigar las causas de esta pereza para tratar de suprimirla antes de recurrir a los castigos. Cuando se trata, como ya hemos dicho, de un simple caso de anemia, «antes de rellenar de ciencia el cerebro del niño, dadle ante todo sangre; fortalecedle para que no pierda el tiempo, llevadle al campo o a orillas del mar. Allí, enseñadle al aire libre, y no en los libros, la geometría midiendo con él las distancias hasta los peñascos más próximos; aprenderá las ciencias naturales cogiendo flores y pescando en el mar, la física fabricando el bote en el que irá de pesca. Pero, por favor, no llenéis su cerebro de frases y de lenguas muertas. ¡No hagáis de él un perezoso!».

Si un niño es desordenado e inconstante, dejemos que los otros niños se lo inculquen. Deben hacerlo entre ellos. Más adelante, el laboratorio y la fábrica, el trabajo en un espacio reducido con muchas herramientas para manejar, les ofrecerán el método. No creemos seres desordenados por culpa de la escuela, que no tiene más orden que el de la simetría de sus bancos, pero que —verdadera imagen del caos en su forma de enseñar— no inspirará jamás a nadie el amor a la armonía, a la constancia y al método en el trabajo.

¿No veis que con vuestros métodos de enseñanza, elaborados por un ministerio para ocho millones de escolares que representan ocho millones de capacidades diferentes, no hacéis más que imponer un sistema perfecto para mediocres, imaginado por un grupo de mediocres? Vuestra escuela se convierte en una universidad de la pereza, al igual que vuestra prisión es una universidad del crimen. Haced libre la escuela, abolid vuestros grados universitarios, llamad a los voluntarios de la enseñanza, comenzad por ahí, en vez de dictar leyes contra la pereza que no harán más que constreñirla.

Dad al obrero que no quiere trabajar fabricando una minúscula parte de un artículo cualquiera, que se ahoga junto a una máquina de taladrar que acaba por aborrecer, dadle la oportunidad de cultivar la tierra, derribar árboles en el bosque, navegar en el mar contra la tormenta, surcar el espacio en una locomotora. Pero no hagáis de él un perezoso, obligándole toda la vida a vigilar una maquinilla de punzonar la cabeza de un tornillo o a agujerear el ojo de una aguja.

Si suprimimos las causas que originan a los perezosos, veremos que apenas quedarán individuos que odien realmente el trabajo, y sobre todo el trabajo voluntario, y no será necesario un arsenal de leyes para controlarlos.

El salariado colectivista

1

En sus planes de reconstrucción de la sociedad, los colectivistas cometen, a nuestro parecer, dos errores. Mientras hablan de abolir el régimen capitalista, quieren mantener dos instituciones que constituyen el fondo de ese régimen: el gobierno representativo y el salariado.

Respecto al gobierno que se dice representativo, bastante hemos hablado. Es para nosotros absolutamente incomprensible que hombres inteligentes —y no faltan en el partido colectivista— continúen siendo partidarios de los parlamentos nacionales o municipales, después de todas las lecciones que la historia nos ha dado sobre ese particular en Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza o Estados Unidos.

Mientras vemos cómo se derrumba en todas partes el régimen parlamentario y surge la crítica de los principios mismos del sistema —no solo de sus aplicaciones—, ¿por qué los socialistas revolucionarios defienden ese sistema, condenado a morir?

Elaborado por la burguesía para hacer frente a la realeza y consagrar y acrecentar al mismo tiempo su dominio sobre los trabajadores, el sistema parlamentario es la forma por excelencia del régimen burgués. Los corifeos de ese sistema nunca han sostenido en serio que un parlamento o un ayuntamiento represente a la nación o a la ciudad: los más inteligentes de ellos saben que es imposible. Con el régimen parlamentario, la burguesía ha

tratado simplemente de oponer un dique a la realeza, sin dar libertad al pueblo. Pero, a medida que el pueblo se hace más consciente de sus intereses y se multiplica la variedad de los intereses, el sistema ya no puede funcionar. Por eso los demócratas de todos los países imaginan en vano diversos paliativos. Lo intentan con el referéndum y se dan cuenta de que no sirve para nada; se habla de representación proporcional, de representación de las minorías, otras utopías parlamentarias. Se esfuerzan, en una palabra, en buscar lo inhallable, pero se han visto obligados a reconocer que se equivocaron de camino, y entonces desaparece la confianza en un gobierno representativo.

Lo mismo sucede con el salariado, porque, después de haber proclamado la abolición de la propiedad privada y la posesión en común de los instrumentos de trabajo, ¿cómo puede reclamarse bajo una u otra forma que permanezca el salariado? Y, sin embargo, eso es lo que hacen los colectivistas al preconizar los bonos de trabajo.

Entendemos por qué los socialistas ingleses de comienzos de este siglo inventaron los bonos de trabajo. Trataban solo de llegar a un acuerdo entre el capital y el trabajo, rechazando toda idea de apoderarse con violencia de las propiedades de los capitalistas.

También se comprende que más tarde Proudhon hiciese suyo ese procedimiento. En su sistema mutualista, trataba de que el capital resultase menos ofensivo, a pesar del mantenimiento de la propiedad individual, que aborrecía profundamente, pero que consideraba necesaria como garantía del individuo contra el Estado.

Tampoco sorprende que economistas más o menos burgueses también admitan los bonos de trabajo. Poco les importa que al trabajador se le pague en bonos de trabajo o en monedas con la efigie de la república o del imperio. Lo que se empeñan en salvar de la próxima catástrofe es la

propiedad individual de las viviendas habitadas, del suelo y de las fábricas; en todo caso, de las viviendas habitadas y del capital necesario para la producción manufacturera. Y, para conservar esa propiedad, los bonos de trabajo desempeñarían muy bien su papel.

Con tal de que el bono de trabajo pueda cambiarse por joyas y carruajes, el propietario de viviendas lo aceptará con gusto en pago del alquiler. Y mientras la casa habitada, el campo y la fábrica pertenezcan a propietarios individuales, de cualquier modo habrá que pagarles por trabajar en sus campos o en sus fábricas y habitar en sus casas. También será preciso pagar al trabajador en oro, papel-moneda o bonos cambiables por toda clase de artículos de comercio.

Pero ¿cómo puede defenderse esta nueva forma del salariado —el bono de trabajo— si se admite que la vivienda, el campo y la fábrica ya no son propiedad privada, sino que pertenecen al municipio o a la nación?

2

Examinemos más de cerca este sistema de retribuir el trabajo, ensalzado por los colectivistas franceses, alemanes, ingleses e italianos.

Se reduce poco más o menos a esto: todo el mundo trabaja en los campos, fábricas, escuelas, hospitales, etc.; la jornada de trabajo es regulada por el Estado, a quien pertenecen la tierra, las fábricas, las vías de comunicación, etc. Cada jornada de trabajo se cambia por un bono de trabajo que, supongamos, lleve impresas estas palabras: «Ocho horas de trabajo». Con este bono el obrero puede adquirir en los almacenes del Estado o de las diversas corporaciones toda clase de mercancías. El bono es divisible, de suerte que se puede comprar una hora de carne, diez minutos

de cerillas o media hora de tabaco. En lugar de decir: cuatro *sous* de jabón, después de la revolución colectivista se diría: cinco minutos de jabón.

La mayor parte de los colectivistas, fieles a la distinción establecida por los economistas burgueses (y por Marx) entre el trabajo calificado y el trabajo simple, nos dicen además que el trabajo calificado o profesional deberá pagarse cierto número de veces más que el trabajo simple. Así, una hora de trabajo de médico será equivalente a dos o tres horas de trabajo de la enfermera, o a tres horas del cavador. «El trabajo profesional o calificado será un múltiplo del trabajo simple», nos dice el colectivista Gronlund, porque ese trabajo requiere un aprendizaje más o menos largo.

Otros colectivistas, como los marxistas franceses, no hacen esa distinción. Proclaman la «igualdad de los salarios». El médico, el maestro de escuela y el profesor serán pagados (en bonos de trabajo) con la misma tarifa que el cavador. Ocho horas pasando visita en un hospital valdrán lo mismo que ocho horas pasadas en trabajos de cavar, o en la mina o en la fábrica.

Algunos hacen una concesión más: admiten que el trabajo desagradable o malsano —como el de las alcantarillas— podrá pagarse con arreglo a una tasa más alta que el trabajo agradable. Una hora de servicio en la alcantarilla, dicen, se contará como dos horas de trabajo de un profesor.

Añadamos que ciertos colectivistas admiten el pago en conjunto, por corporaciones. Así, una corporación diría: «Aquí hay cien toneladas de acero. Para producirlas hemos sido cien trabajadores, y hemos empleado diez días. Habiendo sido nuestra jornada de ocho horas, suman ocho mil horas de trabajo para cien toneladas de acero, o sea, ocho horas la tonelada». Después de lo cual el Estado les pagaría ocho mil bonos de trabajo de una hora cada uno, y esos ocho mil bonos se repartirían entre los miembros de la fábrica como les pareciese.

Por otra parte, si cien mineros emplean veinte días para extraer ocho mil toneladas de carbón, este valdría dos horas la tonelada; y los dieciséis mil bonos de una hora cada uno, recibidos por la corporación de los mineros, se distribuirían entre ellos según sus apreciaciones.

Si los mineros protestasen y dijesen que la tonelada de acero no debe costar más que seis horas de trabajo en lugar de ocho, si un profesor quisiera que le pagasen su jornada dos veces más que la de una enfermera, entonces intervendría el Estado y arreglaría sus diferencias.

Tal es, en pocas palabras, la organización que los colectivistas pretenden que se imponga con la revolución social. Como se ve, sus principios son: propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo y remuneración de cada uno según el tiempo invertido en producir, teniendo en cuenta la productividad de su trabajo. En cuanto al régimen político, sería el parlamentarismo, modificado por el mandato imperativo y el referéndum, es decir, el plebiscito por «sí» o por «no».

Digamos, en primer término, que este sistema nos parece totalmente impracticable.

Los colectivistas comienzan por proclamar un principio revolucionario —la abolición de la propiedad privada— y lo niegan tan pronto lo han proclamado, manteniendo una organización de la producción y del consumo que ha nacido de la propiedad privada.

Proclaman un principio revolucionario, a la vez que ignoran las consecuencias que inevitablemente traerá consigo. Olvidan que el hecho mismo de abolir la propiedad individual de los instrumentos de trabajo (suelo, fábricas, vías de comunicación, capitales) tiene que lanzar a la sociedad por vías absolutamente nuevas; que debe cambiar de arriba abajo la producción, lo mismo en su objeto que en sus medios; que todas las relaciones cotidianas entre individuos deben modificarse desde el momento

en que se consideren como posesión común la tierra, la maquinaria y todo lo demás.

«No hay propiedad privada», dicen, y enseguida se apresuran a mantener la propiedad privada en sus manifestaciones cotidianas. «Seréis una Comuna en cuanto a la producción; los campos, las herramientas, las máquinas, todo lo que se ha hecho hasta hoy, manufacturas, ferrocarriles, puertos, minas, etc., todo es vuestro. No se hará la menor distinción acerca de la parte que toca a cada uno en esa propiedad colectiva.

»Pero, a partir del día siguiente, os disputaréis con toda minuciosidad la parte que vais a tomar en la creación de nuevas máquinas, en la constitución de nuevas minas. Trataréis de pesar con exactitud la parte que corresponda a cada uno en la nueva producción. Contaréis vuestros minutos de trabajo y controlaréis para que un minuto de vuestro vecino no pueda comprar más productos que un minuto vuestro.

»Y puesto que la hora no mide nada, puesto que en tal manufactura un trabajador puede vigilar seis telares a la vez, mientras que en tal otra fábrica no vigila más que dos, pesaréis la fuerza muscular, la energía cerebral y la energía nerviosa que hayáis gastado. Calcularéis de forma estricta los años de aprendizaje para valorar la parte de cada uno en la producción futura. Todo ello después de haber declarado que no tendréis de ningún modo en cuenta la participación que pueda haber tenido en la producción pasada.»

Pues bien, para nosotros es evidente que una sociedad no puede organizarse con arreglo a dos principios totalmente opuestos, que se contradicen de continuo. Y la nación o el municipio en la que se diese esa organización se verían obligados a volver a la propiedad privada, o a convertirse de inmediato en una sociedad comunista.

3

Hemos dicho que ciertos escritores colectivistas piden que se establezca una distinción entre el trabajo calificado o profesional y el trabajo simple. Pretenden que la hora de trabajo del ingeniero, del arquitecto o del médico debe contarse por dos o tres horas de trabajo del herrero, del albañil o de la enfermera. Y afirman que debe hacerse la misma distinción entre todo tipo de oficios que exijan un aprendizaje más o menos largo y el de los simples jornaleros.

Pues bien, establecer esa distinción es mantener todas las desigualdades de la sociedad actual, es trazar de antemano una línea divisoria entre los trabajadores y los que pretenden gobernarlos, es segmentar la sociedad en dos clases muy distintas: la aristocracia del saber por encima de la plebe de manos callosas, la una al servicio de la otra; la una trabajando con sus brazos para alimentar y vestir a los que aprovechan el ocio para aprender a dominar a quienes los alimentan.

Esto es además retomar uno de los rasgos distintivos de la sociedad actual y darle la sanción de la revolución social, es erigir en principio un abuso que se condena hoy en la vieja sociedad que se derrumba.

Conocemos de antemano todas las réplicas que se nos harán. Nos hablarán de «socialismo científico». Nos citarán a los economistas burgueses —y a Marx también— para demostrar que la escala de los salarios tiene su razón de ser, puesto que «la fuerza de trabajo» del ingeniero ha costado más a la sociedad que «la fuerza de trabajo» del cavador. En efecto, ¿no han tratado los economistas de evidenciar que si al ingeniero se le paga veinte veces más que al cavador es porque los gastos «necesarios» para formar a un ingeniero son más cuantiosos que los que se necesitan para formar a un cavador? ¿Y no ha pretendido Marx que la

misma distinción es igualmente lógica entre diversas ramas del trabajo manual? Tenía que concluir así, puesto que había aceptado la doctrina de Ricardo acerca del valor y sostenido que los productos se cambian en proporción a la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

Pero también sabemos a qué atenernos acerca de este asunto. Sabemos que si el ingeniero, el científico y el médico son pagados hoy diez o cien veces más que el trabajador y que si el tejedor gana tres veces más que el agricultor y diez veces más que la obrera de una fábrica de cerillas no es por sus «gastos de producción», sino por un monopolio de educación o por el monopolio de la industria. El ingeniero, el científico y el médico solo explotan un capital —su diploma— como el burgués explota una fábrica, o como el noble explotaba sus títulos de nobleza.

En cuanto al patrono que paga al ingeniero veinte veces más que al trabajador, lo hace en virtud de ese sencillísimo cálculo: si el ingeniero puede economizarle cien mil francos al año en la producción, le paga veinte mil francos. Y si ve a un contramaestre —hábil en hacer sudar a los obreros — que le economice diez mil francos en la mano de obra, se apresura a darle dos o tres mil francos anuales. Afloja mil francos más donde cuenta ganar diez; esta es la esencia del régimen capitalista. Lo mismo sucede con las diferencias entre los diversos oficios manuales.

Que no se nos venga hablando pues de los «gastos de producción que cuesta la fuerza de trabajo» y diciéndonos que un estudiante que ha pasado alegremente su juventud en la universidad tiene derecho a un salario diez veces más alto que el hijo del minero que se ha consumido en la mina desde los once años, o que un tejedor tiene derecho a un salario tres o cuatro veces más alto que el de un agricultor. Los gastos necesarios para formar a un tejedor no son cuatro veces más elevados que los gastos necesarios para

formar a un labriego. El tejedor se beneficia sencillamente de las ventajas en que se halla la industria en Europa, con relación a los países que aún no tienen industria.

Nadie ha calculado nunca esos gastos de producción. Y si un holgazán cuesta mucho más a la sociedad que un trabajador, falta saber si, teniéndolo en cuenta —mortalidad de los niños obreros, la anemia que los consume y muertes prematuras—, un robusto jornalero no cuesta más a la sociedad que un artesano.

¿Querrán hacernos creer, por ejemplo, que el salario de treinta *sous* que se paga a la obrera parisiense, los seis *sous* de la campesina de Auvernia que se queda ciega haciendo encajes o los cuarenta *sous* diarios del campesino representan sus «gastos de producción»? Sabemos que a menudo se trabaja por menos que eso, pero también sabemos que se hace solo porque, gracias a nuestra magnífica organización, hay que morirse de hambre sin esos salarios irrisorios.

Para nosotros la escala de salarios es un producto muy complejo de los impuestos, de la tutela gubernativa, del acaparamiento capitalista, del monopolio; en una palabra, del Estado y del capital. También decimos que todas las teorías sobre la escala de los salarios han sido inventadas después para justificar las injusticias actualmente existentes, y que no debemos tener en cuenta.

Asimismo, nos dirán que la escala colectivista de los salarios supondría, sin embargo, un progreso. «Siempre será mejor ver a ciertos obreros cobrar una suma dos o tres veces mayor que las del resto de la gente que ver a los ministros embolsarse en un día lo que el trabajador no logra ganar en un año. Esto significaría, sin duda, un paso hacia la igualdad.»

Para nosotros, sería un paso hacia atrás en cuanto al progreso. Introducir en una nueva sociedad la distinción entre el trabajo simple y el trabajo

profesional, como ya hemos dicho, significaría establecer sanciones por parte de la revolución y convertir en principio un hecho brutal que sufrimos hoy y que consideramos injusto. Sería emular a aquellos señores que el 4 de agosto de 1789 proclamaban con frases efectistas la abolición de los derechos feudales, pero que el 8 de agosto sancionaban esos mismos derechos imponiendo a los labradores foros para abonárselos a los señores, a quienes ponían bajo la salvaguardia de la revolución. Supondría también emular al gobierno ruso al proclamar, cuando la emancipación de los siervos, que la tierra pertenecería en lo sucesivo a los señores, mientras que antes era un abuso disponer de tierras pertenecientes a los siervos.

O bien, para tomar un ejemplo más conocido, cuando la Comuna de 1871 decidió pagar a los miembros de su consejo quince francos diarios mientras los federados en las murallas no cobraban más que treinta *sous*, esta decisión fue aclamada como un acto de alta democracia igualitaria. En realidad, la Comuna no hacía más que ratificar la antigua desigualdad entre el funcionario y el soldado, el gobierno y el gobernado. Por parte de una Cámara oportunista, semejante decisión habría podido parecer admirable, pero la Comuna faltaba así a su principio revolucionario y por eso mismo lo condenaba.

En la sociedad actual, cuando vemos a un ministro pagarse cien mil francos al año mientras que el trabajador tiene que contentarse con mil o menos; cuando vemos que al contramaestre se le paga dos o tres veces más que al obrero y que entre los mismos obreros hay todas las gradaciones, desde diez francos diarios hasta los seis *sous* de la campesina; desaprobamos el alto salario del ministro, pero también la diferencia entre los diez francos del obrero y los seis *sous* de la pobre mujer, y decimos: «¡Abajo los privilegios de la educación, lo mismo que los del nacimiento!». Somos anarquistas precisamente porque esos privilegios nos sublevan.

Si hoy en día nos indignan en esta sociedad autoritaria, ¿acaso podríamos aceptarlos en una sociedad que se iniciaría proclamando la Igualdad?

He aquí por qué ciertos colectivistas, al comprender la imposibilidad de mantener la escala de los salarios en una sociedad inspirada por el soplo de la revolución, se apresuran a proclamar que los salarios serán iguales. Pero se estrellan contra nuevas dificultades, y su igualdad de los salarios se convierte en una utopía tan irrealizable como la escala de los otros colectivistas.

Una sociedad que se haya apoderado de toda la riqueza social y proclamado que todos tienen derecho a ella —independientemente del papel que cada uno haya desempeñado en esta nueva sociedad— se verá obligada a abandonar toda idea de salariado, sea en moneda, sea en bonos de trabajo o bajo cualquier forma que se presente.

4

«A cada uno según sus obras», dicen los colectivistas; o, en otros términos, según su parte de servicios prestados a la sociedad. ¡Y se recomienda llevar a la práctica este principio cuando la revolución haya puesto en común los instrumentos de trabajo y todo lo necesario para la producción!

Pues bien, si la revolución social tuviese la desgracia de proclamar este principio, imposibilitaría el desarrollo de la humanidad; supondría abandonar, sin resolverlo, el inmenso problema social que nos han legado los siglos anteriores.

En efecto, en una sociedad como la nuestra, donde vemos que cuanto más trabaja el hombre menos se le retribuye, este principio puede parecer de pronto una necesidad de justicia. Pero, en el fondo, no es más que la

consagración de las injusticias del pasado. Por ese mismo principio comenzó el salariado, para eliminar las odiosas desigualdades y abominaciones de la sociedad actual, porque, desde el día en que comenzaron a valorarse, en moneda o en cualquier otra especie de salario, los servicios prestados, desde el día en que se decidió que cada uno tendría tan solo aquello que consiguiera hacerse pagar por sus obras, toda la historia de la sociedad capitalista (con ayuda del Estado) estaba escrita de antemano. Residía, en estado de germen, en ese principio.

¿Debemos regresar al punto de partida y evolucionar de la misma manera? Nuestros teóricos así lo quieren, pero afortunadamente esto es imposible. La revolución, ya lo hemos dicho, será comunista; si no, ahogada en sangre, deberá volverse a hacer.

Los servicios prestados a la sociedad, sean trabajos en los campos o en las fábricas, sean servicios morales, no pueden valorase en unidades monetarias, no puede haber medida exacta del valor de lo que se ha llamado de forma impropia «valor de cambio», ni del valor de la utilidad con respecto a la producción. Si cogemos a dos individuos que trabajan durante años cinco horas diarias en beneficio de la comunidad y en diferentes tareas que a ambos les gusten, podemos decir, en resumen, que sus trabajos son casi equivalentes. Pero no puede fraccionarse su trabajo y decir que el producto de cada jornada, hora o minuto de trabajo del uno vale por el producto de cada minuto y hora del otro.

Se puede decir *grosso modo* que el hombre que a lo largo de toda su vida se ha privado de ocio diez horas diarias ha dado a la sociedad mucho más que aquel que solo se ha privado de ocio cinco horas diarias, o que no se ha privado nunca. Pero no se puede tomar lo que ha hecho durante dos horas y decir que ese producto vale dos veces más que el producto de una hora de trabajo de otro individuo y remunerarlo en proporción. Esto sería

desconocer todo lo que hay de complejo en la industria, en la agricultura, en la vida entera de la sociedad actual; sería ignorar hasta qué punto cualquier trabajo individual es el resultado de trabajos anteriores y presentes de toda la sociedad. Sería creer que vivimos en la edad de piedra, cuando realmente pertenecemos a la edad del acero.

Entrad en una mina de carbón y ved a aquel hombre apostado junto a la inmensa máquina que hace subir y bajar la jaula. Está sujetando la palanca que detiene e invierte la marcha de la máquina; la baja, y la jaula retrocede en su camino en un abrir y cerrar de ojos, lanzándola hacia arriba o hacia abajo con una velocidad vertiginosa. Concentrado en su tarea, observa en la pared un indicador que le muestra en una pequeña escala en qué lugar del pozo se encuentra la jaula a cada instante de su marcha y, en cuanto el indicador llega a cierto nivel, detiene de pronto el impulso de la jaula, ni un metro más arriba o más abajo de la línea requerida. Y apenas han descargado los recipientes llenos de carbón y colocado los vacíos, invierte la palanca y envía de nuevo la jaula al espacio.

Durante ocho o diez horas seguidas sostiene esa prodigiosa concentración. Si se distrae un momento, la jaula se estrellará y se romperán las ruedas, se destrozará el cable, aplastará a los hombres y se suspenderá todo el trabajo de la mina. Si pierde tres segundos por cada golpe de palanca, la extracción —en las minas perfeccionadas modernas— se reducirá entre veinte y cincuenta toneladas diarias.

¿Es él quien presta el mayor servicio en la mina? ¿Es acaso el muchacho que le da desde abajo la señal de que suba el ascensor? ¿Es el minero que a cada instante arriesga la vida en el fondo del pozo y que un día morirá a causa del grisú? ¿O el ingeniero que, por un simple error en sus cálculos, perdiese la veta de carbón y ordenase arrancar la piedra en el lugar equivocado? ¿O el propietario que ha invertido todo su patrimonio y que tal

vez ha dicho, contra todas las previsiones: «Cavad aquí, encontraréis un carbón excelente»?

Todos los trabajadores implicados en la mina contribuyen, en la medida de sus fuerzas, de su energía, de su conocimiento, de su inteligencia y de su habilidad, a extraer el carbón. Y podemos decir que todos tienen derecho a vivir, a satisfacer sus necesidades y hasta sus caprichos una vez que lo necesario esté asegurado para todos. Pero ¿cómo podemos valorar su participación?

Y además, ¿el carbón que extraen es obra suya? ¿No es también obra de esos hombres que han construido el ferrocarril que conduce a la mina y los caminos que irradian de todas sus estaciones? ¿No es también obra de los que han labrado y sembrado los campos, extraído el hierro, cortado la madera en el bosque, fabricado las máquinas donde se quemará el carbón, y así sucesivamente?

No puede hacerse ninguna distinción entre las obras de cada uno. Medirlas por el resultado nos lleva al absurdo. Fraccionarlas y medirlas por las horas de trabajo nos conduce también al absurdo. Solo nos queda una opción: anteponer las necesidades frente a las obras y reconocer en primer término el derecho a la vida, y después al bienestar, para todos aquellos que participen en la producción.

Pero tomad cualquier otra rama de la actividad humana, tomad el conjunto de las manifestaciones de la existencia. ¿Quién de nosotros puede reclamar una retribución más cuantiosa por sus obras? ¿El médico que ha diagnosticado correctamente la enfermedad, o la enfermera que asegura la curación del paciente con sus cuidados?

¿Es el inventor de la primera máquina de vapor o el muchacho que, cansado un día de tirar de la cuerda que entonces se usaba para que el vapor entrase bajo el pistón, ató esa cuerda a la palanca de la máquina y se fue a

jugar con sus camaradas, sin imaginarse que había inventado el mecanismo esencial de toda máquina moderna, la válvula automática?

¿Es el inventor de la locomotora o aquel obrero de Newcastle que sugirió la idea de reemplazar por traviesas de madera las piedras que antaño se ponían debajo de los rieles y que hacían descarrilar los trenes por falta de elasticidad? ¿Es el maquinista de la locomotora? ¿El hombre que con sus señales detiene los trenes? ¿El guardagujas que les da paso a las vías?

¿A quién debemos el cable trasatlántico? ¿Será al ingeniero que se obstinaba en afirmar que el cable transmitía los despachos mientras que los expertos en electricidad declaraban que aquello era imposible? ¿Al oceanógrafo Maury, quien aconsejó abandonar los cables gruesos por otros tan finos como una caña? ¿O a esos voluntarios, venidos de no se sabe dónde, que pasaban noche y día sobre cubierta examinando al detalle cada metro de cable para quitar los clavos que los accionistas de las compañías marítimas hacían clavar neciamente en la capa aislante, a fin de dejarlo fuera de servicio?

Y en un terreno aún más amplio, el de la vida humana con sus alegrías, sus dolores y sus desgracias, ¿quién de nosotros no ha sido objeto alguna vez de un gran favor por parte de alguien, que se indignaría si se le pidiese que evaluara monetariamente ese favor? Este favor podría ser una palabra, tan solo una palabra dicha en el momento adecuado, o bien consistió en meses o años de entrega por parte del otro. ¿Acaso deberíamos evaluar también estos servicios de valor «incalculable» en «bonos de trabajo»?

«¡A cada uno según sus obras!» Pero las sociedades humanas no vivirían más de dos generaciones, desaparecerían dentro de cincuenta años si cada cual no diese infinitamente más de lo que se le retribuye en moneda, en «bonos» o en recompensas cívicas. Sería la extinción de la raza si la madre no gastase su vida por conservar la de sus hijos, si el hombre no diese algo

sin interés, si no diese sobre todo aquello por lo que no espera recompensa alguna.

Y si la sociedad burguesa empieza a derrumbarse, si estamos hoy en un callejón sin salida del cual no podemos salir sin acometer a fuego y hierro las instituciones del pasado, es precisamente por un exceso de cálculos, porque hemos aceptado que se da para luego recibir a cambio; es porque hemos querido hacer de la sociedad una empresa comercial basada en el debe y el haber.

Los colectivistas lo saben. Comprenden de forma vaga que no podría existir ninguna sociedad si llevase al extremo el principio de «a cada uno según sus obras». Comprenden que las necesidades —no hablamos de los caprichos— del individuo no siempre corresponden a sus obras.

Así dice De Paepe: «Este principio —eminentemente individualista— se atemperaría por la intervención social para la educación de los niños y jóvenes (incluyendo en ella la manutención) y por la organización social de la asistencia a los incapacitados y enfermos, de la jubilación para los trabajadores ya mayores, etc.».

Entienden que un hombre de cuarenta años y con tres hijos tiene otras necesidades que un joven de veinte. Entienden que la mujer que amamanta a sus criaturas y pasa las noches en blanco a su cabecera no puede hacer tantas obras como el hombre que ha dormido tranquilamente. Parecen comprender que el hombre y la mujer, consumidos acaso a fuerza de haber trabajado para la sociedad, pueden sentirse incapaces de realizar tantas obras como aquellos que han pasado sus horas agradablemente y embolsado sus «bonos» en su condición privilegiada de estadísticos del Estado.

Y se apresuran a atemperar su principio, diciendo: «¡Sí, la sociedad criará y educará a sus hijos! ¡Sí, asistirá a los viejos e incapacitados! ¡Sí, las

necesidades serán la medida de los costos que la sociedad se impondrá para atemperar el principio de las obras!».

¡En definitiva, la caridad! La caridad, siempre la caridad cristiana, organizada esta vez por el Estado.

¡Mejorad la casa de los niños abandonados, asegurad las prestaciones para la vejez y la enfermedad, y el principio será atemperado! «Herir para luego curar.» ¡Siempre atrapados en la misma situación!

De modo que, después de haber negado el comunismo y haberse burlado ampliamente de la fórmula «A cada uno según sus necesidades», esos brillantes economistas se percatan de que se les ha olvidado algo: las necesidades de los productores. Y se apresuran a reconocerlas. Pero es el Estado el único a quien corresponde apreciarlas, a quien corresponde comprobar si las necesidades son desproporcionadas con las obras.

El Estado repartirá limosnas. De ahí a la ley de pobres y al *workhouse* inglés no hay más que un paso.

No hay más que un solo paso, porque hasta esa sociedad desnaturalizada contra la cual nos sublevamos se ha visto obligada a atemperar su principio de individualismo, ha tenido que hacer concesiones en sentido comunista y bajo la misma forma de caridad.

También ella distribuye comidas de un *sou* para evitar el saqueo de sus tiendas. También construye hospitales —a menudo muy malos, pero a veces espléndidos— para evitar los estragos de las enfermedades contagiosas. También, después de no haber pagado más que las horas de trabajo, recoge a los hijos de aquellos a quienes ha reducido a la última de las miserias. También tiene en cuenta las necesidades, siempre por la caridad.

Ya hemos dicho que la miseria fue la causa primera de las riquezas, la que creó al primer capitalista porque, antes de acumular la «plusvalía» de la que tanto gusta hablar, era necesario que hubiese miserables que

consintieran en vender su fuerza de trabajo para no morirse de hambre. La miseria es la que ha hecho a los ricos. Y si los progresos fueron rápidos durante la Edad Media, es porque las invasiones y las guerras, que siguieron a la creación de los Estados y al enriquecimiento por la explotación en Oriente, rompieron los lazos que en otros tiempos unían a las comunidades agrícolas y urbanas y las condujeron a proclamar, en vez de la solidaridad que antes practicaban, ese principio del salariado tan grato a los explotadores.

¿Y sería este el principio que surja de la revolución, al que nos atreveríamos a llamar «revolución social», ese término tan estimado por los hambrientos, por aquellos que sufren, por los oprimidos?

No sucederá así, porque el día en que las viejas instituciones se desplomen bajo el hacha de los proletarios se oirán voces que griten: «¡Pan, casa y bienestar para todos!».

Y esas voces serán escuchadas. El pueblo dirá: «Comencemos por satisfacer la sed de vida, de alegría, de libertad que nunca hemos saciado. Y cuando todos hayamos probado esa dicha, nos pondremos manos a la obra: demolición de los últimos vestigios del régimen burgués, de su moral sacada de los libros de contabilidad, de su filosofía del “debe y haber”, de sus instituciones de lo tuyo y de lo mío. “Demoliendo edificaremos, como decía Proudhon, edificaremos en nombre del comunismo y de la anarquía”».

Consumo y producción

1

Considerando la sociedad y su organización política desde un punto de vista muy diferente al de las escuelas autoritarias, puesto que partimos del individuo libre para llegar a una sociedad libre, en vez de comenzar por el Estado para descender hasta el individuo, seguiremos el mismo método respecto a las cuestiones económicas. Antes de abordar la producción, el cambio, el impuesto, el gobierno, etc., estudiaremos las necesidades del individuo y los medios a los que recurre para satisfacerlas.

A primera vista, la diferencia puede parecer mínima. Pero en los hechos trastoca todas las nociones de la economía política oficial.

Abrid cualquier obra de un economista. Comenzad por la PRODUCCIÓN, el análisis de los medios empleados hoy para crear la riqueza, la división del trabajo, la manufactura, la función de la máquina, la acumulación del capital. Desde Adam Smith hasta Marx, todos han procedido de esta manera. No será hasta la segunda o tercera parte de su obra cuando trate del CONSUMO, es decir, de la satisfacción de las necesidades del individuo y, aun entonces, se limitará a explicar cómo se repartirán las riquezas entre los que se disputan su posesión.

Tal vez se diga que esto es lógico, que antes de satisfacer las necesidades es preciso crear lo que pueda satisfacerlas, que es necesario producir para consumir. Pero, antes de producir sea lo que fuere, ¿acaso no es

indispensable conocer su necesidad? ¿No es la necesidad lo que desde el principio impulsó al hombre a cazar, a criar ganado, a cultivar el suelo, a fabricar utensilios y, más tarde, a inventar y crear máquinas? ¿No es también el estudio de las necesidades lo que debería regir la producción? Resultaría lógico, por lo tanto, comenzar por ahí para comprobar después cómo hacer para atender esas necesidades mediante la producción.

Eso es precisamente lo que nosotros hacemos.

Pero, en cuanto la consideramos desde este punto de vista, la economía política cambia totalmente de aspecto. Deja de ser una simple descripción de hechos y se convierte en ciencia, al igual que lo es la fisiología. Se la puede definir como «el estudio de las necesidades de la humanidad y de los medios de satisfacerlas con la menor pérdida posible de fuerzas humanas». Su verdadero nombre sería «fisiología de la sociedad». Constituye una ciencia paralela a la fisiología de las plantas o de los animales, la cual es también el estudio de las necesidades de la planta o del animal, y de los medios más ventajosos de satisfacerlas. En las ciencias sociológicas, la economía de las sociedades humanas tomaría el puesto ocupado en la serie de las ciencias biológicas por la fisiología de los seres organizados.

Nosotros decimos: «He aquí seres humanos reunidos en sociedad. Todos sienten la necesidad de habitar en casas saludables; ya no les satisface la choza de un salvaje, sino que exigen un techo sólido y más o menos cómodo. Se trata de saber si, dada la productividad del trabajo humano, cada uno podrá tener su vivienda, y qué les impide tenerla».

Y enseguida vemos que cada familia en Europa podría perfectamente tener una casa con comodidades, como las que se edifican en Inglaterra o en Bélgica o en la ciudad de Pulman, o bien un piso. Cierto número de jornadas de trabajo bastarían para proporcionar a una familia de siete u

ocho personas una bonita y pequeña casa, ventilada, bien amueblada e iluminada con gas.

Pero el 90 por ciento de los europeos nunca han tenido una casa saludable, porque desde siempre el hombre del pueblo se ha visto obligado a trabajar cada día, casi de continuo, para satisfacer las necesidades de los gobernantes, y jamás ha disfrutado de tiempo y de dinero suficientes para edificar o hacer que le construyan la casa de sus sueños. Y no tendrá casa y vivirá en un cuchitril mientras no cambien las condiciones actuales.

Es evidente que procedemos al contrario de los economistas, que eternizan las pretendidas leyes de la producción y que, tras evaluar el número de casas que se construyen cada año, demuestran mediante estadísticas que, puesto que las casas nuevas no bastan para satisfacer toda la demanda, el 90 por ciento de los europeos debe vivir en cuchitriles.

Pasemos al alimento. Después de haber enumerado los beneficios de la división del trabajo, los economistas pretenden que esa división exige que unos se dediquen a la agricultura y otros a la industria manufacturera. Partiendo de lo que los agricultores producen, las manufactureras fabrican, de cómo se realizan los intercambios comerciales, estos economistas analizan la venta, el beneficio, el producto neto o plusvalía, el salario, el impuesto, la banca, y así sucesivamente.

Pero después de seguido su razonamiento hasta este punto, no estamos más adelantados. Y si les preguntamos: «¿Cómo es posible que a tantos millones de seres humanos les falte el pan, cuando cada familia podría producir trigo para alimentar a diez, veinte y hasta a cien personas al año?», nos responden con la misma cantinela: división del trabajo, salario, plusvalía, capital, etc., llegando a la conclusión de que la producción es insuficiente para satisfacer todas las necesidades, consecuencia que, aun cuando fuese cierta, no responde de manera alguna a la pregunta: «¿Puede o

no puede el hombre, trabajando, producir el pan que necesita? Y si no puede, ¿qué se lo impide?».

A trescientos cincuenta millones de europeos les hace falta cada año tanto de pan, tanto de carne, vino, leche, huevos y manteca; necesitan tantas casas, tanta ropa; todo ello representa el mínimo de sus necesidades. ¿Pueden producir todo eso? Si pueden, ¿les quedará tiempo de ocio para proporcionarse lujos, objetos de arte, de ciencia y de recreo, en una palabra, todo lo que no entra en la categoría de lo estrictamente necesario? Si la respuesta es afirmativa, ¿qué les impide ir hacia delante? ¿Qué debe hacerse para allanar los obstáculos? ¿Se necesita tiempo? ¡Que se lo tomen! Pero no perdamos de vista el objetivo de toda producción, que es satisfacer las necesidades.

Si las necesidades más imperiosas del hombre quedan sin satisfacer, ¿qué deberá hacerse para aumentar la productividad del trabajo? Pero ¿no hay otras causas? ¿Tal vez una de ellas se debe a que la producción, tras haber perdido de vista las necesidades del hombre, ha tomado una dirección absolutamente equivocada y su organización es viciosa? Y puesto que así lo comprobamos, en efecto, busquemos el medio de reorganizar la producción de modo que responda en realidad a todas las necesidades.

Esta es la única manera de considerar las cosas que nos parece justa; la única que permitiría a la economía política convertirse en una ciencia, la ciencia de la fisiología social.

Es evidente que, cuando la ciencia de la fisiología social trate de la producción actual en las naciones civilizadas, en la comunidad india o entre los salvajes, no podrá exponer los hechos de otro modo que los economistas actuales, como un simple capítulo descriptivo, análogo a los capítulos descriptivos de la zoología o de la botánica. Pero advirtamos que, si ese capítulo se hiciese desde el punto de vista de la economía de las fuerzas

humanas en la satisfacción de las necesidades, ganaría en claridad tanto como en valor científico. Probaría hasta la evidencia el terrible derroche de las fuerzas humanas por el sistema actual, y admitiría con nosotros que, mientras perdure, nunca quedarán satisfechas las necesidades de la humanidad.

Por tanto, el punto de vista cambiaría por completo. Detrás del telar que teje tantos metros de tela, detrás de la máquina que horada tantas placas de acero y detrás de la caja fuerte donde se sepultan los dividendos, se vería al hombre, al factor de la producción, excluido casi siempre del banquete que ha preparado para otros. Se comprendería también que las pretendidas leyes del valor, del cambio, etc., no son más que la expresión, a menudo absolutamente falsa —por ser falso el punto de partida— de hechos tales como ocurren ahora, pero que podrían suceder y sucederán de un modo muy diferente, cuando la producción se organice de manera que cubra todas las necesidades de la sociedad.

2

No hay un solo principio de la economía política que no cambie por completo de aspecto si se ve desde nuestro punto de vista.

Veamos, por ejemplo, la sobreproducción. He aquí una palabra que oímos continuamente. No hay un solo economista, académico o candidato que no haya sostenido tesis que demuestran que las crisis económicas resultan del exceso de producción, que en un momento dado se producen más telas de algodón, paños, relojes, de los que hacen falta. ¿No se ha acusado de «rapacidad» a los capitalistas que se empeñan en producir en exceso?

Pues bien, este razonamiento resulta falso en cuanto se profundiza en la cuestión. En efecto, nombrad una mercancía, entre las de uso universal, de la cual se produzca más de lo necesario. Examinad uno por uno todos los artículos expedidos por los países de gran exportación, y veréis que casi todos se producen en cantidades insuficientes incluso para los habitantes del país que los exporta.

No es un sobrante de trigo el que envía a Europa el campesino ruso. Las mayores cosechas de trigo y de centeno en la Rusia europea producen lo justo para la población. Y, por lo general, el campesino se priva él mismo de lo necesario cuando vende su trigo o su centeno para pagar el impuesto y la renta.

No es un sobrante de carbón lo que se envía de Inglaterra a todos los rincones del globo, puesto que no le quedan más que setecientos cincuenta kilos por año y habitante para el consumo doméstico del país, y que millones de ingleses se privan de fuego en invierno o lo usan lo justo para hervir un poco de hortaliza. De hecho (no hablamos de los artículos de lujo), no hay en el país de mayor exportación, Inglaterra, más que una sola mercancía de uso general, los tejidos de algodón, cuya producción sea lo bastante cuantiosa para superar tal vez las necesidades. Y cuando se piensa en los harapos que sustituyen a la ropa blanca y de vestir en más de la tercera parte de los habitantes del Reino Unido, uno está tentado de preguntarse si las telas de algodón exportadas no representarán poco más o menos las necesidades reales de la población.

Por lo general, no es un sobrante lo que se exporta, aunque las primeras exportaciones hubiesen tenido este origen. La fábula del zapatero que andaba descalzo se convierte en realidad hoy en día, como ocurría en el pasado con el artesano. Se exporta lo necesario, y sucede así porque los

trabajadores no pueden comprar con su salario lo que han producido tras haber pagado rentas, beneficios e intereses al capitalista y al banquero.

No solo la necesidad siempre creciente de bienestar no está satisfecha, sino que también se carece muy a menudo de lo estrictamente necesario. Por tanto, la superproducción no existe, al menos en esta acepción, y es tan solo un término inventado por los teóricos de la economía política.

Todos los economistas nos dicen que si hay una «ley» económica bien establecida es esta: «El hombre produce más que consume. Después de haber vivido de los productos del trabajo, siempre le queda un remanente. Una familia de agricultores produce con qué alimentar a muchas familias», y otros comentarios por el estilo.

Para nosotros, esta frase tan repetida carece de sentido. Tal vez fuera exacta si significase que cada generación deja algo a las siguientes. En efecto, un agricultor planta un árbol que vivirá treinta, cuarenta años, tal vez un siglo, y cuyos nietos aún podrán recoger el fruto. Si ha roturado una hectárea de suelo virgen, otro tanto ha crecido la herencia de las futuras generaciones. El camino, el puente, el canal, la casa y sus muebles son otras riquezas legadas a las próximas generaciones.

Pero no se trata de eso. Nos dicen que el labrador produce más trigo del que consume. Debería decirse más bien que, tras haberle quitado una buena parte de sus productos el Estado mediante impuestos, el sacerdote en forma de diezmo y el propietario forma través de una renta, se ha creado una clase de hombres que, en otros tiempos, consumían lo que producían —salvo la parte dejada para imprevistos o los gastos hechos en árboles, caminos, etc. —, pero que hoy se ven obligados a alimentarse de castañas o maíz, a beber aguapié, pues el Estado, el propietario, el sacerdote y el usurero les han quitado el resto.

Preferimos decir: «El agricultor consume menos de lo que produce», porque se le obliga a acostarse sobre paja y a vender la pluma, a contentarse con aguapié y a vender el vino, a comer centeno y a vender el trigo.

Señalemos también que, si tomamos como punto de partida las necesidades del individuo, se llega inevitablemente al comunismo como organización que permite satisfacer todas esas necesidades de la manera más completa y económica. Mientras que, si partimos de la producción actual y de un sistema que se sostiene tan solo en el beneficio o en la plusvalía y que no se plantea si la producción responde a la satisfacción de las necesidades, se llega fatalmente al capitalismo o, a lo sumo, al colectivismo (puesto que uno y otro no son más que distintas formas del salariado).

En efecto, cuando se consideran las necesidades del individuo y de la sociedad y los medios a los que el hombre ha recurrido para satisfacerlas en sus diversas fases de desarrollo, nos damos cuenta de que es indispensable solidarizar los esfuerzos en vez de abandonarlos a los azares de la producción actual. Comprendemos que la apropiación por algunos de todas las riquezas no consumidas, transmitiéndolas de una generación a otra, va contra el interés general. Comprobamos que, de esta manera, las necesidades de las tres cuartas partes de la sociedad corren el riesgo de no quedar satisfechas, y que el gasto excesivo de fuerza humana resulta inútil y despreciable.

Por último, vemos que el uso más ventajoso de todos los productos es el que satisface las necesidades más apremiantes, y que el valor de utilidad no depende de un simple capricho, como se ha afirmado a menudo, sino de la satisfacción que aporta a necesidades reales.

El comunismo —es decir, una visión sintética del consumo, de la producción y del intercambio y una organización que responde a esta visión

sintética— se convierte así en la consecuencia lógica de esta forma de entender las cosas, la única, en nuestra opinión, que es realmente científica.

Una sociedad que satisfaga las necesidades de todos y que sepa organizar la producción deberá, además, deshacerse de ciertos prejuicios respecto a la industria y, ante todo, de la teoría que tanto han pregonado los economistas bajo el nombre de división del trabajo, que abordaremos en el siguiente capítulo.

División del trabajo

1

La economía política se ha limitado siempre a constatar hechos que se producían en la sociedad y a justificarlos en interés de la clase dominante. Lo mismo hace con respecto a la división del trabajo creada por la industria: puesto que resulta ventajosa para los capitalistas, la ha erigido en principio.

Observad a ese herrero de pueblo, decía Adam Smith, el padre de la economía política moderna. Si no está acostumbrado a hacer clavos, a duras penas fabricará doscientos o trescientos diarios y de mala calidad. Pero, si ese mismo herrero no hace más que clavos, producirá fácilmente hasta dos mil trescientos en un día. Y Smith se apresuraba a concluir: «Dividamos el trabajo, especialicemos, especialicemos siempre; tengamos herreros que solo sepan hacer cabezas o puntas de clavos, y así produciremos más. Seremos más ricos».

En cuanto al herrero, condenado de por vida a hacer tan solo cabezas de clavo, a saber si perderá el interés por el trabajo; si no estará por entero a merced del patrono, con un oficio tan limitado; si no tendrá cuatro meses de paro forzoso al año; si no bajará su salario cuando se le pueda sustituir fácilmente por un aprendiz. Pero Adam Smith no pensaba en nada de eso al exclamar: «¡Viva la división del trabajo! ¡He aquí la verdadera mina de oro que enriquecerá la nación!». Y todo el mundo gritaba como él.

Y cuando más adelante un De Sismondi o un J. B. Say advirtieron que la división del trabajo, en lugar de enriquecer la nación, solo enriquecía a los ricos, y que el trabajador, reducido a hacer toda su vida la decimoctava parte de un alfiler, se embrutecía y caía en la miseria, ¿qué propusieron entonces los economistas oficiales? ¡Nada! No pensaron que el obrero, dedicando toda su vida a un solo trabajo maquinal, perdería la inteligencia y el espíritu inventivo, y que, por el contrario, la variedad en las ocupaciones aumentaría considerablemente la productividad de la nación. Es precisamente esta cuestión la que se plantea hoy día.

Por otra parte, si los economistas fuesen los únicos en predicar la división del trabajo permanente y a menudo hereditario, se les dejaría perorar a sus anchas. Pero las ideas profesadas por los doctores de la ciencia se infiltran en los espíritus pervirtiéndolos, y a fuerza de oír hablar de la división del trabajo, del interés, de la renta y del crédito, etc., como de problemas resueltos hace ya mucho tiempo, todo el mundo (incluso el trabajador) acaba pensando como los economistas, venerando los mismos fetiches.

Así vemos a un gran número de socialistas, hasta aquellos que no temen denunciar los errores de la ciencia, respetar el principio de la división del trabajo. Habladles de la organización de la sociedad durante la revolución y responderán que debe mantenerse la división del trabajo, que, si hacíais puntas de alfileres antes de la revolución, las haréis también después. Bueno, trabajaréis solo cinco horas haciendo puntas de alfileres. Pero no haréis más que puntas de alfileres toda la vida, mientras otros hacen máquinas o proyectos de máquinas que os permitirán afilar durante toda vuestra vida miles de millones de alfileres, y otros se especializarán en las altas funciones del trabajo literario, científico, artístico, etc. Uno ha nacido para ser amolador de puntas de alfileres, Pasteur ha nacido para vacunar

contra la rabia, y la revolución dejará a uno y a otro con sus respectivos empleos.

Pues bien, vamos a abordar ahora, en sus distintas manifestaciones, este principio horrible, nocivo para la sociedad y embrutecedor para el individuo, fuente de toda una serie de males.

Conocidas son las consecuencias de la división del trabajo. En efecto, estamos divididos en dos clases: por una parte, los productores que consumen muy poco y que están dispensados de pensar porque necesitan trabajar, y trabajan mal porque su cerebro permanece inactivo; y, por otra, los consumidores que producen poco y que tienen el privilegio de pensar por los demás, y piensan mal porque desconocen todo un mundo, el de los trabajadores manuales. Los obreros de la tierra no saben nada de la máquina; los que sirven a las máquinas lo ignoran todo sobre el trabajo de los campos. El ideal de la industria moderna es el del niño sirviendo a una máquina que no puede ni debe comprender, y vigilantes que le multen si se distrae un momento. Incluso intentan suprimir por completo al trabajador agrícola. El ideal de la agricultura industrial es un hombre alquilado por tres meses y que conduzca un arado de vapor o una trilladora. La división del trabajo es el hombre con etiqueta y sello que lo identifican para toda su vida como anudador en una fábrica, como vigilante en una industria, como conductor de un carretón en tal sitio de una mina, pero sin saber nada de máquinas, ni de industria, ni de mina, por lo que pierde el gusto por el trabajo y las capacidades inventivas que, en los inicios de la industria moderna, crearon el conjunto de herramientas de las que tanto nos gusta enorgullecernos.

Lo que se ha hecho con los hombres se quiso hacer también con las naciones. La humanidad se dividiría en fábricas nacionales, cada una con su especialidad. Rusia —eso nos enseñaban— está destinada por la naturaleza

a cultivar trigo; Inglaterra, a hacer tejidos de algodón; Bélgica, a fabricar paños, mientras que Suiza forma niñeras e institutrices. Cada nación se especializaría también: Lyon fabricaría sederías, Auvernia encajes, y París artículos de lujo. Esto supondría, según los economistas, ofrecer un campo ilimitado a la producción a la vez que al consumo, una nueva era de trabajo y de inmensa fortuna que se abría para el mundo.

Pero esas vastas esperanzas se desvanecen a medida que los conocimientos técnicos se difunden en el universo. Todo iba bien mientras Inglaterra era la única en fabricar telas de algodón y trabajar los metales en grandes cantidades, mientras París hacía únicamente artículos de fantasía; entonces podía predicarse lo que llamaban la división del trabajo, sin temor a verse desmentido.

Pues bien, una nueva corriente induce a las naciones civilizadas a abordar todas las ramas industriales, hallando ventajas en fabricar lo que antes recibían de los demás países. Al tiempo, las colonias tienden a emanciparse de su metrópoli. Como los descubrimientos de la ciencia universalizan los procedimientos técnicos, en adelante resulta absurdo pagar al exterior a un precio excesivo lo que es tan fácil producir en casa. Pero esta revolución en la industria, ¿no desbarata del todo la teoría de la división del trabajo que se creía tan sólidamente establecida?

La descentralización de las industrias

1

Al finalizar las guerras napoleónicas, Inglaterra casi había conseguido arruinar la gran industria que nacía en Francia a fines del siglo pasado. Quedaba dueña de los mares y sin grandes competidores. Se aprovechó de la situación para constituir un monopolio industrial. Impuso a las naciones vecinas sus precios para las mercancías que solo ella fabricaba, acumuló enormes riquezas y supo sacar partido de esa situación privilegiada y de todas las ventajas que conllevaba.

Pero cuando la revolución burguesa del siglo pasado hubo abolido la servidumbre del terruño y creado en Francia un proletariado, la gran industria, detenida un momento en su impulso, recobró nuevos vuelos y, desde la segunda mitad de nuestro siglo, Francia dejó de depender de Inglaterra para los productos manufacturados. Actualmente se ha convertido también en un país exportador. Vende al extranjero por valor de más de mil quinientos millones de productos manufacturados, y los dos tercios de esas mercancías son tejidos. Se calcula que cerca de tres millones de franceses trabajan para la exportación o viven del comercio exterior.

Así, Francia ya no depende de Inglaterra. A su vez, ha tratado de monopolizar ciertas ramas del comercio exterior, tales como las sederías y las prendas confeccionadas, de las que ha obtenido inmensos beneficios. Pero está a punto de perder para siempre ese monopolio, al igual que

Inglaterra está a punto de perder para siempre el monopolio de los tejidos e incluso de los hilados de algodón.

Yendo hacia Oriente, la industria se ha detenido en Alemania. Hace treinta años, este país era tributario de Inglaterra y de Francia en la mayor parte de los productos de la gran industria. Ya no es así actualmente. En los últimos treinta años, y sobre todo después de la guerra, Alemania ha reformado por completo toda su industria. Las nuevas fábricas poseen las mejores máquinas. Las más recientes creaciones del arte industrial en Manchester para las telas de algodón, o en Lyon para los tejidos de seda, etc., se han realizado en las nuevas fábricas alemanas. Si han sido necesarias dos o tres generaciones de trabajadores para desarrollar la maquinaria moderna en Lyon o en Manchester, Alemania la adquiere ya perfeccionada del todo. Las escuelas técnicas, adecuadas a las necesidades de la industria, suministran a la manufactura un ejército de operarios inteligentes, de ingenieros prácticos, que saben trabajar con las manos y con la cabeza. La industria alemana comienza en el punto preciso adonde han llegado Manchester y Lyon después de cincuenta años de esfuerzos, de ensayos y de tanteos.

De ahí resulta que Alemania, que lo hace todo tan bien en su casa, disminuye de año en año sus importaciones de Francia y de Inglaterra. Se ha convertido en su rival para la exportación en Asia y en África y, aún más, en los mismos mercados de Londres y de París. Aquellos cortos de vista pueden vociferar contra el tratado de Frankfurt, pueden explicar la competencia alemana a partir de pequeñas diferencias de tarifas de ferrocarriles. Pueden decir que el alemán trabaja por «nada», deteniéndose en las pequeñeces de cada cuestión y descuidando los grandes hechos históricos. Pero no es menos cierto que la gran industria —antes privilegio de Inglaterra y Francia— ha dado un paso hacia Oriente. Ha encontrado en

Alemania un país joven, lleno de fuerza y una burguesía inteligente, deseosa de enriquecerse a su vez con el comercio exterior.

Mientras Alemania se emancipaba de la tutela inglesa y francesa y fabricaba ella misma sus tejidos de algodón, sus telas, sus máquinas —en definitiva, todos los productos manufacturados—, la gran industria se implantaba también en Rusia, donde el desarrollo de las manufacturas es tanto más asombroso cuanto que han nacido ayer.

En la época de la abolición de la servidumbre, en 1861, Rusia apenas tenía industria. Todas las máquinas, las vías férreas, las locomotoras, las telas de lujo que necesitaba llegaban de Occidente. Veinte años más tarde poseía ya más de ochenta y cinco mil manufacturas, y las mercancías producidas habían cuadruplicado de valor.

Todas las viejas herramientas y maquinaria han sido reemplazadas por nuevas. Casi todo el acero empleado hoy, las tres cuartas partes del hierro, los dos tercios del carbón, todas las locomotoras, todos los vagones, todas las vías férreas, casi todos los buques de vapor se han hecho en Rusia.

De país condenado a continuar siendo agrícola, según decían los economistas, Rusia se ha convertido en un país manufacturero. No pide nada a Inglaterra, y muy poco a Alemania.

Los economistas responsabilizan de estos hechos a las aduanas, pero los productos manufacturados en Rusia se venden al mismo precio que en Londres. Como el capital no conoce patria, los capitalistas alemanes e ingleses, seguidos de ingenieros y contramaestres de sus naciones, han implantado en Rusia y en Polonia manufacturas que rivalizan con las mejores de Inglaterra por la excelencia de los productos. Que sean abolidas mañana las aduanas y las fábricas solo ganarán con ello. En este mismo momento, los ingenieros británicos están a punto de dar el golpe de gracia a las importaciones de paños y lanas de Occidente: están montando en el sur

de Rusia inmensas manufacturas de lana con las máquinas más modernas de Bradford, y dentro de diez años Rusia ya no importará más que algunas piezas de paños ingleses y lanas francesas como muestras.

La gran industria no solo avanza hacia Oriente, también se extiende por las penínsulas del sur. La exposición de Turín ya mostró en 1884 los progresos de la industria italiana; y no nos dejemos engañar: el odio entre las burguesía francesa e italiana tiene como origen su rivalidad industrial. Italia se emancipa de la tutela francesa y compite con los comerciantes franceses en la cuenca mediterránea y en Oriente. Por ello, y no por otra razón, un día correrá la sangre en la frontera italiana, a menos que la revolución nos ahorre esa sangre preciosa.

También podríamos mencionar los rápidos progresos de España en la senda de la gran industria. Pero centrémonos en Brasil. ¿Los economistas no lo habían condenado a cultivar para siempre algodón, exportarlo en bruto y recibir a cambio tejidos de algodón importados de Europa? En efecto, hace veinte años Brasil tenía únicamente nueve míseras fábricas de algodón con trescientos ochenta y cinco husos. Hoy tiene cuarenta y seis; cinco de ellas poseen cuarenta mil husos y aportan al mercado treinta millones de metros de telas de algodón cada año.

Incluso México empieza a fabricar esas telas, en vez de importarlas de Europa. Y en cuanto a Estados Unidos, se han liberado de la tutela europea. La gran industria se ha desarrollado allí con enorme éxito.

Pero la India es quien tenía que dar el más brillante desmentido a los partidarios de la especialización de las industrias nacionales.

Es conocida la siguiente teoría: las grandes naciones europeas necesitan colonias. Estas enviarán a la metrópoli productos en bruto, fibras de algodón, lana suarda, especias, etc., y la metrópoli les enviará esos productos manufacturados, telas envejecidas, hierro viejo en forma de

máquinas caídas en desuso; en definitiva, todo aquello que no necesita, que le cuesta poco o nada y que no por eso dejará de vender a un precio exorbitante.

Tal era la teoría; tal fue durante largo tiempo la práctica. Se ganaban fortunas en Londres y en Manchester mientras la India se arruinaba. Id al museo indio en Londres y veréis riquezas inauditas, insensatas, amasadas en Calcuta y en Bombay por los negociantes ingleses.

Pero otros negociantes y capitalistas ingleses concibieron la idea —muy natural, por otra parte— de que les resultaría más beneficioso explotar directamente a los habitantes de la India y elaborar esas telas de algodón en el país en lugar de importarlas de Inglaterra cada año por quinientos o seiscientos millones de francos.

Al principio no fue más que una serie de fracasos. Los tejedores indios —artistas en su oficio— no podían habituarse al régimen de la fábrica. Las máquinas remitidas de Liverpool eran malas; también había que tener en cuenta el clima y adaptarse a nuevas condiciones, hoy satisfechas todas; y la India inglesa se convierte en una rival cada vez más amenazadora de las manufacturas de la metrópoli.

Actualmente posee ochenta fábricas de algodón, que emplean ya cerca de sesenta mil trabajadores, y en 1885 habían fabricado ya más de 1.450.000 toneladas métricas de tejidos. Exporta cada año a China, a las Indias holandesas y a África por valor de cerca de cien millones de francos de esos mismos algodones blancos que, se decía, eran la especialidad de Inglaterra. Y mientras los trabajadores ingleses se encuentran en el paro forzoso y caen en la miseria, las mujeres indias, pagadas a razón de sesenta céntimos al día, son quienes hacen a máquina las telas de algodón que se venden en los puertos del Extremo Oriente.

En resumen, no está lejos el día —y los fabricantes inteligentes no lo ocultan— en que no se sabrá qué hacer de los «brazos» que se ocupaban en Inglaterra en fabricar tejidos de algodón para exportarlos. Y eso no es todo: según informes muy serios, dentro de diez años la India no comprará ni una sola tonelada de hierro a Inglaterra. Se han vencido las primeras dificultades para emplear la hulla y el hierro de la India, y fábricas que compiten también con los ingleses se están montando ya en las costas del océano Índico.

La colonia compitiendo con la metrópoli por sus productos manufacturados; he aquí el fenómeno determinante de la economía del siglo XIX.

¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Qué le falta? ¿El capital? El capital va a todos aquellos lugares donde hay miserables a quienes explotar. ¿El conocimiento? El conocimiento no conoce fronteras. ¿Los conocimientos técnicos del obrero? Pero ¿acaso el obrero indio es inferior a esos noventa y dos mil niños y niñas menores de quince años que trabajan en este momento en las fábricas textiles de Inglaterra?

2

Después de haber echado una ojeada a las industrias nacionales, sería interesante hacer lo mismo con las industrias especiales.

Tenemos, por ejemplo, la seda, producto eminentemente francés en la primera mitad de este siglo. Es sabido cómo Lyon se convirtió en el centro de la industria de la seda, recolectada al principio en el Mediodía francés, pero que, poco a poco, han tenido que recurrir a Italia, a España, a Austria, al Cáucaso, a Japón, para poder elaborar tejidos de seda. De los cinco

millones de kilos de seda cruda transformada en tejidos en la región lionesa en 1875, solo cuatrocientos mil kilos eran de seda francesa.

Pero, puesto que Lyon trabajaba con sedas importadas, ¿por qué no habrían de hacer lo mismo Suiza, Alemania o Rusia? El arte de la seda se desarrolló poco a poco en los pueblos del cantón de Zurich. Basilea se convirtió en un gran centro sedero. La administración del Cáucaso invitó a mujeres de Marsella y a obreros de Lyon para que enseñasen a los georgianos el cultivo perfeccionado del gusano de seda, y a los campesinos del Cáucaso el arte de transformar la seda en telas. Austria les imitó. Alemania, con ayuda de obreros lioneses, montó inmensos talleres de seda. Estados Unidos hicieron otro tanto en Paterson…

Y hoy la industria de la seda ya no es una industria exclusivamente francesa. Se montan fábricas de seda en Alemania, en Austria, en Estados Unidos, en Inglaterra. Los campesinos del Cáucaso tejen en invierno pañuelos de seda a un precio que dejaría sin pan a los obreros de Lyon. Italia envía sedas a Francia, y Lyon, que exportaba en 1870-1874 por valor de cuatrocientos sesenta millones de francos, ya no exporta más que doscientos treinta y tres. Pronto no enviará al extranjero más que los tejidos de calidad superior o algunas novedades para servir de modelos a los alemanes, rusos y japoneses.

Lo mismo sucede con todas las industrias. Bélgica ya no tiene el monopolio de los paños: se hacen en Alemania, Rusia, Austria y Estados Unidos. Suiza y el Jura francés ya no tienen el monopolio de la relojería; se fabrican relojes en todas partes. Escocia no refina ya los azúcares para Rusia; en Inglaterra se importa azúcar ruso. Aunque Italia no tiene hierro ni hulla, forja ella misma sus acorazados y construye las máquinas de sus buques de vapor. La industria química ya no es monopolio de Inglaterra; se hace ácido sulfúrico y sosa en todas partes. Las máquinas de todas clases,

fabricadas en los alrededores de Zurich, destacaban en la última exposición universal; Suiza, que no tiene ni hulla ni hierro —tan solo excelentes escuelas técnicas—, hace máquinas mejores y más baratas que Inglaterra. He aquí lo que queda de la teoría de los cambios.

Así, la industria, como todo el resto, tiende hacia la descentralización.

Cada nación halla ventaja en combinar dentro de su territorio la agricultura con la mayor variedad posible de fábricas y manufacturas. La especialización de la que hablaban los economistas era buena para enriquecer a algunos capitalistas, pero no tiene razón de ser; por el contrario, resulta muy ventajoso que cada país, cada cuenca geográfica, pueda cultivar su trigo y sus legumbres y fabricar todos los productos manufacturados que consume. Esta diversidad es la mejor garantía para el completo desarrollo de la producción por el concurso mutuo y de cada uno de los elementos del progreso, mientras que la especialización representa un freno para ese progreso.

La agricultura depende de las fábricas para prosperar. Y tan pronto aparece una sola fábrica, una variedad infinita de otras fábricas de todo tipo deben surgir alrededor de la primera, de modo que, al apoyarse mutuamente, al estimularse las unas a las otras con sus respectivas invenciones, todas ellas crezcan de forma conjunta.

3

En efecto, es insensato exportar el trigo e importar las harinas, exportar la lana e importar paño, exportar el hierro e importar las máquinas, no solo porque esos transportes ocasionan gastos inútiles sino, sobre todo, porque un país que no tiene una industria desarrollada sufrirá también un retraso en

la agricultura; porque un país que no posee grandes fábricas para trabajar el acero no progresará en todas las demás industrias; en fin, porque un gran número de personas con capacidades industriales y técnicas se quedarán sin empleo.

Todo se enlaza hoy en el mundo de la producción. Ya no es posible el cultivo de la tierra sin máquinas, sin regadíos potentes, sin ferrocarriles, sin fábricas de abonos. Y para tener esas máquinas adecuadas a las condiciones locales, esos ferrocarriles, esos artefactos de hierro, etc., es preciso que se desarrolle cierto espíritu creativo, cierta habilidad técnica que no pueden manifestarse mientras que la azada y la reja del arado continúen siendo los únicos instrumentos de cultivo.

Para que el campo esté bien cultivado, para que dé las prodigiosas cosechas que el hombre tiene derecho a pedirle, es necesario que en su entorno humeen muchas fábricas y manufacturas.

La variedad de las ocupaciones y de las capacidades que de ella surgen, integradas en un fin común: he ahí la verdadera fuerza del progreso.

Y ahora imaginemos una ciudad, un territorio, vasto o exiguo —poco importa— que da los primeros pasos hacia la revolución social.

«Nada cambiará —nos han dicho algunas veces—. Se expropiarán los talleres y las fábricas, se proclamarán propiedad nacional o municipal, y cada uno volverá a su trabajo de siempre. Y así la revolución estará hecha.»

Pues no; la revolución social no se hará de forma tan simple.

Ya lo hemos dicho. Que mañana estalle la revolución en París, en Lyon o en cualquier otra ciudad; que mañana se apodere, en París o en cualquier otra ciudad, de las fábricas, de las casas o de la banca, y la tendencia de la producción actual deberá cambiar por ese solo hecho.

El comercio internacional se detendrá así como los suministros de grano del extranjero; la circulación de mercancías, de los víveres, se paralizará. Y

la ciudad o el territorio insurrectos deberán, para abastecerse, reorganizar de arriba a abajo toda la producción. Si fracasan, significará la muerte. Si tienen éxito, es la revolución en el conjunto de la vida económica del país.

Si disminuye la entrada de víveres y aumenta el consumo; si se quedan sin trabajo los tres millones de franceses que se ocupaban en la exportación; si no se reciben mil cosas que hoy llegan de países lejanos o próximos; si suspenden temporalmente las industrias de artículos de lujo, ¿qué harán los habitantes para poder comer al cabo de seis meses?

Es evidente que gran parte de la población recurrirá al suelo para alimentarse, ya que se agotarán los víveres en los almacenes. Habrá que cultivar la tierra: combinar en el mismo París y en sus alrededores la producción agrícola con la producción industrial, abandonar los mil pequeños oficios de lujo para pensar en lo más urgente: el pan.

Los ciudadanos tendrán que convertirse en agricultores; no a la manera del campesino que se derrenga con el arado para recoger apenas su sustento anual, sino siguiendo los principios de la agricultura intensiva, hortícola, aplicados en vastas proporciones por medio de las mejores máquinas que el hombre ha inventado y pueda inventar. Se cultivará, pero no como la bestia de carga del Cantal —por supuesto, el joyero de la rue del Temple se negaría en redondo—, se reorganizará el cultivo, no dentro de diez años, sino inmediatamente, en medio de las luchas revolucionarias, so pena de sucumbir ante el enemigo.

Habrá que actuar como seres inteligentes, recurriendo a los conocimientos de cada uno, organizándose en grupos alegres para un trabajo agradable como aquellos que, hace cien años, cavaron el Campo de Marte para la fiesta de la Federación: un trabajo lleno de satisfacciones cuando no se prolonga de forma excesiva, cuando está científicamente

organizado, cuando el hombre mejora y crea sus instrumentos, y es consciente de ser un miembro útil de la comunidad.

Se cultivará, pero también habrá que producir mil cosas que antes pedíamos al extranjero. Y no olvidemos que, para los habitantes del territorio insurrecto, será extranjero todo aquel que no haya participado en su revolución. En 1793, en 1871, para el París insurrecto, el extranjero era ya la provincia, a las puertas mismas de la capital. El acaparador de Troyes mataba de hambre a los *sans-culottes* de París, tanto o más aún que las hordas alemanas, traídas al suelo francés por los conspiradores de Versalles. Habrá que saber prescindir de ese extranjero, y se hará. Francia inventó el azúcar de remolacha cuando empezó a faltar el azúcar de caña, a consecuencia del bloqueo continental. París encontró el salitre en sus cuevas cuando no le llegaba de ninguna parte. ¿Acaso somos inferiores a nuestros abuelos, que apenas balbuceaban las primeras palabras de la ciencia?

Una revolución es más que el derribo de un régimen. Es el despertar de la inteligencia humana, el espíritu creativo multiplicado por diez, por cien; es la aurora de una nueva ciencia, ¡la ciencia de los Laplace, de los Lamarck, de los Lavoisier! Es una revolución en los espíritus aún más que en las instituciones.

¡Y se nos dice de volver al taller, como si se tratara de volver a casa después de un paseo por los bosques de Fontainebleau!

El solo hecho de haber trastocado la propiedad burguesa implica necesariamente reorganizar de arriba abajo toda la vida económica en el taller, en la cantera, en la fábrica.

Y la revolución lo hará. ¡Que el París de la revolución social se encuentre aislado del mundo entero por los secuaces del orden burgués tan solo uno o dos años! Y esos millones de inteligencias, que afortunadamente aún no ha

embrutecido la gran fábrica, esta ciudad de pequeños oficios que estimulan el espíritu creativo, mostrarán al mundo de lo que es capaz el cerebro del hombre sin pedir al universo más que la fuerza motriz del sol que lo ilumina, del viento que barre nuestra impureza y de las fuerzas activas en el suelo que pisamos.

Podrán ver cómo, sobre un punto del globo, una inmensa variedad de oficios que se complementan entre sí y el espíritu vivificador de una revolución son capaces de alimentar, vestir, alojar y colmar de cualquier lujo a dos millones de seres inteligentes.

No hay necesidad de hacer ninguna novela para esto. Lo que ya se conoce, lo que ha sido ensayado y reconocido como práctico bastarían para llevarlo a cabo, a condición de ser fecundado, vivificado por el soplo audaz de la revolución, del impulso espontáneo de las masas.

La agricultura

1

Se ha reprochado a menudo a la economía política de basar todas sus deducciones en el principio, ciertamente falso, de que el único móvil que estimula al hombre a incrementar su fuerza de producción es el interés personal, mal entendido.

El reproche es del todo justo. Es tan justo que las épocas de los grandes descubrimientos industriales y de auténtico progreso en la industria son precisamente aquellas en las que se soñaba con alcanzar la felicidad para todos, en las que se preocupaban menos por el enriquecimiento personal. Los grandes investigadores e inventores sueñan sobre todo con la liberación de la humanidad; y si los Watt, los Stephenson, los Jacquard, etc., hubieran podido prever, tras pasar noches en vela redactando sus escritos, a qué estado de miseria conducirían a los trabajadores, tal vez habrían quemado sus presupuestos y roto sus modelos.

Asimismo, existe otro principio, que también afecta a la economía política y que es falso por completo. Es la admisión tácita, común a casi todos los economistas, de que, si bien a menudo se produce una superproducción en ciertas ramas de la economía, una sociedad nunca tendrá, sin embargo, suficientes productos para satisfacer las necesidades de todos, por lo que es imposible que se produzca una situación en la que nadie se vea obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Esta

admisión tácita se encuentra en la base de todas las teorías, de todas las pretendidas «leyes» que nos enseñan los economistas.

Y sin embargo, es cierto que el día en que cualquier multitud civilizada se pregunte cuáles son las necesidades de todos y los medios para satisfacerlas se dará cuenta de que, tanto en la industria como en la agricultura, tiene con qué proveer sobradamente esas necesidades, siempre y cuando se apliquen estos medios para satisfacer necesidades reales.

Nadie puede negar que esto último es cierto respecto a la industria. En efecto, basta con estudiar en los grandes establecimientos industriales los procedimientos utilizados para extraer el carbón y los minerales, obtener el acero y pulirlo, fabricar lo que se necesita para la vestimenta, etc., para darse cuenta de que, en cuanto a los productos de nuestras manufacturas, nuestras fábricas, nuestras minas, no hay duda posible. Nosotros podríamos cuadriplicar nuestra producción, e incluso economizar sobre nuestro trabajo.

Pero nosotros vamos más lejos. Afirmamos que el caso de la agricultura es el mismo que el de la industria: el labrador, al igual que el trabajador de una fábrica, posee ya los medios para cuadruplicar, incluso multiplicar por diez, su producción, y podrá hacerlo en cuanto vea que es necesario y eche mano de la organización societaria del trabajo, en vez de la organización capitalista.

Cada vez que se habla de agricultura, uno siempre se imagina al campesino encorvado sobre el arado, echando al azar un trigo seleccionado de cualquier manera y esperando, angustiado, lo que le traiga la estación, dependiendo de si es buena o mala. Vemos a una familia trabajando de la mañana a la noche y obteniendo por toda recompensa un jergón, pan duro y vino picado. Vemos, en definitiva, a «la bestia salvaje» de La Bruyère.

Para este hombre, sujeto a la miseria, se habla únicamente de disminuir el impuesto o la renta. Pero no se atreven siquiera a imaginar a un labrador con la espalda enderezada, tomándose su tiempo libre y produciendo durante pocas horas al día con qué alimentar no solamente a su familia sino, por lo menos, a cien hombres. En sus sueños más atrevidos para el futuro, los socialistas no se atreven a ir más allá del gran cultivo que se lleva a cabo en Estados Unidos que, en el fondo, solo está en los inicios del arte del cultivo.

El agricultor de hoy tiene ideas mucho más amplias, conceptos mucho más grandiosos. No pide más que una fracción de hectárea para hacer que crezca todo el alimento vegetal necesario para una familia; para alimentar veinticinco cabezas de ganado vacuno ya no se requiere más espacio que se necesitaba en otros tiempos para alimentar una sola. Quiere conseguir «hacer» el suelo, desafiar las estaciones y el clima, calentar el aire y la tierra alrededor de la tierna planta. En una palabra, producir en una hectárea lo que antes no se recolectaba en cincuenta; y todo ello sin fatigarse excesivamente, reduciendo las horas de trabajo de antaño. Afirma que podrá producirse en grandes cantidades para alimentar a todo el mundo invirtiendo en el cultivo de los campos lo que cada uno pueda darle con gusto, con alegría. Esta es la tendencia actual de la agricultura.

Mientras los científicos, guiados por Liebig, el creador de la teoría química de la agricultura, se descarriaban a menudo en su entusiasmo de teóricos, los labradores iletrados han abierto una nueva vía de prosperidad para la humanidad. Los horticultores de París, de Troyes, de Ruán, los jardineros ingleses, los granjeros flamencos, los agricultores de Jersey, de Guernesey y de las islas Scilly nos han abierto horizontes tan grandes que la vista no alcanza a abarcar.

Mientras que en el pasado una familia necesitaba tener, por lo menos, siete u ocho hectáreas para poder vivir de los productos de la tierra —y ya se sabe cómo viven los campesinos—, ahora no se puede ni determinar cuál es la mínima extensión de terreno necesaria para dar a una familia todo lo que puede extraerse de la tierra, lo necesario y ciertos lujos, cultivándola siguiendo los procedimientos del cultivo intensivo. Si se nos preguntase cuántas personas pueden vivir cómodamente disponiendo de una legua cuadrada para el cultivo, sin necesidad de importar ningún producto agrícola del exterior, nos sería difícil contestar. Este número crece con rapidez en proporción a los progresos de la agricultura.

Hace diez años se podía afirmar que una población de cien millones podría vivir muy bien de los productos del suelo francés sin importar ningún producto. Pero hoy, al ver los progresos realizados recientemente tanto en Francia como en Inglaterra, y al contemplar los nuevos horizontes que se abren ante nosotros, podemos decir que, si se cultiva la tierra como la cultivan ya en muchos sitios, incluso en suelos pobres, cien millones de habitantes en los cincuenta millones de hectáreas del suelo francés serían aún una cortísima proporción de lo que ese suelo podría alimentar. La población aumentará en la medida en la que el hombre se decida a exigirle más a la tierra.

En todo caso, y vamos a verlo, puede considerarse como del todo demostrado que si París y los dos departamentos del Sena y del Sena y Oise se organizasen mañana en comunidad anarquista donde todos trabajasen con sus brazos, y si el universo entero se negase a enviarles un solo celemín de trigo, una sola cabeza de ganado, una sola canasta de fruta, y no les dejase más que el territorio de ambos departamentos, podrían producir ellos mismos no solo el trigo, la carne y las hortalizas necesarias, sino también

todas las frutas de lujo en cantidades suficientes para la población urbana y rural.

Y además afirmamos que el gasto total de trabajo humano sería mucho menor que el empleado hoy para alimentar a esa población con trigo recolectado en Auvernia o en Rusia, con las legumbres producidas por los grandes cultivos un poco en todas partes, y con las frutas maduras en el Mediodía francés.

Es evidente, además, que no pretendemos de ningún modo que haya que suprimir todos los intercambios y que cada región deba esforzarse en producir justo aquello que no crece dado su clima si no es aplicando unos métodos de cultivo más o menos artificiales. Pero queremos resaltar que la teoría de los intercambios, tal como se la conoce hoy, es especialmente exagerada; muchos de esos intercambios son inútiles o incluso nocivos. Sostenemos, por otra parte, que nunca se ha tenido en cuenta el trabajo hecho por los viticultores del Mediodía francés para cultivar la viña, ni por los labradores rusos o húngaros para cultivar el trigo, por fértiles que sean sus praderas y sus campos. Con sus actuales procedimientos de cultivo extensivo trabajan infinitamente más de lo necesario para obtener los mismos productos mediante el cultivo intensivo, incluso en climas muchísimo menos benignos y en un suelo naturalmente menos rico.

2

Nos sería imposible citar aquí los innumerables datos sobre los que fundamos nuestras afirmaciones. Para mayores informes, nos vemos obligados a remitir a los lectores a los artículos que hemos publicado en

inglés, pero sobre todo a quienes les interese esta cuestión les recomendamos que lean algunas excelentes obras publicadas en Francia.

En cuanto a los habitantes de las grandes ciudades que desconocen aún el mundo de la agricultura, les aconsejamos que recorran a pie las campiñas inmediatas y estudien su cultivo. Que observen, que hablen con los horticultores, y un mundo nuevo se abrirá ante ellos. Así podrán entrever cómo será el cultivo europeo en el siglo XX, y entenderán qué fuerza tendrá la revolución social cuando se conozca el secreto de tomar de la tierra todo cuanto se le pida.

Algunos hechos serán suficientes para demostrar que nuestras afirmaciones no son de ninguna manera exageradas. Pero antes deseamos hacer una observación de carácter general.

Es sabido en qué miserables condiciones se encuentra la agricultura en Europa. Si el cultivador del suelo no es desvalijado por el propietario territorial, lo es por el Estado. Si el Estado lo extorsiona «modestamente», el prestamista, que lo esclaviza mediante pagarés, lo convierte enseguida en el simple arrendatario de un suelo que pertenece, en realidad, a una compañía financiera.

El propietario, el Estado y el usurero roban al agricultor con la renta, los impuestos y los intereses. La suma robada varía en cada país: nunca es menor de la cuarta parte, y muy a menudo es la mitad del producto bruto. En Francia, la agricultura paga al Estado el 44 por ciento del producto bruto.

Pero hay más. La parte del propietario y la del Estado van siempre en aumento. Tan pronto como el agricultor, por prodigios de trabajo, de invención o de iniciativa, ha obtenido mayores cosechas, aumenta en proporción el tributo que deberá el Estado, al propietario o al usurero. Si dobla el número de hectolitros recogidos por hectárea duplicarán la renta y

por consiguiente los impuestos, que el Estado se apresurará a elevar aún más si suben los precios. Y así sucesivamente. En definitiva, en todas partes el cultivador del suelo trabaja de doce a dieciséis horas diarias; en todas partes esas tres aves de rapiña le arrebatan todo lo que podría ahorrar; en todas partes le roban lo que podría servirle para mejorar el cultivo. Por eso la agricultura no avanza.

Solo conseguirá dar un paso hacia delante en condiciones excepcionales, por una disputa entre sus tres vampiros, por un esfuerzo de inteligencia o por un aumento de trabajo. Y aún no hemos hablado del tributo que cada agricultor paga al industrial, quien le vende cada máquina, cada azadón, cada tonel de abono químico tres o cuatro veces más caro de lo que cuestan. No olvidemos tampoco los intermediarios, que se llevan la parte del león en los productos del suelo.

Esta es la razón por la que durante todo este siglo de invenciones y de progreso la agricultura solo se ha perfeccionado en espacios muy pequeños, de forma ocasional y a trompicones.

Afortunadamente, siempre han existido pequeños enclaves, olvidados durante algún tiempo por los buitres, y en ellos podemos apreciar lo que la agricultura intensiva es capaz de proporcionar a la humanidad.

Citemos algunos ejemplos.

En las praderas de América (que solo dan pequeñas cosechas de siete a doce hectolitros por hectárea, cuando las sequías, periódicas y frecuentes, no las perjudican), quinientos hombres que trabajan ocho meses al año producen el alimento anual de cincuenta mil personas. Los resultados se obtienen allí por una fuerte economía. En aquellas vastas llanuras que no puede abarcar la vista la labranza, la siega y la trilla están organizadas casi de forma militar: nada de idas y venidas inútiles, nada de perder el tiempo. Todo se hace con la exactitud de un desfile militar.

Este es el cultivo en grande, extensivo, aquel que trabaja el suelo tal y como sale de las manos de la naturaleza sin tratar de mejorarlo. Cuando este haya dado todo lo que pueda, lo abandonarán; buscarán un suelo virgen en otro sitio para agotarlo a su vez.

Pero está también el cultivo intensivo, que necesita cada vez más de la ayuda de las máquinas. Este tipo de cultivo se propone sobre todo cultivar a conciencia un espacio limitado, abonarlo y adecuarlo, concentrar el trabajo y obtener el máximo rendimiento. Este tipo de cultivo se extiende cada año, y mientras que en el Mediodía francés y en las tierras fértiles del Oeste americano se contentan con una cosecha media de diez a doce hectolitros con el cultivo extensivo, en el norte de Francia se recolectan regularmente treinta y seis y hasta cincuenta, o a veces cincuenta y seis hectolitros.

El consumo anual de un hombre se obtiene así de la superficie de una duodécima parte de una hectárea.

Y cuanto más intenso es el cultivo, menos trabajo se invierte para obtener el hectolitro de trigo. La máquina reemplaza al hombre para los trabajos preparatorios y aporta, de una vez por todas, mejoras tales como el desagüe y el despedregamiento, que permiten duplicar las cosechas venideras.

Algunas veces, tan solo con una labranza profunda se obtiene, cada año, de un suelo mediocre excelentes cosechas sin necesidad de abonos. Así se ha hecho durante veinte años en Rothamsted, cerca de Londres.

Pero no hagamos una novela agrícola de esto. Detengámonos en aquella cosecha de cuarenta hectolitros, que no requiere un suelo excepcional, sino sencillamente un cultivo racional y veamos lo que significa.

Los tres millones seiscientos mil individuos que habitan en los departamentos del Sena y del Sena y Oise consumen al año, para alimentarse, poco menos de ocho millones de hectolitros de cereales, sobre todo de trigo. Según nuestra hipótesis, para obtener esta cosecha,

necesitarían cultivar doscientas mil hectáreas de las seiscientas diez mil que poseen.

Es evidente que no las cultivarán con azadón. Eso exigiría demasiado tiempo: doscientas cuarenta jornadas de cinco horas por hectárea. Mejorarían, de una vez por todas, el suelo, desaguando lo que debe ser desaguado, allanando lo que es necesario allanar, despedregando el terreno, aunque en ese trabajo preparatorio hubiera que emplear cinco millones de jornadas de cinco horas, o sea, por término medio, veinticinco jornadas por hectárea.

Después, labrarían con arado de vapor de vertedera profunda, y luego con arado doble, empleando en cada labor cuatro jornadas. No seleccionarían la semilla al azar, sino que la escogerían con harnero de vapor. No sembrarían de cualquier manera, sino en línea. Y en todo este proceso, no se habrán empleado ni veinticinco jornadas de cinco horas por hectárea, si el trabajo se hace en buenas condiciones. Si durante tres o cuatro años se dedicasen diez millones de jornadas a un buen cultivo, se podría conseguir más adelante cosechas de cuarenta y de cincuenta hectolitros empleando la mitad de tiempo.

Así pues, se habrán empleado tan solo quince millones de jornadas para dar pan a esa población de tres millones seiscientos mil habitantes. Y cualquiera podría realizar esos trabajos sin necesidad de tener para ello músculos de acero ni haber trabajado nunca antes la tierra. La iniciativa y la distribución general de los trabajos estarían en manos de aquellos que saben lo que requiere la tierra.

En cuanto al trabajo en sí, no hay parisino ni parisina tan débil que no sea capaz, tras algunas horas de aprendizaje, de controlar las máquinas o de contribuir, de una manera u otra, al trabajo agrícola.

Pues bien, cuando se piensa que en el caos actual —sin contar a los granujas desocupados— hay cerca de cien mil hombres parados en sus respectivos oficios, vemos que esa fuerza desaprovechada en nuestra organización actual bastaría ella sola para dar, mediante un cultivo racional, el pan necesario para los tres o cuatro millones de habitantes de ambos departamentos.

Sin embargo, no dejamos de repetirlo, no estamos haciendo una novela; de hecho, ni siquiera hemos hablado del cultivo verdaderamente intensivo, que da resultados mucho más asombrosos. No hemos calculado en relación al trigo obtenido por M. Hallett en tres años que, con un solo grano trasplantado, produjo una mata con más de diez mil granos, lo que permitiría, en caso necesario, recoger todo el trigo para una familia de cinco personas en un espacio de unos cien metros cuadrados. Por el contrario, solo hemos citado lo que hacen ya numerosos granjeros en Francia, Inglaterra, Bélgica, Flandes, etc., y lo que podría hacerse desde mañana con la experiencia y el conocimiento ya adquiridos por la práctica del cultivo extensivo.

Pero si no hay revolución esto no se hará ni mañana ni pasado, porque los que poseen el suelo y el capital no tienen ningún interés en llevarlo a cabo, y porque los campesinos, que saldrían beneficiados, carecen del conocimiento, del dinero y del tiempo para procurarse la nueva tecnología.

La sociedad actual aún no ha llegado a este punto. Pero si los parisinos proclaman la Comuna anarquista se verán obligados a aceptarlo, porque no serán tan necios para seguir fabricando baratijas de lujo (que Viena, Varsovia y Berlín hacen ya con la misma calidad) y no se arriesgarán a quedarse sin pan.

Además, el trabajo agrícola, con ayuda de las máquinas, pronto se convertirá en la más atrayente y en la más alegre de todas las ocupaciones.

¡Basta de tanta joyería! ¡Basta de vestidos de muñeca! Irán a fortalecerse con el trabajo en el campo y a buscar el vigor, el contacto con la naturaleza, «la alegría de vivir», de los que nos habíamos olvidado en los sombríos talleres de los suburbios.

En la Edad Media los prados alpinos, más efectivos que los arcabuces, permitieron a los suizos liberarse de los señores y de los reyes. La agricultura moderna permitirá a la ciudad insurrecta liberarse también de los burgueses aliados entre sí.

3

Ya hemos visto cómo los tres millones y medio de habitantes de los dos departamentos (Sena y Sena y Oise) obtendrían fácilmente el pan necesario con tan solo cultivar un tercio de su territorio. Veamos ahora el ganado.

Los ingleses, que comen mucha carne, consumen por término medio un poco menos de cien kilos por adulto y año. Suponiendo que todas las carnes consumidas fuesen de vacuno, sumaría poco menos de un tercio del animal. Una vaca por año para cinco personas (incluyendo los niños) es ya una ración suficiente. Para tres millones y medio de habitantes daría un consumo anual de setecientas mil cabezas de ganado.

Hoy, con el sistema de pastoreo, se necesitan, por lo menos, dos millones de hectáreas para alimentar seiscientas sesenta mil cabezas de ganado.

Sin embargo, con praderas muy poco regadas por agua de manantial (como se han creado recientemente en miles de hectáreas en el sudoeste de Francia), bastan quinientas mil hectáreas. Pero si se practica el cultivo intensivo, plantando remolacha como alimento, solo se necesita la cuarta parte de ese espacio, es decir, ciento veinticinco mil hectáreas. Y cuando se

recurre al maíz, ensilándolo como los árabes, se obtiene todo el forraje necesario en una superficie de ochenta y ocho mil hectáreas.

En los alrededores de Milán, donde utilizan las aguas de las alcantarillas para regar las praderas, se obtiene, en una superficie de nueve mil hectáreas de regadío, alimento para cuatro o seis cabezas de ganado bovino por hectárea; y en algunas parcelas especialmente fértiles se han recolectado hasta quince toneladas de heno seco por hectárea, que representa el alimento anual de nueve vacas lecheras. Tres hectáreas por cabeza de ganado en pastoreo y nueve bueyes o vacas por hectárea: he aquí los extremos de la agricultura moderna.

En la isla de Guernesey, en un total de cuatro mil hectáreas utilizadas, cerca de la mitad (mil novecientas) están cubiertas de cereales y de huertas, y solo quedan dos mil cien para prados; en esas dos mil cien hectáreas se alimentan mil cuatrocientos ochenta caballos, siete mil doscientas sesenta cabezas de ganado vacuno, novecientas ovejas y cuatro mil doscientos cerdos, lo cual hace tres cabezas de ganado bovino por hectárea, sin contar los caballos, las ovejas y los cerdos. Es inútil añadir que la fertilidad del suelo se consigue enriqueciéndolo con algas marinas y abonos químicos.

Volviendo a nuestros tres millones y medio de habitantes de la aglomeración de París, vemos que la superficie necesaria para criar ese ganado desciende desde dos millones de hectáreas hasta ochenta y ocho mil. Pues bien, no tomemos las cifras más bajas, sino las del cultivo intensivo ordinario; añadamos el terreno necesario para el ganado menor y pongamos ciento sesenta mil hectáreas o doscientas mil de las cuatrocientas diez mil hectáreas que nos quedan después de haber provisto el pan necesario para la población. Seamos generosos y pongamos cinco millones de jornadas para dejar ese espacio en condiciones de producción.

Así pues, tras haber empleado en el curso de un año veinte millones de jornadas de trabajo, la mitad para mejoras permanentes, tendremos seguros el pan y la carne, sin incluir toda la carne suplementaria que puede obtenerse con las aves de corral, cerdos cebados, conejos, etc., y sin tener en cuenta que, al haber excelentes legumbres y frutos, la población consumirá menos carne que los ingleses, que suplen con la alimentación animal su pobreza en alimentos vegetales. Sin embargo, veinte millones de jornadas de cinco horas, ¿cuántas hacen por habitante? Muy poca cosa en realidad. En una población de tres millones y medio debe de haber por lo menos un millón doscientos mil varones adultos capaces de trabajar y otras tantas mujeres. Pues bien, para asegurar el pan y la carne a todos bastarían diecisiete jornadas de trabajo por año trabajando únicamente los hombres. Añadid tres millones de jornadas para obtener la leche. Añadid otro tanto, y todo ello no llega a veinticinco jornadas de cinco horas —cuestión de divertirse un poco en el campo— para obtener estos tres productos principales, pan, carne y leche; esos tres productos que, después de la vivienda, constituyen la preocupación principal y cotidiana de nueve de cada diez personas.

Sin embargo, y no nos cansamos de repetirlo, no pretendemos hacer una novela de todo ello. Hemos constatado una realidad, lo que se hace ya en grandes espacios, y que ha obtenido la aprobación tras una experiencia a gran escala. Podría reorganizarse, desde mañana mismo, la agricultura si las leyes de la propiedad y la ignorancia general no se oponen.

El día en el que París entienda que saber qué se come y cómo se produce es una cuestión de interés público, el día en el que todo el mundo entienda que esta cuestión es infinitamente más importante que los debates parlamentarios o los del consejo municipal, ese día la revolución será un hecho. París se apoderará de las tierras de los dos departamentos y las

cultivará. Y entonces, después de haber dado durante toda su vida un tercio de su existencia para obtener una alimentación escasa y deficiente, el parisino la producirá él mismo, bajo sus muros, dentro del espacio de sus fortificaciones (si existen todavía), en unas cuantas horas de trabajo sano y atrayente.

Y ahora pasemos a las frutas y verduras. Salgamos de París y visitemos uno de esos establecimientos de cultivo hortícola, que a pocos kilómetros de las academias realizan auténticos prodigios ignorados por los economistas expertos; por ejemplo, el de I. Ponce, autor de una obra acerca de esta cuestión, quien no guarda secretos sobre lo que le produce la tierra y que lo ha contado con todo detalle.

I. Ponce, y sobre todo sus obreros, trabajan como negros. Son ocho para cultivar poco más de una hectárea. Trabajan de doce a quince horas diarias, es decir, el triple de lo que se debería. Aunque fuesen veinticuatro los obreros, no serían demasiados. Probablemente I. Ponce responderá a eso que, puesto que paga la enorme cantidad de dos mil quinientos francos anuales de renta y de impuestos por sus once mil metros cuadrados, y dos mil quinientos francos anuales de renta y de impuestos, más dos mil francos por el estiércol que compra en los cuarteles, se ve obligado a explotar a sus trabajadores. «Explotado yo, exploto a mi vez», sería tal vez su respuesta. La instalación le ha costado también treinta mil francos, de los cuales más de la mitad seguramente como tributo a los varones holgazanes de la industria. En resumen, su instalación no representa más de tres mil jornadas de trabajo, quizá mucho menos.

Veamos ahora sus cosechas: diez mil kilos de zanahorias, diez mil kilos de cebollas, rábanos y otras pequeñas hortalizas, seis mil coles, tres mil coliflores, cinco mil canastas de tomates, cinco mil docenas de frutas recogidas, ciento cincuenta y cuatro mil lechugas; es decir, un total de

ciento veinticinco mil kilos de hortalizas y frutas en una hectárea y un décimo, en ciento diez metros de largo por cien metros de ancho, lo cual da más de ciento diez toneladas de verduras por hectárea.

Pero un hombre no come más de trescientos kilos de legumbres y frutas por año, y la hectárea de un hortelano da las suficientes para servir abundantemente la mesa de trescientos cincuenta adultos durante un año. De modo que veinticuatro personas ocupadas todo el año en cultivar una hectárea de tierra, trabajando cinco horas diarias, producirían suficientes hortalizas y frutas para trescientos cincuenta adultos, lo cual equivale, por lo menos, a quinientos individuos.

Cultivando como I. Ponce —y hay quien le ha excedido en resultados—, trescientos cincuenta adultos que dedicasen cada uno poco más de cien horas al año (ciento tres) tendrían verduras y frutas para quinientas personas.

Hay que señalar que una producción como esta no es excepcional. Lo llevan a cabo bajo los muros de París cinco mil hortelanos en una superficie de novecientas hectáreas; pero estos hortelanos se ven reducidos al estado de bestias de carga para pagar una renta media de dos mil francos por hectárea.

Estos hechos, que todos pueden comprobar, ¿acaso no demuestran que siete mil hectáreas (de las doscientas diez mil que nos quedan disponibles) bastarían para dar todas las hortalizas necesarias y una buena provisión de fruta a los tres millones y medio de habitantes de ambos departamentos?

En cuanto a la cantidad de trabajo necesaria para producirlas, sería cincuenta millones de jornadas de cinco horas (es decir, cincuenta días al año solo para los adultos varones), si tomamos como referencia el trabajo de los hortelanos. Pronto veremos reducirse esta cantidad si se recurre a los procedimientos habituales en Jersey y en Guernesey. Debemos señalar que

el horticultor se ve obligado a trabajar tanto porque produce principalmente frutas y hortalizas tempranas, las que, debido a su elevado precio, le sirven para pagar arrendamientos desorbitados, y que sus mismos métodos exigen más trabajo del que en realidad sería necesario. Al no tener los medios para realizar grandes gastos de instalación, obligado a pagar muy caro el vidrio, la madera, el hierro y el carbón, utiliza el estiércol como calor artificial y que puede conseguir a un precio más barato para calentar su invernadero.

4

Los horticultores, afirmamos nosotros, se ven obligados a trabajar como si fuesen máquinas y a renunciar a todos los placeres de la vida para obtener cosechas fabulosas. Pero han prestado un inmenso servicio a la humanidad, enseñándonos que «el suelo se hace».

Lo hacen ellos, con las capas de estiércol que han servido ya para dar el calor necesario a las plantas jóvenes y a frutos y verduras tempranos. Hacen el suelo en tan grandes cantidades que cada año se ven obligados a revenderlo en parte.

Si no lo hiciesen, el nivel de sus huertas subiría de dos a tres centímetros al año. Lo hacen tan bien que en los contratos recientes (Barral nos lo explica en el artículo «Maraîchers», del *Dictionnaire de l’agriculture*) el hortelano estipula que «se llevará consigo su suelo» cuando abandone la parcela que cultiva. El suelo trasladado en carros, con los muebles y los bastidores: esta es la respuesta que los cultivadores de espíritu práctico han dado a las elucubraciones de un Ricardo, que representaba la renta como un medio de compensar las ventajas naturales del suelo. «El suelo vale lo que valga el hombre», tal es la divisa de los jardineros y de los hortelanos.

Y sin embargo, los horticultores parisienses y ruaneses se fatigan tres veces más que sus compañeros de Guernesey y de Inglaterra para obtener los mismos resultados. Aplicando la industria a la agricultura, estos «hacen el clima», además del suelo. En efecto, todo el cultivo hortícola se funda en estos dos principios:

Primero: sembrar debajo de bastidores, criar las plantas jóvenes en un suelo rico, en un espacio limitado, donde se las pueda cuidar bien y replantarlas más tarde cuando haya desarrollado bien el cepellón de las raíces. En una palabra, hacer como con los animales: cuidarlas desde su más tierna edad.

Y segundo: para madurar las cosechas tempranas, calentar el suelo y el aire, cubriendo las plantas con bastidores o con campanas de vidrio, y producir mucho calor en el suelo mediante la fermentación del estiércol.

Trasplante y temperatura más alta que la del aire; he aquí la esencia del cultivo hortícola, una vez que se haya hecho artificialmente el suelo.

Ya hemos visto que la primera de estas dos condiciones se ha puesto en práctica y que solo requiere algunos pequeños perfeccionamientos. Y, para realizar la segunda, hay que calentar el aire y la tierra, reemplazando el estiércol por agua caliente que circule en tuberías de fundición, en el suelo debajo de los bastidores, o en el interior de los invernaderos.

Y esto es lo que se ha hecho. El hortelano parisiense pide al termosifón el calor que antes esperaba del estiércol. Y el jardinero inglés construye invernaderos caldeados.

En otros tiempos, los invernaderos caldeados eran un lujo de rico. Se reservaba para las plantas exóticas y de adorno. Pero hoy se vulgariza. Hectáreas enteras están cubiertas de vidrio en las islas de Jersey y de Guernesey, sin contar los miles de pequeños invernaderos caldeados que se ven en cada granja, en cada jardín de Guernesey. En los alrededores de

Londres comienzan a acristalarse campos enteros, y en los suburbios se instalan cada año miles de pequeños invernaderos caldeados.

Se hacen de todas clases, desde el invernáculo de paredes de granito hasta el modesto abrigo de tablas de pino y techo de vidrio que, a pesar de todas las sanguijuelas capitalistas, no cuesta más de cuatro a cinco francos el metro cuadrado. Se calientan o no (a veces basta el hecho de estar bajo cubierta, si no se trata de producir frutos tempranos), y allí se crían, no uvas ni flores tropicales, sino patatas, zanahorias, guisantes o judías tiernas.

Así se emancipan del clima, dispensándose del laborioso trabajo de hacer varias capas en el suelo. Ya no se compran montones de estiércol, cuyo precio sube en proporción a la creciente demanda, y se suprime en parte el trabajo humano: siete u ocho hombres bastan para cultivar la hectárea acristalada y obtener los mismos resultados que en casa de I. Ponce. En Jersey, siete hombres que trabajan menos de sesenta horas por semana obtienen, en espacios muy reducidos, cosechas que en otros tiempos exigían hectáreas de terreno.

Se podrían citar ejemplos asombrosos, pero nos limitaremos al siguiente ejemplo: en Jersey, treinta y cuatro peones y un jardinero, cultivando cuatro hectáreas bajo vidrio (pongamos setenta hombres que trabajen cinco horas diarias) obtienen cada año las siguientes cosechas: veinticinco mil kilos de uvas vendimiadas desde el primero de mayo, ochenta mil kilos de tomates, treinta mil kilos de patatas en abril, seis mil kilos de guisantes y dos mil kilos de judías verdes recogidos en mayo; es decir, ciento cuarenta y tres mil kilos de frutas y hortalizas, sin contar una segunda y cuantiosa cosecha de ciertos invernaderos, y no vemos ningún inmenso invernadero donde se cultiven plantas ornamentales ni cosechas de pequeños cultivos plantadas al aire libre entre los invernaderos caldeados.

¡Ciento cuarenta y tres toneladas de frutas y hortalizas tempranas, con las que alimentar cómodamente todo el año a mil quinientas personas! Y eso no requiere más que veintiuna mil jornadas de trabajo, es decir, doscientas diez horas de trabajo por año para medio millar de adultos.

Añadamos la extracción de unas mil toneladas de carbón que se queman anualmente en esos invernaderos para calentar cuatro hectáreas; y, siendo la extracción media en Inglaterra de tres toneladas por jornada de diez horas y por obrero, esto suma un trabajo suplementario de siete a ocho horas anuales para cada uno de esos quinientos adultos.

Con todo, si solo la mitad de los adultos aportaran cincuenta medias jornadas por año al cultivo de frutos y verduras de fuera de temporada, todos podrían comer, durante el año, frutas y verduras de lujo hasta saciarse, aunque solo se consiguieran en invernaderos caldeados. Y obtendrían al mismo tiempo, en una segunda cosecha en los mismos invernaderos, la mayor parte de las hortalizas comunes, que en los establecimientos como el de I. Ponce exigen cincuenta jornadas de trabajo.

Acabamos de ver el cultivo de lujo. Ya hemos comentado la tendencia de hacer cada vez más del invernadero caldeado una simple huerta bajo vidrio. Y cuando se aplica a este uso con abrigos de vidrio sencillísimos y calentados ligeramente durante tres meses, se obtienen fabulosas cosechas de hortalizas; por ejemplo, cuatrocientos cincuenta hectolitros de patatas por hectárea, como primera cosecha a finales de abril. Tras lo cual, abonado el suelo, se obtienen nuevas cosechas desde mayo hasta finales de octubre con una temperatura casi tropical, debida a la protección de vidrio.

Hoy, para obtener cuatrocientos cincuenta hectolitros de patatas, se necesita labrar cada año una superficie de veinte hectáreas o más, plantar y más tarde recalzar las plantas, arrancar la mala hierba con azadón y así sucesivamente. Sabemos el enorme esfuerzo que esto supone. Bajo la

protección de vidrio se emplea, tal vez al principio, media jornada de trabajo por metro cuadrado. Pero, cumplida esta tarea, se ahorra la mitad o las tres cuartas partes del trabajo más adelante.

Estos son los hechos, estos los resultados obtenidos, confirmados, bien conocidos, que cualquiera que así lo desee puede comprobar visitando los cultivos. Y estos hechos ¿acaso no son suficientes para dar una idea de lo que el hombre puede obtener del suelo si lo trabaja con inteligencia?

5

Hemos tenido en cuenta, en todos nuestros razonamientos, los precedentes ya existentes y algunos llevados a la práctica. El cultivo intensivo de los campos, las superficies regadas con el agua proveniente de las cloacas, la horticultura de hortalizas, en fin, la huerta bajo techo de vidrio son realidades. Tal como lo había previsto Léonce de Lavergne hace treinta años, la tendencia de la agricultura moderna es reducir todo lo posible el espacio cultivado, crear el suelo y el clima, concentrar el trabajo y reunir todas las condiciones necesarias para la vida de las plantas.

Esta tendencia nace del deseo de ganar importantes sumas de dinero con la venta de frutas y hortalizas tempranas. Pero tras haber descubierto nuevos procedimientos para el cultivo intensivo, estos se generalizan y se extienden a las hortalizas más comunes, lo cual permite obtener más productos con menos trabajo y mayor seguridad de éxito.

En efecto, después de haber estudiado los invernaderos de techo de vidrio más sencillos en Guernesey, podemos afirmar que se invierte mucho menos trabajo para obtener, bajo estos techos de cristal, patatas en el mes de abril que el que se invierte, tres meses más tarde, para cosechar al aire libre,

cavando una superficie cinco veces más grande, regándola y arrancando las mala hierbas, etc. Ocurre lo mismo que con las herramientas o las máquinas: se economiza en horas de trabajo utilizando una herramienta o una máquina perfeccionada, aunque estas últimas supongan un coste previo para poder adquirirlas.

Desconocemos aún las cifras completas del cultivo de hortalizas comunes en invernadero. Este cultivo es reciente y se realiza tan solo en pequeños espacios. Pero disponemos de las cifras relativas al cultivo, desde hace ya treinta años, de un producto de lujo, la uva, y estas cifras son concluyentes.

En el norte de Inglaterra, en la frontera con Escocia, donde el carbón solo cuesta cuatro francos la tonelada en la boca de la mina, hace más de treinta años que se dedican al cultivo de la vid en invernadero. Al principio el cultivador vendía esas uvas, maduras en enero, a veinticinco francos la libra, y se revendían a cincuenta francos para la mesa de Napoleón III. Hoy, el mismo productor no las vende más que a tres francos la libra; nos lo dice él mismo en un artículo reciente de un periódico de horticultura. Y es debido a que ciertos competidores en el sector envían toneladas y toneladas de uvas a Londres y a París. Gracias al bajo precio del carbón y a un cultivo inteligente, la uva crece en invierno en el norte y viaja hacia el Mediodía francés, en sentido opuesto a los productos más comunes. En mayo, las uvas inglesas y las de Jersey se venden a dos francos la libra, y todavía se mantiene este precio, como el de cincuenta francos de hace treinta años, por lo escaso de la competencia. En octubre, las uvas cultivadas en grandes cantidades en las cercanías de Londres —siempre bajo vidrio, pero con un poco de calefacción artificial— se venden al mismo precio que las uvas compradas por libras en los viñedos de Suiza o del Rin, es decir, por unas pocas monedas. Y aún hay en estos dos tercios de carestía, debido a lo excesivo de la renta del suelo, de los gastos de instalación y de calefacción,

sobre los cuales el cultivador paga un enorme tributo al industrial y al intermediario. Explicado esto, puede afirmarse que apenas cuesta tener en otoño uvas deliciosas en la latitud y en el clima brumoso de Londres. En uno de sus suburbios, por ejemplo, una cubierta de vidrio y de yeso de pésima calidad apoyada sobre nuestra pequeña casa, y de tres metros de largo por dos de ancho, nos da en octubre, desde hace tres años, cerca de cincuenta libras de uvas de un sabor exquisito. La cosecha proviene de una cepa plantada hace seis años. Y el invernadero es tan malo que lo traspasa la lluvia. Por la noche, la temperatura es la misma dentro que fuera. Es evidente que no lo calientan; ¡es como si pretendiesen calentar la calle! Los cuidados que requiere son: podar la vid media hora al año y echar un capazo de estiércol al pie de la cepa, plantada en arcilla roja fuera del invernadero.

Por otra parte, si se valoran los cuidados que se dan al viñedo en las orillas del Rin o del lago Leman, las planicies construidas piedra a piedra en las pendientes de las riberas, el transporte del estiércol y a veces hasta de la tierra a alturas de doscientos o trescientos pies, se llega a la conclusión de que el trabajo necesario para cultivar la vid es más considerable en Suiza o en las márgenes del Rin que bajo una cubierta de vidrio en las afueras de Londres.

En un primer momento puede parecer paradójico, ya que, por lo general, la gente cree que la viña crece por sí sola en el sur de Europa y que el trabajo del viticultor es mínimo. Pero estos últimos y los horticultores, lejos de desmentirnos, confirman nuestros asertos. «El cultivo más ventajoso en Inglaterra es el cultivo de las viñas», dice un viticultor de espíritu práctico, redactor inglés del *A Journal of Horticulture*. Y ya se sabe que los precios siempre resultan elocuentes.

Si traducimos estos hechos al lenguaje comunista, podemos afirmar que el hombre o la mujer que dediquen unas veinte horas por año de su tiempo de ocio a cuidar dos o tres cepas —una actividad muy agradable, por otra parte— bajo cubierta de vidrio en cualquier clima de Europa, cosecharán tanta uva como puedan comer su familia y amigos. Y esto se aplica no solo a la vid, sino a todos los árboles frutales aclimatados.

Bastaría que un grupo de trabajadores suspendiese durante algunos meses la producción de cierto número de artículos de lujo para transformar cien hectáreas de la llanura de Gennevilliers en una serie de huertos, cada uno con su invernadero de vidrio para los semilleros y plantas jóvenes, y que cubriera otras cincuenta hectáreas de invernáculos de bajo precio para obtener frutas, dejando la organización en manos de jardineros y de horticultores expertos.

Esas ciento cincuenta hectáreas necesitarían cada año unos tres millones seiscientas mil horas de trabajo. Cien viticultores competentes podrían dedicar cinco horas diarias a este trabajo, y el resto podría hacerlo cualquiera, sin necesidad de ser experto en la materia, que supiese manejar una azada, el rastrillo, la bomba de regar, o vigilar un horno.

Este trabajo daría —ya lo hemos visto en el capítulo anterior— todo lo necesario, además de los productos de lujo, en materia de frutas y hortalizas al menos para setenta y cinco mil o cien mil personas. Debemos señalar que, entre esas personas, hay treinta y seis mil adultos deseosos de trabajar en la huerta. Cada uno de ellos solo tendría que dedicar cien horas repartidas durante el año. Estas horas de trabajo se convertirían en momentos de recreo, entre amigos, con los hijos, en magníficos jardines, más hermosos tal vez que los de la legendaria Semíramis.

Este es el balance del esfuerzo a realizar para poder comer hasta saciarse frutas de las que nos privamos hoy en día, y para tener en abundancia todas

las hortalizas que el ama de casa raciona escrupulosamente porque tiene que contar las monedas con las que enriquecerá al rentista y al vampiro-propietario.

¡Ah, si la humanidad fuese consciente de lo que es capaz, y si esa consciencia le diese la fuerza necesaria para llevarlo a cabo!

¡Si supiese que la cobardía de espíritu es el escollo sobre el que se estrellan todas las revoluciones hasta el día de hoy!

6

Podemos ver con claridad los nuevos horizontes que se abren ante la próxima revolución social.

Cada vez que hablamos de la revolución, el trabajador, con semblante serio, que ha visto a tantos niños hambrientos, frunce las cejas y nos repite, obstinado: «¿Y el pan? ¿No faltará, si todo el mundo come hasta hartarse? ¿Y qué haremos si la gente del campo, ignorante y coaccionada por los reaccionarios, mata de hambre a la ciudad, como lo hicieron las bandas negras en 1793?».

¡Que lo intenten los propietarios rurales! Entonces, las grandes ciudades se las apañarán sin los agricultores.

¿En qué se emplearán esos centenares de miles de trabajadores que se asfixian hoy en los pequeños talleres y en las fábricas el día en que recobren la libertad? ¿Seguirán después de la revolución encerrados en las fábricas como antes? ¿Seguirán haciendo artículos de lujo para la exportación, cuando quizá vean que se agota el trigo, que escasea la carne, que desaparecen las hortalizas?

¡Por supuesto que no! ¡Saldrán de la ciudad e irán a los campos! Con ayuda de la máquina, que permitirá a los más débiles de nosotros tomar parte en el trabajo, llevarán la revolución al cultivo de un pasado esclavo, como la llevarán a las instituciones y a las ideas.

Aquí se cubrirán de vidrio centenares de hectáreas, y la mujer y el hombre de manos delicadas cuidarán de las plantas jóvenes. Allí se labrarán otros centenares de hectáreas con el arado de vapor de vertedera honda, se mejorarán con abonos o se enriquecerán con suelo artificial obtenido pulverizando rocas. Alegres legiones de labradores ocasionales cubrirán de mieses esas hectáreas, guiados en su trabajo por aquellos que conocen la agricultura y, sobre todo, por el espíritu heroico y práctico a la vez de un pueblo que se despierta de un largo sueño y al que alumbra y guía ese faro luminoso que se llama la felicidad de todos.

Y, en dos o tres meses, las cosechas tempranas vendrán a aliviar las necesidades más apremiantes y a proveer a la alimentación de un pueblo que, al cabo de tantos siglos de espera, podrá, por fin, saciar el hambre y comer cuanto quiera.

Mientras tanto, el genio popular, el genio de un pueblo que se subleva y conoce sus necesidades, trabajará experimentando los nuevos medios de cultivo que se amontonan, presurosos, en el horizonte, y que no pide más que lo bauticen en esa experiencia del trabajo en común. Se experimentará con la luz —ese agente desconocido de la cultura que hace madurar la cebada en cuarenta y cinco días bajo la latitud de Yakutsk—; concentrada o artificial, la luz rivalizará con el calor para acelerar el crecimiento de las plantas. Un Mouchot del futuro inventará la máquina que aprovechará los rayos del sol a fin de producir calor, para que ya no sea necesario descender a las profundidades de la tierra en busca del calor solar almacenado en la hulla. Se experimentará regar la tierra con cultivos de microorganismos —

idea tan racional y nacida ayer— que permitirá aportar al suelo las pequeñas células vivas tan necesarias para las plantas, ya para alimentar a las raicillas, ya para descomponer y hacer asimilables las partes que componen el suelo.

Se experimentará… Pero no, no vayamos más lejos, porque entraríamos en el dominio de la ficción. Permanezcamos en la realidad de los hechos. Con los procedimientos de cultivo ya en uso, aplicados en grandes superficies y victoriosos en la lucha contra la competencia mercantil, podemos obtener la comodidad y el lujo a cambio de un trabajo agradable. El futuro mostrará lo que hay de práctico en las próximas conquistas que hacen entrever los recientes descubrimientos científicos.

Limitémonos ahora a inaugurar la nueva senda, que consiste en el estudio de las necesidades y de los medios para satisfacerlas.

Lo único que podría faltarle a la revolución es la valentía en cuanto a la iniciativa. Embrutecidos por nuestras instituciones en las escuelas, esclavizados al pasado en la edad madura y hasta la tumba, no nos atrevemos a pensar. ¿Se trata de una nueva idea? Antes de formarnos una opinión, consultaremos libros de hace cien años para saber qué pensaban los antiguos maestros.

Si a la revolución no le falta un pensamiento audaz e iniciativa, no serán los víveres los que le falten.

De todos los momentos más impresionantes de la gran revolución, el más hermoso y extraordinario, que estará para siempre grabado en los espíritus, fue el de los federados que, desde todas partes, acudieron y trabajaron el suelo del Campo de Marte para preparar la fiesta. Aquel día Francia fue una; animada por el nuevo espíritu, entrevió el porvenir que se abría ante ella con el trabajo en común de la tierra. Y con ese trabajo en común de la

tierra, las sociedades redimidas recobrarán su unidad y desaparecerán los odios, las opresiones que las habían dividido.

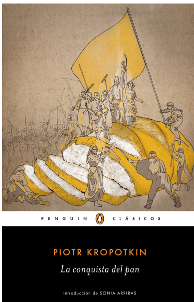
Al creer, de aquí en adelante, en la solidaridad, ese inmenso poder que centuplica la energía y las fuerzas creadoras del hombre, la nueva sociedad irá a la conquista del porvenir con todo el vigor de la juventud.

Puesto que ya no producirá para compradores desconocidos y buscará en su mismo seno las necesidades y los placeres que deseen satisfacer, la sociedad asegurará ampliamente la supervivencia y el bienestar a cada uno de sus miembros al tiempo que la satisfacción moral que da el trabajo libremente elegido y realizado y la dicha de vivir sin tener que usurpar la existencia de otros. Dotados de un nuevo espíritu audaz, estimulado por el sentimiento de solidaridad, caminarán todos juntos a la conquista de los elevados placeres de los conocimientos y de la creación artística.

Una sociedad así inspirada no tendrá que temer a las disensiones en su interior ni a los enemigos exteriores. A las coaliciones del pasado, ella opondrá su amor al nuevo orden, la iniciativa audaz de cada uno y de todos, llegando su fuerza a ser hercúlea con el despertar de su genio.

Ante esa fuerza irresistible, los «reyes conjurados» nada podrán hacer. Tendrán que inclinarse ante ella, uncirse al carro de la humanidad, rodando hacia los nuevos horizontes entreabiertos por la REVOLUCIÓN SOCIAL.

«Tenemos la audacia de pensar que cada uno debe y puede comer tanto como necesita, que es por medio del pan para todos que vencerá la revolución.»



La conquista del pan es un clásico del anarquismo ruso y del comunismo libertario escrito en 1892 por Piotr Kropotkin, el «príncipe anarquista», desde el exilio. Este aristócrata de cuna perseguido por el régimen zarista ofrece un retrato terrible y desolador de los años convulsos previos a las revoluciones de 1905 y 1917, en los que la vida en el palacio de Invierno contrastaba con la situación atroz de los campesinos. Formulación práctica y teórica del comunismo anarquista, sus páginas describen con virulencia los procesos de apropiación de la tierra que se hallan en la base del capitalismo y denuncian la explotación y la ausencia de cualquier protección social ante el enriquecimiento de una minoría.

La introducción de Sonia Arribas resigue los episodios más relevantes de la vida del autor para analizar en profundidad el origen de su pensamiento y el impacto de una obra que constituye un clásico indiscutible de la filosofía política.

Piotr Kropotkin (1842-1921) fue un pensador, geógrafo y zoólogo ruso al que se considera uno de los padres de la teoría anarquista y del comunismo libertario. Nacido en el seno de una familia aristócrata, a los doce años fue enviado a la escuela militar más selecta de Rusia por orden del zar Nicolás I. Tras terminar su formación, y a pesar de detestar la vida militar, sirvió en el ejército durante cinco años. Escogió Siberia como destino con la intención de alejarse de la vida de la corte y ahí, entre los condenados del imperio y un sistema burócrata estatal corrupto y cruel, empezó a fraguar la base de su pensamiento. Enemigo del zar y de los intereses de Rusia, fue detenido por sus ideas revolucionarias. En 1876 se exilió en Inglaterra y más tarde en Suiza. Es una de las voces más importantes en la lucha por la conciencia social, política, económica, histórica, cultural y lingüística en los países en vías de desarrollo.

Sonia Arribas es profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Pompeu Fabra. Doctora en Ciencias Políticas por la New School for Social Research, ha sido también profesora en Lehman College (CUNY), la Universidad de Bremen y la Universidad de Valladolid. Ha colaborado en el curso de posgrado del CSIC «En el horizonte de la crisis. Nuevas lecturas de Marx y crítica radical del capitalismo». Actualmente da clases sobre Brecht en el Máster en Creación Teatral de la UC3M, dirigido por Juan Mayorga. Coordina un proyecto de investigación del MINECO sobre «El género , la mujer y lo femenino en las referencias filosóficas de los siglos XVIII y XIX estudiadas por Walter Benjamin». Ha publicado numerosos ensayos sobre teoría crítica y literatura.

Títulos originales: *La conquête du pain*

Edición en formato digital: septiembre de 2017

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Eva Rodríguez Góngora / Tau Diseño

ISBN: 978-84-91053-72-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Memorias de un revolucionario, Barcelona, Crítica, 2009, p. 43.

[2] *Memorias*, p. 378.

[3] El movimiento de los oficiales aristócratas del ejército ruso que habían luchado contra Napoleón y habían entrado en contacto con las ideas de la Ilustración y los ideales de la Revolución francesa. Después de la derrota de Napoleón, de vuelta en Rusia, se propusieron combatir el despotismo del Zar, formaron sociedades secretas para la abolición del feudalismo, la limitación de la monarquía absoluta y el establecimiento de un gobierno representativo. La sublevación (26 de diciembre de 1825) se produce en un interregno tras la muerte del zar Alejandro I, la subida al trono de su hermano Nicolás I y las reclamaciones por parte de sectores del ejército, de la nobleza y del clero sobre quién debe heredar en verdad el trono, si Nicolás o su otro hermano, el gran duque Constantino, que había renunciado a los derechos sucesorios en 1823. Véase la introducción de T. S. Norio a *Memorias de un revolucionario*, pp. 21-24.

[4] Se trata del movimiento *naródniki* («id al pueblo») que, entre 1860 y 1884, se acercó a los campesinos para establecer una especie de socialismo agrario, construido sobre el autogobierno de entidades económicas autosuficientes. La primera organización que creó fue *Zemliá i Volia* («Tierra y Libertad») en 1860. T. S. Norio, *Memorias*, pp. 35-37.

[5] Piotr Kropotkin, *Memorias*, p. 432.

[6] Según Kropotkin, «bakuniana» o «colectivista» eran preferidas a «anarquista», pues la anarquía se asociaba a las ideas económicas de Proudhon. *Memorias*, p. 435. Una exposición de la evolución de los distintos usos de los diferentes términos de la tradición anarquista (anarquía, anarquismo, colectivismo, antiestatismo, comunismo no autoritario, comunismo anarquista, etc.) se encuentra en Caroline Cahm,

Kropotkin and the Rise of Revolutionary Anarchism, 1872-1886, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 36-40 y 49.

[7] Cahm sostiene que, aunque Kropotkin respetó a Guillaume, nunca estableció realmente una relación satisfactoria con él. *Kropotkin and the Rise*, p. 99.

[8] Cahm señala que fue Guillaume el que desaconsejó el encuentro por el delicado estado de salud de Bakunin desde el conflicto en la Internacional, también por el irritante comportamiento de este en relación a la Federación en esos momentos. También escribe que Bakunin no quiso reunirse con Kropotkin porque lo consideraba moderado. *Kropotkin and the Rise*, p. 27.

[9] *Memorias*, p. 452. Según Cahm, fue Guillaume el que le instó a volver a Rusia porque allí era muy necesitado y podría comunicarse bien con los oprimidos. *Kropotkin and the Rise*, p. 28.

[10] Una cita del poeta Nicolái Nekrásov (1821-1877), en *Memorias*, p. 465.

[11] Es la primera mujer en Rusia sentenciada a muerte por terrorismo. Sobre este punto, Kropotkin mantiene su muy hábil maestría de embellecer los acontecimientos, convirtiéndolos en episodios pasajeros del gran devenir de la historia: «El confundir el nihilismo con el terrorismo es tan erróneo como tomar un movimiento filosófico, como el estoico y político, por uno político, como, por ejemplo, el republicano. El terrorismo vino a la existencia traído por ciertas condiciones especiales de la lucha política, en un momento histórico determinado; ha vivido y ha muerto; puede renacer y volver a morir». *Memorias*, pp. 458-459. Cahm argumenta de manera similar que Kropotkin no apoyó directamente el terrorismo político, sino que mantuvo una perspectiva muy amplia sobre los distintos medios que podían contribuir a la lucha por el establecimiento de una sociedad comunista anarquista. *Kropotkin and the Rise*, pp. 280-281.

[12] *Memorias*, p. 525.

[13] *Memorias*, p. 573.

[14] *Memorias*, p. 581.

[15] *Memorias*, p. 591.

[16] La lectura de J. Álvarez Junco va en esta línea. Reconoce la valía del pensamiento de Kropotkin en lo que respecta a su oposición frente a los procesos de centralización propios del Estado contemporáneo, en lo que se refiere al peligro de la vía parlamentaria en la consecución de objetivos revolucionarios, y en las importantes críticas que hizo al darwinismo social más vulgar y al sistema de prisiones. También aprecia que Kropotkin no reduce la lucha de clases al esquema burguesía-proletariado, prefiriendo apelar a la rebeldía del «pueblo» (concepto donde cabe una clase media con cierto bienestar). Pero considera que el modelo político anarquista de Kropotkin recurre a mitos de lo que sería supuestamente «natural» y se basa en una dudosa filosofía de la historia sobre el continuo progreso humano. Véase la introducción a Kropotkin, *Panfletos revolucionarios*, Madrid, Ayuso, 1977, pp. 9-29, en particular las pp. 17-19.

[17] Por ejemplo, la reciente interpretación de Ruth Kinna, «Fields of Vision: Kropotkin and Revolutionary Change», *SubStance*, #113, vol. 36, n.º 2, 2007, pp. 67-86. Kinna recupera la obra de Kropotkin para las protestas y reivindicaciones de los movimientos anticapitalistas globales del siglo XXI. Por su parte, Jim Mac Lauglin defiende con mucho entusiasmo la utilidad de Kropotkin para las ciencias sociales contemporáneas, así como para las luchas del presente por la emancipación: *Kropotkin and the Anarchist Intellectual Tradition*, Londres, Pluto Press, 2016.

[18] Cahm, *Kropotkin and the Rise*, p. 12.

[19] Véase R. B. Fowler, «The Anarchist Tradition of Political Thought», *The Western Political Quarterly*, vol. 25, n.º 4 (diciembre 1972), pp. 738-

752, en concreto p. 742. Véase también Philippe Pelletier, preámbulo a Kropotkin, *La ciencia moderna y la anarquía*, Madrid, Tenerife, Santiago de Chile, LaMalatesta, Tierra de Fuego, Eleuterio, 2015, pp. 9-82, en particular pp. 26-27.

[20] Por ejemplo, *Padres e hijos* de Iván Turguénev (1818-1863), cuyo héroe nihilista (Bazarov, estudiante de medicina) confía en encontrar la verdad haciendo experimentos con ranas. Por su parte, la novela *What Is to Be done?* de Nikólai Chernyshevsky (1828-1889), ideada como réplica a la de Turguénev, defiende la creación de pequeñas comunas socialistas similares a las comunas de campesinos, y que los intelectuales se dediquen a transformar la sociedad mediante el conocimiento científico. Fue escrita en la fortaleza de San Pedro y San Pablo en 1862.

[21] Kinna, p. 80. Kinna señala, por ejemplo, que Kropotkin alerta de que la autoridad del Estado moderno puede impedir el desarrollo ético de la sociedad, y de que la división del trabajo capitalista produce una desconexión entre trabajadores que no permite la libre circulación de ideas, pues supedita a la mayoría a las imposiciones organizativas diseñadas por unos pocos. Ahora bien, Kinna no quiere ver que tal reconocimiento de la existencia de obstáculos no le impide a Kropotkin defender que sigue habiendo una corriente subterránea que alumbra una nueva era.

[22] *Memorias*, p. 617.

[23] El título fue, de hecho, sugerido por Élisée Reclus.

[24] *Memorias*, pp. 641-642.

[25] *Memorias*, p. 642.

[26] Cahm menciona otros artículos aparecidos en *Le Révolté*, donde igualmente critica el mero uso de palabras sin efecto en la práctica. *Kropotkin and the Rise*, p. 161.

[27]. P. 50.

[28] El artículo de Huxley aparece como apéndice a Kropotkin, *Mutual Aid: A Factor of Evolution*, introducción de George Woodcock, Montreal, Nueva York, Black Rose Books, 1989, pp. 329-341. Ruth Kinna reconstruye en «Kropotkin's Theory of Mutual Aid in Historical Context» el contexto político en el que Kropotkin idea su visión científica: *International Review of Social History*, vol. 40 (1995), pp. 259-283. Fundamentalmente, Kropotkin odia todo lo que provenga de la tradición alemana marxista, dialéctica (y metafísica) por ser contrarrevolucionaria. Tampoco le agrada todo lo que huela a socialismo científico porque, según él, este plantea estadios mecánicos de la historia ajenos a la voluntad humana. El método en el que deposita su confianza para las ciencias sociales es el inductivo-deductivo. Según Kropotkin, este método constata dos tendencias complementarias en el mundo natural: la integración del trabajo en la producción de riquezas para todos, y el desarrollo hacia la mayor libertad y satisfacción del individuo. Ambas se reúnen en la teoría o en el imperativo del «mutual aid», cuyo fundamento es ético a la vez que biológico: «¡No compitáis!». Por su parte, la «Introducción histórica» de Álvaro Girón Sierra a *La selección natural y el apoyo mutuo* expone el contexto científico de los sucesivos debates en que estuvo metido Kropotkin para la elaboración de esta teoría (trad. de Susana Pinar, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, pp. 7-39). Kropotkin la esboza para hacer casar biología, desarrollo histórico y movimiento social, o filosofía de la evolución y anarquismo: «la solidaridad es el mecanismo por el que las especies sostienen la lucha contra las fuerzas hostiles de la naturaleza» (Ibid., p. 11). El orden es así: primero se trata de encontrar un fundamento ético a la visión anarquista, y luego se rastrea el fundamento natural a ese fundamento ético. Kropotkin defiende, asimismo, una postura neolamarckiana, según la cual el medio (y no el azar, como en

Darwin) tiene una acción directa sobre la evolución en términos direccionales y acumulativos, lo que le permite concebir un progreso natural hacia el anarquismo. Girón Sierra apunta que, si bien los argumentos de Kropotkin son erróneos, se basan en líneas de investigación científicamente válidas en su tiempo. Pero los ulteriores desarrollos de la ciencia (en particular la síntesis entre darwinismo y mendelismo, por un lado, y la genética, por otro) en última instancia echan por tierra sus ideas.

[29] En *Campos, fábricas y talleres* (1899) continúa este proyecto analizando los defectos de la producción de alimentos.

[30] Véase la introducción de Frank Mintz, *La conquista del pan*, Buenos Aires, Anarres, 2005, pp. 5-14, en concreto p. 12. El mismo dato aparece en la introducción revisada de 2008, Madrid, Tenerife, Buenos Aires, LaMalatesta Editorial, Tierra de Fuego, Anarres, pp. 7-15, en particular p. 14.

[31] Por ejemplo, en España: Simón Royo Hernández, «*La conquista del pan*. Volviendo a una obra de Kropotkin», *Germinal. Revista de estudios libertarios*, vol. 3, abril de 2007, pp. 13-34. Y sus obras reaparecen en castellano en editoriales afines a su ideario como Pepitas de calabaza, La linterna sorda, LaMalatesta, Los libros de la catarata…

[32] Robert Gottlieb y Anupama Joshi, *Food Justice*, Cambridge, MIT Press, 2010.

[33] Paul Avrich, «Kropotkin’s Ethical Anarchism», en *Anarchist Portraits*, New Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 53-78, en particular p. 60. Zola lee *La conquista del pan* para la escritura de *Trabajo*. Véase el estudio preliminar a *Trabajo* de Francisco Caudet, trad. de Leopoldo Alas «Clarín», Madrid, Ediciones de la Torre, 1991, pp. 9-145, en concreto p. 31. En las conferencias de 1901 en el Lowell Institute de Boston, publicadas como *La literatura rusa. Los ideales y la realidad*,

Kropotkin critica a Zola por convertir el realismo de Balzac en una «simple anatomía de la sociedad», carente como está de un fin idealista que lo oriente: https://theanarchistlibrary.org/library/petr-kropotkin-ideals-and-realities-in-russian-literature. A la novela *Trabajo* le reprocha su sentimentalismo y romanticismo. Véanse las pp. 97 y 255. [Consultado 13 marzo, 2017] Hay una traducción al castellano en Madrid: La linterna sorda, 2014, introducción de Ana Muiña. Kropotkin es crítico con el realismo literario de su tiempo por burgués, y lo compara con el arte del Renacimiento y su apego a la naturaleza. Sin embargo, un par de años más tarde piensa que las novelas de Zola, *París* y *Trabajo*, son anarquistas: «Anarquismo» (artículo escrito para la Enciclopedia Británica), en *Folletos revolucionarios II. Ley y autoridad*, edición, introducción y notas de Carlos Semprún Maura, Barcelona, Tusquets, 1977, pp. 123-141, sobre todo p. 141.

[34] André Reszler y Simon Pleasance, «Peter Kropotkin and His Vision of Anarchist Aesthetics», *Diogenes*, vol. 20, n.º 2, 1972, pp. 52-63, en concreto p. 56.

[35] *Palabras de un rebelde*, Barcelona, Presa, 1910 (?), p. 19. Descargable en: https://materialesfopep.files.wordpress.com/2014/08/kropotkine-palabras-de-un-rebelde.pdf [Consultado 13 marzo, 2017]

[36] *Russian Literature*, p. 139.

[37] Es la parte que ha sido criticada por su incapacidad de explicar bien la transición revolucionaria al comunismo anarquista. Por ejemplo, desde posiciones anarquistas, Gary Hayter, «The conquest of bread», *Black Flag*, vol. 216. Este artículo está disponible en el archivo online de esta revista: https://libcom.org. [Consultado 13 marzo, 2017] En sus respectivas introducciones, ya citadas, J. Álvarez Junco y T. S. Norio también le

censuran sus fallos técnicos a la hora de pensar el movimiento político: p. 23 y p. 62.

[*] Se trata de Pierre Martin. El 12 de agosto de 1890, el tribunal de Isère lo condenó a cinco años de cárcel por haber tomado parte en la manifestación del primero de Mayo de los anarquistas en Viena. Antes, en 1884, junto con Piotr Kropotkin, había sido condenado a cuatro años de prisión. Era un amigo muy querido de Élisée Reclus. *(N. del E.)*

Índice